Un thriller sin concesiones que desnuda la política española como nunca nadie lo había hecho

YO PRESIDENTE

TRISTÁN PANIAGUA



TRISTÁN PANIAGUA

YO, PRESIDENTE

PLAZA JANÉS

A todos y a nadie.
A muchos y a pocos.
A quienes confían y a los descreídos.
A los agazapados.
A los que van con la verdad por delante.
Y a quienes quieran saber de qué va esta puñetera vaina

Noche electoral

1

Me llamo Humberto Hurtado. A esta hora de la noche, puedo decirles que voy a ser su próximo presidente del Gobierno. Los que me han llamado insensato e ingenuo a lo largo de mi vida ahora deben estar comiéndose los puños. Empezando por mi padre, que en paz descanse, que siempre se burlaba de mis aspiraciones. «Eres un iluso, además de un vago», decía. «Mira, Teresa, que tu hijo quiere ser político». Y mi madre, abatida, se lamentaba: «¡Qué hemos hecho para merecer esto, Gerardo!».

No deja de sorprenderme que, en este momento de mi vida, recuerde a mi padre. Nunca lo habría imaginado, porque fue un verdadero ejemplo para mí de lo que no quería ser. Pero no conviene anticipar acontecimientos. Todo a su tiempo. Ahora me dispongo a contarles cómo he llegado hasta aquí.

Para ser el próximo presidente del Gobierno, no me veo tan mal. Dicen que tengo rostro abuhado, la voz demasiado aguda y un bigote en herradura pasado de moda. Hasta dicen que tengo un principio de alopecia que deja a la vista un espacioso frontón. Lo que hacen los celos. Todo falso. Mi melena es envidiada por mucha gente. Maldades de Rosa Peláez, mi rival en la carrera por la presidencia, y de su equipo de asesores, que todavía estarán asimilando que han perdido las elecciones. Curiosamente, no ha sido

ella, sino Elena, quien me ha dado más problemas durante la campaña. Rosa tenía todas las de perder y lo sabía. Le comieron la cabeza para que se presentase, cuando lo que tenían que haberle aconsejado es que buscase un hombre de paja a quien echar las culpas del fracaso mientras ella seguía haciendo y deshaciendo en los órganos del partido. Pero pudo más su ego, y ahora está achicharrada, un fiambre político que, fuera de este mundo, no tiene oficio ni beneficio.

—¡Jefe, tiene que ponerse en marcha! Va a ser el próximo presidente del Gobierno. ¡Enhorabuena, Humberto! ¡Lo ha conseguido!

La voz de mi secretaria suena áspera como una lija. Me sacude los hombros y, llevada por el entusiasmo, me estampa un beso en cada mejilla. Salomé es una rubia deslucida y cincuentona con una naricilla altiva y pecas a rabiar, sin instintos primarios ni secundarios. Es la primera vez que tiene un gesto espontáneo de afectividad conmigo, y espero que sea la última, porque no me gusta que me besen. He tenido que aguantar demasiados besuqueos durante estas dos semanas de campaña y todavía no sé cómo he podido sobrevivir. Lo de tener que besar a la gente es de las cosas más desagradables de la política.

Tendré que prescindir de Salomé en cuanto se pueda, pero ahora no es el momento de decírselo. Tiempo habrá en los próximos días para que se busque un trabajo adecuado para su capacidad. Afortunadamente, no tiene información comprometida sobre mí, pues me he cuidado mucho de que así sea. Nos ha sido útil hasta ahora, pero es el momento de cambiar de caballo. Ahora que vamos

a jugar con los grandes, necesito que todos mis jugadores estén a la altura. No, Salomé ya no sirve.

Veo a Alberto salir del baño de la habitación rozándose las aletas de la nariz. Ni rastro de entusiasmo en la cara. Algo que no ha aprendido este idiota, y mira que llevamos años juntos, es que no puedes ser solo un emisario de las calamidades.

—H. H., Elena quiere hablar contigo. Me ha llamado esta tarde —me susurra Alberto al oído—. Mis amigos son los únicos a los que permito que me llamen H. H., y, para mi desgracia, Alberto lo es desde el inicio de los tiempos. Cuando se me acerca, percibo un olor a acetona procedente de su boca. Definitivamente, no tiene arreglo.

—Ahora no es el momento —digo mientras me levanto con un gesto airado del sofá. La imagen de Elena me ahoga—. ¿Podéis subir el aire acondicionado? No se puede respirar y huele a cerrado que tira para atrás. Salomé, por favor, avisa a mi mujer… Creo que está en la habitación de al lado. Que se vaya arreglando. En unos minutos tendremos que salir al balcón. Y tú, Ramírez, hoy no quiero ninguna entrevista, así que ve preparando todo para mañana. Va a ser una noche muy larga. Hoy solo redes sociales y todo el mundo en la sede y en provincias celebrando la victoria. Mi victoria. Las fotografías de cuando salga a ese puto balcón tienen que ser épicas. ¿Me entendéis? De leyenda. Hoy es un día histórico. Alberto, dile al fotógrafo que quiero verlas antes de que se las pase a los de redes y a los medios. ¿Entendido?

Nos quedamos en silencio y nos miramos, pensando cada uno en sus cosas. Empiezo a sentir por los muslos ese maldito calambre que, como un acordeón, acaba alcanzando mis caderas. Siento un deseo incontenible de doblarme sobre el estómago y expulsar a

golpes la batidora que llevo dentro. No hay un maldito médico que dé con la tecla. La cara se me empapa y presiento que van a comenzar nuevamente los espasmos. Desde pequeño, mi cuerpo tiene tendencia a somatizar mis temores y puede que la amenaza de Elena esté detrás de estas sensaciones.

Me agacho y tiro de un manotazo una botella de agua que cae sobre la camisa y la corbata verde que me regaló ella. Ramírez, mi jefe de prensa, se aproxima con sus gafas de montura plateada y me limpia con un pañuelo, que a saber de dónde habrá salido. Nunca me había fijado en el azul índigo de sus ojos.

—¡Déjame! —jadeo casi sin respiración—. Necesito una de esas pastillas. ¡Rápido!

Ramírez parpadea agitado, como un palomo nervioso, y sus ojos se hacen todavía más pequeños. Salomé me tiende la mano con el pastillero abierto para que coja el comprimido. Me lo embucho y cierro los ojos por un instante mientras voy sumergiéndome en un dulce sopor. El dolor va remitiendo y me sobreviene un sueño placentero que solo queda interrumpido con el tumulto de voces en la calle. «¡Presidente! ¡Presidente!». Un bochorno embriagante que me permite contemplar todo desde otra perspectiva. Oigo que alguien abre la puerta a mi espalda.

«¿Qué tal se encuentra?», oigo decir a Pedro, el mayor hijo de puta que he conocido, un macarra sin escrúpulos que se ocupa de hacer lo que haya que hacer en cada momento, sin darme demasiadas explicaciones. Es mi brazo ejecutor. Exactamente lo opuesto a Alberto, que siempre vive en un mar de dudas. Este lo mira con aprensión desde el otro lado de la estancia. Ambos

compiten por ser mi mano derecha. Los secretos de cada uno son la amenaza del otro.

Pedro se acerca a mí y me observa mientras me palpa la cara. Después se dirige a los demás, adueñándose de la situación.

—No podemos hacerles esperar más. La calle está llena de banderas; no cabe un alfiler en la plaza y están impacientes por ver a su líder. H. H., no puedes aparecer así, hecho un guiñapo.

Tras decir esto, se muerde el labio inferior y se aproxima a mi cara, sonriendo traviesamente mientras me cuchichea al oído.

—Y no quiero incomodarte en un momento como este, H. H., pero convendrás conmigo en que a partir de mañana tendremos que empezar a pagar nuestras deudas. La campaña ha sido costosa y vas a tener una fila de acreedores en la puerta, empezando por nuestro buen amigo Del Río. Ha vuelto a llamarme para que te recuerde que él ha cumplido su parte del trato y quiere asegurarse de que tú vas a cumplir la tuya. Me manda de avanzadilla, para que te lo comunique.

Pedro se incorpora y camina hacia la posición donde está Alberto, con pretendida despreocupación. Se lleva las manos a los bolsillos y se planta desafiante, observando a su rival. Aunque baja la voz para que no lo escuche, leo en sus labios las palabras que salen de su boca:

—Alberto, no se te ocurra volver a mencionarle a Elena. Tiene que pasar página. Nosotros nos haremos cargo de ese asunto a partir de mañana. No podemos dejar ningún cabo suelto a estas alturas.

Alberto parece amordazado, sin capacidad de respuesta. Respira profundamente, poniendo todo el empeño en que sus pulmones oxigenen su cuerpo, antes de susurrar:

—No sé si podemos esperar tanto —murmura con cautela aproximándose a Pedro mientras contempla a los demás, ajenos a la conversación—. Esta tarde estaba fuera de control cuando he hablado con ella.

—¡Pásame el número desde el que te ha llamado! Ya me encargo yo —dice Pedro resoplando con hartura mientras teclea sobre la pantalla del teléfono. Afean sus pómulos unas cicatrices del acné de una adolescencia difícil—. Suena, pero no lo coge —añade dirigiendo una mirada furibunda a Alberto—. Esto hay que zanjarlo ya.

Me voy despejando poco a poco y observo la puerta de acceso al balcón. Las voces se oyen cada vez mejor. No ha sido una campaña sencilla ni tranquila. Cada día un nuevo contratiempo. Primero, esas malditas fotos y después, ella.

En la calle, se oye cada vez más intenso el griterío. «¡Presidente! ¡Presidente!». Pienso en la nube de fotógrafos, cámaras y reporteros, y en los miles de descerebrados que sostendrán con una mano una bandera y con la otra el móvil para inmortalizar el momento en el que salga.

Voy incorporándome poco a poco y comienzo a oír el zumbido del himno del partido. Tengo que deshacerme del tipo al que se le ocurrió que podría versionarse en diferentes estilos. Ahora toca perreo. Me imagino a todos los que están allí abajo, perreando: la abuela fiel que muestra orgullosa su carné; el joven de las Nuevas Juventudes que busca un selfi y una *stock option* para un puesto de concejal o de senador, esos que tanto se han abaratado en las últimas décadas; el acreedor del partido, esperando que caigan las prometidas compensaciones, o el militante raso, que después de echar más horas que el reloj aspira a un sueldo de asesor sin

funciones específicas. Todos y cada uno de ellos suspiran por mi victoria.

Hoy me acuerdo de todos los que alguna vez me miraron por encima del hombro, los que no creyeron en mí y pensaron que era un pretencioso más que fuera de la política no tenía dónde caerse muerto. Pienso también en todos los que me han despreciado creyéndose más inteligentes que yo, pavoneándose de sus carreras universitarias terminadas, pero que no han pasado de ser más que gallos en su corral. Y recuerdo también a quienes se cachondearon de mis sueños y estarán viendo la televisión atragantándose con mi éxito.

A partir de mañana, la sede del partido se convertirá en un panal de rica miel al que acudirán moscas y moscardones de variopinto pelaje, ávidos de participar del festín. Cuando ganas, todo son palmadas, abrazos y parabienes. Cuando pierdes, el teléfono deja de sonar y las ovejas huyen en estampida en busca de nuevos pastores que las guíen. En este mundo de la política no hay lugar para la compasión, la amistad ni la lealtad sincera. Todo son intereses cruzados. Gente que utiliza a otra gente que, a su vez, solo piensa en cómo sacar provecho de ese uso.

La primera vez que me di cuenta de esto, sentí una fuerte repulsión, pero con el paso del tiempo me fui acostumbrando, como esos personajes literarios que tomaban veneno en pequeñas dosis para inmunizarse. Aunque nunca te acostumbras del todo. Un día cualquiera, el suceso más insignificante activa las toxinas ingeridas a lo largo del tiempo y sientes un deseo incontenible de expulsar a golpes toda la toxicidad que llevas dentro.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué resultado dan las encuestas a pie de urna! ¿Las has visto?

Carmen, mi mujer, entra sobresaltada a la habitación. Su melena resplandece en la penumbra. De un tiempo a esta parte había optado por un peinado equino con crin trenzada, una evocación de una adolescencia tardía para una mujer bien entrada en los cincuenta. Se sienta a mi lado, mirándome fijamente y ensayando una tentativa de sonrisa.

—¿Te gusta el vestido? Me lo compró papá hace dos semanas —añade—. Daba por descontada tu victoria.

Mi mujer balancea un *clutch* de lentejuelas de color azabache, a juego con su cabello, cerca de una televisión que emite imágenes de la calle y de estudios de televisión plagados de todólogos y tertulianos políticos. La observo con detenimiento mientras voy recuperando el pulso de la situación y compruebo que parte del carmín se ha esparcido por su boca. Nunca ha sido una experta en el arte del maquillaje y no podía ser menos esta noche.

—Estás muy guapa —miento piadosamente con un tono parecido al afecto conyugal—. Tu padre no podía fallar, como siempre.

Mi cuerpo se estremece al pensar en Alejandro, mi suegro. Nuestra relación no es que esté pasando por uno de sus mejores momentos, que digamos.

—Perdonad que os interrumpa —refunfuña Alberto con esa voz nasal de permanente resfriado—, pero hay que preparar el saludo en el balcón. Después tenemos que salir pitando hacia la sede, donde te espera todo el comité de dirección para hacer desde allí las primeras valoraciones oficiales, ya con los resultados del recuento. Están nerviosos, ya sabes. Cada uno quiere su espacio en la foto de

familia. La mayoría piensa que sus posibilidades de ser ministro del nuevo Gobierno dependen del lugar que ocupen en esa imagen.

Entretanto, Carmen nos mira a Alberto y a mí, confiada en encontrar una solución a mi bloqueo. Se acerca a darme un beso en la frente, esperando calmar la sorda agitación que adivina que me invade.

—Vamos a centrarnos en lo importante. Que ellos tengan su minuto de gloria, su fotografía para la posteridad alzando los brazos y dando botes. Quiero ver al bobo de Eduardo con sus patas de plantígrado en la estructura. Quizá sea la manera más inocente de acabar con un petardo como ese. —Carmen sonríe sarcásticamente, sugestionada por la idea de poner fin a la vida política de un zoquete profesional al que sabe que detesto—. En apenas unos minutos, el país se detendrá para ver a su futuro presidente, así que lo que haga el grupo de pelotas de los que te has rodeado no tiene que importarte.

Carmen se aleja con una afección impostada que no le pega. Debe pensar que es su noche y se ha metido de lleno en su papel de mujer del presidente. «¡Presidente! ¡Presidente!». Ya mucho más despejado, vuelvo a pensar en Elena. No sé dónde puede estar ahora. Tengo que localizarla enseguida, antes de que me estropee la noche.

—Venga, H. H. Te recuerdo que miles de personas te están aclamando y que es hora de que aparezcas —reclama Pedro, a un tris de perder por completo la paciencia—. Ya se conocen las encuestas a pie de urna y empiezan a comparecer los perdedores. Es tu hora. La hora de la verdad.

Me aproximo a la ventana y me asomo por el costado izquierdo de la cortina. Ya no cabe un alfiler. Alzo la mirada sobre los tejados. Es una noche de cielo bajo, sin estrellas. Comienza a sonar de nuevo la sintonía del partido. Un grito ensordecedor y entusiasta alcanza la estancia. Un sudor templado y exultante, como un orgasmo de buena mañana, me baña la frente, las cejas y la nuca.

Antes de entregarme a la muchedumbre, miro a Alberto, que con la cara pálida me hace una indicación señalando a su móvil. Parece que está a punto de darle un ataque, no sé si de pánico o de sobredosis. Le hago un gesto rechazando su llamada. Para que me interrumpa de esta forma, tiene que tratarse de algo serio, pero ya no puedo retrasar más la salida. Aparto la vista de su cara de angustias y reproduzco otra vez la imagen difusa de mi padre, el que nunca confió en mí. Cojo a Carmen de la mano y respiro.

—¡Abrid el balcón!

Las puertas se abren y salimos. Una luz cenital inunda la escena. Hay focos por todas partes. La calle es un clamor.

—¡Presidente! ¡Presidente!

Domingo

Siete días antes de las elecciones

2

Cuando la entrevistadora me preguntó cuál era mi primer recuerdo de infancia, por un momento dudé, pero enseguida acerté a poner esos ojos de cordero degollado que tanto provecho me habían dado en la vida. Sé que es asqueroso tener que interpretar constantemente, pero en este mundo de la política, mi mundo, resulta inconcebible no hacerlo. Y más un domingo por la tarde en un programa popular de televisión dirigido a jubilados y viudas. La gente piensa siempre que los políticos tenemos algún trauma oculto o un trastorno autobiográfico que no ha visto todavía la luz, y los periodistas se mueren por ser los que los descubran a sus lectores. Por supuesto que los hay, pero llegar hasta ellos no está al alcance de cualquiera, porque forman parte de nuestros secretos íntimos. O eso pensamos.

—Un beso de mi madre en la frente —contesté sin rubor, con un mohín de nostalgia de esos que conmovían a las madres de este país—. Se filtraba por la ventana de mi casa una luz de color rojo, luego amarillo y, por fin, violeta. Y la cara de mi madre delante de mí. Así la recuerdo y la recordaré siempre.

La periodista me miró con cierto arrobo y sacudió la melena a su derecha, dejando entrever un pendiente de aguja afilada en el lóbulo izquierdo. Era evidente que había mentido, pero mentir en

nombre del padre o de la madre de uno era un recurso políticamente necesario. Siempre funciona. He conocido a cretinos con acta de diputado que apelaban de modo habitual a su madre o a su padre muerto. Incluso a alguno al que se le murieron varias veces su madre y su padre, casi siempre coincidiendo con acontecimientos a los que prefería no asistir. Cuántas lágrimas de cocodrilo derramadas por muertos a los que en vida no podían ni ver.

La verdadera respuesta era otra, por supuesto. Debía tener apenas dos años e iba paseando de la mano con mi madre. Una señora vivaracha nos detuvo el paso. «¡Pero ¡qué bien alimentado está! ¡Está para comérselo!». Tan efusiva era la cacatúa que me pellizcó el moflete hasta que me escoció. En ese instante, me vino a la cabeza la primera maldición de mi vida. Siempre he creído que fue en aquel momento cuando nació mi fobia maxilofacial. Desde entonces, nunca he podido soportar ni besos ni pellizcos.

Siendo muy chico, desarrollé un profundo sentido del olfato y llegué a identificar a las personas por su aroma. Mi madre decía que tenía la trompa de un elefante africano y que aspiraba profundamente los olores como solo sabían hacerlo los paquidermos. Ella desprendía uno salino de algas muertas que emanaba de todo su cuerpo. Era un sudor espeso, una combinación indefinida de humedad y de cansancio.

Mi padre, en cambio, olía muy fuerte. Era un olor revenido que se nutría de muchas noches de insomnio, del calor húmedo de la ciudad y, sobre todo, de rabia contenida. Una ira indefinida, sin causa alguna, pero que debió marcarme de pequeño. Quizá oí alguna discusión o una pelea con mi madre que luego olvidé. Quizá algún bofetón recibido sin motivo. La cosa era que siempre había

temido a mi padre y eso era algo que compartía con mi madre. Fue entonces cuando descubrí que eso era lo que de verdad movía el mundo. Ni el amor ni otras zarandajas. El miedo.

Llegué a querer en algún momento a mi madre, quizá con un sentimiento doloroso de compasión y de pena. Quizá nunca tuve responsabilidad, porque un niño nace por definición en estado original de cobardía, pero muchas veces me he arrepentido, pasado el tiempo, de no haber sabido reaccionar.

—Pero háble me ahora de su padre. Queremos conocer los detalles de la vida familiar del candidato. Hay muchos espectadores que se preguntan qué aprendió usted de él. —La periodista había tensado la piel del rostro como el cuero de un tambor mientras me miraba con sus ojos de gata.

—Conservo un gran recuerdo de él. Un hombre hecho a sí mismo que me enseñó el valor del esfuerzo y de la integridad. Tuve la suerte de compartir largas conversaciones con él. Las recuerdo todas y cada una de ellas. Imagino que forman parte de mi aprendizaje de vida —contesté sin vacilación.

Esta vez me tuve que concentrar más en la bola porque, en verdad, jamás pude quererle. Aunque nunca lo expresase en voz alta, mi padre era un hombre que sentía un profundo desprecio por todo y por todos. En el fondo, ese comportamiento envolvía un soterrado complejo de inferioridad. Un hombre servil para los de fuera y autoritario para los de dentro. Tenía un extraño sentido del humor, ya que solo era capaz de reírse de sus propias bromas.

Trabajaba de funcionario en el servicio de urbanismo del Ayuntamiento de nuestra pequeña ciudad, aunque nunca supe realmente qué era lo que hacía allí. Y él evitaba hablar de ello. Salía

todas las mañanas de casa a las ocho, no sin antes acercarse a mi cama y acariciarme la espalda. Yo me hacía el dormido y, cuando se daba media vuelta, abría los ojos y me sentía liberado. El sonido de la puerta del piso al cerrarse tras su marcha era el anuncio de unas horas de tregua.

Lo único que nos unió, durante algunos años, fue el fútbol. Cada domingo, mi padre me arengaba antes de ir juntos al partido: «Vamos, H. H. Hoy ganamos seguro». En su juventud, había sido un admirador del futbolista Helenio Herrera. Hasta tal punto que su primera intención fue llamar Helenio a su primer, y único, hijo varón. Pero a mi madre no le gustaba, y fue una de las pocas veces que consiguió imponer su criterio: «Parece el nombre de un metal. Así no puede llamarse el niño». Por lo que finalmente mi padre cedió, pero no del todo. Estaba empeñado en que mi nombre comenzase por H, así que acabaron llamándome Humberto.

Mi padre coleccionaba todos los reportajes, entrevistas y fotografías de su ídolo. Nos hablaba de su estancia en Italia como si fuese un familiar suyo, del *catenaccio* como si lo hubiesen diseñado juntos, de sus triunfos en el Barcelona, el Atleti, el Inter de Milán. Sus tres matrimonios, sus ocho hijos, sus tres pasaportes… Sin duda era la persona que le hubiese gustado ser.

Cuando discutía con mi madre siempre le decía, vaya usted a saber por qué, lo mismo que Helenio a su segunda mujer, Dolores: «Me casé con un balón». Y ahí lo dejaba. Durante cinco años, desde los diez a los quince, cada domingo, me acompañó a los partidos para gritar como los demás padres, exigiéndonos un rendimiento que ellos jamás tuvieron, intentando curar sus frustraciones con nuestros futuros éxitos, que nunca llegaron.

Seguramente soñaba con verme triunfando, como al otro H. H., y se sentía frustrado cuando mis actuaciones no se correspondían con sus aspiraciones. «A Helenio le apodaban el Mago —me dijo un día en tono lastimero—, pero a ti, como mucho, te llamarán el Escapista, porque desapareces en cuanto el partido se complica». El muy desgraciado no pretendía otra cosa que hacerme sentirme mal, pero estaba, sin saberlo, anticipando mi futura carrera en la política.

Solo cuando ganábamos o marcaba algún gol, me daba una espléndida propina de cinco duros. Aquellas monedas que tenían un agujero en el centro, como los donuts. A cambio me pedía que le diera un beso. Yo apretaba la tripa, cerraba los ojos para estamparle el beso en la mejilla y después salía a la carrera con el premio en la mano. Era algo parecido al asco, pero mayor rechazo me producía ver cómo acariciaba a mi madre, y cómo ella se dejaba. Cuando a los quince años dejé el equipo, se acabaron nuestras escasas complicidades.

Un día escuché una conversación entre ellos: «Gerardo, ¿puedo preguntarte una cosa? ¿De dónde sacas el dinero para las propinas de H. H.?». La curiosidad era lógica, porque mi madre administraba los fondos que religiosamente le entregaba mi padre cuando iba al banco al principio de cada mes. «No hagas preguntas que no debes hacer, Teresa. No querrías escuchar la respuesta. Pero que sepas que el urbanismo es como las bodas de Caná, a ti que tanto te gusta ir a la iglesia. El agua se transforma en vino. Pues así es en el Ayuntamiento… Los expedientes se transforman… en otra cosa». Guiñó un ojo y se descacharró de risa, con un cinismo impúdico. Posiblemente esa fue la primera y única gran enseñanza de mi padre.

—Candidato Hurtado. Situémonos de nuevo en esos primeros años de vida. ¿Recuerda su primer día de colegio? —inquirió rendida la periodista, quien cumplía a rajatabla las instrucciones que le había pasado Ramírez sobre las preguntas que tenía que hacerme.

—Por supuesto: era un día de bochorno de esos que funden la sangre. Me acompañó mi madre, y yo me sentía el niño más afortunado del mundo. La amaba con locura y tenerla en ese momento allí, conmigo, era mi máxima aspiración. Cuando llegamos a las puertas del colegio de Santa María, una monja, la que sería mi profesora los años siguientes, la madre Sofía, me alzó con sus manos y me miró. Le dijo a mi madre que era un niño precioso y que tenía cara de listo. Que pronto aprendería a leer y a escribir. Y que también estaba convencida de que iba a ser un hombrecito muy importante. Bueno, imagino que se lo decía a todos, pero a mí lo de ser importante me llenaba de orgullo. —Sonreí, forzando el hoyuelo de mi pómulo izquierdo, uno de mis principales trucos para seducir al electorado.

Una vez más, la realidad era muy diferente. Acostumbrado a ser el dueño de mi casa, condición que mantendría a lo largo de toda mi vida como hijo único, mi madre tuvo que arrastrarme todo el camino hasta llegar al colegio. Para entonces, la bata ya estaba llena de manchas varias y de lamparones del chocolate que había desayunado. Nada más ver el corrillo de críos que esperaban la llamada de la campana para entrar al patio, me puse a llorar sin consuelo, como si el fin del mundo estuviera a punto de suceder. La madre Sofía me cogió de la mano con displicencia y me miró como a una rata. «Es el primer día y, por esta vez, no lo voy a tener en cuenta. Pero no vas a volver a llorar. Y ahora tira para adentro», me

espetó la monja y, agarrándome del brazo, me arrastró hacia el interior como un pelele. No me giré para ver a mi madre, porque imaginé que, para entonces, ya estaría camino del supermercado.

Durante los días, semanas y meses siguientes, me senté en un pupitre de la última fila y observé. En aquel tiempo, aprendí que, para sobrevivir, lo mejor era indagar con detenimiento. Los humanos siempre hemos sido como los animales, criaturas de costumbres. Todos nos comportamos de un modo parecido, con una disciplina que nos hace predecibles. El buen observador tiene que estar pendiente de las incidencias que puedan alterar la estabilidad del ecosistema. Si alguien se comporta de forma distinta a la habitual, hay que desconfiar.

A su vez, la madre Sofía también me miraba y se daba perfecta cuenta de mi estatismo contemplativo. Hasta que un día me llamó a su mesa, la mesa de la autoridad. «Humberto, quiero proponerte algo. Mira allí, en el baño: hay un disco colgado de la puerta con el color verde en el anverso y el rojo en el reverso. He visto estas semanas que eres un hombrecito de orden. Lo vas a demostrar. Te voy a sentar en la puerta y, cuando alguien entre en el baño, tienes que poner el disco en rojo. Luego, cuando vuelva a estar libre, en verde. No queremos poner cerrojos ni que nadie se encierre. ¿Lo entiendes? Además, si me cuentas qué chicos se portan mal, tendré un premio para ti».

Asentí mientras me hurgaba el caño izquierdo de la nariz. Pensé que de esa forma podría mirar por encima del hombro a todos los mocosos que compartían aula conmigo. Fue mi primera experiencia como titular de prerrogativas, y pensé que la tarea que me había asignado la monja me hacía superior a esos enanos a los que

todavía se les escapaba el pis por la entrepierna del pantalón. Tan orgulloso estaba que, nada más ver a mi madre a la salida del colegio, le dije que me habían nombrado jefe y que, si me pagaban algo, la invitaría a una Coca-Cola. Doy mi palabra de que hubiera sido así de haber sido compensado. Pero la muy miserable de la monja jamás se rascó el bolsillo de su hábito.

De aquel modo, fui logrando cierta fama entre mis compañeros, sentado en la silla como un santo en una hornacina velando por la seguridad del urinario. Incluso llegué así a conseguir mis primeras comisiones. Saquear a esa panda de meones era una tarea bastante sencilla. Bastaba con negarles el paso al baño en un estado de aguda necesidad y pedirles una chuche o un pedazo del bocadillo del recreo para dejarlos entrar. Es cierto que a cambio me tenía que tragar olores pestilentes, pero así es como aprendí que, para sobrevivir, muchas veces tenías que taparte la nariz o, directamente, sumergirte en la basura.

Pero, además, con este encargo comencé a experimentar el placer casi físico del poder. Tenía un pacto con los matones del patio: solo pegarían a los que yo les dijese, si querían que no los putease en el baño ni los acusase de lo que fuese ante la monja. Los débiles me hacían la pelota para que los protegiese, y los chulos se llevaban bien conmigo, por si acaso. Lo importante, como siempre, era ejercer ese poder sin que se notase.

—¿Recuerda algún momento que le marcara para siempre? En esos años de infancia, ocurren cosas que a veces son difíciles de olvidar.

La presentadora entornó los ojos cuando acabó de hacer la pregunta, probablemente porque ya le habían adelantado la

respuesta.

—Sin duda, la muerte de mi abuelo. Dormía en la habitación contigua a la mía. Todas las tardes, antes de acostarme, me acercaba a su cama y hablábamos de cualquier cosa. De la guerra, del odio, de la necesidad de superar los traumas del pasado. Cuando yo tenía diez años, un buen día de vuelta del colegio, mi madre me dijo que se había muerto. Para ella, su hija, suponía perder al referente de toda su vida. Y, sin embargo, la vi fuerte. Me llamó la atención su entereza en ese momento. Fue otra gran lección que no he podido olvidar.

La realidad, otra vez, distaba mucho de la respuesta. Mi abuelo llevaba años, al menos desde antes de mi nacimiento, postrado en su cama, ciego y mudo. Mi madre siempre contaba anécdotas macabras sobre la vida de su padre, que iba transformando día a día con una capacidad creativa espeluznante. Cada vez más sórdidas. Lo peor de todo era que se creía su propia historia, que nada tenía que ver con la que había contado la semana anterior.

Con el recuerdo de mi abuelo moribundo todavía presente, fui bajando la mirada para elevarla nuevamente hasta fijar los ojos en la nariz de la entrevistadora. Mi tono de voz fue descendiendo hasta convertirse en un sonido casi inaudible. Habíamos llegado al acuerdo de que en ese momento la entrevista tenía que ser muy emocional para captar la atención de la audiencia.

—Desde luego es una historia triste. Todos, de un modo u otro, hemos tenido que atravesar algún momento así en nuestras vidas —dijo la presentadora, con un ademán de resignación, encogiendo a continuación los hombros y posando la vista en la cartulina que sostenía en las manos—. Pero vayamos con la siguiente cuestión. Ha

llegado el turno de los telespectadores, que quieren que le preguntemos cuál fue el primer episodio histórico que recuerda y que más ha condicionado su vida.

Sin dudar un instante, respondí con tono grave:

—La muerte de Franco. Aquel día estaba jugando en el parque y vino corriendo mi madre a buscarme. Recuerdo a muchas otras madres llegar en tropel a buscar a sus hijos para llevarlos a sus casas. No comprendí al principio la razón de tanto jaleo, pero pronto me explicaron lo que había ocurrido. Sentí una extraña sensación de liberación, algo parecido a lo que se debe sentir cuando recobras la libertad después de haber pasado unos años en prisión. Y eso que yo solo tenía siete años. Mi padre me dijo que me sentase a su lado a ver la televisión, y así pasamos las horas restantes de aquel día. Tenía una sensación placentera que no acertaba a entender, pero que era muy agradable. —Sonreí a la vez que resoplaba, como si ahuyentara de mí algún recuerdo desagradable de aquel frío noviembre.

Mi biografía inventada no era capaz de evitar que afloraran los recuerdos de ese momento que guardaba en mi memoria.

Aquel 20 de noviembre, mi madre apareció de sopetón en el parque, sobresaltada, gritándome con su voz frágil y escurridiza: «¡Vamos a casa! Hay que esperar que venga tu padre. Y no te muevas de la habitación hasta que te digamos. No sabemos qué puede ocurrir ahora. Me dice la tía Julia que el ejército está movilizado y que, en cualquier momento, pueden tomar las calles». Lo cierto es que la idea de ver militares desfilando por mi barrio me parecía excitante.

De hecho, por aquel entonces, me hubiera gustado ser militar y tener un tanque para disparar a troche y moche. O ser obispo, de esos que mandaban bajo palio y con una cohorte de curas que le hacían la ola. La primera vez que le dije a mi padre que quería ser obispo me soltó una carcajada burlona, y, cuando cambié de opinión y le dije que mejor general del Ejército de Tierra, me respondió que me encerrara en mi habitación «antes de que me soltara dos hostias sin bendecir». Mi padre pensaba que mi cabeza no tenía límites para decir burradas y que estas me caían por la boca a chorro. Mi madre, sin más, no me hacía ningún caso y me observaba con sincera ternura.

Cuando mi padre regresó a casa, sentí una inquietud todavía mayor a la habitual. Había en sus ojos un gesto de amargura que se confundía con un miedo inaprensible.

«¡Joder, que se ha muerto Franco! Y dicen que viene la democracia, sea lo que sea eso. Toda la morralla de alborotadores estará frotándose las manos porque ven que esto puede cambiar. Aquí va a pasar que dejarán de trincar unos para que trinquen otros».

Cuando terminó su alegato, le ordenó a mi madre que tirara a la basura la fotografía de Franco que teníamos en el salón y otra en la que estaba con un grupo de falangistas cantando el «Cara al sol».

«Tenemos que adaptarnos rápidamente, porque todo va a ser diferente a partir de ahora. Y quiero que lo entendáis, porque no lo voy a repetir. En esta casa, nunca hemos sido franquistas. ¿Lo tenéis claro? Nunca», sentenció.

Mi madre abría atribulada los ojos, como si acabara de ver a Lázaro levantarse realmente de entre los muertos. Habíamos dejado

de ser franquistas en un pispás. Yo tenía un nudo en la garganta y no me atrevía a hablar hasta que, pasado un buen rato, me quedé a solas con ella: «Pero a papá le gusta cantar esa canción con el brazo en alto y ver los desfiles con esos trajes folclóricos, ¿no?». Mi madre se llevó el dedo índice a los labios, haciéndome el gesto de callar. Yo obedecí y no volví a mencionar aquello nunca más.

Nos convertimos en antifranquistas de primer año. Me sequé las lágrimas y me tranquilicé. Y más cuando recibimos la noticia de que las clases se suspendían una semana en señal de luto oficial por la muerte de Franco. Lástima que no resucitara de vez en cuando para volver a morir. Deberían haberme dejado tomarle el pulso para comprobar si estaba muerto. Ya tenía experiencia.

Mientras transcurrían aquellos días, aciagos para unos, venturosos para otros, el advenimiento súbito de mi familia a la democracia me enseñó que, por muy sentidas convicciones que se puedan tener, todas son susceptibles de ser cambiadas de la noche a la mañana. Nada es inmutable y, en general, el tiempo disuelve las contradicciones. Uno de los ejercicios que más me gustaba practicar con los responsables de mi partido era el de cambiar de opinión radicalmente sobre un asunto. Ajustaban el paso a una gran velocidad, entre el miedo y la aprensión. Decían y hacían lo que quería, porque yo mandaba. Así de sencillo.

—Puedo decirle, sin riesgo a equivocarme, que hoy conocemos mucho mejor al candidato Hurtado. Ahora solo queda esperar el resultado electoral ¿Puede usted adelantarnos su pronóstico? —La presentadora no podía ocultar el alto grado de satisfacción con el que se había desarrollado la entrevista. Soltó una sonrisa fallida y me miró con una complicidad poco disimulada.

—Estamos en manos de todos los ciudadanos. La democracia es que la gente decida y la gente es inteligente. Pone a cada uno en su lugar. Lo aprendí en mi casa desde niño —sentencié de corrido.

—Le agradezco que haya compartido con nosotros esta entrevista en la recta final de su campaña. Creo que esta mañana ha viajado usted a Santander y a Oviedo. Faltan apenas siete días, así que le deseamos suerte, de todo corazón —agradeció la presentadora con pretendida sinceridad.

—Así es. Gracias a usted y a toda la audiencia. Y vayan todos a votar el próximo domingo. —Giré la vista hacia la cámara y miré fijamente hacia el centro. Esa era la actitud correcta. Por un momento, pensé que Elena también estaba contemplando la función, como el resto de los millones de personas que nos estaban viendo. La diferencia era que ella conocía la tramoya a la perfección, del mismo modo que conocía todo sobre mi vida. No sabía a ciencia cierta si mi representación habría superado su análisis crítico, y más en ese momento en el que ella hacía pasar todo por la trituradora del despecho.

En cuanto acabó la entrevista, y mientras terminaba de saludar a los espectadores del plató, Ramírez me abordó sin contemplaciones.

—Has estado estupendo, jefe, pero me temo que no tenemos tiempo de relamernos. Me ha llamado Pedro. Hay un «asunto» que requiere tu intervención. Nos pide que nos reunamos ya mismo en el restaurante de Ramos, antes de tu cena con Carmen.

—¿Y qué es eso tan misterioso que nos tiene que contar ahora este? —pregunté enojado. Detestaba los contratiempos, y más teniendo en cuenta que faltaban apenas seis días para las elecciones.

—Ni idea, jefe. Alberto viene para acá también. En cuanto llegue, nos vamos —concluyó Ramírez.

3

A decir verdad, Alberto casi no había cambiado en lo esencial. O, al menos, yo no tenía consciencia de que así fuera. A mi lado, en el coche que nos llevaba al restaurante de Ramos, mi amigo de la infancia chasqueaba los dedos mientras observaba la pantalla de su móvil.

—Ya sabéis que no suelo ser demasiado optimista —dijo sin apenas tomar aire—, pero creo que estamos muy cerca de la mayoría absoluta. Leo los comentarios de la gente tras la entrevista y, joder, has triunfado. Parece que Elena piensa lo mismo. Me ha escrito a mí porque dice que no quieres saber nada de ella. «Es un sinvergüenza, pero confieso que ha estado insuperable. Díselo si te atreves. Que es un sinvergüenza». Pues nada. Que sepas que eres un sinvergüenza.

Lo observé detenidamente y contraje los hombros en un gesto inequívoco de resignación. Alberto me sonrió con esa mueca que había visto millones de veces desde que lo conocí con diez años.

Subimos al coche y Ortega, mi guardaespaldas, achuchó al conductor.

—Pisa a fondo, Andrés, que el jefe ha quedado después en Velázquez a cenar con su mujer y no debe hacerla esperar.

El chófer asintió y arrancó con brusquedad cuando el semáforo se puso en verde. El rally duró lo que dura un suspiro, porque a escasos cien metros el tráfico se había paralizado por completo. Con desgana, a sabiendas de que era inútil agobiarse, me arrellané en el asiento y me puse a leer los borradores de discurso del día siguiente —. Ninguna novedad, por lo que veo. Vamos con los mismos contenidos. Parece que Quintanar se está quedando sin inspiración. Habrá que pensar en contratar a otro, con un estilo diferente, más institucional.

Alberto evitó contestarme y esbozó un gesto de asentimiento, frunciendo los labios y agitando la cabeza. Como el día en que lo vi por primera vez.

Había abandonado el colegio de monjas y, como en el orden arcangelical, había ascendido al trono de los mayores. Me tocaba ahora practicar el sonambulismo en las aulas del colegio de San Francisco.

«Os presento a Alberto García. Va a ser vuestro nuevo compañero a partir de ahora. Se incorpora hasta final de curso y quiero que lo tratéis como corresponde. —El padre Casimiro tenía la costumbre de hablar y agitar el faldón de la sotana a la vez, por lo que no quedaba claro si la voz procedía de la laringe o del peroné—. Pasa al fondo y siéntate en el pupitre que está vacío. Te presento a tu compañero, Humberto».

Aquella irrupción repentina en el aula me sacó de mi natural estado de duermevela. Alberto avanzó por el pasillo, esquivando mochilas y carteras, y se dejó caer en la silla con naturalidad. Recorrió con una mirada de suficiencia toda la sala, como si quisiera apoderarse de ella en ese preciso y único instante, y comenzó a

sacar sus cuadernos de la mochila. Me llamó la atención el control aparente que ejercía sobre todo y sobre todos. Fue en ese momento cuando se giró hacia mí y sonrió con la marca de esos labios carnosos, antes de que existiera el ácido hialurónico.

Se sumaba así a mi retaguardia. Porque los curas habían tenido la genial idea, como antes las monjas, de situarme al fondo del aula. En ese sentido, la transición de los hábitos de monja a las sotanas de sacerdote en el nuevo colegio no había deparado ninguna novedad. Desde mi posición en la retaguardia, contemplaba, como en una película, las escenas que se sucedían. Los niños embadurnados de tiza, resoplando mientras resolvían la última multiplicación de diez dígitos que había puesto el padre Fernando, o una de las frecuentes tundas que se llevaba el hijo del profesor de Historia por parte de su propio padre cada vez que no se sabía la lección. El resto, para mí, era puro automatismo.

Bastaba con dejar pasar los días, aprender lo justo y necesario de aquellas plomizas clases y sofisticar el arte de copiar a los empollones. Una técnica fundamental para lograr cualquier objetivo, incluyendo, por supuesto, el de medrar en la vida. La política, sin ir más lejos, es una síntesis de plagio y ocurrencia a partes iguales. Quien domina ambas disciplinas tiene muchas papeletas de triunfar en ese campo de minas, donde un traspié puede mandarte al abismo.

Esperé a la hora del patio para entablar mi primera conversación con él. «No eres de aquí, ¿verdad? No te he visto nunca por la ciudad». Alberto me miró pensativo y me examinó de arriba abajo con esos ojos estrábicos que el tiempo no había hecho más que agrisar. Me contestó con una voz que sonaba a muelle oxidado. «Mis

padres han venido a trabajar aquí. Y mis hermanos y yo hemos venido con ellos. Esta ciudad es un poco pequeña, ¿no?».

«Bueno, no te creas, es la capital de la provincia», respondí muy ufano y revelando ingenuamente que nunca había salido de mi pequeña ciudad. Para entonces, Alberto había empezado a dar buena cuenta de un bocadillo de anchoas enlatadas. Comía con fruición, saboreando cada bocado como si fuese a ser el último. Daba gusto verle comer. «¿Quieres?», me preguntó tendiéndome su papel de aluminio. «No, gracias, ya he desayunado. Oye, ¿coleccionas cromos? Tengo a Pirri repetido. Y te lo puedo cambiar». Me miró con curiosidad y bajó los ojos hacia el suelo. «No colecciono cromos y tampoco me gusta el fútbol. Lo siento».

Pensé que un tipo que no coleccionaba cromos a nuestra edad era un desgraciado, un pobre o las dos cosas. Me dio pena y, a pesar de su negativa, se lo ofrecí. «Toma, te lo regalo». Él extendió la mano como un cachorro dócil y aceptó el presente. Bien pensado, nuestra relación durante los cuarenta años siguientes no ha variado mucho desde aquel primer encuentro.

Al cabo de unas semanas, conocí al padre de Alberto. Era un hombre afable, de apariencia cálida y con unos ademanes que denotaban un gran dominio de todas las situaciones. Tenía una voz grave, muy diferente al tono destemplado de la de su hijo. Hablaba como un locutor de radio y conseguía envolver a quien le escuchaba. Cada vez que me dirigía la palabra, me enfrascaba estúpidamente en lo que decía, más por la forma que por el fondo.

Era todo lo contrario a mi padre. Tenía buen porte, aunque siempre pensé que el loden que llevaba, dos tallas más grandes que su cuerpo, revelaba que, en algún momento de su vida reciente,

había tenido sobrepeso. Me llegué a obsesionar con él, quizá porque representaba todo aquello que yo consideraba, en mi ingenuidad adolescente, como un compendio de virtudes.

«¿En qué trabaja tu padre?», le pregunté un día a Alberto. «Es ingeniero. El ministerio ha encargado a la empresa para la que trabaja que amplíen una de las carreteras de esta provincia. Yo voy a donde destinan a mi padre. Y ahora le toca aquí». «¿Y cuánto tiempo durará la obra?». «No sé. Dice que dos años, pero que nunca se sabe, que a veces las obras se alargan mucho tiempo. Que casi siempre hay retrasos». Para mis adentros, deseé que la carretera no se acabara nunca. Por fin tenía un amigo. Y un padre de un amigo.

Por lo demás, los cursos se sucedían en el colegio con aparente monotonía. Los iba superando con cierta facilidad, sin méritos reseñables ni resultados fabulosos. En suma, yo era alguien del montón, aprobar era mi único objetivo y no sentía ninguna motivación por conseguir mejores calificaciones.

«Pierdes el tiempo», le dije un día a Alberto, que se esforzaba por sacar las mejores notas. «El mundo no es de los inteligentes, es de los listos». «¿Y tú dónde has leído eso, Séneca?», me preguntaba él con sorna cada vez que escuchaba una de mis afirmaciones categóricas. «No lo he leído. Es pura intuición. No te va a servir de nada estudiar todo lo que estudias. Acabarás al servicio de alguien menos inteligente que tú. No eches a perder tu talento en los libros. Solo sirven para ocupar espacio».

Por supuesto, a esa conclusión no había llegado por mi propia cuenta, sino que se la había escuchado alguna vez a mi padre. Y he de reconocer que, a pesar de venir de él, acabó convenciéndome. Muchos años después, confirmé que las oposiciones, los concursos

de méritos o los ascensos de escalafón, con sus cesantías y sus trienios, no te dan ninguna ventaja en un mundo en el que solo prosperan quienes tienen más audacia y menos escrúpulos.

Un día cualquiera, de esos que transcurrían entre la gala de Navidad y las flores de María, aterrizó por la clase un nuevo alumno, como lo había hecho en su momento Alberto, pero aquel episodio fue muy diferente. Esta vez el chaval no parecía tener ningún dominio de la situación y, en un ecosistema de chacales con acné, una actitud así podía resultar muy peligrosa. No ayudaba en nada su aspecto físico, una encarnación vívida de Mortadelo, con un tupé claramente preparado por su madre para la ocasión. Venía con todas las papeletas para convertirse en el hazmerreír de la jauría.

Cuando lo vi por primera vez, sentí vergüenza de la vergüenza que ese niño tenía de sí mismo. Pero no estaba yo para resolver los problemas de otros y menos los de un perdedor de libro.

Durante mucho tiempo desarrollé un instinto agreste de supervivencia, basado, entre otras cosas, en escurrir el bulto cuando había un problema y en evitar la compañía de los frustrados y los que solo traían problemas. Alberto no entendía mi indiferencia, hasta el punto de considerar que había un atisbo de sadismo en mi comportamiento.

«El mundo se compone de ganadores y de perdedores, amigo. Mantente alejado de los perdedores. Y este es uno de manual», le dije un día a mi amigo, que se mostraba a disgusto ante tanto desdén.

Al poco tiempo, y dado que los más básicos de la tribu no podían contener sus impulsos violentos, llegaron las primeras hostias. Como todo en la vida, hay un momento en el que estamos predestinados a

que ocurra lo que no podemos evitar. Mortadelo era carne de cañón, de los que no escarmentaban y de los que no aprendían ni a topetazos.

Aquella tarde asomamos por el patio y vimos al brioso Gálvez sostener por el gaznate a su víctima, entre las risotadas del coro de matones que le seguían y le reían las gracias. «Quítate las gafas, que te voy a dar una bofetada y no quiero hacerme daño», gritaba el gañán ante el regocijo de sus moscones mientras Mortadelo suplicaba que lo soltara.

«¿No vamos a hacer nada?», preguntó Alberto. «No, absolutamente nada. Vámonos de aquí antes de que alguien nos vea. Mientras reciba él, nos libramos nosotros». Sabía que esa actitud no era muy edificante, pero había veces que no había mal que por bien no viniese. Y Mortadelo algo podría aprender de los golpes, si es que era capaz de extraer alguna lección de todo aquello.

Al día siguiente, apareció por clase la madre de Mortadelo. Lo cierto era que no se parecía en nada a él, y verla hasta me provocó unas cosquillas tempranas cuyo origen y significado no alcanzaba a entender a esa edad. El padre Damián acompañaba a la furibunda madre, a la que, por un momento, pensé que le iba a estallar el corazón de la rabia que tenía. Mortadelo, a sus once años, se escondía detrás de la mujer. Y bien que se podía esconder, porque tenía un manchurrón pardo en la mejilla izquierda, un moratón en toda la regla que tardaría varias semanas en desaparecer.

«¿Quién ha sido?», gritó sin demasiada convicción el sacerdote, acostumbrado a las trifulcas propias de los agitadores de hormonas que pasaban por las aulas.

Silencio. La clase se había convertido súbitamente en un grupo de figurantes del cine mudo, con el protagonista doliente refugiado tras las faldas de su mamá. Nadie movió un solo párpado.

«Cariño, dinos quién ha sido», preguntó la madre a la vez que abrazaba a su hijo. Mortadelo miró de hito en hito a todos, pero sus labios estaban sellados. Se echó a llorar y salió corriendo como un galgo temeroso.

«Ves, eso es miedo —murmuré a Alberto en un tono inaudible para los demás—. El miedo es la razón de ser de todo y lo único que mueve el mundo. Recuérdalo». Volvía a citar las palabras de mi padre.

Por aquel entonces, comencé a descubrir que las mujeres serían una de las principales diversiones de mi vida, pero ni se me pasó por la cabeza pensar que acabarían convirtiéndose también en una de mis mayores amenazas. Yo era un pipiolo que buscaba la atención de las mujeres con poco más que la astucia que me había procurado mi, entonces, corta experiencia vital y mi presunción de hombrecito que quería comerse el mundo. Así era yo el día que conocí a la hermana mayor de Alberto, Carlota.

Fue una tarde de un invierno brumoso en la que mi amigo me había invitado a su casa. Cada vez que me abrían las puertas de su hogar, era como si delante de mí se abrieran las del edén. Carlota estudiaba Medicina en la universidad de la capital y estaba pasando unos días de descanso en el hogar familiar. Yo me estaba acabando una naranjada junto a Alberto, dejando pasar las horas en el salón, cuando apareció de pronto, descalza, con esos muslos contundentes que balanceaba siempre por debajo de unas faldas ajustadas. Nunca había visto algo parecido y maldije para mis adentros que Alberto no

me la hubiera presentado antes. Carlota representaba el ideal de mujer al que yo podía aspirar, aunque tenía ocho años más que nosotros.

Me quedé inmóvil y ensimismado cuando se me cayó lo que quedaba de naranjada en el jersey. Carlota me observó y sacó la punta de su lengua burlonamente, haciéndome sentir el ser más estúpido del mundo en aquel instante. Con el paso del tiempo, descubrí que había un momento en que las mujeres eran conscientes de que estábamos pillados por ellas y, a partir de ahí, jugaban con nosotros. Me han acusado muchas veces de ser un machista, pero mi respuesta siempre es la misma: «¿Machista, yo? Pero ¡si lo que más me gusta del mundo son las mujeres!».

Repuesto de mi turbación, comencé a limpiar la humedad con la impericia de un principiante, pero, lejos de eliminar el cerco de la mancha, esta se extendió más y más, sin remedio alguno.

«¡Deja de hacer el ridículo ya!», me dijo Alberto con una incomodidad impropia en él. Pensé que quizá, dentro de unos años, además de mi amigo podría ser mi cuñado, aunque para eso tendría que convencer a Carlota de que se casara conmigo. Aquello fue un amor a primera vista.

Ella desapareció por la misma puerta por la que había entrado y ya no la volví a ver hasta que pasaron varias semanas. No dejaba de recordar su sonrisa incitante y la suave piel de sus muslos bajo la falda menuda. Intentaba inútilmente que Alberto me contara algo sobre ella y que, a su vez, él le contase algo sobre mí.

«Pero ¿qué quieres que le cuente de ti, tonto? ¿No te das cuenta de que no eres más que un puto crío para ella? Ni se ha fijado ni se va a fijar en ti… Solo has sabido hacer el ridículo más espantoso.

Además, tiene un novio de muy buena familia. Lo conoció en la facultad y parece que van en serio. Él estudia Arquitectura y se las da de guapo y enrollado, aunque te diré que es un pedazo de gilipollas».

Siempre he pensado que Alberto es un misógino de manual. Es más, apenas le he conocido relación con ninguna mujer. Y, cuando las ha tenido, han sido breves y tormentosas. Quizá el próximo ministro de Presidencia tenga un cadáver en el armario que a día de hoy no ha sido capaz de liberar.

Pasé muchas noches pensando en Carlota, imaginando formas de conquistarla, con la ingenuidad del novato que no sabía cuáles eran sus límites. Me enamoré hasta las trancas. Llegué a pensar que, además del miedo, había otro vínculo que movilizaba a las personas, algo sagrado, superior, como el amor, que no era efímero y que podía con todo. Dando rienda suelta a mi imaginación, o a mis deseos, llegué a creer que ella se fijaría en mí, antes o después.

Estaba tan seguro de mí mismo que acabé por convencerme de que la próxima vez que la viera, caería rendida ante mí. No me preocupaba la idea de que aquello pudiera no llegar a ocurrir nunca, porque los ganadores siempre estamos convencidos de la victoria. Imaginaba que nos rozábamos y que el tacto de su piel despertaba en mí todas las sensaciones posibles que un hombre podía tener.

Un día Alberto me dijo que Carlota regresaba a pasar el fin de semana en casa, y me preparé para el reencuentro. Estuve horas ensayando nuestra primera conversación, con una mezcla de candidez y determinación, delante del espejo de la cómoda de la habitación de mis padres. Incluso le robé a mi madre un viejo anillo con un diamante pequeño, pero diamante al fin y al cabo, para

regalárselo nada más verla. Reuní el valor necesario para reencontrarme con ella y me dirigí aquel sábado a su casa, como un galán de película de sobremesa, dispuesto a todo para conquistarla.

No entraba en mis planes verla con su novio, ese patético aspirante a arquitecto, pero allí estaba ella, agarrada de su mano. Al verlos, forcé una sonrisa impostada y ceremoniosa y pensé que lo mejor era desaparecer. Nada ocurrió como yo había previsto.

Así fue cómo, rabioso y con lágrimas en los ojos, me batí en retirada, sintiéndome un auténtico desgraciado. Me costó una eternidad olvidarla y durante mucho tiempo después pensé que ese primer amor, que no era más que una quimera, seguía presente en cada nueva relación que tenía. Por primera vez, sentí un aguijón de dolor profundo y pensé que era vulnerable.

Seguí visitando mucho tiempo la casa de Alberto y me hice mayor entre sus paredes. La obra de la carretera se había por fin ampliado, entre retrasos y suspensiones, y ya habían transcurrido cinco años desde que mi amigo asomó por primera vez en el colegio.

Estábamos a las puertas de ir a la universidad y nos convencimos mutuamente de que debíamos seguir juntos. Alberto quería estudiar Derecho, seguro utópicamente de que podía impartir justicia en este mundo. Yo, a pesar de mi padre, había tomado la sabia decisión de no renunciar a mi propósito de ser político, de modo que me decanté de inicio por estudiar Ciencias Políticas. Enseguida cambié de parecer y, finalmente, elegí también la Facultad de Derecho, esa a la que iban a parar indecisos, hijos de abogados con despacho y, sobre todo, niñas de buen ver con padres con cartera. Pensamos que podríamos alquilar un apartamento juntos y compartir así

nuestra vida de universitarios, sin límites y con toda la intensidad que unos jóvenes de esa edad podían experimentar.

Todo parecía que iba como miel sobre hojuelas hasta aquel día que fui a buscar a Alberto a su casa. Llamé varias veces al timbre y nadie contestó. Me detuve un instante y esperé pacientemente a que alguien abriera la puerta. Escuché ruidos confusos en el interior y opté por mantener la calma. Por fin, la puerta se abrió y apareció mi amigo. Su cara estaba desencajada y le temblaba la barbilla.

«¿Qué ha pasado?», acerté a preguntar. No hubo respuesta, solo un gesto para que pasara delante de él. Había un halo inconfundible de tragedia, de suceso imprevisto e irreversible. No había rastro de nadie más en la casa.

«Alberto, por favor, ¿puedes decirme qué ha ocurrido?». Había elevado la voz, creyendo que, de esta manera, atraería su atención, sin sospechar que, en aquel momento, esta viajaba por una dimensión inalcanzable para mí.

«Han detenido a mi padre esta mañana». Aquellas palabras, que Alberto disparó a bocajarro, me alcanzaron de lleno.

«¿Qué me estás diciendo? ¿Por qué?». Cabeceé para intentar sobreponerme a la noticia. No daba crédito a lo que estaba escuchando. «Al parecer, mi padre le dio una comisión al jefe de sección de carreteras de la provincia para asegurarse la ampliación de la obra. La Guardia Civil tenía registrada la conversación con el funcionario. Él no lo ha negado. Ha ido a su habitación y se ha cambiado de ropa. Se ha vestido con su traje azul marino y la corbata que le regaló mamá por Navidad. Y se ha ido esposado».

Alberto rompió a llorar desconsoladamente, entre arcadas y pucheros, y no fue capaz de articular ni una palabra más. En un

minuto de conversación, el mito se había desvanecido y tenía la necesidad de encajar de nuevo todas las piezas, como un rompecabezas que de pronto se caía al suelo.

Tal vez había idealizado al padre de Alberto, en contraste con el mío. O tal vez era incapaz de entender que aquella detención no era más que una situación transitoria y necesaria del mejor hombre que había conocido hasta entonces en mi vida. En mi mente de joven inmaduro, todavía existía un ciego temor a la autoridad que impedía extraer de aquel arresto alguna enseñanza positiva.

Por fortuna, el tiempo fue pasando y yo fui perdiendo la inocencia, casi a la misma velocidad que la de los coches que se cruzaban en dirección contraria por la calle. Recordar aquella ingenuidad infantil me ruborizaba.

Ahora que veía a Alberto a mi lado en el asiento del coche, hojeando a toda prisa unos papeles, pensé en lo lejos que quedaban aquellos días tristes y los años que siguieron de juicio y cárcel. Lo observé con distracción y vi que era el mismo, con sus mismas dudas y debilidades. Le puse una mano sobre la pierna y le sonreí.

—Dile a Carlota que nunca me he olvidado de ella. —Me miró con una mezcla de sorpresa y estupefacción, escrutando mi vista cansada.

—¡Qué coño le voy a decir, joder! Concéntrate en los días que nos quedan hasta las elecciones y olvídate de las mujeres por un momento. Bastante problema tenemos con Elena. Recuerda que luego cenas con tu mujer y que se llama Carmen, no te vayas a confundir. Ahora vamos a ver qué coño quiere Pedro.

Andrés detuvo el coche, por fin, a la entrada del restaurante. En la puerta nos esperaba Pedro. Su cara era un poema:

—H. H., tenemos un problema de los gordos. Podemos perderlo todo. Mira tu móvil.

4

Entramos precipitadamente en el restaurante al que solíamos acudir cada vez que había una crisis. Conocíamos al propietario, José Antonio Ramos, un excompañero que había dejado la política hacía tiempo para montárselo por su cuenta. Decía que estaba harto de ser carne de cañón y de lamer el culo del jefe de turno para estar en las listas. Sus compañeros también estaban de él hasta el gorro por las faenas que les hacía, así que, cuando decidió abrir un restaurante cerca del Congreso y lo llamó Ramos de Pascua, nos pareció un cachondo y pasó a tener asegurada la clientela.

Como conocía el negocio, había montado unos cuantos reservados en la trastienda del local, donde se podían celebrar reuniones sin riesgo de que algún comensal te reconociera y decidiera pegar la oreja, o peor, encender la grabadora del móvil.

Cuando teníamos un problema serio, íbamos al restaurante de Ramos y pasábamos directamente a nuestro reservado. Aquello era mucho más seguro que la sede del partido, donde siempre teníamos la sospecha de que alguien podía haber instalado un micro en cualquiera de los despachos o salas de reuniones. En política, la información comprometida sobre alguien es el tesoro más preciado. Una garantía para estar en puestos de salida en la siguiente lista o

una manera de asegurarse una recolocación inmediata después de tener que dejar un puesto por una dimisión forzosa.

A esa hora de la tarde, no cabía un alfiler en el restaurante. Plumillas comiendo croquetas de jamón en busca de un diputado distraído que les resolviese el día con una información de última hora, tertulianos agradecidos que daban cuenta del penúltimo vaso de whisky, turistas extranjeros con aspecto de serlo, grandes santones de la política nacional que llevaban años buscando un poco de atención, contubernios de consultores y otros *dealers* de la intermediación al asalto de una enmienda pendiente de aprobar, blogueros con pretensión de crear un partido político… Todos mercadeaban con la información, de mesa en mesa, de corrillo en corrillo. Ramos de Pascua se había acabado convirtiendo en un lugar de referencia donde cualquiera que quisiese hacerse un nombre en el mundillo de la política tenía que ser visto por allí alguna vez.

A pesar de la distinguida concurrencia, en casa de Ramos podíamos hablar sin cortapisas. Bastaba con llamar previamente para que el bueno de José Antonio tuviera una mesa preparada. Al vernos llegar, nos hizo un gesto expeditivo desde el quicio de la puerta del restaurante para que entrásemos. Giramos hacia la izquierda del mostrador, manteniendo la debida distancia de seguridad con la fronda de mesas de curiosos y ganapanes que apuraban la tarde. Ramos abrió el paso, entre camareros ávidos de terminar su jornada, y nos condujo a uno de los reservados, que se había hecho famoso antaño porque allí había cuajado, entre vapores de ginebra y aceitunas cordobesas, una moción de censura.

Nos sentamos en una mesa redonda los cuatro: Ramírez, Alberto, Pedro y yo. El núcleo duro. Ramos, sin preguntar, nos sirvió cuatro

whiskies dobles con hielo y un plato de jamón ibérico.

—Si queréis algo más, solo tenéis que llamarme —dijo mientras cerraba la puerta a su salida.

Apenas habíamos dado el primer sorbo a la bebida, Pedro carraspeó con la mirada perdida. La preocupación se reflejaba en su cara.

—Venga, Pedro. Cuéntanos. ¿Qué es eso tan grave que ha pasado? —preguntó Alberto restando importancia al asunto que nos había convocado allí. La rivalidad entre ambos hacía que siempre intentasen menospreciar cualquier cosa que viniera del otro, antes incluso de conocer de qué se trataba.

—Hace un rato me ha llamado Del Río para decirme que *La Nueva Información* lleva mañana en portada que él pagó comisiones hace cuatro años a cambio de la concesión de los hospitales.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —preguntó Alberto, casi sin dejar terminar a Pedro—. Aquello fue cosa de un gobierno autonómico. H. H. no estaba allí. Mañana cuando nos pregunten, nos desmarcamos y decimos que el nuevo Ministerio de Transparencia abrirá de inmediato una investigación sobre el tema, caiga quien caiga.

—Ojalá fuera tan fácil —continuó Pedro—. Aquellas comisiones fueron al partido cuando H. H. acababa de ser nombrado presidente.

—Así es —acerté a afirmar, con un nudo en la garganta—. El partido tenía una deuda enorme y se venían las municipales y autonómicas. Tuvimos que hacer malabares para saldar todo aquello, y las ayudas de los empresarios afines fueron muy bienvenidas. No hace falta que os diga que no lo hacían a fondo perdido.

—Entonces estamos jodidos —sentenció Alberto—. ¿No hay forma de que este marrón se lo coma el presidente regional? Que además está ya de salida…

—No —dijo Pedro con contundencia—. Del Río me ha dejado bien clarito que no va a caer solo; nos va a arrastrar con él. Dice que tiene pruebas de que H. H. estaba al corriente de este asunto y que no va a dudar en utilizarlas.

—Llámale ahora mismo —exclamé con un tono áspero, a punto de apurar el último sorbo del vaso—. Quiero hablar con él.

Pedro pulsó el botón de rellamada, y Del Río, nuestro constructor benefactor de cabecera, contestó al instante.

—Buenas noches, Mauricio. Estoy con el candidato, quiere hablar contigo.

Pedro me pasó el móvil, mirándome detenidamente. Todos estaban inertes, como estatuas, a la espera de una conversación que podía cambiar el rumbo de mi vida y de las suyas. Nadie movía un dedo ni se atrevía a respirar.

—Me alegra escuchar tu voz, Humberto. Siempre es un placer charlar contigo —respondió Del Río, forzando una familiaridad que parecía querer transmitir que nuestra relación era muy estrecha. Quizá sospechaba que su teléfono podía estar intervenido.

—Buenas noches, Mauricio —dije con un tono amable pero distante—. Ya estoy al corriente del asunto. Lo que no entiendo es esa hostilidad hacia mí, con todo lo que hemos pasado…

—Hostilidad, ninguna, te lo aseguro. Pero no voy a ser el tonto que pone la pasta y encima acaba en el trullo —dijo con una voz despejada que adquiría, por momentos, un cariz intimidatorio.

—Bueno, entiendo que nadie te obligó a poner nada. Si alguna vez has hecho alguna aportación al partido, fue porque creías en el proyecto —le recriminé, con cierta hipocresía, evitando decir cualquier cosa que pudiera incriminarme.

—No te hagas el tonto, Humberto, que no estoy para bromas —respondió desde otro lado del teléfono—. Te repito que no quiero joder a nadie, pero si me pregunta la prensa o la policía diré lo que sé. Y tú y yo sabemos lo que eso implica.

—Entendido. Déjame que haga una llamada y volvemos a hablar enseguida —dije, consciente de que nada de lo que pudiera decir en aquel momento iba a cambiar su postura—. Por cierto, ¿estás en Madrid? Porque preferiría que nos viéramos personalmente.

Me preocupaba la deriva que estaba tomando la conversación con Del Río, por si al final yo también acababa dando explicaciones ante un juez y esa llamada se utilizaba como prueba.

—En periodo electoral, procuro evitar desplazamientos innecesarios, por lo que pueda pasar. ¡Qué te voy a contar! —contestó—. Ya sabes aquello de en tiempos de tribulación, no hacer mudanza…

—Perfecto. ¿Te parece que nos veamos en el restaurante de Ramos o prefieres otro sitio? —pregunté.

—Puedo acercarme al restaurante sin problema —dijo, suavizando el tono—. Está cerca de mi oficina y todavía sigo aquí. Llegaré en unos veinte minutos.

Nada más colgar me volví hacia Ramírez, que no había abierto la boca desde que llegamos al reservado, y le pedí que me pasara con el director de *La Nueva Información*. La única salida era, al menos, aplazar la publicación hasta después de las elecciones.

Ramírez habló con su secretaria, que le pasó la llamada de inmediato en cuanto supo quién solicitaba hablar con su jefe.

—Buenas noches, Arturo. ¿Qué tal va todo? —dije con voz suave.

—Buenas noches, Humberto —contestó sin un atisbo de sorpresa, como si estuviera esperando mi llamada—. Me pillas en una cena de trabajo, pero para ti siempre estoy disponible. Supongo que estas preocupado por el asunto este las comisiones, ¿no? Para tu tranquilidad, puedo decirte que a ti casi ni te mencionamos. Vamos a centrarnos en el constructor y en el consejero de Sanidad que firmó las concesiones. También hemos evitado cualquier referencia al partido para no inmiscuirnos en el proceso electoral.

Arturo Gámez era un buen periodista que se había hecho un nombre en las tertulias políticas. Cuando uno de los grupos de comunicación más importantes del país decidió abrir un periódico de tirada nacional, con un enfoque muy centrado en la gestión pública y la lucha contra la corrupción, le encargaron a él la dirección del proyecto. Apenas llevaba unos meses en el cargo y esta era su primera gran exclusiva. Tenía los ingredientes necesarios para triunfar: comisiones, concesiones, un constructor conocido y, por si todo ello fuera poco, el caso saltaba a pocos días de unas generales. Su voz transmitía un entusiasmo contenido.

—Agradezco tus explicaciones, Arturo —dije endulzando aún más el tono—. Pero sabes que es imposible que, si esto salta ahora, no influya en la votación.

—Y ¿qué sugieres? —me espetó con una incomodidad evidente—. ¿Que meta en un cajón un bombazo como este porque no le conviene a tu partido?

—Jamás se me ocurriría pedirte algo así —afirmé después de coger aire—. Pero sí que lo guardes hasta que hayan pasado las elecciones. A cambio, te ofrezco en exclusiva mis primeras declaraciones sobre las medidas que vamos a tomar para depurar responsabilidades. Además, si ganamos tenemos el chollo de la publicidad institucional para tratar bien a quien se lo merezca…

—Es una oferta muy tentadora, Humberto, pero no puedo aceptarla. ¿Dónde quedaría la ética periodística? Y, sobre todo, ¿cómo sé que otro medio no me va a reventar la exclusiva en ese tiempo? Si esta información me ha llegado a mí, puede que la tenga alguien más.

Arturo hablaba con mucha seguridad, arrogándose la condición aparente de periodista probo.

—No hay nada que diga que pueda hacerte cambiar de opinión, por lo que veo —respondí consternado.

—Sabes que no, pero tienes mi palabra de que las menciones al partido van a ser mínimas —insistió—. Nos centraremos en los dos protagonistas: el constructor y el consejero.

Tras decir esto, dio por concluida la conversación y colgó. Yo miré a cada uno de mis acompañantes buscando una respuesta, una salida, pero el miedo no les dejaba pensar. Estaban desconcertados y eran incapaces de recuperar el pulso. Incluso Pedro, que es quien mejor se maneja en este tipo de situaciones, estaba atenazado por la angustia. Del Río, por su parte, no tardaría en llegar, y no teníamos nada suficientemente convincente que ofrecerle.

Miré a Alberto, que en aquel instante navegaba por un profundo mar interior de dudas e inquietudes, y le pregunté qué intención de voto nos daba el último sondeo.

—Estamos casi en un cuarenta. Once puntos por encima del segundo.

—¿Lo tienes impreso? —pregunté convencido de que en la carpeta que siempre llevaba bajo el brazo mi asistente no podía faltar una copia de las encuestas más recientes.

—Claro. En mi cartera; la tengo en el coche… —respondió al instante.

—Ve a por ella y prepara un dosier para dárselo a Del Río en cuanto llegue.

Minutos después, volvió con su bandolera de cuero bajo el brazo agitando los preciados papeles con la otra mano.

—¡Aquí lo tienes!

Sin apenas tiempo para prepararlo todo, se presentó Del Río, acompañado por nuestro anfitrión, quien, siguiendo mis indicaciones, le había guiado por la trastienda hasta el reservado para evitar a los fisgones.

—Ponle un whisky a nuestro invitado y tráete otra ración del mejor jamón que tengas —ordenó Pedro.

Mauricio y yo nos dimos un fuerte apretón de manos, y él saludo a los demás con un leve movimiento de cabeza. Después de preguntarnos por la salud y la familia, entramos en materia. Saqué los papeles del sondeo y se los entregué para que pudiera verlos.

—Tienes muchas papeletas para ser presidente. Enhorabuena —dijo después de hojearlos sin demasiado interés, aparentando que aquella información no cambiaba nada de lo que me había transmitido por teléfono.

—Si todo sigue como hasta ahora, sí —dije acelerando el ritmo de las palabras, asomando un tono apreciable de cabreo—. Pero si salta

esto mañana, en plena campaña, la cosa se complica.

—Ya… Pues a ver si no salta la liebre, ¿no? ¿Has hablado con el director del periódico? ¿Le has convencido de que no lo publique?

—Lo he intentado, pero no es posible. Lo va a dar sí o sí —manifesté con denuedo.

—Entonces no tenemos mucho más que hablar. Yo ya os he dicho lo que voy a hacer si me preguntan los periodistas o la policía. No voy a comerme este marrón yo solo —dijo, haciendo el ademán de levantarse. Sus palabras parecían zanjar cualquier intento de convencerle, pero yo no daba por perdida la partida hasta que no se jugaran todas las cartas.

—Vale. Pero antes de que te vayas, ¿por qué no escuchas lo que voy a proponerte y después haces lo que consideres? —dije con un tono más gélido, decidido a hacerle cambiar de opinión.

—Te escucho.

En aquel momento, toda mi vida pasó por delante de mis ojos. Una sensación parecida a la que dicen que experimentan quienes están a punto de pasar al otro barrio. Mi vida política estaba en juego, y mi destino iba a depender, en gran medida, del efecto que causaran las palabras que iba a pronunciar a continuación. Me despojé de cualquier complejo y decidí hablar claro, asumiendo que solo así tendría alguna posibilidad de convencer a mi interlocutor.

—Si nada se tuerce, voy a ser el próximo presidente del Gobierno. Los dos lo sabemos. También sabes que desde que nos conocemos, y hace ya unos cuantos años, siempre he cumplido mi palabra. Siempre que te he dicho que iba a hacer algo, lo he hecho. Jugándomela, muchas veces. Pero ahora no voy a hablar de mí, sino de ti. Por un momento, piensa solo en ti y en tu futuro. Si todo esto

termina en un juicio y acaban condenándote, te comerás unos cuantos años en la cárcel. Es posible que aquel consejero, e incluso yo mismo, te hagamos compañía si eso ocurre, pero tú pagaste para conseguir un beneficio y eso no va a cambiar por mucho que pongas el ventilador. Lo que tienes que pensar es si, llegada esa situación, que ojalá no ocurra, quieres contar con el favor del presidente del Gobierno y de la Fiscalía o si, por el contrario, prefieres que manden los otros y hagan de este caso un caballo de batalla para presentarse ante la ciudadanía como los que limpiaron la corrupción de las instituciones. Si no me acusas directamente, como mucho perderé un par de puntos por la implicación del partido, pero ganaré en todo caso y estaré en la Moncloa durante todo el proceso y el juicio. Desde allí tendré muchas palancas para enterrar el asunto. Y si, por lo que fuera, damos con un juez que quiera llegar hasta el final y meteros entre rejas a ti y al consejero, recibirás el indulto del Gobierno. Tienes mi palabra.

Del Río permanecía en silencio mientras nosotros conteníamos la respiración esperando su respuesta. Nos mirábamos unos a otros sin pestañear. Parecía que el tiempo se había detenido hasta que escuchamos el carraspeo nervioso de Del Río.

—Ahora entiendo por qué vas a ser presidente del Gobierno. Voy a confiar en tu palabra. Si mañana sale algo, puedes estar tranquilo. No te mencionaré. Pero, ojo, recuerda que tengo pruebas de tu implicación y que, si no cumples, te arrastraré conmigo. Espero no arrepentirme de esto y que el domingo se confirmen las encuestas. Tu éxito será el mío.

Tras decir eso, retiró su silla con suavidad y salió como una exhalación de la estancia. Cuando oí cerrarse la puerta a su paso,

golpeé la mesa con tanta fuerza que se derramó buena parte del whisky que había en los vasos y el plato de jamón saltó por los aires. Estaba eufórico.

—Creo que hemos cortado la hemorragia. Del Río no va a cantar, al menos no antes de las elecciones —sentencié frunciendo el ceño y observando contrariado a los demás antes de continuar—. Pero, una vez más, me he tenido que ocupar yo personalmente y esto no puede ser. Los papeles tienen que distribuirse, y estos marrones nunca deberían llegarme a mí. En fin, ya lo hablaremos con calma. De momento, estad muy pendientes de lo que vaya ocurriendo para reaccionar de inmediato en cuanto suceda algo. Sabemos lo que va a pasar, así que no hemos de dejar nada a la improvisación.

Miré a Ramírez y le pedí que preparara una nota con declaraciones para lanzarla en cuanto saliera la noticia de las comisiones. «El presidente del partido y candidato a la presidencia del Gobierno, Humberto Hurtado, ha manifestado su firme condena de los hechos conocidos el día de hoy y ha reiterado su compromiso y el de todo su partido por depurar responsabilidades hasta las últimas consecuencias. También ha recordado que se trata de unos acontecimientos que, en caso de confirmarse, se habrían producido en una comunidad autónoma de las muchas que gobierna su partido, y afectarían en exclusiva a una persona, en este caso, el entonces consejero regional de Sanidad, ya retirado de la vida pública. "Manzanas podridas hay en todas partes", ha concluido».

Con la nota redactada, opté por distender la reunión. Quedaban siete días para las elecciones y había que levantar otra vez los ánimos. Hice una pausa enfática y los observé de uno en uno, leyendo sus malditas mentes. Llegaba una música inaudible desde

fuera y se oía un amasijo de ruidos procedente de las mesas del restaurante.

—Es hora de relajarnos un poco y de tomar algo. Ya tendremos tiempo para analizar lo que vaya ocurriendo.

Levanté el vaso y los demás me acompañaron sin rechistar. Después de tomarnos otra copa más cada uno, di la orden de retirada. Carmen me estaba esperando para cenar y ya llegaba tarde.

—Os recuerdo que mañana tenemos una mañanita intensa de actos en Madrid. Lo tenéis todo en la agenda —subrayó Ramírez para asegurarse de que nadie utilizara la resaca como excusa para escaquearse de las obligaciones del día siguiente.

Nos despedimos, y Alberto y yo subimos al mismo coche. A él le gustaba acompañarme para repasar asuntos pendientes y, probablemente, también para asegurarse de que me dejaba en mi destino a buen recaudo, pues sabía que la ciudad tenía muchas tentaciones a las que yo a veces no podía, o no quería, resistirme.

—De buena nos has salvado, H. H. Hoy has demostrado por qué eres el líder de este grupo y del partido —dijo nada más acomodarnos en los asientos—. Sin embargo, todavía está ese otro asunto que tenemos que atajar antes de que nos estalle en la cara.

5

No quise entrar al trapo de la advertencia de Alberto. Había aprendido a no perder los nervios y a expresar menos emociones delante de los demás. Únicamente le dediqué una mirada de reprobación, y él arrimó su cara contra la ventanilla, dejando que sus ojos vagaran por la calle. Mantuvo un silencio sombrío, con ese desasosiego interior que le provocaba su permanente impaciencia. Lo cierto es que me infundía una gran ternura cuando lo veía desvalido y atribulado. Se había convertido con el paso de los años en un gran misántropo, y no me equivocaba cuando pensaba que tenía que sufrir mucho, entre otras cosas, porque estaba condenado a aguantar de por vida a otro ser humano insufrible como yo.

Mientras el coche avanzaba, observé las terrazas de la calle Jorge Juan, repletas a esa hora de lechuguinos con zapatillas de deporte, gente en busca de fortuna, clientes de gimnasio con el pecho hinchado, maromos con moreno de rayos uva y mucho bótox, el soma de nuestro tiempo. Los cirujanos plásticos se habían convertido en los chamanes del nuevo milenio, que curaban la enfermedad del envejecimiento.

Me pareció distinguir a algún futbolista en horario indebido y a algún empresario afortunado, de esos que se van de balde de cualquier insolvencia o concurso en los que se ven involucrados.

Todos ellos caminaban despreocupados con destino al reservado de algún restaurante, en el que poder actuar al margen del escrutinio de los demás. Era una forma de clandestinidad, alejada de las murmuraciones, donde podía ocurrir todo, desde la liquidación de un negocio hasta un metemano exprés.

—Allí están. Soberbios, ególatras, dueños de sus vidas. Si los comparas con los que viven en las barriadas humildes de Madrid, parecen marcianos. Sin embargo, dentro de unos días, las urnas los igualarán a todos, los pondrán a la misma altura. Eso sí, solo por un día, porque son estos hijos de puta los que mandan y no los otros, que ahora deambulan por cualquier bazar o supermercado de barrio buscando ofertas. Puede parecer sórdido y hasta inmoral, pero esto es la política. —Cuando acabé de hablar, me di cuenta de que todo había sido un monólogo facundo.

Alberto seguía absorto en sus pensamientos, pero ya empezaba a manifestar síntomas de impaciencia en el asiento del coche. Primero, con movimientos inapreciables. Después, con una agitación indisimulada. Comenzaba a sentir la necesidad de un refuerzo químico. El muy capullo había comenzado a consumir drogas en la facultad, quizá como una solución artificial y química para superar el trauma de la detención de su padre, sin mucho éxito, que digamos. En estos instantes, Alberto no controlaba las conversaciones, que iban y venían como pájaros en una jaula.

Llegaba tarde a la cena con mi mujer, pero la parada había merecido la pena. Carmen se había acostumbrado a mis retrasos permanentes, y, a medida que pasaban los años, ya no preguntaba. Había una mudez interesada y conmutativa, porque detrás de cada

pregunta podía haber una respuesta incómoda que ella no quería escuchar.

El coche se detuvo después de rebasar el último semáforo en naranja y me apeé, dejando a Alberto en su asiento, ensimismado en la pirotecnia de la sustancia que pensaba aspirar en unos minutos.

A la puerta del restaurante de la calle Velázquez, una mujer con una tajada monumental me estampó dos besos y me deseó suerte, no sin antes darme una patada en la espinilla. Llevaba una buena cogorza y no medía espacios, de modo que se había convertido en una amenaza para cualquier peatón sobrio. Entré en el comedor y vi a Carmen sentada en una mesa al fondo, libando con los labios carnosos de segunda cirugía el que era probablemente su tercer vino blanco de la noche. En una esquina, como casi sin querer, un fotógrafo inmortalizaba el encuentro con mi esposa. Tenía que parecer una escena cariñosa y apacible, sin necesidad de forzar ninguna conducta. Dos profesionales de la interpretación.

La besé con un roce breve en los labios mientras contemplaba al resto de los comensales que habían reparado en mi presencia. Se habían olvidado por un momento de sus conversaciones sobre la última infidelidad de una influencer que acaparaba todos los comadreos y compadreos de las últimas semanas, para centrarse en mi presencia.

Un runrún de cuchicheo con sordina se expandió en el salón entre las diferentes mesas, antes de que se restableciese nuevamente el atropello de frases que culminarían las conversaciones interrumpidas. Un hombre con una dentadura como un piano de cola se levantó y me saludó efusivamente. Yo le respondí con la

cordialidad debida, pero sin tener ni idea de quién era. Una regla que todo político debe aceptar es que hay que saludar con naturalidad a cualquier paisano que se te presente. Y nunca, jamás, dudar de su identidad. No hay nada peor que reconocer que desconoces al espontáneo. Un voto menos, seguro.

—Se ve a la legua que no sabes quién es —me sonrió Carmen mientras tomaba asiento en la mesa y me colocaba la servilleta en el regazo—. Eres un gran actor de comedia.

Había en su tono una chispa de erotismo que me inquietó. Aunque sabía controlar sus ímpetus y dejar sus numeritos para la intimidad del hogar, tres copas de espera eran muchas. Se había convertido, como yo, en una profesional de la impostura, pero no las tenía todas conmigo.

—Estás francamente guapa hoy. Y perdona por el retraso, pero ha surgido un percance. No lo podía aplazar —me excusé devolviendo la sonrisa con un rictus de apabullamiento fingido, nada diferente a cualquier otra disculpa anterior. Ella estaba guasona y, era obvio, harta de esperarme.

—Tú, sin embargo, tienes una pinta regular. Cada vez se te notan más las copas, H. H. Deberías controlar un poquito más eso, cariño, que ya queda poco.

No sé si fue por su comentario, algo equívoco, o por el puntillo que llevaba. La cosa es que sentí como si saliera de mi cuerpo y la mirara «desde fuera», como si fuese otra persona. Con el paso de los años, tendemos a obviar los estragos que el tiempo provoca en nuestro cuerpo, pero, en cambio, somos crueles con la anatomía de los demás. Por un momento pensé que me había casado con la madre de Carmen, porque de aquella pelirroja de ojos añiles y de

cuerpo entallado que conocí en la facultad, apenas quedaba un borroso recuerdo.

Mientras leía el archisabido menú, la observé detenidamente y me afané en la comparación. La vida produce constantes descalabros, pero el más severo es el de la decadencia. Todo es declive, y no hay remedio ni cirugía milagrosa que evite el deterioro. Siempre me prometía a mí mismo ser indulgente, pero no podía evitar ser testigo de la evolución. Carmen se había desinflado como arroz maduro. Carne flácida e insatisfecha donde no quedaba un atisbo de atractivo juvenil, un objetivo ideal para visitadores de ciertos clubes de la tercera edad a partir de las dos de la madrugada.

Había cambiado mucho desde la primera vez que la vi en un examen de Derecho Financiero en la facultad. Mi vida de estudiante universitario, hasta ese día, había discurrido por los senderos clásicos del alumno insípido. Una medianía absoluta. Cubría las expectativas acomplejadas de mi padre, que era quien pagaba la carrera y mi colegio mayor, y me dejaba llevar por la lasitud de los estudios de Derecho. Todo era atonía salvo las noches de juerga, en las que aprovechaba a desordenar todavía más mis hormonas de joven echado a perder en la ciudad.

Al principio, pasaba muchas horas con Alberto, pero después los horarios del grupo al que le asignaron comenzaron a ser incompatibles con los míos, así que me busqué la vida con otras compañías. Por las mañanas, la cafetería de la facultad era mi segunda residencia, de la que solo salía para asistir a alguna clase.

Aprobar, lo que se dice aprobar, lo hacía con aparente sencillez. Sin grandes alharacas, muy alejado de los cerebros esforzados que se afanaban, en cuerpo y alma, en ser los mejores juristas de su

generación. Había una competencia timorata e inútil entre algunos estudiantes por batir el récord de matrículas de honor, mientras que yo solo pretendía tener el honor de no volver a matricularme de la misma asignatura cada año, sacarle los cuartos a mi padre y, dios mediante, terminar cuanto antes la carrera.

Intentaba esforzarme los últimos días antes de los exámenes, amén de contar con alguna ayuda pasajera en forma de chuleta o mirada furtiva a las respuestas de algún empollón con quien hubiera trabado amistad el semestre de turno, y con eso iba tirando. No me había impuesto ningún límite temporal, de modo que no vacilaba en dejarme alguna asignatura pendiente para convocatorias sucesivas.

A decir verdad, fueron los mejores años de mi vida, sin sentimiento alguno de culpa, con nula responsabilidad y pasta en el bolsillo para los cubatas y para invitar a la mujer que quisiera disfrutar de mis encantos, los cuales, por cierto, no eran escasos. De hecho, no reparaba en gastos a la hora de salir y había desarrollado ciertas habilidades en el arte de la seducción y del ligue de una noche.

Pero fue aquel día cuando todo cambió, aunque yo no era todavía consciente de ello. Había comenzado el examen y cuando me disponía a contestar la primera pregunta, algo tan fungible en el pensamiento práctico como la diferencia entre el hecho imponible y la base imponible de un impuesto, me percaté de la mujer que estaba sentada a mi lado. Fue el azar el que decidió que nos sentásemos juntos.

Era la primera vez que la veía, pero habida cuenta de mi absentismo, no tenía nada de extraño. De perfil, destacaba su nariz arrezagada, en dirección a sus ojos índigos, y un pelo escarlata que

me recordaba a una presentadora de televisión que excitaba mis más rudimentarias exigencias de autosatisfacción sexual. Tenía una cintura en forma de avispa, aprehensible para mis brazos. Me pasé la hora del examen contemplándola, de modo que entregué la hoja en blanco.

Ella había hecho entrega del examen y se disponía a abandonar el asiento. Pensé que era mi oportunidad y no dudé. «Perdona, no quiero molestarte, pero no te había visto nunca. Espero que el examen te haya salido bien». Hasta entonces no sabía si yo solo había sido un cuerpo sentado a su lado o había reparado en mí, aunque, si lo había hecho, había sido con una gran sutileza. «No me molestas. Ya he visto que no has contestado a ninguna pregunta. ¿No te habías preparado el examen?». Por un instante eterno, pensé que había un reproche indisimulado en sus palabras y que, si ella representaba el ejemplo de estudiante aplicada, yo corría el riesgo de pasar por un zote.

La miré con gesto compungido y mentí: «No he podido estudiar el examen. Mi padre está ingresado en el hospital y parece que no tiene cura. Lo he pasado muy mal. He venido por un sentido estúpido de la responsabilidad, porque pensé que sería lo que querría mi padre en este momento, pero debería haberme quedado con él».

Fue un susurro lastimoso que hizo diana en ese punto del corazón donde convergían la pena y el cariño. El viejo, por una vez, me había sido útil, más de lo que había podido imaginar. «Lo siento mucho, de verdad. Lo tienes que estar pasando mal. Mi abuela murió hace un mes y no se me quita de la cabeza. El único consuelo que nos queda es pensar que tenemos que hacer lo que ellos querrían que

hiciéramos. ¿Puedo invitarte a tomar algo?». Cuando todavía no me había sobrepuesto del susto, sus palabras eran una invitación al paraíso. Había en ella algo que me recordaba el terciopelo y no podía dejar de mirarla.

Poco a poco nos fuimos apartando del mogollón y acabamos en una cafetería impersonal a las afueras del campus. Pasaron tres horas y seguíamos conversando, como si el tiempo se hubiese embalsado. El diálogo fluía en volandas y se me fue apoderando una euforia parecida a un sentimiento inicial de eso que se llama amor.

Al despedirme aquel día de ella, me hubiera gustado cogerla de la mano, y hasta besarla, pero sabía que tenía que ser cauteloso y medir mucho mis palabras y mis actos. Muchos hombres fracasaban cuando convertían el acecho en un cerco, y yo ya era un hombre experimentado en estas tareas.

Miré su oreja en forma de hélice anillada y sentí que era la mujer de mi vida. Aquellas orejas me conquistaron: siempre han sido uno de mis fetiches. Nos intercambiamos los teléfonos y quedamos en vernos otro día.

Treinta años después, Carmen estaba allí, preparada para dar cuenta de su consomé al Jerez, con su mano preñada de pecas y de manchas, y con sus abalorios en la muñeca, plata e hilo tintineando a cada sorbo. Objetivamente seguía siendo una mujer atractiva, sazonada por la temperatura del tiempo, pero no podía evitar pensar que la fruta estaba ya demasiado madura y que yo era hombre de productos de temporada.

—Me ha dado recuerdos mi padre para ti. Me dice que estás haciendo una gran campaña, pero que no te confíes. Hay que apurar hasta el último día y entonces el objetivo se cumplirá. Él también ha

trabajado mucho para ser el suegro del próximo presidente del Gobierno. —Carmen me soltó con desparpajo el mensaje, y yo le respondí con una sonrisa afirmativa y condescendiente. Al fin y al cabo, estar casado con ella era estar desposado también con su padre, Alejandro.

El día que uní mi destino al de mi mujer pasé, de un modo u otro, a depender de mi suegro, un paterfamilias en toda regla, pero, ante todo, un profesional en el noble arte de la supervivencia en política. Muy de la vieja escuela.

Aún recuerdo el primer día que le vi. Carmen me había invitado a una fiesta en su casa y era la ocasión de presentarme a sus padres. Un camarero ofertaba bandejas de quesos y de jamón ibérico entre los coros de arribistas, estudiantes pijos con piel bronceada y aspirantes al polvo de la semana. Todos reían despreocupados cuando llegué con una bandeja de pasteles del obrador de debajo de mi casa. Matilde, la madre de Carmen, se adelantó al verme entrar por la puerta y me saludó efusivamente. Transmitía una sensación de seguridad, un saber hacer congénito de la perfecta anfitriona. Yo intentaba responder a su conversación, aunque era incapaz de dejar de morderme el labio superior.

«Así que tú eres Humberto. La niña me ha hablado mucho de ti. Ya me dijo que tu padre había estado muy mal, pero que ya se ha recuperado. Me alegro mucho, porque así podrás seguir disfrutándolo mucho tiempo». El viejo que me había servido de coartada agonizante llevaba un tiempo enfurecido conmigo porque había suspendido varías asignaturas y no concebía que fuera a pasar más de cinco años estudiando la carrera. Pero no quería que su mero recuerdo me amargase mi acceso al club de los estudiantes

predestinados a ser algo en la vida, aunque fuera a casarse con una persona de mayor fortuna y reputación que uno mismo.

Intentaba vencer mi atolondramiento observando el jardín de la casa y procurando a la vez contestar todas las preguntas de una madre curiosa. Se me revolvieron las tripas cuando vi que Carmen estaba siendo asediada por dos jóvenes de cuerpo olímpico y con trajes hechos a medida. Era muy consciente de que no podía competir con rivales de estatus superior y eso me provocó un profundo sentimiento de impotencia y de celos.

Estaba seguro de mi atractivo y de mi simpatía cuando era menester, pero aquella casa era territorio hostil para un hombre humilde como yo. O eso creía, porque en un momento dado contemplé cómo Carmen me miraba traviesamente y dejaba plantados a los dos galanes de película, condenados a conocerse entre ellos.

«Muchas gracias por venir. Y te voy a pedir que me rescates de las garras de esos dos tipos. Uno es modelo y el otro es futbolista de primera división, o, al menos, eso dice. Estaba cansada ya de la clásica conversación de cerebros de mosquito; las mismas gracietas siempre. Me aburren profundamente». Sentí un gran alivio al escuchar aquellas palabras, porque por un momento pensé que yo era desecho de tienda en una fiesta de ese postín. Carmen sacudió la melena lisa a un lado, dejando al descubierto todas sus pecas, y me señaló un punto al final del jardín. «Allí está mi padre. Déjame que te lo presente».

Nos encaminamos hacia el lugar, como por las baldosas doradas de Oz, hasta llegar a la altura del gran hombre, aplaudido en alguno de sus comentarios por el corrillo de majaderos que lo rodeaban. Yo

caminaba con las manos en los bolsillos, transpirando un sudor molesto, de gozo, pero también de incertidumbre. Al verme llegar, detuvo la conversación y se acercó. «Bienvenido a tu casa, Humberto. Me llamo Alejandro».

Elevó la voz para que todo el mundo escuchara esa frase para después aproximarse a mi oreja y susurrarme: «Estoy hasta los cojones de esta panda de majaderos que solo busca hacerme la pelota. Unos lameculos de buena familia que piensan que pueden aprovecharse de mí. Pero yo soy el único que echa mano de quien quiere y no me dejo utilizar. Ya me ha dicho Carmen que eres diferente y te puedes sentir orgulloso de ello. Ellos me importan una mierda, pero tengo curiosidad por ver qué ha visto mi hija en ti».

A pesar de que lo había dicho con una confianza excesiva, reveladora de una voluntad de querer ser amable, ello no hizo que dejaran de temblarme las piernas en su presencia. Estaba ruborizado y no dejaba de pensar que todos los estómagos complacidos que devoraban croquetas y aceitunas habrían deseado en ese instante vaciarme una botella de licor en la boca y lanzarme a la piscina. Me sentía como un novato en el reservado de los del último curso.

Por entonces, Alejandro era presidente de la Diputación Provincial y ostentaba un gran poder político. No había contubernio ni fiesta en la ciudad al que no estuviera invitado, y él acudía solícito, cumpliendo fielmente los deberes de su cargo y estrujando al máximo las ventajas de su posición. Era el protagonista de todos los saraos y la gente se apelotonaba a su paso, a la búsqueda de un puesto en la Diputación, de una obra por adjudicar o de una ayuda social por otorgar.

Aquel hombretón que no había estudiado una carrera universitaria y que se había hecho a sí mismo a la vez que deshacía a unos cuantos a su paso, era la viva imagen de la autoridad. Había llegado a pensarse que el cargo era vitalicio, porque no se recordaba ya el día en que fue nombrado. Ignoro si entonces vio algo en mí o, simplemente, se resignó a la elección de una hija enamorada.

Semanas después de aquella fiesta comenzamos a salir juntos y ya no nos escondíamos de nadie. Había quienes hacían mofa de nuestra relación, se burlaban de que alguien con un expediente académico tan mediocre como el mío y sin una posición respetable pudiera ser la pareja «oficial» de Carmen. Procuraba no darme por enterado para evitar así sumar otro complejo al de no tener la misma alcurnia de la mujer a la que entonces pretendía conquistar.

Un día, Carmen me dijo que su padre quería invitarme a una corrida de toros. Como presidente de la Diputación Provincial, era el responsable de la gestión de la plaza y ejercía como dueño y señor de todos los fastos taurinos. Cuando llegué al palco de la plaza, me hizo un gesto con la barbilla sugiriendo que tomara asiento a su lado. Había comenzado a sonar un pasodoble y el bullicio de los asistentes a la corrida me impedía escucharlo con nitidez. Nunca me habían gustado los toros, pero no me quedaba otro remedio que disimular e imitar la conducta de los entendidos en el arte de matar bichos. A mí, lo único que me gustaba era el rabo de toro estofado.

La gente en los tendidos intercambiaba vasos de cerveza y compartía bocadillos. Aquello parecía un hormiguero de gente subiendo y bajando por las escaleras para tomar asiento hasta que los toreros, los caballos y los banderilleros iniciaron el paseíllo. Había comenzado a llover y el piso del albero comenzó a enfangarse.

Desde el palco, se contemplaba a la muchedumbre apiñada en torno a sus paraguas o soportando estoicamente el aguacero.

Alejandro me miraba con ojos burlones, a sabiendas de que había dos categorías de personas: los que no tenían más remedio que mojarse y los que estaban a resguardo del agua. En aquel momento pensé que era un privilegio estar a cubierto y que no tenía intención de empaparme nunca más si estaba en mis manos poder hacerlo.

El primer morlaco salió desbocado hacia la izquierda, señal de mal agüero según los especialistas. «Este toro es una estafa. Me voy a cargar al ganadero en cuanto lo vea. Vas a ver a seis mil tíos girándose contra mí y gritando». Alejandro estaba fuera de sí, y pensé que no hubiera dudado ni un solo instante en lanzar al dueño de la ganadería a la arena para que fuera pasto de sus propias reses.

Hampón se llamaba el toro. Mansurrón, esquivo en la pelea, no dejaba de buscar las tablas y de escarbar. Un animal sin embestida que, para desesperación del respetable, hincó las rodillas y se negó a ser toreado. Rápidamente, y antes de que se armara una gresca de campeonato, pues ni el tiempo ni las fuerzas ayudaban, se ordenó con un pañuelo verde retirar al animal, que, para entonces, ya sangraba por el lomo, entre banderillas y puyazos. «Ahora se lo llevan a toriles y allí el veterinario lo despachará a la otra vida». Se apresuró a aclarar Alejandro mientras el toro era arrastrado por la arena. Entonces, se levantó de repente: «Vente conmigo. Quiero enseñarte lo que es el poder de verdad». La voz de Alejandro sonó imperativa y me indicó con una mano que le siguiera.

Descendimos varios pisos por una escalera de piedra. Nos acompañaba Emiliano, un imbécil obsequioso que Alejandro utilizaba

para auxiliarlo en lo que se le encargase, fuera lo que fuese. Un bien pagado dispuesto a hacer lo que fuera por su jefe. Llegamos al toril en el mismo instante en el que el toro malherido acababa de ser estabulado. Lo observamos desde lo alto, tratando de deshacerse de las banderillas clavadas y dando empellones a la barrera.

«Váyase de aquí», le ordenó Alejandro al veterinario, que, solícito, desapareció como una paloma en un truco de magia tan pronto como recibió la orden. Solo quedamos nosotros tres y un subalterno que portaba una puya con un hierro afilado en su extremo. Se la arrebató y me miró. «El poder es poder decidir entre la vida y la muerte. Matar a un bicho así de grande. Quien no haya matado a un toro nunca, no sabrá lo que es el poder». Alejandro vomitaba las palabras con saña y un fuerte olor etílico, resultado de la ingesta de varios gin-tonic. Hablaba del toro, pero a mí me pareció que no habría tenido reparos en hacerle lo mismo a una persona.

Me miró con insistencia y me gritó: «Observa». Clavó la puya sobre el lomo dolorido del morlaco, que emitió un bramido ahogado, pero no acertó a darle el toque final. Aquel pobre animal lloraba más que bramaba y se desangraba sin remedio. Alejandro lo volvió a intentar varias veces, hasta que perdí la cuenta. En un momento dado, cansado ya de su propia impericia, devolvió la puya al oficialillo. «Cojones, acaba con él». El monosabio, más experimentado, tomó la puntilla y acabó con el toro de un golpe certero.

Alejandro, que no dejaba de reírse de manera compulsiva, se abrazó a Emiliano, jactancioso. «Ya lo has visto, Humberto. Esto es el poder. Lo demás, mandangas». En aquel instante me sentí amordazado, incómodo hasta decir basta, pero no podía demostrarlo

públicamente, so pena de pasar por un blando. El que iba a ser mi suegro, y mi padrino político, me miraba con despreocupación y sentí que me vio dudar. Encogió los hombros y me guio de nuevo hasta las escaleras para ascender al palco. «Tiempo tendrás de entenderlo. Ahora vamos a terminar de ver la corrida».

Su voz escondía un resquicio de contrariedad que quise atajar de inmediato. «Muchas gracias, Alejandro. Si no fuera por ti, no habría visto nunca esto». Tanto él como Emiliano comenzaron a reírse divertidos con mi cortesía. Parecía que aquello era una especie de prueba de sangre para formar parte de su familia, y tenía que aparentar haber superado el examen.

—¿Rabo de toro para cenar? ¿No es un poco indigesto? —musitó Carmen, rescatándome de mi introspección en aquella tarde taurina con un preciso quite. Parecía distraída y menos efusiva en público conmigo que en otras ocasiones. El ajetreo de camareros y clientes continuaba sin cesar, cada uno con sus chascarrillos y sus confidencias.

Todavía quedaban algunos comensales que no despegaban la vista de la mesa donde estábamos sentados. Se iluminó la pantalla de mi móvil. Como cada noche a la misma hora durante la última semana.

—Tengo que ir un momento al baño —dije excusándome.

Ella me miró contrariada y se encogió de hombros. Llegué deprisa al aseo de caballeros y cerré la puerta con pestillo. De nuevo, ahí estaban en la pantalla de mi móvil: esa maldita fotografía y el número desconocido. Me senté en el inodoro y marqué el teléfono de Pedro.

—Ha vuelto a ocurrir. Esto hay que cortarlo de inmediato. Nos va a todos la vida en ello. Te espero esta noche a las doce en el apartamento de la calle Espronceda. Y ni una palabra a nadie.

Sentí un ataque repentino de cólera y comencé a dar patadas a la pared. No me podía mortificar más. La línea de meta estaba muy cerca y no podía consentir que nada ni nadie me impidiese cruzarla.

6

Me atusé el pelo y salí del aseo. Me había tomado varias pastillas para prevenir los ataques convulsivos que me hacían temblar internamente, desde los dientes hasta las uñas de los pies. Eran días para mantener la templanza, para evitar cometer errores que no había tiempo de corregir, y mi cuerpo comenzaba a sentir la presión. Si era difícil encontrar un momento de sosiego en los frenéticos días de campaña, los incidentes que se venían sucediendo no hacían más que aumentar la inquietud y el nerviosismo.

En este negocio valía todo, desde la extorsión hasta la amenaza, y habiéndome convertido en un experto en chantajes, ahora era yo la víctima de una conspiración. A sabiendas de que la orilla estaba próxima y me veía ganador, tenía que comprar tiempo para evitar que otro competidor me hundiese. Pero, para ello, lo primero que había que hacer era descubrir quién era la persona que estaba detrás de esos mensajes y disponía de esas fotografías.

Me crucé en mi salida con un gacetillero televisivo de consigna rápida, de esos que solo reproducen como papagayos las directrices vulgares que les enviamos desde los gabinetes de prensa de los partidos. Lo saludé con cautela, porque era un carroñero que cambiaba de opinión en función de quién subiera más la apuesta. Allí estaba con la montura dorada de sus gafas y su voz aguda,

observándome, como si hubiera sido testigo de un crimen que yo hubiese cometido. Me provocó cierto repeluzno, pero traté de no dejarme arrastrar por mis paranoias, cada vez más frecuentes a medida que avanzaba la campaña.

Alcancé finalmente el salón, que en aquella hora de la noche comenzaba a mostrar mayor bullicio, por efecto lógico del alcohol. El consejero delegado de un grupo de comunicación se había acercado a nuestra mesa y hablaba con Carmen. Era un lugar pintiparado para «tirarse el moco» y demostrar delante de los demás que podía tener cierto ascendiente sobre mí. Había extendido el brazo sobre la silla de mi mujer, como si existiera una complicidad asentada que debía ser exhibida impúdicamente en público. Era cierto que todos los medios dependientes de su grupo habían mostrado su apoyo a mi campaña. Quien más y quien menos sabía que pronto podrían cobrar esa deuda contraída en forma de publicidad institucional y patrocinios. Algunos incluso llegaron a ocultar información relevante que podría haber puesto en jaque toda mi trayectoria y la futura presidencia, pero había un fin superior y ese no era otro que garantizar su financiación. Por fortuna, para los que estamos al otro lado de su objetivo, hace ya bastante tiempo que en España se venden más periodistas que periódicos.

—¡Qué alegría verte por aquí! —mentí a la vez que, con un gesto decidido, indiqué a Carmen que era la hora de irnos—. Nos vas a disculpar, pero mañana tengo un día muy duro.

—Pues esto no ha hecho más que empezar, Humberto, porque dentro de siete días no vas a parar, al menos durante los próximos cuatro años. Ya sabes que cuentas con nuestro apoyo y que me gustaría que nos viéramos tan pronto como pasen los primeros días

de gobierno. La oposición no te va a dejar respirar ni un segundo y nos vas a seguir necesitando —afirmó con una mirada burlona.

Asentí entre dientes y me despedí a la vez que despegaba el codo de Carmen de la mesa para que me acompañase a la salida. De nuevo, un murmullo de voces y de bandejas se extendió por el comedor y volvimos a ser objeto de la mirada de los demás comensales. Era ya noche cerrada en la calle. Andrés esperaba con la puerta del coche abierta.

—Lleva a Carmen a casa —dije con fingida despreocupación—. Yo tengo un asunto que resolver y voy a ir andando. Así me despejo.

Sospeché que a Carmen no le haría ni puñetera gracia volver a casa sola después de la espera previa a la cena, pero no le quedaba otra. Para mi sorpresa, accedió sin reticencia visible, lo que se me antojó como una variante de comportamiento muy sospechosa. Una de dos, o se veía como esposa del presidente del Gobierno y aceptaba cualquier conducta ofensiva por mi parte, o pasaba lisa, llana y olímpicamente de mí.

La abracé y aspiré su fragancia, endulzada ahora por el sudor del cuello. Ni siquiera me preguntó la razón de este nuevo contratiempo, como si quisiera ahorrarse otra mentira. Subió al coche y se despidió con la mano alzada. Su actitud me dejó inquieto, pero prefería dejar para otro momento cualquier reflexión que pudiese perturbarme.

La noche era primaveral y apenas había gente por la calle. Caminaba deprisa, sumido en mis propias cavilaciones. A unos metros de distancia, Ortega me guardaba la espalda. Mi escolta tenía la virtud de la discreción y el vicio de meterse más de lo debido donde no le llamaban. Aparecía y desaparecía como un ensalmo, pero siempre estaba en disposición de prestar su servicio cuando se

le requería. Como aquella noche de luna llena, donde no había sombra nocturna en la que cobijarse.

Me gustaba pasear sin la insistencia de vendedores de coba, con el derecho a ser, por unos minutos, anónimo en una ciudad de anónimos. En cambio, esta vez no podía disfrutar del paseo porque estaba sumido en un profundo estado de preocupación y me resultaba imposible relajarme. Llegué finalmente a la calle Espronceda y abrí la puerta del portal. Ortega se quedó a un lado, dispuesto a buscar un ángulo desde el que poder vigilar la entrada.

Aquel apartamento se había convertido en un lugar semisecreto para mantener determinadas reuniones fuera del alcance de los empleados y voluntarios de la sede del partido. Entré en el piso y encendí la luz del salón. Me tumbé en el sofá, turbado y jodido, con la intención de aplacar mi nerviosismo o de lanzarme, en caso contrario, contra la pared. No sé a quién se le había ocurrido colgar láminas de escenas de *Los Simpson* en todas las habitaciones.

Pedro me había escrito indicándome que se iba a retrasar. Me resigné porque sabía que ahora estaba en sus manos. Cuando escoges a tu *consigliere*, le entregas mucho más que una campaña. El aire acondicionado no funcionaba, así que decidí abrir la ventana del salón. Me acomodé en un lateral de la ventana y contemplé la calle vacía, salvo por una vieja que paseaba a su chucho por la acera.

El tiempo parecía haberse detenido. Solo la luz del semáforo delataba una forma de vida automática y un pitido sordo del que no alcanzaba a determinar su procedencia. La espera me estaba produciendo un efecto de narcosis emocional. El apartamento me

recordaba, por extrañas coincidencias, al último que había habitado cuando estaba en la universidad, tras dejar el colegio mayor.

Por aquel entonces, necesitaba un nido amoroso para compartir mi pasión con Carmen, fuera del alcance estricto de Alejandro y sin las miradas morbosas de los clientes de los bares a los que íbamos. Cuando llegaba a casa, a cualquier hora, la desvestía mientras ella recorría con su lengua todos los miembros de mi cuerpo. Arqueaba su espalda contra la ventana y yo le acariciaba por detrás hasta llegar a su culo convexo. Con los muslos de Carmen pegados al cristal, dejaba que nuestros instintos saciaran nuestras necesidades. La vida universitaria era única mientras mi padre no descubriese los rituales de un estudiante de esa edad y siguiera pagando cada año las matrículas.

Entre los consejos de Alejandro y mi propia observación diaria de la realidad, acabé por pensar que no tenía mucho sentido aplicarme para concluir la carrera. Demasiado esfuerzo para una birria de salario, pero, sobre todo, para una vida insípida y estéril. Gracias al padre de Carmen, había entendido cómo funcionaban los tejemanejes en la política y me había convertido en un aprendiz de chanchullos, una asignatura de valor incalculable que no se enseñaba en ninguna facultad. Pero, si quería cambiar de vida, necesitaba un instrumento para poder llevar a la práctica mis aspiraciones. Y ese instrumento era un partido político.

Cuando le comenté a Alberto que dejaba la carrera porque tenía la intención de apostar por la política a todo o nada, no me creyó. «Estás loco, Humberto. Y cuando tu padre se entere, te va a matar. Te lo ha metido en la cabeza el padre de Carmen y es un error colosal. Además, no te pega ni con cola. ¿Qué cojones se te ha

perdido a ti en un partido político?», preguntó Alberto, entre extrañado y enfurecido.

Hasta entonces, había creído que yo llegaría como mucho a ser un leguleyo con toga que le ayudaría en sus pleitos, una forma diferida de evitar el destino miserable de su padre.

«¿Y se puede saber en qué coño de partido político vas a entrar? Porque, después de unos cuantos años como amigo, todavía no sé lo que piensas sobre muchas cosas. Economía, energía nuclear, impuestos, servicios públicos, deuda, descentralización, política exterior. ¿Te suena?». Alberto tenía más razón que un santo en lo que se refería a mi conciencia política, que por aquel entonces era nula, pero se equivocaba con respecto a que la política no fuera un salvoconducto para vivir bien si sabías manejar las reglas del juego. Yo tenía a uno de los mejores maestros posibles, además de mi futuro suegro. Sin embargo, Alberto me miraba con ojos incrédulos y no entendía nada.

Le expliqué que al principio había pensado enrolarme en el Frente de Juventudes Nacionalistas. Su presidente era compañero de facultad y me había invitado a varias asambleas, pero me parecían una panda de utópicos matados, además de mugrosos nostálgicos de un tiempo que ya pasó. Así que decidí probar en las Nuevas Juventudes del partido rival. Estaban en un proceso de crecimiento desenfrenado que les daba hasta para celebrar congresos en Madrid, con todos los gastos pagados. En aquel momento tenían casi más cargos que militantes, por lo que, si te lo montabas bien, podías llegar a ser concejal rápidamente. Por casualidad conocí a uno que ya lo era y, en aquel entonces, cobraba ciento cincuenta mil pesetas

al mes por ir a un pleno cada cuatro o cinco semanas, y en la mayoría ni siquiera tenía que intervenir.

«Lo único que me han pedido es que asista a todos los actos del partido. Y me aseguran que, si me porto bien y soy disciplinado, tengo el futuro asegurado», le dije a Alberto con una sonrisa de suficiencia para terminar de sacarle de sus casillas.

«Pero ¿eres consciente de que no es el partido de tu futuro suegro?», me contestó él con tono airado, creyendo que así acabaría con mi sobrevenida aspiración. «Ya lo he hablado con él. Al contrario, me ha dicho que le interesa tener amigos y hasta familiares en el otro lado, por si en algún momento vienen mal dadas. Así que cuento con su aprobación».

Desolado, Alberto hizo un último intento de disuadirme diciendo que si me convertía en un inútil sin cualificación, cuando se acabara mi carrera política no tendría nada de qué vivir. Entonces enarqué las cejas, encogí los hombros y le dije: «Puede. Pero estoy convencido de que voy a triunfar. La mejor carrera profesional en este país es la de ingresar y promocionarse en un partido político. Paradójicamente, son los demás, los que llenan sus currículums de licenciaturas y másteres, los que se convierten en inútiles sin futuro. Y muchos acaban al servicio de esos políticos que no tienen estudios. Esta es mi apuesta y me la voy a jugar».

Así fue como opté por coger un atajo para conseguir el ascenso social al que aspiraba, apartándome del carril que seguía a rajatabla cualquier estudiante hacendoso de la facultad. Un atajo en el que tenía que aprender a marchas forzadas las reglas de la resistencia y de la promoción interna. Quería ser dueño de mi destino sin necesidad de estrujarme las meninges.

Desde el día en el que ingresé en Nuevas Juventudes hasta hoy habían pasado muchas cosas, pero no tenía añoranza alguna por lo que podría haber sido y no fui. Me hice político por convicción de superviviente, como un estado de necesidad, como una forma de vida. Aprendí con presteza a sobrevivir en los nidos de arañas de un partido político. Fue, quizá, mi gran catarsis vital.

Había abandonado la apatía existencial para entrar en una trama intensa y compleja de relaciones donde solo existía un objetivo: sobrevivir. Ese fue mi único sacrificio, porque nunca renuncié realmente a nada porque nada tenía. La vocación política, entendida como la forma de vivir de ella, imponía peajes, pero, para los verdaderos profesionales como yo, no suponía renuncia alguna.

Mi primera experiencia como militante de Nuevas Juventudes fue como vivir una versión castiza de *El señor de las moscas*, uno de los pocos libros que llegué a terminar cuando estaba en la facultad. Allí descubrí que este es un oficio donde a una determinada hora del día rindes pleitesía al líder y, al rato, ejecutas a un compañero como a un perro sarnoso. El proceso de conversión en un predador comenzaba desde el momento en el que firmabas el acta de ingreso y te entregaban el preciado carné.

Me convertí en una rémora adosada a un pequeño tiburón de provincias, de nombre Antón Pelado, un tipo que despedía un terrible hedor a castañas amargas y que presidía entonces las Nuevas Juventudes de mi partido. Asumiendo el patetismo que supone ser un comensal dependiente de otro organismo, era muy consciente de que para escalar en política tenía que escoger una espalda y subirme a ella, al menos hasta que dejara de serme útil. Cuando llegara ese momento, sin contemplaciones, había que cerrar

el puño con el pulgar hacia abajo y decretar la defunción política. Así sucedió con el tal Antón Pelado.

Una de las primeras reglas que aprendí fue la de que no hay persona que no sucumba a una buena dosis de envanecimiento. La adulación es un arte que, sin excesivas complicaciones, transforma la voluntad de la gente. Y Antón no tardó en rendirse a mis encantos.

Otra herramienta que debe manejar el político en ciernes que quiere medrar es la intoxicación. Si a una persona se le decía que otra había hablado mal de ella, era muy probable que se lo creyera, aunque no fuese más que un bulo creado alevosamente. Nadie contrastaba nada, y menos cuando el infundio procedía de aquel que se había ganado la confianza del timado.

Hay una última condición para participar en este juego, y es no estar nunca solo. Los solitarios en política, aquellos que no tienen apoyo de un grupo interno en la organización, son víctimas propiciatorias, carne de cañón de los más fuertes. Por muy inteligente que seas, si estás solo, eres hombre muerto. En cambio, si eres más bobo que un ganso pero tienes un grupo que te arrope, puedes sobrevivir sin demasiado esfuerzo. Siempre y cuando no te dé por discutir las órdenes «de arriba», pues a quien se atreve a ello, ya sea bobo o inteligente, le espera la ejecución o el destierro.

En consecuencia mientras doblaba la rodilla ante cualquier necesidad que se le antojara a mi nuevo «jefe», buscaba tiempo para ir constituyendo una familia propia de afines. Las cañas que seguían casi sin solución de continuidad a las interminables reuniones asamblearias eran el momento ideal para tejer y urdir esa red de seguridad imprescindible para permanecer a flote.

Así fui dejando atrás la edad de la inocencia a pasos agigantados, afilando mis garras para dar el zarpazo cuando llegara el momento preciso.

—Buenas noches, H. H. Perdona la tardanza, pero no hay día en el que no surja un nuevo problema.

Pedro atajó de manera súbita mis cavilaciones. Sobresaltado por su irrupción, me desperecé confuso y aturdido.

—No te preocupes —contesté—. Estaba rememorando viejos tiempos. No hay nada como zambullirse de vez en cuando en los secretos mejor guardados de nuestra conciencia, y ver dónde empezamos y dónde hemos llegado. Creo que no me puedo quejar. ¿Qué piensas?

—Supongo que no te puedes quejar. A mí ya se me pasó la edad de acordarme de mi pasado. Ya solo miro atrás para echar cuenta de los enemigos que he dejado por el camino. Tú también deberías hacerlo, porque has descuidado esa norma esencial en política que dice que no hay que dejar heridos. A los enemigos siempre hay que rematarlos, pero parece que has dejado alguno vivo y ahora te busca la espalda. Recuerda que el club de odiadores de Humberto Hurtado es muy numeroso.

Sus palabras me helaron la sangre porque tenía razón. Sin embargo, disimulé y volví al tema que me había traído al apartamento:

—Bueno, vamos a lo nuestro. ¿Has averiguado algo sobre las fotografías? Tenemos que saber quién me las envía. Si ven la luz antes del domingo, nos van a generar un problema. Después de haber vendido la familia modelo —dije bajando el tono mientras hacía el gesto de entrecomillar con los dedos—, no sabemos cómo

pueden reaccionar los votantes si descubren mi doble vida. A un político se le perdona casi todo menos que sea feliz y haga lo que le venga en gana. Y eso por no hablar del terremoto que tendría en casa. Carmen, Alejandro, las niñas… Sus reacciones son impredecibles. Por el bien de todos, en especial el mío, tenemos que impedir que esto llegue a la opinión pública.

—Sí, lo sé. Y estoy haciendo lo posible por que así sea. Esta mañana he hablado con Daniel, el consejero delegado de Telenor, y me ha asegurado que me dará toda la información que le he pedido, pero a cambio quiere cerciorarse de que llevarás adelante la reforma de la ley de telecomunicaciones en los términos del informe que te entregó. —Pedro hizo una breve pausa para tragar saliva antes de concluir—. Está convencido de que vas a ganar, pero quiere tener absolutamente claro que cumplirás con tu parte en el trato.

—Dile que puede estar seguro de que no va a haber ningún problema. Pero es urgente que nos diga algo ya. El daño que me harían esas fotografías, en caso de salir a la luz, crece a medida que se acerca el día de las elecciones. Además, no sabemos si quien me las envía se las está pasando a alguien más.

—Intuyo que, de haber llegado a otros teléfonos, lo sabríamos, pues de un modo u otro alguien las habría publicado o te habrían chantajeado con ellas —concluyó Pedro para tranquilizarme. De nuevo, tenía razón. Parecía evidente que quien estuviera detrás de esas fotografías tenía otro objetivo. Uno que todavía desconocíamos.

Pedro hizo ademán de marcharse y entonces le pedí que concertara una comida con el consejero de Telenor el día siguiente para darle personalmente las garantías que estaba reclamando.

Esa era la función principal de Pedro. Unos asesores se ocupaban de hacer papeles, otros de organizar eventos, los de prensa se encargaban de la gestión con los medios y algunos, los que no sabían hacer otra cosa, se especializaban en la colocación de sillas en los actos o en poner los carteles de reservado. Pedro no estaba para nada de todo aquello.

Él era un hombre siempre dispuesto a actuar tal y como las circunstancias requiriesen. Un desaprensivo que ejecutaría a su madre si fuera necesario. Sus ojos de pantera producían un efecto hipnótico, una mezcla de aplomo y de amenaza que helaba la sangre. Había hecho méritos suficientes para resolver causas que exigían la máxima cautela y la máxima exposición al riesgo. Se había especializado en negociar cuanto me pudiera beneficiar con empresarios, extorsionadores, periodistas y hasta con mis rivales políticos. Todos lo conocían y sabían que era mi hombre de confianza para cualquier trabajo sucio. Y que no se andaba con chiquitas. Sabía que todo tenía un precio y que todo valía para alcanzar el poder, porque, una vez allí, no había deuda que no pudiera saldarse.

Cuando lo vi por primera vez, me llamó la atención su insultante suficiencia. Parecía que no había nada que pudiera ponérsele por delante, ni siquiera sus propios escrúpulos. Tenía madera de líder, pero optó, sin aparente resistencia, por renunciar a los focos y pasar a depender de mí y, por consiguiente, vincular su futuro al mío. Nos conocimos sin pretenderlo, en un encuentro fortuito en una discoteca de esas en las que todo puede pasar. Ambos teníamos más o menos la misma edad, pero él era más robusto y atractivo. Entablamos conversación mientras esperábamos a que un insufrible

camarero nos atendiera. «Tienes hechuras de líder. Puedes llegar lejos, y más con un padrino como el que te has echado. Si Alejandro te ha tocado con su varita, llevas cartas para ganar». Me perturbó que aquel tipo, sin prolegómeno alguno, me asaltara con ese descaro.

«Puedes contar conmigo. Si todo va bien y funcionas, estaré a tu lado. Y puedes estar seguro de que no voy a traicionarte. Si eres mercancía averiada, buscaré otro caballo ganador. A mí la política solo me interesa para vivir. Me es indiferente tu partido o cualquier otro, como a la mayoría de los que se dedican a esto. La única diferencia es que yo me atrevo a reconocerlo». Mientras me gritaba en la oreja para sobreponerse a los decibelios del antro, señaló con su vaso de tubo a una pelirroja que bailaba sola. Con su contoneo sensual, casi pornográfico, llamaba la atención de toda la sala, tanto que no había una sola mirada que se apartase de ella. En un movimiento que me pasó inadvertido, Pedro se situó a su lado, sustituyendo mi tímpano por el de la chica, acompasando su conversación con los movimientos de ella.

Me quedé impresionado cuando le vi al final de la noche en un rincón del garito con la pelirroja, haciéndole el boca a boca. Aquel día decidí que, si hacía algo en política, Pedro debía estar en mi equipo, aunque no empezó a trabajar para mí hasta bastante tiempo después. Y hasta la fecha.

—Lo tuyo con Elena ha sido una cagada de las gordas, H. H. — dijo Pedro mientras se daba la vuelta para marcharse. Su tono de indiferencia era el mismo que había utilizado cuando nos conocimos en la barra de la discoteca.

—También tengo derecho a enamorarme, ¿no? —respondí de inmediato, antes de que cerrara la puerta.

—¿A enamorarte? —dijo volviéndose hacia mí—. No seas cursi. No te pega. Tienes derecho a echar un polvo de vez en cuando, pero a poner en riesgo tu imagen y tu carrera por un capricho, no. A eso no tienes derecho cuando aspiras a lo máximo en política.

Cerró de un portazo y se fue, dejándome allí, solo. Me quedé un rato antes de volver a casa, tratando de ordenar mis ideas, pero las palabras de Pedro no dejaban de darme vueltas en la cabeza, entremezclándose con las fotos de los buenos momentos vividos con Elena, que ahora, paradójicamente, se presentaban en forma de amenaza.

7

Aquella madrugada, Madrid parecía una herrería de la que emanaba un calor mefítico a asfalto, lo más parecido a la temperatura que debe de tener a esas horas la antesala del infierno. Apenas pasaban taxis buscando la llamada de alguno de esos últimos paseantes que se resistían a volver a casa. Las ventanas de cada edificio eran secretos no revelados que avivaban la curiosidad de los vacilantes transeúntes, escasos en las aceras. Me crucé con un hombre panzón de gafas de concha marrones que se me quedó mirando extrañamente.

—Usted es Hurtado, Humberto Hurtado. ¡No me lo puedo creer!

Aceleré el paso para evitar una conversación a destiempo. Quería llegar a casa cuanto antes para descabezar un sueño, por ligero que fuese.

—Perdone. No quiero molestarle —insistió—. Solo quiero que sepa que le voy a votar.

Aquel plasta había remontado la distancia que nos separaba y se había plantado como un policía montaraz delante de mí, para darme el alto. Picoteaba las sílabas como un palomo desorientado. Ortega hizo un ademán de lanzarse sobre él, pero con un gesto lo evité. No convenía una agarrada con un atolondrado a pocos días de las elecciones.

Por un momento, pensé en zafarme de aquel pelmazo, pero un votante era un votante y tenía que ser práctico. Le tendí amablemente la mano derecha, agradeciéndole sus palabras mientras lo agarraba del húmero con fuerza con la izquierda, y me giré, dejando al extraño agradecido pero a la vez entumecido por el placaje. Era una maniobra parecida a la de una llave de judo que había ensayado para estos casos. Un método infalible que, una vez más, funcionó a la perfección.

Comencé a sudar la gota gorda mientras imprimía mayor velocidad a mi paso. Sentía que todos los miembros de mi cuerpo pedían un descanso, por mucho que por ellos fluyeran como narcóticos los whiskies de la calle Espronceda. Me detuve un momento ante un semáforo en rojo y aproveché para observar la pantalla de mi móvil.

Tenía tres llamadas perdidas de Elena, a la que había registrado como «Encuestas» para no levantar sospechas. No era un identificativo muy sutil, pero hasta entonces me había funcionado.

Cuando Elena llegó a mi vida, yo ya llevaba un tiempo experimentando el poliamor a escondidas, sin ningún tipo de rubor ni sentimiento de culpa, hasta que en algún momento se me fue de las manos, acaparando demasiadas relaciones de forma simultánea. Padecí una adicción desmedida que me provocó abundantes dolores de cabeza y no menos riesgos, así que me vi en la obligación de parar, renunciar a la concurrencia desordenada del sexo en red y centrarme en una sola mujer: Elena, mi amante oficial.

Un buen día, Alberto me propuso organizar una reunión con los ideólogos del partido para poner en común nuevos proyectos e iniciativas. En fin, una mascarada más de espíritus envanecidos y

ególatras, tirándose el moco y haciendo acopio de sus escasos e inservibles conocimientos.

Alberto pensaba que reuniones de este tipo servían para reforzar mi imagen de candidato. Como yo no era precisamente un intelectual, me hacía acompañar de personas con cierto prestigio social y académico para aparentar una solidez cultural de la que carecía. Y fue ese el motivo por el que accedí, una vez más, a montar un paripé de académicos e intelectuales afines, a cada cual más fatuo y cargante. Un festival de vanidosillos con aspiraciones políticas e institucionales.

Era costumbre que Alberto viniese a buscarme al despacho para acompañarme a la sala de reuniones de la sede del partido, manteniendo la pertinente distancia de seguridad en el momento en que irrumpían los fotógrafos. Sin embargo, aquel día, mi amigo se retrasó y decidí aventurarme, solo, en dirección al ascensor.

Mientras esperaba, se acercó una joven morena de rostro pálido. Contrastaba su delgada cintura con un pecho sobresaliente y un cabello que se deslizaba en espirales hasta la rabadilla. Al verla sentí una descarga mecánica, quizá un asomo de lujuria, y retrocedí un paso, con disimulo, para contemplarla mejor. Ella tenía la mirada puesta en un punto fijo de la pared, con un desdén impropio de quien sabe que va a compartir el ascensor con el presidente del partido. Por un momento, me vi a mí mismo como un espía decadente que, sin saberlo, estaba a punto de ser descubierto.

«Imagino que va a la segunda planta. Ya está todo preparado. He pasado hace media hora por allí y estaban todos esperándole. —Las palabras de aquella mujer me dejaron sin aliento y aturdido ante la seguridad en sí misma que destilaban—. Por cierto, me llamo Elena.

Me han contratado hace tres semanas y soy asistente de la planta quinta. He subido a entregar unos papeles a la secretaria del tesorero».

Sonreí nerviosamente en el mismo momento en el que se abría la puerta del ascensor. Ella tomó la delantera antes incluso de que yo le hiciera un gesto cortés para cederle el paso. Había un desparpajo atrevido en esa mujer que no tenía nada que ver con las vanidades de los pretenciosos que esperaban abajo, ni con las ínfulas de los meritorios y rencorosos que esperaban la ocasión de hundirte su puñal en la espalda para trepar en la escala de mando del partido.

No fui capaz de articular ni una palabra porque no quería meter la pata en ese instante. La proximidad corporal dentro del cubículo tampoco iba a mi favor. Al contrario, sentí un hormigueo invalidante al pensar que, solo observando mis gestos, ella podía adivinar mi estado de turbación.

El ascensor se detuvo en la planta y descendí forzando una sonrisa de despedida. «Encantado de conocerte, Elena. Espero que nos veamos pronto». Mientras acababa de forzar mi última frase, las puertas se cerraron y su figura quedó tras ellas.

«¿Dónde te habías metido? —me interrumpió Alberto, sacándome súbitamente de mi estado de ensoñación—. Los putos intelectuales llevan esperándote un buen rato. Son insoportables. Ya sabes que debes saludarlos a todos, uno por uno. Te sugiero que empieces por Marcelino Parrales, el sociólogo».

Cogí de la muñeca a Alberto y lo conduje hasta el aseo más cercano a la sala donde me esperaban. Entonces le pregunté a bocajarro quién era esa chica del ascensor de la que no había tenido noticias hasta entonces. En el exterior se escuchaban las voces de

los carcamales y tiralevitas que esperaban al presidente, prestos a compartir sus conocimientos a razón de cinco minutos por cabeza.

«¿Elena? No sé… Aquí hay un trasiego constante de contratos temporales para los mocosos del Frente Juvenil. Déjame que me entere y te cuento lo que sepa». Alberto me susurró la respuesta al oído, porque advirtió la presencia de alguien detrás de una de las puertas interiores. Me agarró del brazo y me llevó en volandas a la reunión con los miembros del sanedrín, que, para entonces, ya habían empezado a intercambiar dosis de sabiduría barata. «No te olvides —mascullé antes de que cerrara la puerta a mi paso—. Cuando averigües quién es, la quiero como asistente en mi planta. ¿De acuerdo?». Alberto me miró y asintió con la cabeza.

Al día siguiente, Elena estaba ya en su nuevo puesto como miembro del gabinete del presidente del partido en calidad de asesora. Mi fiel amigo me había llamado a primera hora para decirme que todo estaba resuelto y para ponerme en antecedentes. Elena acababa de cumplir veintisiete años y era la hija del arquitecto que había proyectado la rehabilitación de la sede. Su padre, un golfo a prueba de bombas, había pedido a la gerente del partido que contratara a su hija, como compensación por la rebaja de honorarios y costes que nos había hecho.

Elena se convirtió en mi lectora de borradores de discursos, una especie de jurado unipersonal que emitía opinión respecto de las intervenciones que teníamos programadas durante la semana. Imprimía dos copias de cada discurso para que pudiéramos leerlo juntos y a solas en mi despacho. Entraba sin llamar a la puerta, orgullosa de la posición de confianza que tenía conmigo,

pavoneándose ante la mirada furibunda de mis secretarias y algún que otro asesor paniaguado que tenía su mesa en el pasillo.

Bastaba con escuchar el ruido de la impresora más cercana para saber que Elena estaba a punto de entrar, con una sonrisa cómplice y atrevida, propia de quien es dueña de sus circunstancias. Llevaba el haz de folios en la mano y los depositaba en la mesa con fruición, a sabiendas de que en ese momento ella compartía todo el poder conmigo. «Aquí tienes el discurso de esta tarde. Antes de que lo leas, creo que no te va a sorprender. Más de lo mismo. Ninguna idea nueva».

Elena se acostumbró a mofarse de los redactores de discursos, tres veteranos con muchas escamas gramaticales que también habían servido a varios de mis predecesores. Eran tan previsibles como aburridos, pero, conscientes de mis carencias intelectuales, se aseguraban de que no hubiera grandes errores que llamaran la atención de mis rivales. Eran discursos mortecinos, descriptivos hasta la exasperación, tan insustanciales que era casi imposible obtener un titular para la prensa especializada. De hecho, Ramírez se afanaba en escoger algunas frases cuidadas para invitar a los corresponsales a que titulasen con ellas sus artículos. Así se lo ponía más fácil a esa prensa libre y en apariencia cualificada.

De manera paulatina, fue surgiendo un deseo irresistible que se iba convirtiendo en una fragua de pasión a medida que se sucedían las semanas. No podía dejar de mirarla mientras revisábamos los textos con los rotuladores fosforescentes que tanto odiaba. Hasta que una noche, a punto de cerrar la intervención de la mañana siguiente ante el Círculo de Empresarios, me armé de valor y la cogí del brazo para acercarla a mí.

Intenté besarla, pero Elena se escurrió como una cobra y se zafó. «Pero ¿qué estás haciendo? Nos pueden pillar…». Su voz no delataba enojo, sino más bien una advertencia conminatoria. «Lo siento. No sé qué me ha podido pasar…», susurré cabizbajo pero no arrepentido. Me invadía una sensación de frustración por no haber escogido el momento adecuado. Fue entonces cuando Elena se acercó y me besó en los labios, prolongando el beso un instante que me pareció eterno. Al terminar, me sonrió con picardía y se giró en dirección a la puerta.

Cuando salió, sentí que la piel me ardía. Era un cartucho de dinamita a punto de estallar y necesitaba calmar mi ímpetu. Aquella misma noche, cuando llegué a mi casa, me vacié en Carmen con toda la pujanza retenida durante esas horas. Y, a ciencia cierta, ella lo agradeció. «Así me gusta, H. H. No dejes de hacérmelo así todas las noches». Cerró los ojos y se durmió, liberando todas las oxitocinas, las prolactinas y las vasopresinas de su cuerpo colmado. Yo, en cambio, no pude pegar ojo pensando en Elena.

De vuelta al presente, un hombre vestido con un traje de lentejuelas negras brillantes se había detenido junto a mí, a la espera de que el disco del semáforo autorizara el paso. Nos miramos como dos sonámbulos que recobran el pulso de la realidad. Para evitar otra conversación que no me apetecía, saqué el móvil y me puse a leer los mensajes que «Encuestas» me había escrito en la última hora. «Te echo de menos», «No sabes las ganas que tengo de verte», «Ya queda menos. Estoy segura de que vas a ganar», «El sábado podríamos vernos en el apartamento».

Los mensajes se sucedían y, producto de la irritación propia de quien no recibe respuesta, su tono iba cambiando, adoptando un

perfil más hostil que llegaba a resultar amenazante. «Todavía no entiendo por qué decidisteis que no participase en la campaña», «Me habéis apartado en el último momento, cuando he sido fiel y discreta», «Me cuesta entender todo esto. Tampoco comprendo tus silencios», «Espero que no me traiciones ahora. No me lo merezco», «No me vais a tirar al cubo de basura al final, como una mierda. No lo soy», «¿No vas a contestarme?». Conocía los episodios de crisis de Elena, los celos típicos de la amante despechada.

En algún momento de la lectura de los mensajes, el hombre ataviado como Lola Flores había desaparecido, dejando tras de sí un rastro de olor a magnolias de perfume de tienda de chinos que tiraba para atrás. Pasaban unos minutos de las tres de la madrugada y, probablemente, Elena ya estaría durmiendo a esas horas. Prefería imaginarla así, desnuda, durmiendo sobre sus sábanas, como la había visto tantas veces en los últimos años. Como aquella primera vez que nos acostamos.

Habíamos viajado a Bilbao para participar en unas jornadas de la Cámara de Comercio. Mi habitación tenía vistas al Guggenheim y a la ría. Pensé por un momento que Bilbao había dejado de ser la villa de la gabarra varada y de la canción de Santurce, para convertirse en una ciudad con pretensiones de jugar en las grandes ligas. Dudaba de que pudiese llegar a ocurrir algo así, pero estaban en su derecho de soñar. Habíamos tapeado por el casco viejo y regresábamos al hotel, mirándonos con un deseo que se remecía a cada paso, en una noche en la que empezaba a chispear. Nos despedimos para dirigirnos a nuestras respectivas habitaciones, pero cuando apenas había terminado de quitarme la ropa de faena, recibí su mensaje. «Puedes venir. Te espero». Di un salto de alegría y me precipité a

vestirme de nuevo, tropezándome con los bajos del pantalón. Evité dos veces mi caída y me apresuré por el pasillo hasta su puerta.

Nada más entrar, la vi. Desnuda, de pie, esperándome con gesto insinuante. Me lancé sobre ella y comencé a morder sus labios, totalmente fuera de control. Introduje mi rodilla entre sus piernas para abrirlas, a la vez que apartaba sus cabellos de la boca para continuar besándola contra la pared. Nos dejamos caer encima de la sobrecama, yo encima de ella, enlazados por los muslos, abrazándonos y besándonos con una fuerza incontenible.

Posé una de mis manos en las nalgas de Elena mientras me abría paso dentro de su cuerpo. Yo ardía de placer del mismo modo que sentía que ella tenía nublados los sentidos. Elena tomó la iniciativa mientras nos disfrutábamos con frenesí compartido. Con una agilidad que demostraba experiencia y pericia, se colocó a horcajadas sobre mí y comenzó a rozar con sus labios encharcados mi cuello y el lóbulo de mis orejas.

Después volvió a tenderse en la cama, boca arriba, y le recorrí el cuerpo con la lengua desde el cuello hasta los muslos, aspirando el olor de su piel. Cerró los párpados y mientras me adentraba en ella con la boca, la observé, ingrávida. Llevaba semanas esperando ese momento y quería saborearlo al máximo. Su cuerpo se contraía con una fuerza animal desatada.

Volqué todo mi ser sobre ella, que se había abandonado al placer de cada uno de mis movimientos, y llegamos juntos al clímax, con una sincronía que no recordaba haber experimentado antes. Fue la primera vez con Elena y nunca la he olvidado. Una noche que ella tampoco habrá olvidado, por muchas otras que siguieran después.

Como no podía ser de otro modo, nuestra relación acabó siendo un secreto a voces, de esos que nadie se atreve a confesarte por miedo a tu propia reacción. Acabamos alquilando un apartamento en el barrio de Las Letras para nuestros encuentros ocasionales, un lugar recogido en el que ensayábamos una vida paralela de pareja. Todo a su nombre, para no levantar sospechas, pero a cuenta de las finanzas del partido.

A medida que fueron transcurriendo las etapas propias de una relación de esta naturaleza, Elena comenzó a comportarse como una esposa tradicional, disfrutando de sus rutinas cuasi conyugales y viviendo nuestros encuentros con la pasión dilatada de una pareja consolidada. Es cierto que el sexo nunca dejó de ser nuestra prioridad, pero, al menos para ella, ya no se trataba solo de eso.

Cada vez que poníamos fin a nuestra pasión, Elena se acurrucaba sobre mi cuerpo, buscando cobijo. Se le humedecían los ojos y sentía sus lágrimas sobre mis hombros. Yo la atraía hacia mí, acariciando su nuca hasta que entraba en un trance de sueño tras el que se desvanecía por unas horas. Me costaba adivinar lo que pasaba por su cabeza antes de caer rendida, aunque casi prefería no saberlo.

Cuando se convocaron elecciones, tenía que dedicarme en cuerpo y alma a ganarlas, así que no sé si decidí o me convencieron de que había que evitar cualquier motivo de distracción, incluyéndola a ella. No fue fácil tomar la decisión, y mucho menos comunicársela. En mi estado natural de cobardía, dejé pasar varias ocasiones hasta que por fin se lo dije, a bocajarro, sin anestesia. «Elena, creo que lo mejor es que durante estas semanas no nos veamos. Van a ser días muy intensos y no quiero que nadie te haga daño. Sabes bien que

pueden utilizar nuestra relación en plena campaña y el efecto que tendría sobre nuestro futuro podría ser devastador».

Cuando acabé de hablar, vi que me miraba sin un atisbo de reproche. Brotaban lágrimas de sus ojos, pero no borró esa sonrisa burlona de su boca. Imagino que me estaba juzgando en ese momento y no quería dictar sentencia hasta que transcurriese el tiempo de apelación. La besé con ternura y la abracé como un boxeador que se aferra a su rival para tomar respiro.

«Lo único que te pido, H. H., es que no te olvides de mí. Y que me sigas escribiendo. Quiero compartir contigo tu éxito, que también es el mío. No lo olvides». En esa última frase advertí una raíz casi imperceptible de amenaza, pero no quería detenerme más de la cuenta en ello. La estreché por última vez contra mi cuerpo y sentí su calidez.

En aquel momento, llegué a pensar que era posible que no volviera a verla nunca más. Esa opción existía y estaba preparado para asumirla. El problema era que ella no lo estaba, y yo entonces fui incapaz de prever las consecuencias de su negativa a aceptar el final de nuestra relación. Por ahora, tocaba esperar y evaluar cómo evolucionaba su respuesta, porque, en función de ello, tendría que actuar de un modo u otro. Las cadenas del resentimiento son muy difíciles de cargar y, si el despecho se transforma en rencor, todo puede ocurrir. Solo rogaba que, si algo tenía que pasar, fuese después del día de las elecciones.

Caminaba absorto en mis pensamientos, en ese momento de intersección entre la noche y el día en el que en la calle solo quedan quienes llegan demasiado tarde a casa y quienes salen demasiado pronto hacia el trabajo. Advertí que «Encuestas» estaba en línea.

Era probable que finalmente se hubiese despejado y estuviera esperando angustiosamente una contestación. El alcohol todavía me ofuscaba y, por un momento, me divertí pensando en la zozobra por la que debía estar pasando Elena. No conseguí agitar ninguna llama de erotismo en aquel momento, quizá por el agotamiento continuado o quizá porque, ya entonces, mi amante me causaba más aprensión que atracción. La pasión siempre tiene fecha de caducidad.

Recompuse mi figura a pocos metros de alcanzar la puerta del adosado en el que vivía. La noche, lejos de aligerar el calor, se había vuelto más viscosa. Con un gesto pautado, me despedí en la distancia de Ortega, quien, levantando la mano sin demasiado entusiasmo, hizo lo propio conmigo.

Abrí la puerta sigilosamente y me fundí en las sombras del salón. En la planta de arriba, un ruido sordo de música provenía del dormitorio de alguna de mis hijas. No tenía ganas de indagar a esas horas. Mi sangre era horchata, y mi corazón latía agitado pidiendo descanso. Mañana iba a ser otro día. Aunque, bien visto, mañana ya era hoy.

Lunes

Seis días antes de las elecciones

8

—¡Vamos, Ortega! Que no se diga que has sido GEO…

Ortega se había quedado atrás, rezongando alguna maledicencia. Me giré para no perderlo de vista y pensé que, para ser mi guardaespaldas, su forma física dejaba mucho que desear. Correr ya no era lo suyo. Respiraba a bocanadas, dando cuenta del último depósito que debía quedar en sus pulmones. Estambres de pelo cano se le deshilachaban por la frente, adheridos a la piel por un sudor áspero.

Conservaba unas buenas curvas en los gemelos y en los muslos, que denotaban una preparación física militar ya lejana. Unas morcillas sobresalientes en su cadera eran la señal de que se había descuidado con el tiempo. Había vuelto a adelgazar, pero la edad y los cambios bruscos de peso le impedían ocultar los estragos del tiempo.

—Estás en plena forma, jefe. No puedo más —jadeó con una voz de violín desafinado que no se correspondía con su tono natural.

Era evidente que el conato de *sprint* para alcanzarme había alterado el timbre de sus cuerdas vocales, pasando de tenor a barítono desafinado. Paramos a descansar junto a un árbol y, mientras estiraba para evitar tirones posteriores, volví a observarlo. Recordé el día que apareció en mi vida, una vez más, de la mano de

Alejandro, quien se afanaba en buscarme protección con personas de su confianza, aunque fuera también para guardarse las espaldas a sí mismo.

«Te presento a Ortega, Rafael Ortega. Ha sido GEO, COE, legionario y seguro que ha trabajado también con el Mossad. Yo me haré cargo de todos los gastos hasta que ganes suficiente dinero para pagarle tú».

Con estas palabras, mi suegro me presentó al hombre que estaba sentado a su lado aquel día en la cafetería. Era muy corpulento e irradiaba aplomo y fortaleza. Su apretón de manos me dejó la extremidad dormida un buen rato. Ese tipo era una bestia de la naturaleza. De apariencia tranquila, pero dispuesto a seccionarte la yugular sin despeinarse. Además, tenía, y no era algo habitual en su profesión, una mirada inteligente. No era solo un saco de músculos.

«He sido GEO y COE. Experto en lucha canaria, contravigilancia y protocolos antiterroristas. Mi trabajo es profesional. Y soy el mejor, al menos de los que conozco». La voz de Ortega era áspera pero templada, como el corte de una sierra de calar. Tomó aire y continuó sin inmutarse.

«Imagino que querrá saber algo más de mí —me espetó sin alterar su tono de voz, y continuó hablando sin esperar mi respuesta —. Me licencié en Sociología, pero por pura curiosidad. Mi verdadera vocación era el ejército y me alisté nada más terminar la carrera. Como militar, estuve en las Fuerzas Especiales diez años dando tumbos por el mundo y participé en varias guerras, siempre en tareas de protección y casi siempre bajo el paraguas de la ONU. He visto más atrocidades de las que cualquier persona debería ver. Volví a España, a la unidad de los Grupos de Operaciones Especiales con

destino en el País Vasco y enlace en Francia. Salí, y se lo tengo que decir, asqueado de la política y de lo que vi allí. Aparte de tareas de vigilancia y contravigilancia, soy experto en armas y explosivos. En los últimos años, ya fuera de las Fuerzas Armadas, he trabajado en cuestiones de vigilancia tecnológica. Ya sabe, micros, interceptación telefónica, ciberdelincuencia… Últimamente, he pasado una mala racha, pero por suerte he dado con Alejandro, que…».

De aquella presentación inicial en la que proyectaba seguridad a prueba de bombas hasta los estertores roncos producidos por un ejercicio físico menor, habían pasado algunos años, los suficientes para que ambos nos conociéramos más de lo que convenía.

Mientras dejaba que Ortega recuperase el aliento, me observé desconcertado. Estaba embutido en unas mallas negras para evitar que se vieran mis piernas velludas. Las mismas mallas que me había comprado Elena cuando empezamos a salir. Ella era adicta al deporte y yo, como la mayoría de los hombres a mi edad, había abandonado el ejercicio físico hacía tiempo. Pero al conocerla quise recuperar la forma y volví a las cintas de correr y a las pesas en los gimnasios de los hoteles. Era un peaje necesario cuando existía la barrera de la edad, y yo lo pagaba con fruición, dispuesto, si hubiese llegado el caso, a correr una maratón. En poco tiempo, adelgacé bastante, impulsado por el deseo de no perder la atracción de mi amante. Había dos señales inequívocas de infidelidad en un hombre que nunca fallaban y las cumplí a rajatabla: actualizar la ropa interior y adelgazar para aparentar ser más joven.

Una bandada de cotorras, que algún animalista sin escrúpulos había liberado, sobrevoló mi cabeza. En la batalla aérea entre esos pajarracos verdes y las palomas del parque, estaba ganando la

especie invasora. Pensé que aquello podía ser un buen ejemplo para algún mitin de campaña, pero lo deseché pronto. No eran momentos para arriesgar, y menos con ejemplos poco edificantes. A lo lejos, a unos metros, se agolpaban algunos curiosos que me habían reconocido.

—Venga, chicos. Una toma y un par de fotos estirando más y lo dejamos —exclamó Ramírez, que no acababa de dar con los enfoques adecuados.

Llevaba varios meses sin calzarme unas zapatillas de deporte y parecía que los pies hubiesen crecido desde la última vez, porque los dedos comenzaban a entumecerse por la presión del calzado. Tenía los calcetines empapados por el sudor y los pies a punto de socarrarse, así que había llegado el momento de dejar el deporte hasta otro día. Ya no tenía edad para demasiados trotes.

—Jefe, tendrás que cambiarte en el coche. Te dejamos unos minutos para que puedas asearte… Hay toallitas y un botellín de agua en tu reposabrazos —me espetó Ramírez, que daba así por concluida la sesión de fotografía.

Todos los medios digitales estaban a punto de disfrutar de mi gran estado físico y de todas las chanzas posibles de los roedores de las redes sociales. Mientras tanto, los transeúntes se dispersaron, retomando sus quehaceres de ciudadanos anodinos. Ahora, al menos, tenían algo que contar.

—Por lo demás —prosiguió Ramírez—, *La Nueva Información* todavía no ha publicado nada sobre Del Río. Es posible que, después de vuestra conversación, el director haya cambiado de idea. De todas formas, el comunicado del partido está preparado por lo que pueda venir.

Me desvestí como pude, contorsionándome en la parte trasera del coche, a resguardo de los curiosos gracias a los cristales tintados de las ventanillas. Mientras procuraba encajar las piezas en mi cuerpo como un desmontable, observé que tenía varias llamadas pendientes de Alejandro, que se entremezclaban con cientos de mensajes prescindibles de apoyo y recomendaciones de última hora, a cada cual más estúpido o más obvio. Además, por cada llamada perdida de mi suegro, había un mensaje de «Encuestas». Observé temeroso el móvil y pospuse la devolución de las llamadas. No tenía claro quién podía ser peor, si Elena o Alejandro.

Tras unas respiraciones de emergencia y una vez recuperado el resuello, hice un gesto a Andrés, mi conductor; a Ortega, que observaba atentamente, y a Ramírez para que subieran al coche. Cuando arrancamos, guardé mi corazón de atleta hasta la siguiente campaña electoral.

El intervalo entre los diferentes actos era el único momento en el que podía bajar la guardia y rumiar para mis adentros. Y en la última semana, ese tiempo se había reducido al mínimo. Vivíamos dentro de una rueda que nos arrastraba sin remisión de un evento a otro, sin concederme un respiro para hacerme siquiera una idea de qué o quién me esperaba en la siguiente parada.

Pensé en la campaña asfixiante que me habían diseñado. Lo más curioso era que los asesores que habíamos contratado para la ocasión resultaron ser los mismos que habían asesorado al candidato de otro partido que nos había machacado en Asturias, en unas elecciones regionales. Eran unos profesionales. Para ellos no éramos más que un producto que había que colocar. Igual que si fuésemos un coche o un perfume: «Público objetivo, *target*, mensajes

bandera, diferenciación, nicho, "promesas las justas", ideas, fuerza…». Eran los mandamientos del catecismo electoral. Muchas veces he pensado que esa gran empresa, cuyo asesoramiento se disputan todos los partidos grandes, o que aspiran a serlo, junto con los gurús de cabecera de las demoscópicas, es quien de verdad manda en este país.

Recién salido de la *performance* deportiva y con la frente y las axilas todavía húmedas por el sudor, llegamos al encuentro en *off* con los medios que había montado Ramírez en el Palacio de Cristal del Retiro. «Es una metáfora de transparencia y visibilidad», me había asegurado. Lo que se pretendía con estos actos era crear cierta complicidad, una relación algo más personal con los periodistas. Lo cierto era que hacía un calor sofocante a esa hora de la mañana; los visitantes del parque nos miraban con cara de cabreados por haber cerrado el recinto y los periodistas, menos de los previstos, andaban más pendientes de los cruasanes y del café que de mis declaraciones.

Al fin y al cabo, los más afines estaban todo el día a nuestro alrededor, comunicándose a través del WhatsApp, y Ramírez les filtraba lo que les interesaba. Al resto, había que gestionarlos en función de las circunstancias. En comunicación política hemos aprendido del pasado, pero el presente se escurre de forma tan vertiginosa que todos improvisamos, huimos hacia delante, intentando disimular la falta de previsión que guía nuestras decisiones. Sucede como en el rugby: patada y a seguir.

El grupo de periodistas se había dispuesto en semicírculo en torno a la silla en la que me tenía que sentar durante treinta minutos

interminables. Un verdadero potro de calamidades físicas y mentales.

Allí estaba Rebollo, el primero en tomar la palabra. Uno de esos que abusa de dar a entender que sabe más de lo que te pregunta para ver si te pilla. Había sido redactor jefe de nacional en un periódico importante, antes de que estos sucumbieran a manos de las redes sociales y los medios alternativos, cuando las primicias se conseguían tomando copas con el comisario o el confidente de turno a las dos de la mañana. Aquellos eran otros tiempos que ya no iban a volver y Rebollo lo sabía, lo que le producía un resquemor que era incapaz de disimular.

—Señor candidato —dijo socarronamente con un cuernecillo de cruasán asomándole por la boca—, ¿no hay manera de que nos diga a qué ministros va a nombrar si gana? Además de a Alberto, que ya nos lo avanzó ayer en la entrevista.

No había cambiado su voz malvada desde que lo conocí hace algunos años. Disfrutaba con su veneno. No entré al trapo de su provocación.

—Todo a su tiempo, Rebollo. Todo a su tiempo. Ya sabéis que nuestro partido aspira a gobernar en solitario, pero la última palabra la tienen los electores. Creo que nuestra experiencia de gobierno, nuestra gente y, sobre todo, nuestra propuesta política sincera y clara auguran unos magníficos resultados. Ya habéis visto las últimas encuestas.

—Habla de «nuestra gente». Por ejemplo, ¿Eduardo Castaño, su vicesecretario? Está sonando mucho —replicó con una sonrisa entre los dientes.

Debí poner cara de asco porque noté el gesto alarmado de Ramírez, que me miraba abriendo los ojos, y rectifiqué a todo trapo:

—Eduardo Castaño es un magnífico candidato, y él lo sabe. Está siendo fundamental en la campaña. Es una persona valiosa. Pero hay muchos compañeros, algunos muy jóvenes y preparados, que también están listos para dar el salto —respondí cortante.

Un joven gacetillero, nieto de un torero del que se preciaba para ascender en el escalafón de la profesión, como si el periodismo y la tauromaquia fueran lo mismo, levantó la mano. Le pagaban cincuenta euros por artículo y se inventaba tres cada día, sin ningún rubor:

—¿Y qué nos tiene que decir, señor Hurtado, de los contactos con otros partidos para formar gobierno? Se habla de cenas discretas en las que están acordando futuros apoyos que, sin embargo, niegan en público.

—Bueno, Gonzalo, como estamos en un *off* os diré, y tú deberías saberlo, que los partidos hablamos entre nosotros mucho más de lo que se dice. Todos con todos. Otra cosa es que seamos prudentes, para que no empecéis vosotros a sacar conclusiones aventuradas o lancéis hipótesis que la gente toma por noticias. Además, estoy convencido de que vamos a ganar por mayoría absoluta. Tu director me habló ayer de unas reuniones que ha tenido mi contrincante, la señora Peláez, para preparar su futuro…, pero seguro que vosotros sabéis mucho más que yo.

Lanzada la piedra, ya los tenía entretenidos con ese pequeño bulo sobre mi principal contrincante.

—Señor candidato, más allá de ese hueso que nos acaba de lanzar, yo quería preguntar por esa clamorosa falta de mujeres en su

equipo, mujeres con mando en plaza, me refiero.

Quien me preguntaba era Inés Conde, la mujer que me introdujo en los usos y costumbres de la corte cuando era un recién llegado de provincias. Seguía estremeciéndome cada vez que la vida nos cruzaba. Se había convertido en una de las periodistas más prestigiosas del momento. Guapa, elegante, con clase. Sus columnas y sus opiniones en las tertulias eran de las pocas que tenían cierto impacto electoral. A Inés había que cuidarla y temerla a partes iguales.

—Muy interesante tu observación, Inés. Creo que tienes razón, y estamos trabajando para corregirlo. Estoy seguro de que os vamos a dar una buena sorpresa si… —Luego añadí con mi mejor sonrisa—: Mejor dicho, cuando nombremos al consejo de ministros y ministras. Mi compromiso es intentar la paridad. No por postureo ni a capón, sino porque tenemos magníficas mujeres en el partido. Además, alguna independiente casi me ha dado el sí también.

Acababa de lanzarles otro hueso con el que entretenerse: indagar qué mujer independiente se vendría a nuestro equipo. La verdad era que no teníamos a nadie, pero tuve que mentir para salir del atolladero. Era eso que tanto temían nuestros equipos de campaña: cuando, de repente, un detalle que no has tenido en cuenta se convierte en una revelación indebida que puede dar lugar a uno de esos temidos incendios que tanto cuesta sofocar después.

Las preguntas se fueron sucediendo. Mientras contestaba a cada cuestión, miraba con ansiedad el reloj suplicando el momento de dar por finalizado aquel tercer grado.

—Bueno, muchachos, gracias por venir, pero tenemos otro acto a continuación y necesitamos que el candidato nos dure hasta el final

de la campaña —bromeó Ramírez para ahorrarme unos minutos de aquel paripé al ver en mi cara la incomodidad que me estaba produciendo.

Mientras recogíamos, los reporteros se aproximaron para intentar sonsacarme alguna primicia de última hora. Siempre hacían el mismo intento y siempre salían trasquilados. Después de despedirme de todos ellos, nos encaminamos de nuevo al coche, donde esperaba Andrés. Su rostro era pétreo, sin emociones. Hablar con él era como hacerlo con una pared, así que me limitaba a mantener las conversaciones propias de los conductores. Me recosté en el asiento para dar rienda suelta a mis pensamientos por un rato, y tan profundas debieron de ser mis reflexiones que acabé quedándome dormido.

—H. H., despierta. Ya hemos llegado —dijo Ramírez tocándome el hombro para despabilarme—. El siguiente acto es dentro de una hora, así que una ducha rápida, te cambias y salimos pitando. Pedro ya ha ido para allá a comprobar que esté todo bien. Según me ha dicho, tenéis después una comida importante, así que me aseguraré de que cumplamos el horario previsto.

Abrí los párpados lentamente y distinguí la puerta exterior de mi casa. Reparé en que tenía varios mensajes nuevos de «Encuestas». Elena no se daba por vencida. El ruido del motor del coche fue amortiguándose hasta que se apagó por completo. Bajé, pensando que no me la podría quitar nunca de encima.

9

Nada más encontrarme con mi asesor, acelerando el paso mientras nos encaminábamos al restaurante, estallé:

—Este Ramírez no es más capullo porque no se entrena, ¡joder! ¡Menuda encerrona me ha montado con los periodistas esta mañana! Todo por ese empeño que tiene en quedar bien con los suyos. Pero ¿de dónde hemos sacado a este tipo?

—Te lo recomendó tu suegro, te recuerdo… —apuntó Pedro, guiñándome pícaramente un ojo para recordarme que yo era responsable directo de algunas cargas, y esta no era la menor.

En ese momento, volvió a asaltarme la eterna duda de que Alejandro siempre jugaba con varias barajas. Al principio, traté de convencerme de que sus sibilinos tejemanejes con la oposición dirigidos a que yo prosperase en mi ciudad respondían únicamente a la conocida estrategia de no poner todos los huevos en la misma cesta. ¿Que volvían a ganar ellos? Pues *business as usual*. ¿Que ganaba la oposición? Pues ya se ocuparía su yerno de que ninguna planta se saliese del tiesto.

Pero algo me sugería que había algo más. Ese afán de dominio que ya era parte de su naturaleza, esa obsesión por el control y por el secreto. Un comportamiento como de «padrino» local que manejaba todas las claves, asegurándose de que los que le

rodeaban, incluso sus más íntimos colaboradores, solo conocieran parte del plan. Ahí residía, en gran medida, su poder.

Un día, en una de las reuniones en su casa con los moscones habituales, hizo un aparte y sacó del grupo a un muchacho de mi edad, con gafas de culo de vaso y al que se le empezaba a caer el pelo rubiejo que alargaba en el cogote lo que le faltaba en la azotea. Me presentó: «Humberto, quiero que conozcas a Jacinto Ramírez. Es el hijo de mi amigo Ildefonso, el ganadero. Es un buen muchacho. Estudia Periodismo. Yo creo que podéis hacer buenas migas. Y, además, alguien que quiere dedicarse a la política necesita personas de confianza que le lleven los temas de comunicación. ¿No te parece?», me preguntó retóricamente, cuando ya esperaba mi aprobación incondicional. «Por supuesto, Alejandro. ¡Encantado!», asentí con entusiasmo.

La mano blandita y fofa que me tendió Ramírez ya debería haberme predispuesto mal hacia él. «Me llamo Jacinto Ramírez, pero en el gremio periodístico nos suelen llamar por el apellido. Cuando trabaje en una redacción, seré Ramírez». Me pareció un tipo flojo, apocado, con una mirada huidiza que parecía ocultar algo oscuro detrás de los gruesos cristales de las gafas.

Con el tiempo, como quien se acostumbra a la rutina o no se da cuenta del desgaste de sus zapatos favoritos, Ramírez se me fue pegando de manera natural. En el fondo siempre lo he sentido como un peaje que hay que asumir por tener el apoyo de Alejandro. Esa es la verdadera influencia de alguien sobre ti: hacer cosas que nadie te ha pedido, pero que tú sabes, o intuyes, que alguien quiere que se hagan. Es más, sabías que a Alejandro le halagaba que lo hicieses sin que te lo pidiera. Y tú querías devolverle alguno de los mil

favores que te había hecho. Querías que supiera que sabías cuánto le debías. Que eras una persona agradecida. Y te encantaba compartir con ese líder esas cosas no dichas, esas complicidades no formuladas de forma explícita. Porque sabes que solo se reservan esas confianzas para unos cuantos elegidos. Y tú quieres seguir siendo uno de ellos.

Lo malo era que, a veces, esos favores remotos se pasaban de rosca y se mantenían por pura inercia hasta que un día, cuando rompías la baraja harto de seguir con aquel compromiso, comprobabas que hacía mil años que a Alejandro, o a quien fuera, le importaba un pito ese u otro individuo. Que se le había olvidado. Y en ese momento pensabas que habías sido un idiota aguantando tanto y que mejor te hubiera ido cortando el grifo mucho tiempo atrás.

Pero la infinita sutilidad de las relaciones es la asignatura más difícil de la política. Lo que a un político se le tolera e incluso celebra por parte de los compañeros, el público o los medios, a otro se le reprocha y afea. Lo que para uno son loas y alabanzas, para otro son burlas y desprecios. Y no solo por intereses, alianzas o pactos de asistencia mutua, que también. Hay algo misterioso, mágico, en las relaciones humanas del ecosistema de la política que no es nada fácil de descifrar. Igual que el carisma o el don de gentes. Cuando es impostado o forzado, se nota.

Mientras caminaba pensando en todo aquello, Pedro iba a mi lado, en silencio, respetando mi introspección. Su prudencia y su carácter reservado es algo que siempre me ha gustado. Si no había de qué hablar o no tenía que actuar, reservaba fuerzas. Como una pantera siempre al acecho.

—Es aquí, H. H. En el piso de arriba —dijo apuntando con un dedo en dirección a las escaleras.

Aquel restaurante de moda era una buena metáfora de estos tiempos: en la planta de calle, un enorme espacio dedicado a la carne en todas sus modalidades, con los cocineros en una especie de escaparate exhibiendo «en tiempo real» sus trajines con los chuletones y los mil tipos de carnes a la brasa. Todo enorme. Y brillante. Atiborrado de gente guapa según los cánones del momento. Una decoración vegetal exuberante, excesiva.

Los comensales creían volver a estar en ese restaurante tropical en el que comieron en alguno de sus viajes reales o inventados. «Argentina cuando fuimos a los glaciares» o «Brasil cuando estuvimos en Iguazú, ¿te acuerdas?» o «Se parece a aquel sitio de Vietnam, ¿verdad?». Carísimo. Misión imposible reservar mesa un fin de semana. La música a tope. Las camareras, espectaculares, con una sonrisa de catálogo. Y arriba, en los reservados, un hilo musical muy suave y el mobiliario estrictamente necesario para sentirse reconfortado. Exclusivo para los selectos de verdad.

Subimos. Allí nos estaba esperando ya el consejero de Telenor, fumando un cigarro. En estos reservados se puede hacer casi de todo. Avancé con las dos manos extendidas por delante.

—¡Daniel! —exclamé con júbilo exagerado.

—¡Humberto! Dame un abrazo —contestó rebajando el tono de efusividad.

Tras las palmadas de rigor, y con esa sorna autosuficiente de los dueños de empresas poderosas, Daniel se dirigió a Pedro:

—Luca, tú también, hijo mío.

En el mundillo de los empresarios influyentes, los de más de siete ceros en sus cuentas en Panamá, a Pedro lo apodaban Luca, por Luca Brasi, aquel personaje que se ocupaba de liquidar a quien Vito Corleone le indicase. En ese ingenioso saludo, había mezclado *El Padrino* y el asesinato de Julio César.

—Por supuesto —respondió Pedro con una leve sonrisa—. Cuando Humberto tiene que entrar en la jaula de los leones, necesita que alguien le cubra la espalda.

—Me halagas, Luca. Mira mis dientes y mis garras —dijo Daniel tendiendo la mano a Pedro—. Poca cosa.

—Los depredadores esconden sus garras hasta el último momento, justo antes de degollar a su presa —replicó Pedro sin amedrentarse ante la burla del empresario.

—Bueno, haya paz —tercié—. Somos buenos amigos. Y con la mañanita que llevo, una tregua no me vendría mal.

En ese momento, se nos acercó Enrico, el dueño del restaurante, que siempre se ocupaba de atender personalmente a las autoridades. Era parte del protocolo. Cuando recibía una visita de postín, nunca mandaba al encargado. Él o su mujer hacían los honores. Era un tipo elegante, que rondaba los cincuenta, amable pero sin pasarse.

—Un placer, Humberto. Ya no nos quieres… Hace meses que no te vemos por aquí. A Daniel sí lo veo más. Es un gran amigo y un gran cliente. Pero, sin que se me enfade, tú eres nuestro futuro presidente. Y queremos mimarte. Hoy tenemos ese vino que tanto te gusta y es temporada de setas. Pedro, ¿quieres ver las piezas de carne? Que sé que te gusta…

Enrico hacía gala de sus posesiones como un rey en su castillo.

—¡Bien! ¡Esto empieza a arreglarse! ¿Veis lo fácil que es disfrutar de unos segundos de felicidad? —exclamé con satisfacción, dueño, por fin, de la situación—. ¿Nos sentamos?

—Claro.

En un aparte discreto, y aprovechando que Pedro se había ido a dar una vuelta de reconocimiento por el local, Daniel me susurró:

—¿Luca se queda?

—Desde luego. De ti me fío lo justo —le respondí con mi mejor sonrisa—. Y lo que te tenemos que pedir y lo que te vamos a contar es un asunto que he puesto en manos de Pedro y solo de él. No me fío de nadie más de mi equipo para estas cuestiones.

—Pues no hay más que hablar. Vamos a probar ese vino —contestó zanjando la cuestión.

Cuando uno bebe un vino de 1946, un Château Lafitte que vale cinco veces el salario mínimo, hay una parafernalia que no todo el mundo conoce ni todos los sumilleres dominan. Se llama «decapitar» la botella. No te puedes arriesgar a sacar el corcho, que posiblemente se desmenuzaría, así que hay que calentar el cuello de la botella con un elegante soplete *ad hoc* o con unas pinzas al rojo y, enseguida, frotar como un collarín con nitrógeno líquido y darle un golpe seco con una especie de alfanje. Si está bien hecho, sale un corte limpio a mitad de cuello. Es espectacular y una de las especialidades de la casa.

—Bravo, Enrico. Eres un maestro —dije con indisimulada admiración. Aquel vino bien valía un poco de coba.

—Gracias. Vamos a decantarlo y en un momento viene vuestro camarero. Luego me tomo un café con vosotros a los postres —dijo

Enrico, fiel al protocolo que seguía con los comensales más importantes.

—Genial. Sí, atiende a tu público, Enrico. Y besos a Paola —le dije.

—Gracias a ti, Humberto. Y ¡bienvenidos! —dijo para dar por concluida la conversación mientras se retiraba con discreción hacia la planta inferior.

Pedro volvió de su inspección y nos puso al día.

—Angus sublime. Las mollejas, como te gustan. Y unas chuletas de vaca pajuna que mejor no coincidamos con alguien de Greenpeace. No deben de quedar más de trescientas en Málaga. ¿Y el vino, ya ha sido ajusticiado?

—Degollado, Pedro. Como Luis XVI —le replicó burlón Daniel.

—Luis XVI fue decapitado. Degollar es otra cosa —replicó Pedro mirando a Daniel con una expresión neutra mientras hacía el gesto de pasarse el dedo por el cuello.

—Bien, vamos a lo nuestro —dije tomando la palabra para apaciguar la bronca entre Pedro y el empresario—. Daniel, estamos en un aprieto y necesitamos tu ayuda. Estoy siendo víctima de un chantaje. A ti te lo puedo decir. No es nada de dinero ni rollos empresariales. Alguien ha conseguido unas fotos de mis encuentros con Elena, ya sabes, mi novia esporádica, y me las está enviando a cuentagotas al móvil. Necesito saber quién es el hijo de su madre que lo está haciendo para averiguar qué pretende.

—Pero, Humberto, ¿por qué no vas a la policía? Es lo lógico. Y que un juez autorice la intervención —me reconvino Daniel mientras daba cuenta de una nueva calada de su cigarro.

Pedro intervino, sin andarse con rodeos.

—Si es una broma, no hemos venido a perder el tiempo. Cuanta más gente sepa que existen esas fotos, más posibilidades hay de que salgan a la luz. No nos fiamos de la policía. O más bien del control de la información una vez esto se ponga en conocimiento de la policía. Sabemos lo que puede pasar según con qué mandos. Solo nos faltaba que le llegue la onda a la bruja de Rosa Peláez y lo suelte en donde ella sabe que puede hacernos daño. Cada día recibimos un par. Lo hemos comprobado y no están trucadas. Son auténticas. De momento, por el motivo que sea, no las han hecho públicas ni han pedido nada. Ni dinero, ni nada. Y quedan cinco días para las elecciones.

—Vale, me hago cargo. Lo que me estáis pidiendo es que cometa un delito por vosotros. Lo sabéis, ¿no? Un delito contra la intimidad y la confidencialidad de las comunicaciones —pronunció exaltado para luego bajar el tono hasta acabar en un susurro.

—Hombre, dicho así… —corté la conversación, antes de que aquello se convirtiese en un taller práctico de Derecho Penal.

—¡Cómo eres, Humberto! Por más que como político intentes camuflarlo. Además, como comprenderás, no es algo que pueda hacer en mi trastero. Tengo que involucrar a más personas, lo que incrementa el riesgo de filtraciones.

Daniel me lanzó una mirada que evidenciaba cierto enfado, como si le fastidiase la suficiencia con que había sido formulada la petición.

—Desde luego. Sé que lo que te pedimos es un marrón. Por eso recurrimos a ti y a nadie más. Y, por supuesto, te deberemos una muy gorda. Y, no lo dudes, tu compromiso con nuestro proyecto tendrá una generosa compensación —acerté a contestar con ímpetu.

—¿Consistente en…? —preguntó capciosamente Daniel, a la espera de la respuesta que, tarde o temprano, estaba esperando desde que había comenzado la comida.

—Cuenta con dos de las cinco licencias que el siguiente Gobierno tiene que adjudicar. Sabemos que el ministro actual ha conseguido el visto bueno de Bruselas al procedimiento, lo que deja al Gobierno bastante margen —repliqué, indagando en el efecto que mis palabras podían haber surtido en su mente.

—Hum… Una información valiosa, desde luego —murmuró con un temblor inaprensible en los dedos con los que sostenía el cigarro.

—Podéis ganar un montón de dinero —terció Pedro—. Y aunque os lo impugnen, algo de margen tenemos con los jueces de la sala de lo contencioso-administrativo que juzgaría la causa. Nos deben algunas, como bien sabes.

—Ya, por aquello… —ironizó Daniel, quien conocía a la perfección la capacidad de influencia de Humberto en mentes vulnerables. Y había jueces que lo eran, y mucho.

—Exacto. Veo que seguimos bien conectados —respondí, mirándolo sin pestañear.

—Vale —dijo Daniel haciendo una pausa antes de continuar—. Me la voy a jugar por vosotros, pero me interesa también saber vuestras intenciones con ese proyecto de ley de telecomunicaciones que pretende abrir, entre comillas, el mercado a la competencia.

—Si ganamos las elecciones, irá directo al cajón. No va a salir. Tienes mi palabra —dije asertivamente, para que no quedase ningún atisbo de duda—. Además, dentro del margen que nos da Bruselas, te garantizo la protección de empresas como la tuya. Ya está bien del chantaje de los chinos.

—¡Pues ya está todo hablado! Estamos de acuerdo. Vamos a brindar con este vinazo por vuestro éxito. Mucho nos jugamos y confiamos en vosotros, ya lo sabes —se apresuró a responder, seguro de que el acuerdo que había cerrado era muy importante para el futuro de su compañía.

—Claro que lo sé. Pero con amigos como tú no podemos fallar. —Paladeé un primer sorbo del vino que nos habían servido y añadí—: Mirad la etiqueta. 1945. Este vino fue cosechado en Francia con las bombas de los aliados cayendo a mansalva. Y aquí estamos degustándolo. Es una buena metáfora de lo que tenemos encima. Caigan las bombas que caigan, la cosecha está madura.

Los tres levantamos las copas al unísono.

—¡Salud!

10

Como ocurría casi todos los días de frenética campaña, cuando empezaba a ponerse el sol había una velada de esas que concitaban a lo más granado de la sociedad. Aquella noche me tocaba asistir a la recepción que organizaba Sandra Vila, una conocida empresaria catalana afincada en Madrid. Su consultora era una de las más importantes de España, con valiosos contactos en Latinoamérica. Todo el mundo hacía lo imposible por acudir a sus fiestas y, a cinco días de las elecciones, nadie quería perderse la que había organizado, no fuera a repartirse algún pastel y te quedaras sin trozo.

Me removí molesto en el asiento del coche, tratando de disipar la inquietud de los últimos contratiempos. Carmen, a mi lado, se arremangaba una túnica gris marengo que se había comprado en alguna tienda de moda del barrio de Salamanca. Por fortuna, no había trascendido el asunto de las fotografías robadas, o al menos eso quería pensar yo. Me había imaginado mil veces su reacción en el caso de que lo descubriese, pero no llegaba a divisarla.

Para atemperar mi propia desazón, tomé la mano de mi mujer y comencé a deslizar las yemas de los dedos sobre sus venas, cada vez más sobresalientes. Me miró desconcertada, quizá porque no recordaba la última vez en la que me había mostrado cariñoso.

—¿Algún problema, H. H.? —me preguntó de sopetón, fingiendo un sumo y repentino interés en obtener una respuesta cierta.

—Ninguno. Imagino que comienzan a pasarme factura tantos viajes y actos. Pero descuida, estoy mejor que nunca —le aclaré sin vacilar, y ella me devolvió un gesto de incredulidad—. Espero que disfrutes esta noche. Habrá mucha gente conocida.

—Como nunca me preguntas cómo estoy, te diré que hoy no he pasado un día muy bueno. Tengo los ganglios inflamados y he vomitado varias veces. He estado a punto de pedirte que declinaras la invitación o que, al menos, me excusaras a mí. Además, me han afectado los rumores que algún imbécil ha difundido en algunos medios de comunicación sobre una posible crisis de nuestro matrimonio —dijo empleando un tono de amargo reproche, apartando su mano de la mía para continuar sosteniéndome la mirada—. No te he visto salir al paso para desmentir esas murmuraciones. Imagino que es irrelevante y que no puedes contestar a todas las calumnias y mentiras que se dicen, pero me hubiese gustado que, al menos, lo hubiésemos hablado.

—Perdona, cariño —repliqué manteniendo la compostura mientras un escalofrío me recorría la espalda—. Aunque no lo parezca, a mí también me afectan esos infundios, pero ahora no es el momento de entrar en ninguna provocación. Te juro que, dentro de una semana, ya puede ir preparándose el hijo de la gran puta que ha escrito eso. Créeme.

Carmen me miró sofocada, esforzándose por no hacer visible la comezón interna que sentía. Un punto de rubor cárdeno se desprendió de sus mejillas. Había algo en ella que enaltecía su figura cuando se enfurecía, si bien mi propósito era justo el contrario,

evitar que estuviese enfurruñada. Se le podían cruzar los cables, y, en ese caso, era imposible contener los ataques que lanzaba sin control.

—Estamos llegando —dijo Andrés mientras se situaba a continuación de una de las hileras de coches que desfilaban junto a las dos aceras de la calle donde se ubicaba un moderno chalet de Mirasierra, con la mirada vigilante de dos patrullas de la Policía Nacional en cada esquina.

—Ramírez nos está esperando —advertí—. Se ha adelantado para comprobar que todo está de acuerdo con lo convenido con Sandra Vila. No quiero más contrariedades, que esta semana ya hemos cubierto el cupo.

Andrés detuvo el coche con el retraso cronometrado, tal como había pautado mi jefe de prensa, que siempre me hacía llegar de los últimos, no demasiado tarde, pero sí lo suficiente como para hacer notar que me esperaban. También me había insistido en otro de sus consejos de cabecera: «Hazte a la idea de que habrá un fotógrafo pendiente de ti en cada encuentro que tengas, con cada invitado que te cruces, y esa foto que te hagan en el momento más inoportuno puede ser mañana portada en el periódico o hacerse viral en las redes. Teniendo esto bien presente y desplegando tus dotes sociales, lo bordarás».

Nuestra entrada produjo el efecto esperado. Se hizo un pasillo de sonrisas y palmadas, y saludamos a la anfitriona y su marido entre los aplausos de muchos de los asistentes. Olíamos a victoria.

—¡Qué honor tenerte con nosotros, Humberto! Con lo liado que estarás… —exclamó Sandra Vila con una satisfacción desorbitada, tan ensayada como impropia de alguien de su posición—. Carmen,

¡estás deslumbrante! Me encanta tu vestido —añadió, dirigiéndose a mi mujer.

—Intento estar a la altura de mi marido, ¿no crees? —respondió ella, en un tono que, de no haber sido por la situación, anticiparía una pelea de gatas.

Carmen sospechaba de cada mujer con la que yo tuviera relación, aunque lo que me uniera a la mayoría, como en este caso, fuera de carácter institucional. Siempre me daba la impresión de que creía que tenía aventuras con todas ellas o podía llegar a tenerlas. Para salir de aquella situación embarazosa, interrumpí el cruce de acusaciones veladas y deslicé el brazo por el hombro de Carmen para continuar la conversación.

—Sandra, soy yo el que está agradecido. Y, por supuesto, Carmen. Siempre viene bien evadirse de ese infierno que son las campañas y disfrutar un rato con los amigos. Aunque veo que está también Rosa Peláez entre los invitados.

Al fondo del jardín, mi principal competidora charlaba animadamente con un grupo de personas que le reían las gracias, a pesar de que era una mujer desprovista de cualquiera de ellas.

—Bueno, ya sabes. *Fair play*. Los empresarios no tenemos corazón, tenemos cartera. Casi como os pasa a los políticos cuando nos pedís una contribución a vuestra causa, que os da igual de donde venga —me zahirió sin paliativos, y la andanada fue como una bofetada cruzada en toda la mejilla.

—*Touché*, Sandra. ¡*Touché*! —respondí con mi mejor sonrisa—. No te preocupes, que no era un reproche. Somos gente civilizada. Ahora me acerco a saludarla.

Tras dar un abrazo a su marido, y antes de seguir la ronda de saludos, observé a la caterva de empresarios, políticos, famosillos y periodistas que se concentraban en diferentes corrillos, sin perder de vista, por el rabillo del ojo, cualquier entrada en escena que les pudiese interesar.

Había devoradores profesionales de canapés, diputados que esperaban la ocasión para abalanzarse sobre mí para aplicarme la correspondiente terapia de adulación, directores de medios de comunicación que olisqueaban la cartera de los millonarios y hasta alguna mujer despistada con vestido vaporoso, que nadie sabía por quién había sido invitada.

Un tipo con unas gafas de montura violeta y labios de chirla me dio el alto, pero Pedro, que había aparecido de improviso, lo atajó y lo apartó de mi trayectoria, dedicándole una de sus inmisericordes sonrisas. El insensato pronto entendió que había sido inoportuno y se replegó en retirada hacia un corrillo de venezolanos.

—Oye, ¿tú sabes quién es ese tan emperifollado con el que habla Rosa? —pregunté a Pedro.

—Claro. Es el nuevo consejero delegado de la petrolera que conoces bien. El anterior, Álvaro, ha cogido el bonus de tres millones y se ha jubilado. Te mandó hace unos días una carta muy cariñosa —aclaró guiñándome un ojo.

La fiesta comenzaba a estar en su pleno apogeo, tanto como daba de sí el jardín de la anfitriona. Junto a la piscina, un grupo de mujeres jóvenes repetían como papagayos sus currículums, compitiendo para ver quién de todas ellas tenía una mejor posición profesional. A escasos metros, y al lado de la mesa de corte del jamón ibérico, un grupo de hombres musculados charlaban

animadamente sin dejar de acechar al grupo que seguía, de corrido, con sus historiales profesionales.

Pedro y yo nos encaminamos hacia la camarilla que se había formado en torno a mi rival, y Carmen, entretanto, entabló una distendida conversación con un grupo de argentinas que se admiraban a sí mismas y a ella. Al paso, en otro corrillo, varias mujeres maduras reían sofocadas ante la ocurrencia que había soltado un magnate latinoamericano. La piel de los cuellos y los escotes pecosos se inyectó de una sangre coagulada.

El magnate miraba a su alrededor con visión desdeñosa. No quería amargar la fiesta a nadie, y menos a aquellas cacatúas, pero él no estaba allí para buscar pareja, sino apoyos políticos y financieros para su nuevo negocio de exportación. Pensó que debía zafarse cuanto antes de esas meritorias, y más cuando le habían informado de que en la fiesta estaba el futuro presidente del Gobierno de España.

—Rosa, ¡encantado de verte! ¿Cómo llevas la campaña? ¿Conoces a Pedro? —le pregunté al llegar hasta ella, con tono afable, mientras le estampaba un beso en cada mejilla. Si había una persona en el mundo a la que le causaba más repulsión que a mí un beso era Rosa Peláez.

—¡Quién no conoce a Pedro! Por la cuenta que nos trae, lo conocemos hasta de espaldas.

Rosa Peláez estaba extrañamente atractiva envuelta en un traje rosa de seda, una redundancia no sé si buscada.

—Y si no me equivoco, tú eres Victorino —dije volviendo la mirada hacia otra de las personas que conformaban el corrillo—, el nuevo consejero delegado de la petrolera.

El empresario apuró la copa de un solo trago, sin dejar de observarme. Su mirada era sardónica y sus dientes relumbraban como una brasa.

—Encantado, candidato. Confío en que te hayan hecho llegar mi carta —dijo con tono socarrón—. ¿Cómo va esa campaña? Espero que de aquí al domingo no nos deis ningún sobresalto…

—El sobresalto va a ser cuando vean en las pantallas nuestra victoria —interrumpió Rosa, depositando su copa vacía sobre la bandeja que tendía un camarero uniformado. Era evidente que los efectos del alcohol y de las encuestas internas, que le daban escasas opciones de victoria, habían provocado aquel comentario inapropiado.

—Ya veremos, ya veremos. Hasta el rabo, todo es toro, como dicen los taurinos —salí al paso con diplomacia, convencido de que Rosa Peláez pronto sería un cadáver político—. En todo caso, ha sido un placer encontrarnos aquí. Ahora voy a saludar a los míos, que he visto un conciliábulo de diputados de mi grupo en el salón y esos me dan mucho más miedo que vosotros. ¡Suerte el domingo, Rosa!

En compañía de Pedro, me dirigí al interior de la casa, donde varios capitostes del partido, con menos poder interno del que realmente creían tener, discutían con tensión contenida. Apenas alcanzamos a oír un coletazo de conversación cuando fuimos detectados:

—… y tenemos que decirle que queremos saber qué hay de lo nuestro. No podemos seguir en la campaña *in albis*. Desde los cargos del partido a los diputados de la lista y los dirigentes provinciales, todos quieren saber…

—¿Qué es lo que queréis saber con tanto interés, amigos? —intervine justo antes de que advirtieran mi presencia y mis palabras los sobrecogieran a todos. Las cinco cabezas que formaban el contubernio se volvieron al unísono hacia mí dando un respingo. Con expresiones diversas, desde la sorpresa hasta el disgusto, nos saludaron a los recién llegados.

—Humberto. ¡Por fin! Ya estaba aquí todo el mundo menos tú. Creíamos que no ibas a venir —acertó a decir uno de los diputados, Eduardo Castaño, erigido en el interlocutor del grupo.

—Y, en mi ausencia, os estabais repartiendo la túnica —dije con sorna, observando a cada uno de ellos.

—En absoluto —contestó Eduardo, ejerciendo otra vez de portavoz —. Ya te lo hemos dicho varias veces. Entendemos que seas reservado con la composición del equipo. Es lo habitual. Pero al menos a nosotros, que siempre hemos estado a tu lado, podrías adelantarnos algo. Tenemos que saber a qué atenernos. Tú sabes, mejor que nadie, lo paralizante que es la incertidumbre y lo que costó superar la política de reemplazo que hizo Demetrio, que en paz descanse. Lo de liquidar a tantos compañeros experimentados para poner a jovenzuelos sin experiencia fue traumático para el partido.

—¿Te refieres a poner a jovenzuelos… como vosotros? Te recuerdo que yo os he nombrado a todos —dije impostando una ofensa venial con un tono burlesco.

—Pues mira, ya que lo dices, aquello generó un clima de desconfianza y mal rollo dentro del partido. Tardamos mucho en remontarlo. Y eso que hemos tratado de ser conciliadores con la vieja guardia. Pero ahora que las encuestas nos dan por ganadores, muchos de nosotros no nos conformamos con ser diputados,

queremos saber si cuentas con nosotros para el Gobierno —insistió Eduardo, que parecía poseído por una fuerza interior inusual. Las copas que llevaba encima agudizaron su atrevimiento, y su actitud me hizo pensar que aquel mequetrefe, tan pagado de sí mismo, me la estaba guardando desde hacía tiempo.

Se hizo un silencio dramático y sentí la mirada ávida y apremiante de mis compañeros. Una vez más, me vino a la cabeza la famosa expresión de «al suelo, que vienen los nuestros».

—Y vosotros —dije retirando el foco de Eduardo para hacer partícipes de la conversación a los demás—, ¿no creéis que si doy una lista ahora no estará en los periódicos esta misma noche? Como suele decirse: «Confío ciegamente en ninguno de nosotros». Conozco, creedme, las flaquezas de la política, porque yo mismo las he sufrido y he cometido torpezas por las que he pagado un precio. Todos conocéis mi historia. Y si habéis confiado en mí para dirigiros a la victoria electoral, tenéis que hacerlo hasta el final. Entiendo, Eduardo, la inseguridad, pero vosotros, todos, estáis en puestos de salida. Tenéis cuatro años garantizados. Salvo que hagáis una cagada o algún periodista os descubra algún error del pasado, no tenéis por qué preocuparos. ¿Verdad, Pedro?

La sola mención de Pedro, el guardián de tantos secretos del partido, y su leyenda de hombre frío y metódico, sonaban a amenaza, lo que abrió una corriente de aire glacial en la reunión. Para compensarla, contemporicé con una sonrisa.

—Mi deber es protegeros. La prensa y la oposición machacarían a cualquiera de vosotros si hacemos público que vais a ser ministros de lo que sea. Yo ya estoy blindado y hecho a la jauría, pero no podemos tener varios frentes a la vez. Así que tranquilidad y

disfrutemos de la fiesta —concluí dando una palmada amable en el hombro a un par de ellos, azuzando los recelos del resto—. A ver si llegamos al jamón, que creo que es excelente. Y me vais a perdonar que me retire pronto, pero mañana nos espera un día intenso.

—Como todos los que vienen —dijo enigmáticamente Eduardo.

No me gustó nada el comentario, pero bastante tenía con los problemas reales como para preocuparme de insinuaciones. En cualquier caso, pensé que no estaría de más que Pedro averiguase si tenía algo que ver con las fotografías. Eduardo era un cobarde redomado y no lo veía capaz de atreverse ni de imaginarse un desafío semejante al líder de su partido y futuro presidente del Gobierno, pero tampoco podía descartarlo del todo. Desde luego, había dejado patente que no me tenía una gran simpatía.

Cuando el corrillo se hubo disuelto, y después de devolver el saludo a varios de los asistentes que se dirigían a mí como si me conocieran de toda la vida, levanté la vista para localizar a Carmen.

Pero entonces reconocí a Elena, con un vestido escotado, apoyada en una de las barras de bebidas con un par de jovenzuelos alrededor tratando de cortejarla. Me miraba, coqueta y desafiante, obligándome a ir a su encuentro.

Mientras me dirigía hacia ella, tuve que zafarme del magnate que me había abordado por sorpresa para contarme sus grandes proyectos de inversión. Pero aquella era la menor de mis preocupaciones, así que le despaché con una palmada en el hombro prometiéndole que haríamos todo lo que reclamaba en cuanto llegásemos al Gobierno.

—¿Cómo has entrado? —le pregunté al llegar a su lado, fingiendo que esperaba a que el camarero me atendiera.

—Por la puerta. ¿Y tú? —me respondió burlona. Su forma de hablar evidenciaba que llevaba unas copas de más que le provocaban una desinhibición peligrosa.

—Sabes perfectamente a qué me estoy refiriendo. Es una imprudencia que hayas venido a la fiesta.

—¿Por qué? ¿Acaso te da vergüenza que nos vean juntos? Ah, espera, que va a ser eso. Me has apartado de la campaña porque ya no quieres saber nada de mí…

—Elena, por favor, que ya somos adultos. No es el momento de montar una escenita de las tuyas…

—Montaré lo que me dé la gana, y cuidado con el tono que utilizas para hablarme, que puedo contarle lo nuestro a todo el mundo ahora mismo y joderte la campaña.

—Cálmate, Elena —dije después de respirar hondo. Tenía que ir con pies de plomo si quería evitar que todo saltara por los aires—. Queda menos de una semana de campaña. Después del domingo, haremos público lo nuestro. Te lo prometo.

—¿Me lo prometes? —preguntó cada vez más agitada—. ¿Y tengo que creerte? Igual que tus votantes. ¿Piensas cumplir algo de lo que les has prometido?

—Sabes que esto es distinto. Esto solo depende de mí…, de nosotros. Cuando sea presidente, estaremos juntos oficialmente —susurré casi entre dientes, temiendo que alguien pudiera oírme—. Pero ahora, por favor, vete a casa.

—¡Y una mierda! He venido a divertirme un rato y, además, no pienso marcharme antes de conocer a tu mujer. Tantos años y todavía no me la has presentado.

Su tono terco y machacón había cambiado y empezaba a sonar a advertencia indisimulada. La miré con incredulidad mientras empezaba a sentir una fuerte presión en el pecho. Entonces, la mano de Carmen me acarició suavemente la espalda. Estaba casi a mi lado sin que me hubiera percatado de su llegada.

—Hola —se apresuró a decir Elena antes de que Carmen preguntara quién era—. Es un placer conocerla. Humberto siempre habla maravillas de usted…

—¿Ah, sí? —respondió mi mujer sin disimular cierta incomodidad —. Pues es curioso, porque a mí nunca me ha hablado de ti, y no será porque pases desapercibida…

La situación era de alerta máxima.

Dos rivales, dos gatas en celo a punto de entrar en conflicto abierto por mi favor.

—Claro que te he hablado de ella, cariño —dije tratando de conservar la calma—. Elena trabaja en mi gabinete. Forma parte del equipo que me prepara los discursos.

—¿Y desde cuándo trabajas para mi marido? —le preguntó Carmen, que no parecía darse por satisfecha con mi respuesta.

—Pues hace casi cinco años —contestó—. Cuando acababa de conseguir la presidencia del partido.

—¿Cinco años? —exclamó Carmen dirigiéndome una mirada de estupefacción—. Y en cinco años no me has hablado de ella. La verdad es que me sorprende…

—Pues sí, a mí también me sorprende —añadió Elena con un tono que no hacía presagiar nada bueno.

Mientras ambas me miraban con gesto inquisitorial, esperando una explicación que no podía darles, se oyó un gran estruendo. Uno

de los camareros había perdido el equilibro portando una bandeja repleta de copas de espumoso que acabaron en el suelo. El fino cristal se había hecho mil pedazos, y la atención de todos los invitados se dirigió hacia aquel pobre desgraciado que, con toda seguridad, no volvería a pisar aquella casa. Sandra no toleraba que ocurrieran esas cosas.

Cuando pasó el revuelo, volví la cabeza hacia ellas, tratando de encontrar alguna excusa para aplazar aquella conversación hasta después de la campaña, pero ya no estaban allí. En su lugar, encontré a Pedro, que me miraba ajeno a lo que acababa de suceder.

—Pedro, ¿has visto a Elena? Estaba aquí hace un momento —le pregunté sintiendo la amenaza de un ardor de estómago tremendo.

—¿Estás seguro? Yo no he visto nada. ¿Dónde está Carmen?

—¿Carmen? Pues también estaba aquí… con ella. Estábamos los tres…

—¿Los tres? Pero qué me estás contando. ¿Y de qué hablabais? —dijo Pedro mirándome como a un lunático que oye voces.

—Me estaban haciendo un tercer grado. ¡Joder! No se me ha ido la pinza. Estábamos aquí los tres. ¡Lo que nos faltaba! ¡Localízalas de inmediato y vámonos cuanto antes, que bastante fiesta he tenido por hoy!

Me encontraba al borde de la histeria, pero tratando de poner buena cara ante la caterva de patanes que querían estrechar mi mano para contarle a sus mujeres y allegados que formaban parte del círculo del próximo presidente del Gobierno. Mientras, y con un indisimulado escepticismo, Pedro se fue a buscarlas por el jardín y los salones adyacentes.

Al rato, volvió de su ronda infructuosa sudando y echando pestes.

—H. H., se las debe de haber tragado la tierra. No aparecen por ningún lado.

Yo estaba frenético. La tensión de tener que disimular delante de tanta gente me estaba produciendo una agitación interna que se aceleraba por momentos.

—¡La madre que las parió! ¿Se habrán ido juntas? ¿Le habrá contado lo nuestro? ¡Cómo es posible que no las hayas visto en ninguna parte! ¡Esto es una ruina, Pedro, una ruina!

—Porque estás seguro de que estaban juntas, ¿verdad? —preguntó Pedro dando a entender que se me había ido la cabeza.

Cuando le iba a contestar con cajas destempladas, me quedé helado al ver que las dos se acercaban charlando y sonriendo.

—¡Y tan seguro! Ahí vienen —le contesté entre dientes.

—Querido, ¿nos vamos ya? —preguntó Carmen—. Estoy un poco cansada y aquí ya hemos hecho lo que teníamos que hacer, ¿no te parece?

—¡Claro! —respondí de inmediato, interrogando a Elena con la mirada. Necesitaba saber qué había pasado.

—Carmen es un encanto, Humberto —intervino Elena—. Necesitaba ir un momento al baño y se ha ofrecido a acompañarme. No te mereces una mujer como ella.

—Tú sí que eres un encanto, querida —dijo Carmen devolviéndole el elogio con una mirada cómplice—. Ya seguiremos charlando. Ahora tenemos que irnos.

Carmen se agarró de mi brazo y nos marchamos. Pedro iba dos pasos por delante, pálido y desencajado, mirándome de reojo con

un gesto de inquietud que muy pocas veces había visto. Cuando él estaba preocupado, es que la cosa era seria.

Martes

Cinco días antes de las elecciones

11

Otra vez había dormido fatal. Elena había estado escribiéndome compulsivamente toda la noche, como si no tuviera bastante con el frenesí de la campaña. Exigía que nos viéramos cuanto antes para aclarar lo sucedido en la fiesta, bajo amenaza de hacer público lo nuestro. El encuentro con Carmen solo había servido para afianzar sus sospechas de que su estatus no iba a cambiar cuando yo llegara a ser presidente, y ya me había dejado claro que no estaba dispuesta a aceptar seguir siendo el segundo plato.

Pero la campaña no daba tregua y tenía que aparcar por un rato mis urgencias personales, porque me esperaba en el *prime time* de la mañana el periodista radiofónico de moda, un tal Martínez Barrientos, quien se había hecho un hueco entre los grandes gracias a su tono mordaz y estilo desenfadado. Su inmodestia azuzaba un desdén por todo y por todos, una superioridad acomplejada que convertía a cualquier entrevistado en un enemigo en potencia. Le gustaban los adjetivos hirientes e hiperbólicos y no escatimaba esfuerzos a la hora de poner motes a los personajes de actualidad. En las entrevistas intercalaba silencios forzados entre pregunta y respuesta, para que el entrevistado llegara a pensar que estaba en una sala de interrogatorio en lugar de en un estudio de radio.

Los tertulianos eran elegidos por él para compartir sus opiniones y rebozarse en el lodo de sus críticas más furibundas. Todos formaban parte del mismo patrón y su función era soltar dentelladas a la presa que el entrevistador escogía cada día. La luz blanca de los fluorescentes del estudio contribuía a ese efecto epiléptico que se buscaba entre los personajes más trémulos.

En el transcurso de la entrevista, no se anduvo por las ramas y entró como un huracán en todos los asuntos de actualidad, incluso en aquellos que podían ser más sensibles en ese momento de la campaña. Era previsible que así fuera, porque Martínez Barrientos era un hombre sin limitaciones ni cautelas, seguro de su puesto y de la fidelidad de su audiencia, sin miedo a un despido por pregunta improcedente.

Yo llevaba la lección aprendida: tenía que inspirarle confianza y seguridad, que no pensara que estaba a su merced desde el primer momento. Si lo lograba, tendría opciones de ganarle el duelo. Porque ese tipo entrevistas eran, antes que nada, un duelo al atardecer entre dos de los poderes fácticos: el político y el mediático.

Fui capeando el temporal sin demasiadas dificultades, dando respuestas cortas y directas, evitando caer en sus provocaciones y utilizando el comodín de la ironía cuando las circunstancias lo permitían. Así, llegamos al tramo final del programa, que era el más crítico porque se adentraba, sin prevenciones, en la vida privada del candidato. Yo temía que el secreto no revelado de mi relación con Elena viera la luz ante más de dos millones de oyentes.

El interrogador se aproximó al micro y bajó el tono de voz, creando un clima final de intimidad. Y allí, agazapado, pensé que

esperaba para darme un estoque.

—Señor Hurtado, ahora le voy a pedir que sea honesto —dijo, bajando el tono mientras un escalofrío recorría mi cuerpo—. Decidimos nuestro voto por lo que conocemos de nuestros candidatos, por lo que nos transmiten, por la imagen que han conseguido construir, pero apenas sabemos nada de usted. No podemos saberlo, pero queremos saberlo, nos gustaría saberlo, porque puede que conocer un aspecto, un detalle que no ha trascendido a su vida, nos haga cambiar el voto…

Aquella introducción se me estaba haciendo interminable, pero traté de no alterar el gesto, porque el tipo era capaz de oler la sangre y el miedo.

—Señor Hurtado, ha llegado el momento de confesar —prosiguió haciendo que el corazón casi se me saliera por la boca—. Le voy a dar la oportunidad de hacerlo ante toda nuestra audiencia. Cuéntenos cuál es ese vicio, ese secreto escondido que solo sus más allegados conocen…

Después de escuchar el final de su alocución, respiré aliviado. Solté el aire que había estado conteniendo durante aquellos interminables segundos y, templando la voz para transmitir seguridad y mesura, respondí:

—¿Vicios? Pues tengo más de los que me gustaría. ¿Secretos? Pues ninguno que no conozcan mis escoltas —dije sonriendo a mi entrevistador—. No soy perfecto. Cometo errores, como cualquiera, pero trato de ser honesto y transparente. Si buscan en mi armario, no van a encontrar ningún cadáver.

Tras escuchar mi respuesta, el entrevistador me deseó suerte, «igual que a los demás candidatos». Ya fuera de micro, mientras me

acompañaba por el pasillo del estudio hacia la puerta, añadió:

—Me has sorprendido. Has superado mis expectativas. Serás presidente.

—Has estado estupendo —remarcó Ramírez de camino en el coche a la estación de Atocha, para coger un tren a Barcelona—. Este tipo no regala halagos a nadie. Si le has convencido a él, tienes ganada a su audiencia. Otro tanto a tu favor.

Alberto, que apenas había articulado palabra hasta entonces, me pasó el borrador del discurso del siguiente acto. No había tiempo para disfrutar de los éxitos. Tampoco para lamerse las heridas. La campaña era pensar solo en el futuro inmediato, en la siguiente estación. Sin descanso y sin pausa.

Deslicé los dedos sobre el papel, para entonces ya emborronado con múltiples anotaciones en rotulador fluorescente de color amarillo y con un sinfín de tachaduras.

—Os he dicho mil veces que quiero el texto limpio una vez que esté corregido. Vais a conseguir que un día me equivoque entre tanta rectificación —protesté con la frustrante sensación de que no sería la última vez que ocurriría eso mismo. Era descorazonador.

Con el paso de los años, me había acostumbrado a improvisar lo justo porque no era lo que se dice un gran orador, pero sí un lector de carril. Tampoco era un perfeccionista, pero no soportaba la reincidencia habitual en los mismos errores. Estaba harto de Salomé y de sus flechitas, colorines y comentarios a pie de página.

—Ahora es ya muy tarde para cambiar el método. Esperemos al lunes y ya veremos qué hacemos con la secretaria. Nos colocaron a una zopenca de tomo y lomo y no nos enteramos —dijo Alberto

bastante cabreado mientras se abanicaba con la portadilla de la carpeta del discurso.

Tardamos media hora en llegar a la estación. Las nubes del amanecer se habían disuelto, lo que abría las puertas a un día espléndido que amenazaba un buen calorón mediterráneo. Atravesamos el reservado de autoridades, que permitía acceder directamente al andén, acompañados de un vigilante de seguridad y de una azafata de la sala.

El resto de los pasajeros que se agolpaban para subir a los vagones parecían pasmarotes. Uno de ellos me reconoció y me lanzó un elogio desde lejos para acercarse a continuación a pedirme una fotografía con él. Era una de las penitencias de la nueva política. Había que mostrarse ante la cámara con sonrisa franca y mirada afable para regalar a cada paisano el cromo de sus redes sociales. Intuyo que, a esa hora del día, una fotografía conmigo cotizaba en el mercado secundario de la vanidad a más de doscientos *likes*. Apreté los dientes para despedirme del presunto votante y subí al vagón donde nos esperaban Salomé y Eduardo Castaño, el vicesecretario de organización del partido, que nos acompañaba en esta ocasión porque era el cabeza de lista de la provincia donde se celebraba el acto.

—Has estado de diez en la entrevista, H. H. De diez. No has dado un respiro al creído de Martínez Barrientos —dijo en un tono que en nada se parecía al de la noche anterior en la fiesta. Muy al contrario, avergonzado por su actitud, se esforzaba tanto en hacerme la pelota que dio un traspié y a punto estuvo de dar con su boca en el asiento. Pensé que no le habría ido mal, porque quizá era la única forma de que se espabilase.

—¿Dónde está Pedro? Necesito hablar urgentemente con él —pregunté a mi secretaria.

—Presidente, acaba de llamarme. Me ha dicho que va a coger el siguiente tren. Parece ser que le habías hecho un encargo y estaba en ello —acertó a replicar Salomé con voz temblorosa.

—Humberto, mira. ¿Ese no es Antón Pelado? —preguntó Alberto señalando a un hombre que arrastraba a duras penas su equipaje por el andén. Lo aparté para asomarme por la ventanilla y vi a aquel sujeto cabizbajo peleando con una maleta de proporciones colosales.

—Pues sí. Es él —afirmé—. O lo más parecido a un despojo descuajeringado de Antón.

Llevaba treinta años sin verlo, y a pesar de que en esencia parecía el mismo, el tiempo lo había tratado sin piedad. Tenía todo el aspecto de ser un auténtico fracasado.

Miré de nuevo a la ventana cuyo cristal me devolvía una visión difusa de mi rostro. Mi antiguo jefe había desaparecido de mi vista, pero daba por sentado que había subido al tren. Me pregunté si, de saber que íbamos en el mismo tren, tendría el coraje de venir a soltarme a la cara lo que pensaba de mí o si, por el contrario, se apartaría maldiciéndome para sus adentros, como llevaba haciendo desde que le di la puñalada letal. Porque para mí todo empezó el día que Antón tuvo que ser ajusticiado, políticamente hablando, y me tocó ser su verdugo.

Por aquel tiempo, Alejandro me daba consejos con asiduidad y me demostraba todo su afecto de suegro en ciernes. Además, Ramírez ejercía de informante por cuenta propia y ajena. Para entonces, yo ya había dejado la universidad y trabajaba, por decir algo, en un despacho de abogados en el que me había enchufado un amigo de

Alejandro, aunque cada vez dedicaba más tiempo a las Nuevas Juventudes del partido. No había acabado la carrera, algo que tampoco me impedía hacer los encargos, gestiones y trámites burocráticos que me encomendaban. Por desgracia, aquella actividad me procuraba una exigua compensación económica, por lo que estaba buscando la manera de dejar atrás aquello y cambiar de vida. Y mi suegro me puso en bandeja la oportunidad de hacerlo.

«Humberto, hijo, he visto a muchos aspirantes hacerse talluditos y dejar escapar sus posibilidades. Y no creo que debas dejar que pase mucho más tiempo. He hablado con el presidente de tu partido en esta provincia, y los dos hemos convenido que ha llegado el momento de librarse del pelma de Antón. Llevaban tiempo buscándole remplazo, y le he convencido de que eres el hombre adecuado para el puesto. Dentro de nada, se celebran las primarias para elegir presidente en Nuevas Juventudes y es la oportunidad perfecta de colocarte. Es el momento de que dejes ese bufete pobretón en el que estás y juegues a lo grande».

Alejandro se me quedó mirando, analizando el efecto que sus palabras producían en mí.

«Pero ¿el presidente provincial de mi partido no es tu principal rival? —acerté a contestar—. Su objetivo es arrebatarte la Diputación Provincial».

Mi incredulidad chocaba con la socarronería de Alejandro, que, en ese momento, me diseccionaba como a un insecto bajo un microscopio.

«Por eso no te preocupes. Tenemos buena relación y me debe unos cuantos favores. He colocado a la mitad de su familia en puestos a los que no podrían aspirar de no haber sido por mi

mediación. Además, es él quien quiere quitarse de en medio a Antón, y tú le vales como sustituto. Acabas de aterrizar en el partido y no tienes pasado ni cuentas pendientes. Estás limpio. Y ten presente que el presidente de Nuevas Juventudes siempre va en puestos de salida en la candidatura de las elecciones municipales, que son dentro de seis meses. Si entras de concejal, cuatro millones de pesetas a la buchaca para empezar, que no está nada mal. ¿Cómo lo ves? No ganas eso en el despacho ni haciendo jornadas de veinticuatro horas. Si estás dispuesto, hablo con él para que lo prepare todo…».

Alejandro soltó una risotada macabra, creyéndose dueño y señor de la política de su ciudad. Y había que reconocer que, en aquel momento, lo era.

Pensé por un instante que yo todavía era un mero aprendiz de brujo y tenía miedo de poner mi destino en sus manos, porque sabía que me utilizaría para sus intereses y prescindiría de mí, como de Antón, en caso de ser necesario. Pero no tenía una baza mejor que la que él me estaba ofreciendo, así que, entre confuso y agradecido, asentí con la cabeza. «Pues no se hable más —añadió él—. Solo te pido máxima discreción. En estos casos, como el marido cornudo, el afectado es el último en enterarse, aunque en estas lides cunden los indiscretos y los bocachanclas».

Pese a la satisfacción que me invadía por la oportunidad que se me acababa de presentar, me sentí un poco miserable, un Judas Iscariote con una ambición desmedida y un suegro superlativo. Había una parte en mí que, muy a mi pesar, me hacía dudar. Debía de ser la conciencia, ese resabio de remordimiento que nacía en mi interior y me causaba un dolor parecido al que debe de sentir la

persona que acepta su culpabilidad. La traición que iba a cometer parecía una fase más en mi proceso de aprendizaje, a sabiendas de que, en el futuro, el traicionado podía ser yo. Al fin y al cabo, la política es como un Saturno hambriento devorando a sus hijos.

Finalmente, decidí dejar a un lado mis inseguridades y ejecutar el plan trazado. Todo ocurrió con una rapidez sorprendente y sin filtraciones, que era lo único que temía Alejandro.

De buena mañana, Antón me llamó por teléfono para que acudiera a su despacho en la sede del partido con el propósito de ultimar los preparativos del comité organizador de las primarias de Nuevas Juventudes que, en principio, iban a ratificar su liderazgo. Aunque entonces yo solo era un militante raso, habíamos entablado una cierta amistad, y él me había pedido que le ayudara con algunos asuntos, en su mayoría actos de partido.

De camino a nuestro encuentro, empezaron a temblarme las piernas y un sudor frío se deslizó por mi espalda. Me lo imaginaba sentado en la silla de su despacho, como un centinela en su guarida, mirándome con el desprecio con el que se mira a los traidores. Por un momento, pensé que estaría al corriente de todo lo que ocurría y que me estaba preparando una encerrona.

Sin embargo, no pasó nada de lo que había imaginado. Llegué a la sede del partido y llamé a la puerta de su despacho, pero allí no había nadie. Una secretaria me indicó que su ocupante había sido convocado a una reunión al despacho del presidente provincial. Me senté y empecé a hacerme mil reproches y a martirizarme pensando en Antón, a quien no podía recriminar nada de su comportamiento conmigo.

Afuera, se escuchaban pasos apresurados, voces de palmeros que se las ingeniaban para dejarse caer por la sede del partido, ofreciéndose para cualquier puesto que se precisase. Era charcutería política de la que no podría sobrevivir fuera de esas paredes; personajes que estarían dispuestos a todo por mantenerse dentro de ellas. Intenté poner la antena en alguna conversación exterior para distraerme de mis cavilaciones, pero solo llegaban voces ininteligibles.

De repente, alguien abrió la puerta y entró en el despacho. Para mi alivio, no era Antón, sino su ya exsecretaria. «Humberto, no hace falta que le esperes. No va a volver más. Me dice el presidente que presentes tu candidatura en el registro. Está en la planta baja». Aquella mujer hablaba con una seguridad de las que se han forjado a fuego lento y después de muchos años de confianza. Dejó la puerta entreabierta y se marchó con la misma energía con la que había interrumpido mi pesadilla.

De un golpe había disuelto todas mis incertidumbres. Antón, en un acto terminal, había evitado mirarme a los ojos mientras yo escondía la daga detrás de la espalda. O, por el contrario, desolado, había tomado la decisión de no volver nunca más por allí, en un gesto de postrera dignidad. Fuera como fuese, me sentí por fin liberado.

De vuelta al presente, el azar o la fatalidad habían querido que Antón viajase en el mismo tren que yo. Faltaba una hora para llegar al destino, al consiguiente baño forzado de multitudes movilizadas por imperativo de la dirección del partido, y aquella coincidencia se me antojaba como un avatar casi profético. De hecho, Antón acabó retirando su candidatura y tampoco acudió a votar en las primarias. Y no había vuelto a verlo hasta ese día.

Transcurridos muchos años, sentía un temor infundado pero opresivo de toparme con él. Fue el primero de muchos cadáveres dejados en el camino, pero, igual que el primer amor, el primer asesinato siempre queda en la memoria.

Recobré el pulso de la actualidad y observé al cretino de Eduardo babosear zalamerías a una azafata. No dejaba pasar la oportunidad de exponer sus atributos caducos de actor secundario de películas de serie B a cualquier mujer que se le pusiera por delante. No era consciente de que hacía un ridículo espantoso, entre su aspecto de maduro marchito y su locuacidad trasnochada. Aunque sus probabilidades de éxito tendían a cero, era inasequible al desaliento. Esta es una característica común de todos los cretinos que he conocido, y es que su sentido del ridículo no tiene límites.

—Alberto, por favor, dile que se calle de una puta vez —le pedí a mi amigo, consciente de que lo detestaba todavía más que yo.

Como un resorte, Alberto se plantó delante de su cara y le asestó un revés dialéctico en el mentón:

—Cierra la boca y siéntate, coño.

El vicesecretario de organización, dócil y compungido como un corderito, se dejó caer en su asiento y me sonrió con esa cara que parecía una mala caricatura.

Por fin, llegamos a la estación. El tren se detuvo convulsionando, a golpe de frenada brusca.

—No tenemos ninguna prisa. Prefiero que salgamos los últimos —afirmé con una contundencia que sonó autoritaria.

No quería encontrarme de bruces con mi pasado y tampoco quería dar explicaciones a nadie sobre mi estado de turbación. Fijé los ojos en el discurso de manera impostada, haciendo un esfuerzo por llevar

a cabo una última lectura. De reojo, contemplaba a los viajeros caminar por el andén en dirección a la salida. Tenía un nudo en la garganta que solo se desharía cuando todos hubieran pasado. Tras unos minutos de espera, el andén estaba vacío. La silueta de Antón Pelado se esfumaba entre la multitud arrastrando con dificultad su equipaje. Le devolví el discurso a Salomé.

—Pásalo a limpio y asegúrate de que me llegue sin tachones ni subrayados antes del mitin. Y que sea la última vez que me dais un papel así.

12

Atrás quedaban los últimos estruendos del mitin. La campaña iba viento en popa y todo hacía presagiar que la victoria estaba cerca. Nunca antes un acto del partido había congregado a tantos militantes y simpatizantes en Barcelona. Casi tuve que dar codazos para salir del atolladero de brazos levantados y móviles en ristre y dirigirme a la salida. Una vieja gloria del partido me agarró del hombro como una fiera.

—Humberto, ¡qué gran campaña estás haciendo! —me gritó al oído un setentón cuarteado mientras me sujetaba fuertemente del brazo. Tuve que elevar la voz para agradecerle su consideración mientras forcejeaba para liberarme de la tenaza de ese hombretón.

Comencé a sentir el bochorno húmedo de la ciudad y me enjugué el sudor de la cara con las manos. Me metí a la carrera en el ascensor del pabellón en el que se había celebrado el acto, flanqueado por el presidente regional del partido y por Alberto. Eduardo tuvo que emprender la carrera para entrar en el ascensor cuando vio que las puertas comenzaban a cerrarse. Su arrogancia no le daba tregua y pretendía demostrar una vitalidad física que ya no tenía.

Bajamos y, cuando las puertas del ascensor se abrieron en el vestíbulo, Salomé nos estaba esperando.

—Presidente, Pedro está a punto de llegar. Me ha dicho que quiere hablar contigo unos minutos a solas. Os he preparado una sala privada en la entreplanta —dijo con una vocecita que denotaba que seguía avergonzada por mi reprimenda de hacía un rato.

Me giré para dirigirme a las escaleras, subiendo al trote de dos escalones el desnivel que me separaba del entresuelo.

—De acuerdo —contesté—. En cuanto llegue Pedro, le dices que pase directamente. Mientras tanto, dejadme solo unos minutos para repasar el discurso de Tarragona.

Empecé a pasar las hojas de la carpeta y reparé en que el texto estaba inmaculado al fin, sin ninguna mancha ni anotación. No me lo podía creer.

—Humberto, ese no es el definitivo. Toma, aquí lo tienes corregido —dijo Alberto, tendiéndome otra carpeta y frustrando todas mis expectativas. Habían vuelto a embadurnar el borrador con todos los colores del arcoíris y con todas las glosas posibles, como si fuera un códice medieval.

—En este partido es más fácil matar a un hombre que acabar con una costumbre —farfullé mientras me abría paso hacia la sala.

Entré con la carpeta bajo el brazo y me apalanqué en un sillón con un vaso de agua en las manos, dejando que la mirada errase por la estancia, arrastrando la visión a cada uno de los contornos del rectángulo. Antón me había hecho revivir parte de ese pasado que se escondía entre las brumas de la memoria, pero también del olvido.

Cuando presenté mi candidatura en la sede local del partido tenía veinticuatro años, una carrera inacabada y toda una vida por

delante. La suerte en forma de política había venido a llamar a mi puerta y no podía malograr esa posibilidad.

Aquella mañana había tenido que enfrentarme por primera vez a la mentira de mi currículum. Me preocupaba no haber acabado mis estudios, no tanto por la utilidad profesional que pudiesen tener, que en ese periodo de mi vida me parecía nula, sino por el temor a que el resto de los miembros del partido con licenciaturas me viesen como un botarate inferior. Me costó dios y ayuda escribir mi autobiografía académica y tuve mis primeras dudas razonables.

En un primer momento, pensé en mentir abierta y piadosamente diciendo que era licenciado en Derecho. Una mentira que no provocaba perjuicio externo alguno, y que el afectado, que era yo, podía aceptar con piedad. La otra opción era reconocer sin tapujos que no había acabado la carrera y que, por títulos, era un menesteroso. Rápidamente descarté esa posibilidad porque suponía reconocer una desventaja evidente y no había ninguna necesidad de exponerme públicamente a ello. Así que opté por una vía intermedia, tal como me sugirió Ramírez, quien, para entonces, se había convertido en mi plumilla de cabecera. Ni la primera ni la segunda. «Formación: Renuncié a mi vocación por el Derecho cuando recibí la llamada de la política». La ambigüedad podía hacer inferir a los bienpensantes que era un becario en un departamento y que había dejado tirados a mis compañeros para adentrarme en la ciénaga de la política. En cambio, los malpensados sospecharían que no había terminado mis estudios, pero sin llegar a confirmarlo a menos que pudieran acceder a mi expediente académico.

Pasado el tiempo, no tendría tantos reparos en mentir. Durante muchos años, en mi currículum figuró una carrera de Derecho que

nunca existió, al menos al principio. El tiempo jugaba a mi favor y, en aquella época, nadie hacía comprobaciones sobre títulos universitarios. La declaración de parte del político era aceptada tal cual. Con el tiempo, el error se podía subsanar recurriendo a una universidad con la que se hubiesen estrechado lazos convenientemente, sobre todo de carácter financiero.

Al día siguiente de ganar las primarias y constituir mi nuevo equipo, donde Ramírez ocupó el puesto de vicesecretario de comunicación de Nuevas Juventudes, tomé posesión del despacho. Ya no quedaba vestigio alguno de mi antecesor, que se había esfumado. Bueno, realmente, quedaba uno. Un papel doblado cuidadosamente sobre la mesa con tres palabras escritas en mayúscula: HIJO DE PUTA. Pasé por alto aquella declaración testamentaria del antiguo presidente de Nuevas Juventudes, que ni siquiera entendí como una amenaza, y estrujé el papel hasta convertirlo en un gurruño que fue a parar a la papelera.

Me sentía como un reyezuelo entronizado en un país pequeño, pero con un prometedor porvenir que se avistaba a lo lejos desde aquella silla. Tenía al alcance de mi mano ser concejal rozando los veinticinco años mientras contemplaba con desdén cómo los cachivaches licenciados que me habían acompañado en la facultad se afanaban por meter la cabeza en algún despacho de poca monta o en hacer unas oposiciones a un cuerpo de la Administración del Estado con un resultado incierto y unas expectativas económicas mucho más modestas.

Alberto no tardó en venir a verme. Me habló sin acritud, pero con una frialdad que helaba la sangre. Supuse que era otro que aguardaba turno entre los aspirantes a ser nada o casi nada, y

sentía envidia del paso que yo había dado. «H. H., aunque no te lo creas, me alegro por ti. Nunca pensé que estuvieras dotado para este oficio. Si todo el esfuerzo de estos años en la universidad para licenciarme no ha servido para nada y tú has conseguido avanzar gracias al atajo de la política, es que tenías razón. Y mira que me jode reconocerlo». Alberto recitaba las frases como si las hubiera ensayado repetidamente, cabizbajo, con una melancolía impropia de su edad.

Mi respuesta fue fría y despiadada, una pequeña pero reconfortante venganza personal. «Me alegro de que te hayas caído del caballo a tiempo. La política es el único ascensor que tenemos los pobres. Podrás pensar lo que quieras de mí, pero voy a necesitar un jefe de gabinete tan pronto como el alcalde nombre a sus concejales. Y necesito literatura de esa que tú escribes tan bien. Discursos. Argumentario. Todo eso que tendré que soltar en los plenos y en las entrevistas y en los mítines».

Interrumpí teatralmente mi comentario para detenerme en la visión de mi amigo. «Pero, si aceptas, me tienes que prometer que dejarás esa mierda que te metes. Entiendo que te haya servido para sobrellevar la situación de tu padre durante estos años, pero no puedo correr riesgos». Alberto se debatía entre darme una bofetada de campeonato o hincar la rodilla y aceptar su servidumbre. «Necesito la pasta, H. H. En casa, desde que dejaron de entrar los ingresos de mi padre, vivimos de las ayudas públicas y del cable que nos están echando algunos familiares. Yo podía ir tirando con la beca, pero también se ha terminado».

Lo miré como el juez que mira a un hombre desahuciado pero orgulloso. No tenía sentido alargar más esa conversación. «Sea

pues. Escribes papeles como churros y no te va a suponer mayor esfuerzo intelectual que el que has hecho para sacarte la carrera».

Aceptó sin reparos, y nos dimos un abrazo, aun a sabiendas de que lo hacía más por necesidad que por voluntad. Con el tiempo, la voluntad se fue haciendo costumbre; y la necesidad, una obligación para sobrevivir en mi compañía.

La irrupción de Pedro me sacó de golpe de mis recuerdos. Su gesto crispado revelaba una grave preocupación. Su habitual rictus de indiferencia había sido sustituido por una honda y visible inquietud. Lo miré todavía sin poder descifrar el enigma de su rostro.

—Cuéntame. Dime qué pasa —pregunté desconcertado, y todo el cansancio de la noche anterior se me echó encima.

—Daniel ha hecho su trabajo y ya sabemos que el móvil está a nombre de un tal Alfonso Cortina, un tipo de Bilbao que vive en Lavapiés. Hemos ido a hacerle una visita discreta. Nos jura y perjura que ya no tiene el móvil. Dice que se lo robaron hace unas semanas en un restaurante —contestó asertivamente.

—Y, entonces, ¿quién cojones tiene el móvil? —grité fuera de mí, a sabiendas de que esa pregunta probablemente no tuviera respuesta.

—Hemos hecho un seguimiento del lugar desde el que se hacen los envíos y… —suspendió con una pausa enigmática la narración.

—¿Qué? Déjate de historias —exclamé ofuscado porque las palabras se resistían a salir de sus labios.

—Es alguien desde algún punto de tu ciudad natal. Alguien que quiere ponerte los huevos de corbata —exclamó sin dejar de observarme.

—Pero ¿de qué leches estás hablando? ¡Si hace más de veinte años que no vivo allí y solo voy de Pascuas a Ramos! ¿Quién queda

allí que pueda tener interés en jugármela? —grité, con la mirada extraviada, lanzando el vaso de agua contra el suelo.

—No lo sé, pero ten por seguro que lo voy a averiguar —afirmó Pedro sin vacilar.

—Eso espero. No tenemos tiempo que perder. Se pueden filtrar en cualquier instante. No se me pasa por la cabeza qué busca el cabronazo que las envía, porque si quisiera acabar conmigo, hay una larga lista de posibles destinatarios para esas fotografías.

Pedro salió de la sala sin decir una palabra más y me dejó solo nuevamente. Comencé a repasar el listado de mis posibles enemigos, aunque la relación era inagotable. Una cosa tenía clara: quien estaba detrás de todo aquello no deseaba mi defunción fulminante, sino que estaba llamando mi atención con un objetivo todavía por identificar. O, por el contrario, quería cocinarme a fuego lento de modo que después de esquilmarme durante varias jornadas interminables, el día previo a las elecciones, soltaría la bomba y pondría en solfa todas mis aspiraciones. A la vez, pensé que la cosa no era tan grave, que la mitad del país era infiel a su pareja y la otra mitad deseaba serlo. Un descuido se le podía perdonar a cualquiera, incluso a un político. Pero a pocos días, incluso horas, de una votación, la reacción que pudiera desencadenar una noticia como esa era imprevisible. Que un cinco o seis por ciento de mis votantes pasara a la abstención podía dar la vuelta al resultado. No podía arriesgarme.

Sentí que mi cuerpo se tambaleaba. Necesitaba despejarme y desconectar unos instantes de la campaña, pero sabía que eso no podía ser. Abrí la ventana. Un grupo de turistas orientales se alejaba cuesta arriba en dirección al Tibidabo. Una turbamulta de cláxones

hizo un coro estrepitoso. Un camión se había cruzado en medio de la calzada e impedía el paso. Un conductor exaltado había bajado de su coche y se dirigía con gesto de pocos amigos hacia el camionero. Era de esperar que pronto se armase una zapatiesta teniendo como testigo a la propia Policía Nacional, que se había encargado de la seguridad del acto.

Mi cabeza pesaba como un cadáver. Todo mi cuerpo se empezó a agarrotar y temí que me fuera a desplomar. En ese punto, cogí el móvil para comprobar si tenía algún nuevo mensaje de Elena y, entonces, vi que Alejandro acababa de enviarme un mensaje. «Llámame inmediatamente. Es urgente».

Ante la sospecha de que algo grave pudiera haber ocurrido, devolví la llamada a todo correr.

Alejandro descolgó antes de que sonara el segundo tono.

—Humberto. Por fin puedo hablar contigo. No quiero hacerte perder el tiempo más de la cuenta, pero estoy muy preocupado. He hablado con Carmen y le pasa algo. La conozco muy bien. Es mi única hija. Ella lo es todo para mí, no lo olvides. Y no quiero verla sufrir. —Su voz sonaba tosca y beligerante, muy alejada del habitual tono campechano del hombre que reparte prebendas y favores para ganarse el favor de todos.

Me asaltó un pensamiento desconcertante, la consciencia de que mi suegro sabía algo y de que todo podía irse al traste por un asunto de familia.

—Alejandro, no hay nada de qué preocuparse —respondí templando la voz para transmitir calma—. Algún canalla ha soltado la falsedad en un medio de mala muerte de que nuestro matrimonio está pasando un mal momento. Un cabrón que quiere

desestabilizarme. No es el momento de que entremos al trapo, porque sería caer en su juego… —Cerré los ojos, como el niño que no quiere conocer la reacción del adulto al que sabe que le está ocultando algo. Sostuve el móvil en mi oreja unos segundos sin que se escuchara nada al otro lado. No sabía si era el silencio de la muerte.

—Solo quiero saber si estás escondiendo algo. Hay secretos que no se pueden perdonar. Y más si afectan a mi familia… —Alejandro sentenció con un tono intimidatorio, como el de un juez que advierte al acusado de las consecuencias que pueden tener las mentiras en un juicio. Yo no dejaba de pensar en Elena, en las dichosas fotografías, en las consecuencias que podían tener en caso de que se publicasen y en el encuentro que había tenido con Carmen en la fiesta. No, no podía ser que hubiera… No, sería catastrófico. No, imposible.

—Descuida, de verdad, no hay nada. Y te aseguro… —acerté a balbucear interrumpiendo mis pensamientos, pero Alejandro ya había colgado. Tardé unos segundos en reponerme, interpretando el sentido de aquella llamada. El tiempo se había ralentizado repentinamente. Sentí que el aire se me atragantaba en los pulmones y no me dejaba respirar.

Salomé entró en la sala, azorada, al tiempo que Pedro se hacía a un lado de la puerta. El pabellón se iba vaciando poco a poco. Ya solo quedaban los simpatizantes más ociosos y los buscadores de fotografías de última hora.

—Presidente, es hora de irse. El coche le espera abajo —dijo mi secretaria en un tono a caballo entre la penitencia y la sumisión—. El mitin en Tarragona empieza en poco más de una hora… Si quiere

despedirse del presidente provincial y de su equipo, le están esperando en el vestíbulo principal.

—Que les den por culo. No tenemos tiempo. Bajemos por la escalera de servicio y que el coche nos recoja directamente en la salida.

13

El auditorio en el que se celebraba el mitin de Tarragona estaba hasta la bandera. Llegamos casi media hora más tarde del horario previsto, cuando el *speaker* que amenizaba el acto ya no sabía cómo apaciguar a los allí congregados. Pero justo cuando comenzaban a escucharse los primeros abucheos, se anunció por megafonía que el candidato del partido a la presidencia del Gobierno estaba llegando al recinto y que en pocos minutos haría su entrada en el escenario. Los militantes, enfervorecidos, empezaron a agitar banderas del partido y pancartas de apoyo. Estaban situados de forma estratégica en las primeras filas del graderío para que los medios no pudieran coger una sola imagen que no mostrara un total entusiasmo y plena confianza en la victoria.

Conducía el acto un conocido tertuliano de la televisión local que simpatizaba con nuestro partido y aspiraba a dirigir algún programa en una cadena nacional si, como todo apuntaba, llegábamos al Gobierno. El obsequioso presentador pidió un fuerte aplauso y, tras una breve entradilla, dio paso a la presidenta del partido en la provincia, de cuyo nombre no me acordaba y que intervenía en primer lugar. Era una sexagenaria de imagen algo descuidada y andares firmes que hacía gala de su homosexualidad. Su mujer, situada en primera fila, la contemplaba con una mezcla de alegría y

tedio, seguramente harta de la cantidad de actos que llevaba a sus espaldas como comparsa. Las campañas se hacían interminables para los candidatos, pero más todavía para los que tenían que acompañarlos sin recibir nada a cambio. Solo porque «era lo que tocaba».

La mujer levantó la cabeza y tomó aire para agradecer mi presencia en aquel acto y anticipar que el domingo estaríamos celebrando la victoria. No perdía ocasión de recordar su condición de lesbiana en un tiempo y en un lugar donde aquello todavía era un gran tabú para mucha gente. Su precocidad en mostrar abiertamente su sexualidad y su capacidad de articular discursos ingeniosos le parecían méritos más que suficientes para ocupar un puesto en el Gobierno. No aspiraba a ser ministra, aunque seguramente tampoco lo descartaba, pero sí a ocupar una Secretaría de Estado o Dirección General relacionada con temas de género.

Mientras la escuchaba, pensé que era sin duda una buena candidata para esa función. Además, llevármela al Gobierno era una buena forma de acabar con la dualidad de mando que teníamos en Tarragona y que generaba todo tipo de disfunciones. Cada vez que tocaba repartir algún puesto, se duplicaban los aspirantes, y eso traía consigo disputas posteriores y zancadillas del otro bando para arrebatar el puesto a su rival al mínimo descuido.

Tras su discurso, llegó el turno del cabeza de lista provincial. Su juventud y aparente frescura elevaron el nivel del mitin. Habló de lo que nuestro partido había hecho por su tierra, las leyes que habíamos impulsado, las medidas sociales que se habían implantado por nuestras exigencias para aprobar presupuestos y lo bien que se vivía en los municipios que gobernábamos, que no dejaban de

aumentar elección tras elección. Hizo un discurso canónico, bien medido y bien expuesto, sin sobreactuar, haciendo las pausas pertinentes para mantener el interés del público y elevando la voz cada cierto tiempo para buscar el aplauso recurrente.

Era un político de manual. Tenía olfato y aprendía rápido. Había llegado a su puesto como «mal menor» dentro de la disputa entre dos caciques, pero, después de ser testigo de su actuación aquella tarde, pensé que los jubilaría a ambos. Si jugaba bien sus cartas, podía aspirar incluso a liderar el partido en el futuro.

Abandoné inesperadamente aquellas elucubraciones cuando mi nombre retumbó en el auditorio.

—Señoras y señores, compañeros y compañeras, vecinos y vecinas de Tarragona, esta tarde tenemos el privilegio de tener aquí, en vivo y en directo, al próximo presidente del Gobierno… ¡Recibamos con un fortísimo aplauso a Humberto Hurtado!

Se apagaron todas las luces y un gran foco se dirigió a mi asiento. Se quedó clavado sobre mí, indicando al público asistente y al resto de los intervinientes que en política el que de verdad importa es el líder. Todos los demás habitan en las sombras, son intercambiables y prescindibles. Solo un líder con expectativas de victoria es inamovible.

El público rompió en aplausos cuando me levanté de mi asiento y me dirigí con paso firme al estrado. Abracé con gran entusiasmo al candidato y, como ya era ritual, cuando se retiraba para cederme el atril, lo mantuve junto a mí unos instantes, sujetándolo amistosamente con la mano izquierda y señalándole con la derecha. Era una forma de mostrar a los allí congregados que no era yo el merecedor de los aplausos, sino él, su líder en la región. Una forma

de demostrar humildad que, por mucho que la utilizásemos, siempre funcionaba. «La gente no quiere líderes arrogantes —me decía con frecuencia Alejandro—. Aunque los desprecies, aunque te creas superior… y lo seas. Siempre debes mostrarte humilde ante ellos, porque nadie vota a un engreído pagado de sí mismo». Un consejo que se me quedó grabado en piedra.

El candidato, henchido de orgullo, retiró con suavidad mi brazo y empezó a aplaudirme con ahínco, como un perro agradecido después de recibir el premio de su amo. Cuando se apagaron los aplausos, me acerqué al atril, lo sujeté con las manos, erguí la cabeza, miré hacia uno y otro lado y, después de una breve pausa dramática, pronuncié mi enésimo discurso como líder de masas.

Fue lo que se dice «una faena de aliño». Con parabienes a los lugareños por los grandes avances que sin ellos no habrían sido posibles y alegatos sobre las bondades que supondría para la región que yo estuviera en la Moncloa. Al terminar, los protagonistas nos hicimos las fotografías de rigor con las sonrisas relucientes y los pulgares en alto, así como algunas más con los asistentes que se acercaban a felicitarnos, todo alegría y satisfacción.

De repente, la presidenta provincial se me acercó para susurrarme algo al oído.

—Un gran discurso, presidente. Enhorabuena —creí entender que decía, dado que su voz apenas se escuchaba, sofocada por el tumulto de voces y por el estruendo de la música. Mientras, su novia exhibía a su lado una sonrisa incómoda que dejaba entrever unos celos malintencionados de los que ella no parecía percatarse—. Me hubiera gustado saludar a Elena —continuó—. Nos conocimos la última vez que estuviste por aquí y ella te acompañaba. Es una

mujer encantadora. Cuando he preguntado por ella, me han dicho que ya no está en tu equipo. Una lástima. Siempre fue muy amable con nosotros y nos ayudó en todo lo que le pedimos.

—La saludaré de tu parte. No te preocupes. Le hará mucha ilusión saber de ti —mentí algo irritado, sin saber con seguridad si la mención a Elena era solo una excusa para entablar conversación conmigo o había algo más.

¿Sospechaba que estábamos liados? ¿Nuestra relación había llegado hasta aquellos lugares, tan alejados de Madrid? ¿Se cumpliría eso que tantas veces me había advertido Alberto? ¿Mi *affaire* con Elena me traería la ruina?

Sumido en aquellas cavilaciones que amenazaban mi futuro, me despedí con escasa efusividad y nos dirigimos a la estación para tomar el tren de regreso a Madrid. La noche iba a ser corta porque al día siguiente, casi de madrugada, teníamos que salir hacia Badajoz y debíamos hacerlo con margen suficiente para que el habitual retraso del transporte ferroviario de la región no nos impidiera llegar a tiempo al mitin.

Me recosté en la butaca del vagón silencio, una extravagancia ferroviaria para paranoicos, ante la mirada curiosa del resto de los pasajeros. Habíamos asumido la regla, durante la campaña, de utilizar asientos en clase turista, por aquello de dejarse ver, de aparentar ser uno más. Además, alguien había tenido la feliz idea de que, en un vagón destinado a expulsar a los ruidosos, nadie me molestaría con una conversación inoportuna.

Saqué el móvil con el fin de responder los mensajes inaplazables. También para comprobar si el volumen de no leídos de Elena había aumentado, sabiendo de antemano la respuesta. Con la práctica,

había desarrollado una cierta habilidad para contestar con mensajes precocinados y casi telegráficos a los más asiduos, prodigándome solo con aquellos que me interesaban. Comprobé que, además de los mensajes, tenía varias llamadas de Elena. Ya no sabía cómo llamar mi atención. Pero lo que más me inquietó fue ver el número de mi hija Paloma en el listado de llamadas perdidas. Eso sí era extraño, pues toda mi familia sabía que durante la campaña solo debían llamarme en caso de vida o muerte. Para todo lo demás, estaban los mensajes o wasaps, que ya respondería cuando pudiera. Sabiendo esto, esas llamadas de mi hija mayor eran, como en el caso de Alejandro, un mal presagio. Pero la jornada había sido muy larga y no estaba dispuesto a pasar otro mal trago, así que decidí aplazar la conversación al día siguiente.

Estaba reventado. La tensión provocada por los acontecimientos recientes se manifestaba en las sienes, la mandíbula, el pecho y los hombros. La procesión iba por dentro, pero delante de los demás no debía perder ni el rictus ni la compostura. Me aflojé el nudo de la corbata y observé la fotografía de perfil de mi hija mayor. Paloma seguía teniendo aspecto de niña con la cara recién lavada, con unos párpados indolentes que te desafiaban cuando te miraban. Esos ojos bizantinos que había heredado de su madre y de su abuelo. Era la viva imagen de la familia materna y la constatación permanente de que mi suegro iba a estar siempre presente en mi vida, aunque fuese genéticamente.

Paloma no había sido una niña buscada, pero acabó siendo la pieza del engranaje que faltaba para cerrar el vínculo con Alejandro. Había pasado poco más de un mes desde mi ingreso oficial en «la familia», cuando Carmen y yo nos presentamos en el chalé de sus

padres para darles la noticia. Al llegar, no encontramos sonrisas y gestos de complicidad, solo rictus serios y miradas torvas. Estaba a punto de conocer la otra cara de mi suegro, esa de la que tanto había oído hablar, pero que hasta entonces no había sufrido en mis propias carnes.

Alejandro y Matilde, su mujer, estaban en el salón mirándonos con una mezcla de disgusto e incredulidad. «¿Podéis explicarme cómo ha podido pasar?», dijo mi suegro, recordando el tono de Marlon Brando en la mítica escena de *El padrino*. «No sé, papá. Tuvimos un descuido. Ocurrió la noche que Humberto fue nombrado presidente de Nuevas Juventudes. Queríamos celebrarlo y no tomamos precauciones…». Acertó a decir Carmen, con la tristeza impresa en su rostro.

La noche de mi coronación, Carmen y yo cogimos un taxi y nos fuimos directamente al apartamento donde dábamos rienda suelta a nuestra pasión. Por el camino, compramos un par de botellas de cava y comida china en abundancia. Había mucho que celebrar. Nos despachamos una de las botellas en el trayecto y mientras abríamos la puerta ya estábamos quitándonos la ropa. Cuando nos tumbamos en la cama, Carmen me dijo que, por ser una ocasión especial, podíamos probar sin preservativo.

Yo acepté sin pensarlo. Estaba harto de los condones y confiaba en la marcha atrás para evitar que ocurriera lo que ni ella ni yo queríamos que ocurriera. Éramos demasiado jóvenes y ni siquiera estábamos casados. No me podía permitir que un niño frustrara mi prometedora carrera política. Después de dos o tres polvos seguidos, dimos buena cuenta de la cena y de la otra botella de cava hasta quedarnos profundamente dormidos.

Como es lógico y natural, a sus padres les ahorramos todos esos detalles, lo que no evitó la reprimenda de Alejandro, que despotricaba alterado como nunca lo había visto. «¡Joder! Pero ¿sois conscientes de lo que implica esto? Vuestras carreras se van a la mierda. Los hijos hay que tenerlos cuando puedes pagar a alguien que te los cuide. Vosotros tenéis mucho que hacer antes. Tú, Carmen, vas a entrar en un bufete importante. Allí vas a tener que currar dieciséis horas para que te hagan socia. ¿Cómo coño piensas hacerlo con un bebé colgado de la teta? ¡Óscar no va a contratar a una mujer embarazada, por muy amigos que seamos! Y tú, Humberto, querrás hacerte un nombre en el partido, y para eso hay que hacer mucho pasillo y muchos kilómetros visitando agrupaciones. ¿Cuándo vas a atender al bebé y a Carmen? Pero ¡si ni siquiera estáis casados! Un político con un hijo no deseado no puede triunfar ¡Nadie vota a quien no es capaz de gestionar su propia vida! ¡Menudo negocio he hecho con vosotros!».

Yo estaba bloqueado y era incapaz de pensar con claridad. Sentía que todo podía irse a la mierda. Hasta entonces, había sorteado los obstáculos que se iban presentando con esa mezcla de audacia y suerte que siempre acompaña a los que triunfan. Así me había ido escabullendo de las monjas, de los curas, de los matones y hasta de mi padre, pero esta vez me sentía a un paso del abismo.

No tenía escapatoria. Carmen estaba embarazada y yo era el padre. Además, el aborto no era una opción. Alejandro, que era capaz de apuntillar a un toro sin pestañear, nos dejó clara su postura respecto de esa posibilidad. Cuando Carmen lo insinuó, lanzó un alarido que retumbó en todo el salón.

«El aborto es un acto contra la naturaleza y contra Dios. Yo soy un hombre creyente y jamás consentiré que en esta familia suceda algo así. Hija, he tratado de ser un padre comprensivo y te he ayudado en todo. Y tú, hasta ahora, siempre me has correspondido. Pero si decides acabar con la vida de esa criatura, no vuelvas por esta casa ni esperes nada de mí. No puede ser hija mía quien sea capaz de cometer semejante crimen», sentenció con un tono bíblico.

Carmen se dejó caer en el sillón que tenía más cerca y rompió a llorar mientras que yo, alegando una indisposición repentina, fui a refugiarme en uno de los cuartos de baño de la planta baja. Allí me miré al espejo, me refresqué la cara y el cuello, respiré hondo unas cuantas veces y valoré mis opciones. Si salía huyendo, que era lo que me pedía el cuerpo, ya podía olvidarme de mi carrera política. Sabía que mi suegro movería cielo y tierra hasta acabar conmigo y podía dar fe de que lo conseguiría. Ahí estaba el cadáver de Antón, todavía caliente, para atestiguarlo. Si apechugaba con lo que el destino, o más bien la imprudencia, me había deparado, renunciaba a mi desbocada vida juvenil y me ataba a Carmen para siempre.

Volví al salón y, con tono solemne, pronuncié las siguientes palabras: «Alejandro, Matilde… Uno tiene que hacerse cargo de las decisiones que toma y yo no concibo la vida de otro modo. Quiero a Carmen y ya estaba decidido a pedirle que se casara conmigo, pero no quería hacerlo sin contar antes con vuestra aprobación. Sé que somos jóvenes y tenemos muchos planes de futuro, pero también creo que tenemos energía y capacidad suficiente para salir adelante. Pronto seré concejal, tendré un buen sueldo y al niño no le va a faltar nada. Evidentemente, siento vértigo. Esto es algo con lo que

no contábamos, pero estoy muy orgulloso de formar parte de esta familia y de poder daros un nieto».

Carmen y su madre me miraban atónitas mientras el gesto de Alejandro iba suavizándose con cada una de mis palabras. Cuando terminé, se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos. «Así habla un hombre. Matilde, la semana que viene daremos una gran fiesta en esta casa para anunciar a todos nuestros amigos y conocidos que nuestra querida hija se casa. Yo correré con todos los gastos y haré algunas llamadas para que la boda se celebre el mes que viene. No tenemos tiempo que perder. Dentro de tres meses, anunciamos que estás embarazada y le damos la exclusiva a algún medio local, que seguro que le interesa. Hasta entonces, no digáis a nadie ni mu. ¿Está claro?».

Carmen y yo nos miramos y asentimos obedientes. Íbamos a casarnos «de penalti», como se decía entonces, pero nos gustábamos y estábamos bien juntos, así que no fue demasiado traumático para ninguno de los dos. Además, ambos éramos conscientes de que tampoco teníamos otra opción, por lo que afrontamos resignados el giro inesperado que nos brindaba la vida.

Las siguientes semanas pasaron muy rápido y, casi sin darnos cuenta, llegó el gran día. La tarde anterior nos habíamos dado el «Sí, quiero» en una modesta oficina que el Ayuntamiento había habilitado para esos menesteres, pero la ceremonia oficial se celebró en la iglesia, como dios manda. Por todo lo alto. Alejandro, que había movido sus hilos para arreglar todo el papeleo y cerrar una fecha en tiempo récord, no quiso dejar pasar la ocasión de demostrar su poder e influencia a sus allegados y a la multitud de curiosos que se acercaron a ver el espectáculo. Era un radiante

sábado de invierno, y él estaba exultante. Llevaba un traje a medida de color gris oscuro que había encargado para la ocasión y unos zapatos italianos que, según decía, le habían costado cincuenta mil pesetas.

A mí todo aquello me parecía un exceso y me sentía un poco abochornado estrechando la mano de todos los que, para agradar a Alejandro, venían a saludarme efusivamente como perritos falderos. «Ven, fulanito —decía él—. Tienes que conocer a mi yerno, el político más joven que ha llegado a presidir las Nuevas Juventudes de su partido», sentenciaba dándome dos palmadas en el hombro mientras me guiñaba un ojo. A su vez, el invitado de turno me mostraba sus respetos, felicitándome por haberme ganado la confianza de Alejandro. «Este suegro es un tesoro, muchacho. No lo desaproveches», me susurró al oído el presidente provincial de mi partido y rival histórico de Alejandro, a quien también habíamos invitado a la boda.

Mis padres estaban un poco apartados de la multitud, observando incrédulos la sucesión de bienquedas que se agolpaban a saludarme. Ellos, que siempre me habían menospreciado, ahora se sentían extrañados por mi éxito. Orgulloso y satisfecho de mi situación, les hice un gesto con la mano para que vinieran a saludar a mi mujer y a mis suegros. Los acontecimientos se habían sucedido tan rápido que aún no se los había presentado. Mi padre, tan autoritario con cualquiera que considerara inferior, adoptó una actitud servil, casi sumisa, ante Alejandro. «Su hijo es un fenómeno —dijo mi suegro—. Trabajador, astuto y comprometido. Tiene un prometedor futuro en política». Mis padres balbucearon un tímido «gracias» y en sus miradas de extrañeza advertí, por primera vez, un gesto de

reconocimiento hacia mí. «Bueno hijo, te dejamos que sigas atendiendo a los demás invitados. Hablamos después, en el banquete», dijo mi madre. Entonces agarró del brazo a mi padre y ambos accedieron al interior de la iglesia.

Al verlos caminar despacio, medio encogidos y sin apenas cruzar palabra, me invadió un sentimiento de lástima hacia ellos. Eran dos perdedores incapaces de celebrar el éxito de su hijo. Dos acomplejados sin ambición cuya única aspiración era llevar una vida desahogada pero anodina. Con la satisfacción de sentir que había llegado más lejos de lo que ellos ni se habían atrevido a soñar con toda la vida por delante, subí al altar y le di el «Sí, quiero» a Carmen… y a Alejandro.

Todavía recuerdo a mi padre conduciendo a mi madre a la salida, cosida a su brazo como toda la vida. Cargaba a su espalda doblada todos sus complejos de clase. Aquella vez fue la última que nos vimos. Murió, sin previo aviso, a las dos semanas de la boda, dejando a mi madre felizmente viuda.

Después de la ceremonia y el banquete, Carmen y yo decidimos irnos al apartamento. A quien nos preguntó el motivo de tan repentina retirada, le dijimos que ella no se encontraba bien y que yo tenía que ejercer de marido responsable y acompañarla. Alejandro le pidió a su chofer que nos llevara a casa, pues a él le quedaba cuerda para unas cuantas copas y negociaciones varias, pero Carmen tenía que descansar. Antes de subirme al coche, me dijo: «Humberto, mañana descansa y el lunes nos vemos sin falta. Tenemos que hablar de las elecciones, que están a la vuelta de la esquina y te juegas mucho».

Aquel lunes me presenté en su oficina a la hora indicada y una de sus secretarias me hizo un gesto para que entrara a su despacho. Me estaba esperando. «Quería verte por dos motivos. Lo primero, darte mi regalo de boda». Sus palabras expresaban un cariño en apariencia sincero. «Pero si has corrido con todos los gastos. Eso ya es un regalo enorme», advertí con un rubor mal disimulado. «Venga, que ya soy oficialmente tu suegro. Solo he hecho lo que haría cualquier padre en mi situación, pero, además, quiero tener un detalle con vosotros. Carmen es mi única hija y quiero que sea feliz a toda costa, que la cuides y la hagas feliz. Y tú te has ganado mi respeto y mi confianza. Quiero que te vaya bien y te voy a ayudar para que así sea. Y mi nieto, que viene de camino, es lo más importante para mí. Quiero que tenga una vida alegre y desahogada, que no le falte de nada». Alejandro tenía una voz resuelta con la que ejercía de benefactor a fondo perdido, como le gustaba aparentar.

Entonces me entregó una cajita forrada en terciopelo rojo que cabía en la palma de la mano. Levanté suavemente la tapa y en su interior había una llave. Aunque intuía de qué se trataba, él despejó la duda de inmediato.

«No se puede criar un hijo en el cuchitril donde Carmen y tú os veis a hurtadillas. Los niños necesitan espacio y un jardín donde jugar, así que he dado la entrada del chalé que venden a dos calles del mío. Así estaremos más cerca, por si tenemos que vernos para lo que sea o tenéis que dejarnos al niño cuando os haga falta, que Matilde está deseando ejercer de abuela. —Alejandro se dirigía a mí sin perder ripio de mi reacción. Me sujetó firmemente de los hombros y, a continuación, me dio un efusivo abrazo acompañado

de unas contundentes palmadas en la espalda—. El dinero no da la felicidad, querido Humberto, pero ayuda de cojones», me dijo mientras me separaba de su cuerpo y adoptaba un rictus más serio para hablarme del otro asunto por el que me había convocado.

«También te he llamado porque tenemos que hablar de las elecciones, que están a la vuelta de la esquina —soltó de sopetón—. Estoy organizando una cena la semana que viene. Algo discreto. No más de cinco o seis personas de mucha confianza, incluidos tú y yo. Españoles de bien que solo quieren invertir su dinero y generar puestos de trabajo. Llevan muchos años peleándose con la burocracia y saben que para que las cosas salgan, muchas veces alguien tiene que dar un toque desde arriba. Los funcionarios son expertos en dilatar los expedientes y a veces no se mueven hasta que el político de turno hace una llamada. Y ¡ojo! No te estoy hablando de recibir sobres, regalos u otras corruptelas. Esto es un *quid pro quo* para que las cosas fluyan en interés de la ciudad y de los vecinos, por supuesto. Están hasta el gorro del actual alcalde y creo que verían con buenos ojos un cambio, siempre que no afecte a sus intereses, así que tenemos que ofrecerles lo que quieren y salir de allí con no menos de veinte kilos de pesetas para tu campaña. Con eso, podríamos dar la campanada».

Alejandro enlazaba las palabras con fruición, mirándome sin parpadear. Por supuesto, acepté sin rechistar porque mi destino estaba indisociablemente ligado al suyo, más ahora que éramos familia. Nos despedimos y, al cerrar la puerta de su despacho, tuve la sensación de que comenzaba una nueva etapa de mi vida. Un tiempo en el que las apuestas se pagaban mejor, pero en el que también debía asumir mayores riesgos.

El jueves de aquella semana por la noche, recibí la llamada de Alejandro. Me citó el sábado a las nueve de la noche en un hotel bastante lujoso de las afueras que, según me dijo, tenía un restaurante al que podía accederse desde el aparcamiento sin que nadie te viera entrar y salir. «Los hoteles son el sitio ideal cuando quieres volar fuera del radar. Ahí solo te vas a encontrar con gente de fuera, que ni te conoce ni le importa lo que hagas. Y si, por casualidad, coincides con alguien de aquí, seguro que es porque se ha hecho una escapadita con su amante o anda en algún otro asunto turbio, así que no le dirá a nadie que os encontrasteis allí porque tendría que dar explicaciones». Mi suegro se las sabía todas.

El sábado me presenté en el lugar indicado, aparqué y subí en el ascensor del parking hasta la entreplanta, que daba a un vestíbulo con dos puertas: la de acceso a la escalera de incendios y la del restaurante. En el mostrador de la entrada, pregunté por la mesa reservada a nombre de Alejandro y el metre me condujo hasta el lugar. Cruzamos la sala, ya casi vacía, y llegamos a una estancia separada del resto del comedor por dos estanterías de suelo a techo repletas de botellas de vino. Aunque llegué con cierta antelación, pues no quería hacer esperar a mis invitados, ya estaban todos allí, la mayoría con una copa a medias, lo que indicaba que Alejandro les había convocado un poco antes, bien para tratar otros asuntos, bien para preparar nuestro encuentro.

Todos se incorporaron sobre sus asientos y me extendieron la mano con amabilidad para saludarme. Aquel día conocí a quien se convertiría en uno de mis principales «socios capitalistas»: Mauricio del Río.

Como si los acontecimientos se empeñaran en confundirse con mis pensamientos mientras recordaba aquel primer encuentro con el promotor, sentí la vibración del móvil. El tren estaba llegando a Atocha. Miré la pantalla de reojo, temiendo una nueva llamada de «Encuestas» o de Paloma, pero esta vez era Ramírez con un asunto urgente.

—Humberto, perdona las horas, pero quería informarte en cuanto me he enterado. Acaba de avisarme el director de *La Nueva Información* de que mañana a primera hora sacan el bombazo sobre Del Río.

Miércoles

Cuatro días antes de las elecciones

14

Cuando el tren anunció que la llegada a la estación de Badajoz era inminente, Ramírez se inclinó hacia mí para dar un último repaso a lo que habíamos preparado durante el viaje.

—Los periodistas nos estarán esperando en el andén. Tenemos que darles lo que quieren y quitarnos esto de encima cuanto antes. No voy a limitar las preguntas, pero en cuanto empiecen a repetirse, corto —afirmó precipitadamente en cuanto el tren se hubo detenido —. Tienes que ser muy contundente. Ni un atisbo de compasión o respeto hacia Del Río. Si es un corrupto, que se pudra en la cárcel. Si hace falta, irás tú personalmente a meterlo en la celda. Pero son los jueces, no tú, quienes tienen que juzgarlo y condenarlo. Contigo, el partido inició una nueva etapa y ahora todo es legal y transparente. Cualquier ciudadano puede conocer las cuentas y de dónde salen los fondos.

—¿Estás tranquilo? —me preguntó Alberto.

—Con la semana que llevamos, vamos a tener que instalar un desfibrilador en Moncloa —le respondí con cierto abatimiento—. En cuanto termine, llama de inmediato a Del Río y le cuentas todo lo que he dicho. No quiero que se entere por los teletipos. La cosa puede ponerse fea y tiene que saber que no vamos a dejarle tirado.

Dile que hablaré con él lo antes posible, pero ahora no puedo llamarle por teléfono. Tiene que entenderlo.

Como estaba previsto, nada más poner un pie en el andén, una nube de periodistas se amontonó a mi alrededor. Alberto y Pedro se colocaron detrás de mí, cada uno a un lado, transmitiendo que el partido estaba con su líder. Mientras tanto, Ramírez se entremezcló con los periodistas para distribuir los turnos de preguntas.

La primera intervención la tenía apalabrada con una reportera que había dejado recientemente los platós para volver al micrófono de mano, una de las que se consideran incisivas por repreguntar más de la cuenta y guardar silencios dramáticos con los que creen que ponen en un compromiso al entrevistado.

—Señor Hurtado, la pregunta es obvia, pero tengo que hacérsela… ¿Tiene o ha tenido conocimiento de las supuestas actividades ilegales del empresario Del Río que hemos conocido esta mañana? —preguntó a bocajarro.

—No, en ningún caso. Jamás he tenido conocimiento de alguna actividad ilegal por parte del señor Del Río —respondí de inmediato con toda la contundencia que pude reunir—. Valoro en lo profesional al señor Del Río porque ha levantado un imperio de la nada, pero si ha cometido algún delito, tendrá que pagar por ello. Sin embargo, no soy yo sino la justicia quien tiene que investigar estos hechos. Nunca me han gustado las condenas de telediario. Por eso, hasta que un juez diga lo contrario, debemos mantener la presunción de inocencia de todos y cada uno de los ciudadanos. Afortunadamente, vivimos en un Estado de derecho.

De haber sido fiel a la verdad, tendría que haber confesado que conocía de sobra las prácticas de Mauricio. En ese momento, me

acordé de cómo comenzó a formar parte de mi vida.

Apenas una semana después de la cena en el hotel, pidió verme en su despacho. Yo prefería mantener este tipo de reuniones en lugares públicos para que siempre hubiera algún testigo, así me lo había aconsejado Alejandro, pero accedí porque había confirmado que contribuiría a financiar mi campaña y quería «hablar de los detalles» en un lugar discreto. Según se había comprometido con Alejandro, nos iba a donar diez millones de pesetas, así que no estábamos como para poner muchas pegas a sus exigencias.

Además de dedicarse a la promoción inmobiliaria, Mauricio tenía una empresa de publicidad que colocaba cartelería en los soportes, tablones y marquesinas de autobús que le había concesionado el Ayuntamiento. Estos elementos estaban distribuidos por todo el municipio y eran la manera más efectiva de promocionar algo en la zona.

Las redes sociales no existían y los anuncios de radio y televisión eran demasiado caros para un anunciante medio. Sin embargo, la empresa de Del Río ofrecía una excelente relación entre alcance y precio que hacía que le llovieran los encargos. Además, brindaba la posibilidad de contratar también con él la producción de cartelería, lo que aumentaba su negocio y, de paso, se cargaba a la competencia, que no podía igualar sus precios a la baja en los trabajos de imprenta. En el negocio de la publicidad, le interesaba más la influencia que la rentabilidad.

Cuando entré en su despacho, me impresionó el tamaño y el lujo. Era una estancia descomunal, con enormes ventanales en las paredes que daban a la calle y un muro de alabastro, donde estaba embebida la puerta de entrada, que recogía una sucesión de

estancias de servicio, tales como un pequeño almacén, un baño completo y una zona de descanso equipada con televisión, sofá cama, armarios y un mueble bar.

Frente a la entrada, había una mesa de vidrio cuya longitud también resultaba excesiva, rodeada de sillas Barcelona, esas que tanto gustan a decoradores y arquitectos modernos. Yo esperaba encontrarme un despacho chapado en madera, con moqueta y asientos de cuero, pero descubrí un ejemplo de refinamiento estético y buen gusto.

Del Río vestía un traje azul de raya diplomática con zapatos blancos muy llamativos, la única nota discordante entre tanta armonía visual. «Bienvenido, Humberto. Muchas gracias por venir. Por favor, tome asiento. Está usted en su casa», me dijo tendiéndome la mano para saludarme. Un poco abrumado por el exquisito trato que me había dispensado, le di las gracias y le propuse que nos tuteásemos.

Mauricio tenía una capacidad innata para agradar a su interlocutor y hacerle sentir importante en su presencia. «La otra noche pasamos un buen rato. Alejandro es un fenómeno y tú tienes un grandísimo futuro por delante. Todo el mundo cree que los políticos no pegan palo y se lo llevan muerto. También dicen eso de los empresarios, pero yo sé lo jodido que es ese mundo y lo difícil que es sobrevivir en esa pecera de pirañas».

«El mundo de la empresa también es muy complicado. Lo que tú has conseguido tiene mucho mérito», añadí mientras reparaba en la colección de obra gráfica española que colgaba de sus paredes.

«Bueno, cuando creo en algo, me dejo la piel para sacarlo adelante. Además, soy un hombre con suerte, y con suerte me

refiero a buenos amigos… —matizó guiñándome un ojo y continuó la conversación con un tono gratificante y franco—. Un amigo es alguien en quien puedes confiar siempre. Por ejemplo, Alejandro es un amigo. Sé que podré contar con él siempre que tenga un problema, y él siempre podrá contar conmigo. Hemos hablado y por eso estamos aquí, porque me ha pedido que te eche una mano. Y eso es lo que voy a hacer». Era el momento de dar un paso más allá. «No sé cómo darte las gracias». «Es muy sencillo. Solo tienes que ganar las elecciones», apuntó con una carcajada.

Le miré. «No va a ser fácil. Aquí mi partido nunca ha conseguido la alcaldía». «Para todo hay una primera vez. Ahora lo vais a conseguir. Eres un buen candidato, joven y resuelto, mientras que el actual alcalde está mayor. Pero ¡si ya lo estaba en tiempos del Caudillo! Para ganarle solo necesitas un mensaje de renovación que ilusione y hacer que ese mensaje llegue. Yo puedo ayudarte a las dos cosas».

Se detuvo con brusquedad, tratando de adivinar mi reacción ante lo que parecía ser un ofrecimiento. «Sería estupendo». «Pues no hay más que hablar. Nos ponemos manos a la obra ¿Qué presupuesto te han dado para la campaña?», me preguntó sin ningún preámbulo. «Apenas tres millones de pesetas, más lo que podamos conseguir con donaciones de los militantes, que no va a ser mucho», me lamenté. «Menudos agarraos son tus jefes. ¡Así llevan veinte años perdiendo! Vamos a hacer lo siguiente: con ese dinero, me vas a contratar una campaña de publicidad completa: eslogan, cartelería y soportes. Yo voy a gastarme mucho más en tu campaña que esos tres millones de pesetas, pero necesito que engordes los pagos hasta, por ejemplo, cinco o seis millones». Me observó de nuevo con

un aire de connivencia. «¿Y cómo hago eso?», pregunté. «Muy fácil. La cartelería a ti te cuesta medio kilo, por ejemplo, pero yo te facturo uno. ¿Lo pillas?».

La jugada era en apariencia sencilla, pero quería tener atados todos los cabos. «Sí, pero no entiendo qué ganas tú haciendo esto…». «Digamos que tengo por ahí un dinero que necesito aflorar y esta es una manera sencilla de hacerlo. Tú ganas, yo gano y Hacienda también gana, que yo soy de los que paga impuestos», dijo con una indisimulada ironía. «Entendido. Te contrato por tres millones y tú me das hasta seis», respondí. «Sí, pero hay algo más. Tú me pagas lo que puedas. Si son tres, pues tres. Lo que puedas. Yo te voy a doblar ese servicio y, además, te voy a dar un extra, hasta diez millones. Los cuatro restantes corren a mi cargo y no van a figurar en ningún sitio. Tómatelo como una aportación a cuenta. Lo único que te pido a cambio es que cuando necesite un favor, recuerdes quién te ayudó a llegar a la cima». Extendió la mano sobre mi hombro y sonrió de nuevo.

Mientras recordaba aquel encuentro, me sobrevino la siguiente pregunta, a cargo del enviado de un medio que confiaba en explotar al máximo este caso para conseguir un vuelco en las encuestas. El reportero era un muchacho joven pero mordaz que se había convertido en el periodista revelación de la campaña por su capacidad de morder un hueso y no soltarlo.

—Señor Hurtado, ¿los ciudadanos que cojan su papeleta el domingo pueden estar seguros de que no le debe ningún favor al señor Del Río? ¿Puede asegurar que se mantendrá imparcial ante las posibles consecuencias penales que puedan tener los actos del empresario y no utilizará los resortes del Estado para exonerarlo?

La pregunta se las traía, porque trataba de provocar una respuesta que inquietara a Del Río y que así pudiera decir o hacer algo que me inculpara.

Si mi respuesta era demasiado categórica, afirmando que no movería un dedo por el empresario, este podía inquietarse y decir o hacer algo que pudiera inculparme de algún modo. Por el contrario, si mis explicaciones resultaban ambiguas en exceso, los electores podían pensar que no estaba dispuesto a dejar caer a Del Río, lo que de hecho me convertía, como mínimo, en su cómplice. Pero no era la primera que vez que me enfrentaba a una disyuntiva de este tipo, así que respondí tirando de un comodín muy habitual en política cuando estás pisando terreno pantanoso: la contundente ambigüedad.

—Los ciudadanos que cojan mi papeleta el domingo pueden estar seguros de que no le debo ningún favor a nadie y de que soy un firme defensor de que la ley es igual para todos. El aparato del Estado no está para proteger intereses particulares, sino para defender el interés general. Así es y así seguirá siendo cuando sea presidente, que no le quepa duda a nadie.

Las palabras salieron de mis labios con una seguridad que incluso a mí me sorprendió. Como Elena me reprochaba muchas veces, a fuerza de mentir me había convertido en un gran intérprete, tan convincente que era capaz de creerme mis propias mentiras. Pero de haber sido honesto, tendría que haber admitido que Del Río no iba a ser tratado como cualquier otro ciudadano, pues le debía mucho y sabía demasiado. Suya fue la maniobra que sirvió para encumbrarme al primer cargo de responsabilidad de mi carrera.

Y es que después de aceptar que financiara mi candidatura al Ayuntamiento y empapelara la ciudad con mi cara junto al eslogan «Aire fresco», que también fue cosa suya, volví a poner mi destino en sus manos cuando Alejandro irrumpió en mi casa el día siguiente de las elecciones con una petición urgente de su amigo. «Mauricio quiere verte esta misma noche, en mi casa, para evitar suspicacias. Y me ha pedido que yo también esté presente si a ti no te parece mal». Acepté sin mayores remilgos, pues una negativa a esas alturas ya no era una opción. Además, los resultados habían sido espectaculares: con diez concejales, nos habíamos quedado solo uno por debajo de los once que había logrado Miras, el actual alcalde.

Mi suegra había preparado unos aperitivos fríos en la encimera y un besugo en el horno, que solo había que calentar unos diez minutos para que estuviera en su punto. Alejandro era un completo inútil en la cocina y, en ocasiones como esa, solía encargar un catering, pero aquel día no quería meter a nadie extraño en su casa. Mi suegra, una vez servida la comida, desaparecía con el rigor de una profesional que sabía cuáles eran las reglas y en qué momento sobraba. Lo que íbamos a tratar era de extrema confidencialidad.

De hecho, nada más abrir la puerta, Matilde me acompañó hasta el comedor y despareció. Allí estaban en el salón Alejandro y Del Río, dos hombres ligados desde hacía años por un destino común, al que yo también me había vinculado.

Mi suegro me dio la bienvenida con efusividad. Tenía una botella de gran reserva en una mano y tres copas sostenidas boca abajo entre sus dedos por la unción del tallo con la base en la otra. Dejé la chaqueta en el perchero y saludé al promotor con un apretón de manos seguido de un impetuoso abrazo. A lo largo de mi vida, he

descubierto que la intensidad de los apretones es proporcional al poder que se ostenta o que los demás creen que ostentan.

Tras el brindis de rigor, Del Río fue al grano: «Bueno, Humberto. Y ¿qué piensas hacer con esos diez concejales que tienes? Lo cierto es que Miras, el actual alcalde, tiene un problema gordo. Le has dejado en los huesos. Ha pasado de tener veinte de veintisiete concejales, una mayoría absolutísima, a once. Solo uno más que tú. Y los partidos menores no son de fiar. Ahora, su única opción es gobernar en minoría. Puede tirarse cuatro años sin presupuestos, y eso es una putada para los ciudadanos. Y para nosotros los promotores, porque si no hay obra pública nuestro negocio se resiente».

Del Río no se cortaba un pelo en sus reflexiones. Sincronizaba muy bien las pausas a la vez que remachaba con una mayor entonación las frases que deseaba destacar. «Por eso, quiero sugerirte algo: un gran pacto de gobernabilidad. Miras está mayor y es muy cuestionado en el partido. Si no gobierna, es un cadáver. Pero si gobierna, aunque sea en minoría, lo mantendrán un tiempo y en uno o dos años le buscarán a alguien más joven y dinámico que le dé el relevo. Tienes que hablar con él y ofrecerle un acuerdo de gobierno: él sigue de alcalde y te nombra a ti vicealcalde y concejal de Urbanismo. Si en algo tiene competencias un Ayuntamiento, es en urbanismo, por lo que tienes que quedarte con esa concejalía y dedicarte a hacer obras e inauguraciones de aquí a las siguientes elecciones. A Miras le va a interesar porque es una forma de evitar la jubilación anticipada que él sabe que le están preparando, y a ti también porque tapas su posible relevo y, si te lo montas bien, te conviertes en el alcalde de facto. Y dentro de cuatro años, con Miras

de salida y sin un cabeza de lista conocido en su partido, ¿a quién crees que van a elegir nuestros vecinos como alcalde?».

No esperaba ni remotamente aquella propuesta. Es más, tenía que digerir a marchas forzadas su consejo, a sabiendas de que no estaba en condiciones de negarme a aceptarlo. Así fue cómo descubrí que mi vida política ya estaba en manos de otros y asumí que cuanto antes lo aceptara, me iría mucho mejor. Para no tener que comprometerme con una respuesta, advertí a Del Río que el problema, y no menor, era que la decisión sobre los pactos no dependía de mí, sino de los órganos centrales del partido en Madrid.

«Eso déjanoslo a nosotros —dijo mirando con complicidad a Alejandro—. Sabemos cómo manejar a esos paniaguados. Y déjanos también de nuestra cuenta a Miras. Ese cabo es más sencillo de atar que el otro…».

El plan había sido trazado por aquellos dos hombres, con todos sus cálculos, a mis espaldas. Es más, era consciente de que había partes de ese plan que no me habían contado y que, de un modo u otro, iría conociendo en los días posteriores a aquel encuentro.

La noche previa a la toma de posesión apenas pude dormir y, en cuanto asomaron los primeros rayos de sol, me preparé para ir al ayuntamiento. Todo salió como estaba previsto. En la sala de prensa había una afluencia nunca vista hasta entonces en una ciudad como la nuestra. El acuerdo entre los dos grandes partidos había cruzado las fronteras de nuestra prensa local y era noticia en muchos medios de tirada nacional.

El alcalde y yo nos dimos la mano ante decenas de reporteros gráficos que querían inmortalizar aquel momento histórico. Mientras contemplaba la sala repleta medio cegado por los flashes, distinguí

al fondo la figura del presidente provincial de mi partido, que me miraba con rabia contenida mientras aplaudía con desgana. Al terminar, se me acercó para darme la enhorabuena delante de las cámaras y, al abrazarme, me susurró al oído: «A partir de ahora, vigila tu espalda».

15

A Ramírez se le veía satisfecho con mis respuestas a los periodistas y quería concluir aquella rueda de prensa improvisada cuanto antes. Sabía que alargar la situación era aumentar las posibilidades de dar pie a algún mal titular que nos fastidiara la jornada, así que concedió un último turno antes de levantar la sesión.

—Venga, una más y cerramos, que vamos a llegar tarde al siguiente acto.

El nerviosismo cundió entre los reporteros allí reunidos porque todos querían quedar bien con sus jefes colocando su pregunta. Sobrevolando el racimo de micrófonos que se apretujaban delante de mi boca, miré a Claudia, una joven locutora que había pasado de una radio local a una de las principales cadenas del país. Se tomaba muy en serio su trabajo y era muy atractiva, dos cualidades que le habían abierto muchas puertas. De todas las periodistas que seguían mi campaña, ella era, sin duda, mi favorita.

En apenas unos meses, había logrado ser la enviada de su medio a cubrir a mi partido en las elecciones nacionales, por lo que me había acompañado durante toda la campaña. Tenía una edad similar a la de Elena, quien se había convertido en el patrón de medida de todas las mujeres a las que iba conociendo. De hecho, bien visto, se parecían bastante. A Carmen hacía mucho tiempo ya que no la

comparaba con ninguna otra mujer que me atraía, pues sabía de antemano el resultado. Elena la había suplantado de manera definitiva.

—¿Es que no has tenido bastante con Elena, H. H.? —me dijo Alberto una vez que nos interrumpió cuando ya estaba empezando a tontear con ella—. Hay que joderse. Todavía estamos tratando de resolver ese asunto y tú quieres volver a jugártela. Cualquiera que se enrolle con un aspirante a presidente felizmente casado tiene una baza para chantajearte de por vida. Cuando dejes el cargo y te dediques a dar conferencias, podrás tirarte a las que quieras.

—Pues menuda mierda —contesté indignado—. Si llego a saber que este era el precio, me habría quedado de asesor como vosotros, viviendo la vida.

Alberto me miró con una mezcla de reproche e indulgencia.

—Tienes que entenderlo y controlarte. Ahora la prioridad es llegar a la Moncloa.

No le repliqué porque sabía que tenía razón, aunque eso no me sirviera de consuelo. En lo que tenía que centrarme ahora era en seducir a los electores, y, con ese objetivo en la cabeza, aparté mis pensamientos lascivos de Claudia para poner atención a su cuestión.

—Señor Hurtado —dijo Claudia tras humedecerse los labios con la lengua—. ¿Cómo definiría su relación con el señor Del Río?

Una pregunta incisiva a la vez que sutil, que no pretendía acorralarme sino, más bien, darme una salida. Claudia sabía que tenía muchas opciones de que le concediera una de mis primeras entrevistas tras ser proclamado presidente y no quería meter la pata.

—Conozco al señor Del Río desde hace más de veinte años y nuestra relación siempre ha sido la misma. Nos tenemos aprecio mutuo, pero jamás hemos mezclado lo personal con lo profesional. Siempre hemos mantenido un trato cordial y respetuoso y cuando hemos tenido algún tema que tratar, sobre todo en mi etapa como concejal, lo hemos hecho siguiendo con pulcritud los cauces institucionales. Como empresario ha tenido una trayectoria de éxito, y eso lo valoro, pero si ha cometido alguna irregularidad, algo que en este momento nadie puede asegurar, tengan claro que tendrá que responder ante la justicia.

Sonreí a Claudia y al resto de sus compañeros y me despedí:

—Si necesitáis algo más, tenéis a Ramírez y a todo mi equipo a vuestra disposición. Venga, ánimo, que ya queda menos para que acabe la campaña.

Había que quedar bien con esa pandilla de buitres para tratar de que no me despellejaran vivo en sus crónicas. Si quieres que los periodistas hablen bien de ti, tienes que hacerles creer que son importantes, que te interesa lo que hacen. No hay mejor receta con la prensa que esa. Si los ignoras o desprecias, puedes darte por muerto el día que vengan mal dadas.

—Has vuelto a salir por la puerta grande —me dijo Ramírez ya en el coche—. Si Del Río no hace nada raro, este asunto queda zanjado con tus declaraciones.

—Acabo de hablar con él —señaló Alberto—. Me ha agradecido la llamada y parece que está tranquilo. Por supuesto, me ha recordado que sigue teniendo pruebas que nos implican y puede jodernos cuando quiera, pero de momento no va a cantar y espera que le quitemos este marrón de encima desde la Moncloa.

Mientras pensaba en Elena, recostado sobre la ventanilla del coche, sentí una terrible zozobra al recordar las fotografías y ese fatídico encuentro con Carmen en la fiesta. En ese momento, hubiera dado cualquier cosa por saber de qué habían hablado mi mujer y mi amante cuando se escabulleron para ir juntas al reservado. ¿Le habría contado lo nuestro? ¿Carmen se lo habría dicho a Paloma y por eso había estado llamándome insistentemente? ¿Tendría alguna relación todo aquello con la enigmática llamada de Alejandro? ¿Saltaría todo por los aires justo antes de cruzar la línea de meta?

Las preguntas se sucedían y me atormentaban mientras circulábamos a gran velocidad por la llanura extremeña. Después de un mitin para el olvido en la plaza mayor de Plasencia, Mérida era nuestra siguiente parada. Los actos se sucedían, y yo me sentía como una especie de Sísifo contemporáneo que, cada vez que lograba subir la roca hasta la cima de la montaña, tenía que volver al punto de partida. Al inicio de cada acto, tenía que contar hasta tres para evitar confundirme y dedicar la arenga a los lugareños del pueblo de al lado. De ninguna manera podía sucederme como a Rosa Peláez, quien, en el momento de subir al estrado en un mitin en Almería, había respondido a los vítores iniciales del público con un «Gracias, Murcia». «Almería, Almería», comenzaron a gritar al unísono los asistentes, ante la mirada incrédula de la candidata, que no era consciente de haber sido ella la causante de aquella manifestación coral de cabreo. Ese tipo de despistes podían costarte un buen puñado de votos.

El coche se detuvo delante de la carpa, donde decenas de militantes estaban esperándonos deseosos de compartir un rato con

su líder.

Si los seres humanos somos animales gregarios, los militantes políticos parecen una especie aparte, más cercana a las ovejas que a los homínidos. El culto al líder se convierte en la razón de su existencia. Para esta subespecie, un apretón de manos, una palmada cómplice o una breve conversación resultan más placenteros que un orgasmo.

Cualquier político que haya conseguido llegar a un cargo público o simplemente a convertirse en asesor es, para ellos, como una estrella del rock. Son capaces de tatuarse su cara en la espalda. No me cabe duda de que más de uno puede haberlo hecho. Eso sí, el día que se cae en desgracia, cuando el partido te repudia, se convierten en tus más furibundos detractores. Piensan que esa es la manera de demostrar que siguen siendo fieles a la organización, o, para ser más precisos, a los cabecillas que están al mando.

Nada más bajar del coche, una turba de militantes que degustaban bebidas y canapés en la zona exterior de la carpa se abalanzó hacia nuestra comitiva. Ortega ordenó al resto de los escoltas que se situaran a mi alrededor, formando un cordón de seguridad que solo permitía el acceso a quien yo indicara expresamente.

La primera en acercarse fue una mujer de cuarenta y pocos años, con el pelo teñido de rubio, exceso de maquillaje y un sobrepeso que se hacía más evidente porque llevaba dos tallas menos de ropa. Era la típica choni de discoteca retirada que de joven tenía su público, pero los años de excesos y de grasas saturadas la habían transformado en un muñeco de Michelín con tacones y peluca. Se presentó como la responsable de la agrupación local de mi partido.

Se había ocupado de preparar el acto siguiendo las indicaciones de mi equipo de campaña. Una vez más, no retuve el nombre. Tampoco es que hiciese falta porque, al fin y al cabo, todos esos hombres y mujeres, meritorios y trepas, jóvenes y veteranos, son intercambiables.

De su etapa discotequera, conservaba esa habilidad que tienen los relaciones públicas para caer bien y convencer a los potenciales clientes de que su garito es el mejor. Con gran agilidad, nos hizo una ronda por el interior de la carpa, presentándonos a los cargos más relevantes del partido que habían acudido al aperitivo. Al resto, los saludaba a distancia, guiñando un ojo o levantando la mano, siempre bien pegada a mí para demostrarles que era ella quien partía el bacalao. Nunca antes habíamos coincidido ni nos conocíamos de nada, pero se afanaba en transmitir con su gestualidad una complicidad conmigo y con el resto de mi equipo que provocaba la envidia y admiración de militantes y curiosos allí presentes.

Cuando concluyó la *tournée*, nos sentamos en una mesa situada en el centro repleta de bebidas y bandejas de canapés, además de varios micrófonos de mano colocados sobre trípodes para evitar que algún líquido derramado por error acabara empapándolos.

La organizadora emitió un silbido con los dedos que silenció de golpe la sala y dio paso a otro colega del partido en la ciudad, al parecer con más rango que ella. Era un jubilado al que daba la impresión de manejar a su antojo y que estaba ya de salida. El hombre, enjuto y mal afeitado, se levantó con cierta dificultad, saludó a los asistentes y se deshizo en unos sonrojantes elogios hacia mí y hacia todos mis acompañantes, poniendo de manifiesto

que el gregarismo militante se mantenía incluso cuando ya no se tenían aspiraciones.

Mientras atendíamos con forzado interés aquella soporífera intervención, oímos un murmullo en el exterior. Los asistentes dirigieron sus miradas hacia el lugar del que procedía el ruido, casi agradeciendo la distracción que les sacaba del aburrimiento. Alberto fue a averiguar qué estaba ocurriendo y volvió enseguida.

—Son un grupo de manifestantes que protestan por los desahucios. Están pidiendo a todos los candidatos que se comprometan a aprobar una ley antidesahucios que impida echar a alguien por impago.

—Entendido —contesté—. ¿Nos conviene hablar con ellos o decimos a Ortega que se ocupe?

—Vienen a montar bronca —me susurró al oído—. Están deseando que los saquen a empujones de aquí, y si alguno se va con una brecha, mejor todavía. Además, la prensa les está cogiendo declaraciones, así que ya han conseguido el casito que venían buscando.

—Vale. Entonces vamos a ver qué quieren —dije levantándome de la silla mientras hacía un gesto al interviniente indicándole que podría continuar a mi vuelta.

En cuanto advirtieron que me dirigía hacia ellos, el nutrido grupo de activistas se arremolinó en torno al líder de la protesta. Era un tipo bajito y corpulento, de piel morena y edad indeterminada, con el pelo canoso mal recogido en una coleta. Vestía vaqueros, camisa de cuadros y un chaleco de explorador repleto de pegatinas reivindicativas.

Estaba situado delante de la pancarta y en la mano derecha llevaba un megáfono, que es el elemento que mejor identifica a un líder activista. Aquel sujeto, a quien los demás llamaban Yogu, a saber por qué, se dirigió hacia mí con una voz grave y una mirada llena de rencor.

—Humberto, tú y tu partido sois cómplices de los especuladores. Estáis consintiendo que un montón de familias tengan que vivir en la calle. Familias que no pueden pagar el alquiler o la hipoteca, pero que tienen derecho a vivir en una casa, porque así lo dice la Constitución. Sois los mayordomos de los poderosos.

Tras decir esto, miró fugazmente hacia atrás, dando a entender que el *speech* había terminado, y recibió una sonora ovación de su tribu. «Muy bien», «Así se habla», «Gobierne quien gobierne, los derechos se defienden» fueron algunos de los mensajes que acompañaron a los aplausos.

Cuando se calmaron, tomé aire y alcé la voz para que me escucharan todos.

—Amigos, amigas, si he salido a escucharos es porque me interesan vuestras reivindicaciones. Os recuerdo que yo no gobierno, por lo que son otros quienes pueden tomar las medidas que estáis reclamando. Pero habéis hecho bien en venir aquí, porque si el domingo soy elegido presidente, lo primero que haré será atender los problemas de la gente que peor lo está pasando y el de los desahucios es uno de los más urgentes. Sabéis que es un asunto complejo y no tiene una solución inmediata ni sencilla, pero me comprometo con vosotros a actualizar la legislación para proteger mejor el derecho a la vivienda.

Lejos de agradecer mis palabras y rebajar el tono, el cabecilla se acercó nuevamente el megáfono a la boca y vociferó, a dos palmos de mi cara, que ellos no habían ido a pedir limosna, sino a exigir un compromiso firmado con la propuesta de ley que su movimiento social ya había redactado. Si no suscribía el texto íntegro, sin conocerlo siquiera, seguiría considerándome un cómplice y no tenía nada más que hablar conmigo.

El desplante de aquel tipo, para quien los desahucios no eran más que una excusa con la que enmascarar la envidia y frustración que sentía por no haber conseguido hacer carrera política, me produjo un enorme deseo de llamar a los antidisturbios y disolver la protesta por la fuerza.

Aun así, me contuve. En parte porque Alberto me puso una mano en el hombro, advirtiéndome de que aquello que estaba pensando no era buena idea, y en parte porque antes de que pudiera reaccionar, de entre la multitud de curiosos que se habían acercado a observar la escena, irrumpió una cara familiar. Feliciano, nuestro líder vecinal a sueldo.

Pese a que hacía casi diez años que no nos veíamos, su aspecto apenas había cambiado. Solo el color de su pelo, que ahora lucía casi completamente blanco, aunque sin signos visibles de alopecia. Por lo demás, era el mismo de siempre. Vestía su habitual jersey ceñido con coderas, pantalones de pana y botas de montaña. Con su actitud e indumentaria pretendía manifestar que seguía siendo una persona sencilla. Al menos de fachada, porque después de más de veinte años de cargo público, había montado un par de estancos en su barrio que tenían una notable afluencia. Pero él se esforzaba en evitar que su apariencia se correspondiera con su patrimonio para

preservar esa imagen de activista vitalicio que tantos beneficios le había granjeado. Y es que en su juventud había participado en diversos movimientos vinculados a todo tipo de causas hasta que el partido lo cooptó para exhibirlo como trofeo popular.

«Mirad, votantes, vecinos, gente humilde, somos como vosotros. Cualquiera de vosotros puede llegar a diputado», era el mensaje que Feliciano llevaba escrito en la frente. A cambio de prestar su figura a la causa, se garantizaba una buena recompensa en forma de sueldo público, atención mediática y reconocimiento de sus correligionarios; las tres razones que, por este orden, le habían llevado a entrar en política. Ganaba el partido y ganaba él, así que todos contentos.

Después de darme un abrazo muy efusivo, fue al encuentro de los activistas. Su aparición cambió la correlación de fuerzas, ese término que tanto gusta a los que se autodenominan representantes del pueblo, porque automáticamente estos rebajaron el tono. Su aspecto les impedía tratarlo como trataban a los políticos al uso.

Lo primero que hizo Feliciano fue dirigirse al del megáfono para estrecharle la mano y pedirle prestado el amplificador de voz. El tal Yogu correspondió el saludo, consciente de que no podía darle un desplante como el mío, y, aunque de primeras le costó soltar el preciado objeto, acabó por cedérselo. Mi compañero de partido lo agarró y, de inmediato, se arrancó con un discurso en ese tono mitinero al que los activistas universitarios no pudieron resistirse.

—Companniероh y companniерah —comenzó, enfatizando las eñes y aspirando las eses para forzar un acento campechano—, yo también soy activista como vosotros y comparto vuestra lucha. Aunque he ocupado cargos políticos, siempre he estado, y sigo estando, de ese lado de la pancarta. Yo me crie en un barrio muy

parecido a este, cuando las calles no estaban ni asfaltadas. Y he peleado para que pusieran la línea de autobús, el centro de salud y la biblioteca. Y más de una vez he tenido que encerrarme en la Delegación del Gobierno para exigir que tomaran medidas contra la delincuencia en el barrio. Creo en la lucha vecinal y desconfío de los partidos tanto como vosotros, pero, como activista que soy, también os voy a decir una cosa. Creo en las personas. Y creo en Humberto, aunque ya no sea de mi partido. Porque lo conozco desde hace muchos años y me consta que está muy preocupado por el problema de los desahucios y va a actuar en consecuencia. Pero tenemos que darle algo tiempo, compañeros. No ha terminado la campaña y ya le estamos pidiendo que haga cosas que todavía no puede hacer. Eso no es justo. Y nosotros siempre tenemos que estar del lado de la justicia. Yo soy un hombre humilde, de barrio, igual que vosotros, y si tengo que criticar a alguien, lo critico. Me da igual del partido que sea. Si Humberto traiciona mi confianza, seré el primero en manifestarme con vosotros. Pero antes de hacerlo, démosle la oportunidad de demostrar que estábamos equivocados con él.

Sin apenas darle tiempo a terminar la última frase, los militantes de mi partido rompieron en un atronador aplauso e, incluso, algunos de los activistas hicieron un discreto ademán de juntar las palmas, aunque la mirada inquisitorial de su líder los detuvo. Pero ya daba igual. Feliciano había mandado a la lona a su oponente y se había llevado la victoria. Algunos manifestantes se acercaron a saludarlo y, después de las felicitaciones y parabienes de rigor, él les invitó a entrar a la carpa para continuar la charla a resguardo del sol, que ya apretaba severamente, rodeados de bebidas y canapés.

Viendo el panorama, la mayoría de sus compañeros se marcharon. No se atrevían a compartir mesa y mantel con los «representantes del sistema», pero eran conscientes de que ya no tenía sentido seguir con el numerito, así que recogieron sus cosas, pancarta incluida, y dieron por concluida la protesta.

Yogu, sin embargo, no se movió del lugar que ocupaba. Su cara era una mezcla de frustración y rabia. Aunque había recuperado el megáfono, ya no era líder de nada. Solo un patético personaje que no había encontrado otro sentido a su vida que el de guiar a las ovejas hacia los lobos. Alguien que lo hubiera dado todo por estar en el lugar de Feliciano, quien podía seguir diciendo sus majaderías mientras recibía una suculenta nómina sin que nadie le reprochara nada, porque lo hacía todo «por el pueblo llano». Pero el duelo entre ambos, que acabábamos de presenciar, había puesto a las claras por qué cada uno estaba donde estaba.

Con la satisfacción de contemplar aquella estampa, le dediqué una mirada irónica, que le agrió todavía más el gesto, y volví dentro.

El acto fue un completo éxito, y las crónicas de los digitales, que Ramírez iba leyéndonos en el coche mientras volvíamos al hotel, recogieron «la cercanía del candidato Hurtado, quien lejos de huir de la protesta, decidió acercarse a los activistas para escuchar sus reivindicaciones y comprometerse con ellos a incluirlas en su programa de gobierno si resulta elegido presidente. Además, la aparición por sorpresa de un antiguo compañero de su etapa de concejal conmovió a los manifestantes asistentes y convenció a algunos de ellos, que participaron activamente en el evento».

Igual que los toros mansos guían a los bravos al matadero que les espera en la plaza, los activistas cooptados resultan fundamentales

para canalizar las protestas y conseguir que formen parte del sistema. Es una especie de trampantojo en el que cada cual sabe lo que hay detrás, pero todos actúan como si no lo supieran.

Sumido en esos pensamientos, unas suaves sacudidas en el hombro de Alberto me devolvieron a la realidad.

—H. H., ve espabilándote, que estamos llegando al hotel. Te va a venir bien un poco de descanso —dijo, tratando de despertarme.

Me costaba dar la razón a Alberto, pero tenía que admitir que necesitaba reposar unas horas porque mi cuerpo empezaba a manifestar síntomas inequívocos de agotamiento. Había que evitar por todos los medios la imagen de candidato agotado. Nadie vota a los que se cansan. Los días se hacían interminables. Todo parecía ir viento en popa, pero a esas alturas cada incidente se convertía en un auténtico tormento, cuando no en una amenaza. Las fotografías con Elena, la propia Elena, el encuentro entre ella y Carmen, la enigmática llamada de Alejandro y las tres perdidas de Paloma… No podía más. Me sentía a merced de un asesino invisible que podía aniquilarme en cualquier momento.

Miré el móvil. Cientos de mensajes pendientes y alguna llamada extemporánea. Lo habitual en esos días, donde muchos se esmeraban en darme consejos de última hora o, lo que era lo mismo, recordarme que seguían allí, cuando el momento de repartir cargos se acercaba.

También Elena había vuelto con los mensajes. Leí el último deslizando la pestaña de lectura rápida para evitar que supiera que lo había abierto. De pronto, sentí una palpitación feroz en las sienes, una taladradora que perforaba mi frente. «No contestas mis llamadas, pero no tengo más remedio que hablar contigo. Te estoy

esperando en el hotel. No te vas a librar de mí». Di la vuelta al móvil, imaginando por un momento que aquel mensaje no existía, que había sido fruto de mi imaginación, pero al mirar de nuevo la pantalla seguía allí.

—Jefe, ya hemos llegado. Tenemos que bajar —dijo Ramírez con un tono de alivio, ajeno a la tormenta que se avecinaba.

16

Al entrar en el hotel que el equipo de campaña había reservado para hacer noche en Mérida, vimos a Elena en la cafetería, masticando con fruición la aceituna del que, por las copas vacías que había sobre su mesa, no era su primer Martini. Como era de esperar, varios curiosos advirtieron mi presencia y comenzaron a cuchichear entre ellos.

Elena se levantó de golpe en cuanto me vio y se dirigió hacia mí como una flecha. El camarero advirtió que se marchaba sin pagar y fue tras ella, pero Pedro lo interceptó y lo acompañó de vuelta a la sala para ocuparse de la cuenta.

—Llevo intentando hablar contigo desde que nos vimos en la fiesta y no contestas a mis mensajes ni me coges las llamadas —me reprochó sin un previo saludo de cortesía—. Y si me atiende alguien de tu equipo, solo saben ponerme excusas. Que si acabas de entrar en un debate, que si ahora un mitin, que si estás descansando entre un acto y otro. Pero ¡quién te has creído que soy! Seguro que con tu mujer hablas a diario. Pues esto se acabó, Humberto. Llevas meses diciéndome que vas a dejar a Carmen y oficializar nuestra relación, pero la otra noche me di cuenta de que todo es mentira. No vas a dejar a Carmen. Para ti, solo soy un pañuelo que utilizas para

desahogarte… Pues ya estoy harta. Voy a contar a todo el mundo lo que has estado haciendo conmigo desde que nos conocimos.

—Elena, por favor, tranquilízate —le supliqué mientras la apartaba hacia un lugar resguardado de las miradas de clientes y curiosos—. ¿Por qué no subimos a la habitación y hablamos allí?

—No, H. H. No me vas a volver a engañar. O me demuestras que esto va en serio y estás dispuesto a dejar a tu mujer, o esta será la última vez que nos veamos. Lo próximo que sabrás de mí será a través de los periódicos.

—Pero ¿te estás escuchando? ¿Cómo pretendes que haga eso? —respondí indignado.

—Muy fácil. Le llamas y se lo dices. Demuestra que no eres un cobarde.

—Claro —respondí en un tono que solo ella podía escuchar—, y mañana en todos los informativos: el candidato Hurtado confiesa a su mujer que le es infiel y la abandona para irse con su amante, veinte años más joven que él. Si hago eso, ¡olvídate de la Moncloa!

—Eso es lo único que te importa: la Moncloa, el poder… Los demás somos material fungible. ¿Pues sabes qué te digo?, que a mí me importa una mierda la Moncloa, el poder, el partido, los coches oficiales y todas esas cosas que tanto te gustan. ¡Quédate con ellas y déjame en paz!

Se giró y enfiló el vestíbulo de salida. Pedro, que nos miraba a cierta distancia, fue tras ella y después de unos minutos en los que estuvo escuchando con una estoicidad admirable su lista de agravios, consiguió que volviera.

—H. H. —me dijo circunspecto al acercarse junto con ella—. Elena está dispuesta a subir contigo si haces un gesto, algo que le sirva de

garantía de que vas a cumplir lo que le has prometido. Evidentemente no tienes que dejar a Carmen por teléfono. Eso sería malo para todos. Se conforma con que le digas que tienes que hablar con ella de este asunto con urgencia. Envíale un mensaje y dile que hablaréis cuando volvamos a Madrid.

Pedro y yo teníamos muy ensayada esta maniobra de escape. Cuando me guiñó el ojo después de sugerirme que escribiera a Carmen, comprendí enseguida su plan. Era mi señor Lobo particular. Siempre que estaba en un apuro, podía contar con él. El mensaje lo recibiría el propio Pedro en su teléfono, ese número que yo guardaba como «Carmen personal» y que era una vía de escape para cuando se presentaba una situación embarazosa, alegando una llamada urgente de mi mujer.

Seguro que estuvo descojonándose para sus adentros cuando leyó las conmovedoras palabras que le mandé: «Hola, Carmen, ¿qué tal todo? La campaña está siendo muy intensa y casi no tengo un minuto libre, pero cuando regrese a casa tenemos que hablar. Es un tema delicado que debería haberte contado hace tiempo. Te ruego discreción y tranquilidad hasta que nos veamos en persona. Solo puedo decirte que lo siento».

Elena se acercó y leyó el mensaje. Parecía que la treta había surtido efecto. Ya mucho más tranquila, subió conmigo a la habitación y, sin apenas cruzar palabra, nos fuimos directamente a la cama. Habían sido muchos días de tensión acumulada que necesitaba liberar. Ella, que ahora creía haberse salido con la suya, se entregó como las primeras veces que nos veíamos a escondidas.

Con aquellas reflexiones dando vueltas en mi cabeza, miré a Elena. Dormía profundamente. Su cara transmitía esa sensación de

reposo que sucede al sexo satisfactorio. Sentí envidia porque yo era incapaz de dormir. Y tampoco quería despertarla encendiendo la televisión o mirando el móvil, así que salí a la terraza.

Aunque el día había sido muy caluroso, empezaba a correr una ligera brisa que, con la retirada del sol, que ya se escondía en el horizonte, generaban una sensación térmica casi perfecta. Abrí una cerveza y me recosté en una de las confortables hamacas con las que el hotel había equipado todas las habitaciones de nuestra comitiva. Allí tumbado tenía una vista privilegiada de la dehesa. Era el primer momento de cierto relax que tenía desde que diera comienzo la campaña y no quería que terminase nunca.

Giré la cabeza para comprobar, a través de la mampara corredera de vidrio que separaba el interior del exterior, que Elena seguí dormida. Me detuve por un momento en su cuerpo desnudo, que había recorrido con el mío muchas veces. Probablemente, aquella iba a ser la última vez que la viera así, tan presente y a la vez tan ausente. Ella tenía razón. Yo no iba a dejar a Carmen y ella no se conformaba con seguir en la clandestinidad, así que lo nuestro se había terminado. Sentí un estremecimiento parecido a la pena, una sensación amarga de final de etapa.

Entonces, al fondo del pasillo del hotel, oí un sonido semejante al de un timbre desafinado que me recordó a un episodio de cuando nuestra relación clandestina no había hecho más que empezar.

Aquella noche en Madrid también sonó el timbre de mi apartamento. Mientras mi mujer y mis hijas disfrutaban de una escapada a nuestra ciudad de origen, deleitándose de la vida plácida de familia bajo el amparo protector de mi suegro, yo consumía mis primeros días de presidente del partido en Madrid. En aquel tiempo

pasaba buena parte del día en un apartamento de Chamberí con vistas a una iglesia enladrillada que había alquilado a modo de oficina provisional porque el despacho de casa se me había quedado pequeño.

Me levanté con precaución, porque después de dos horas de gimnasio apenas podía moverme. Abrí la puerta y allí estaba Elena. «¿Puedo entrar? Espero no haberte molestado. He tenido un mal día y pasaba por aquí. Me he preguntado si estarías despierto y veo que sí». Imaginé que, ya para entonces, Elena se había ganado el beneplácito de Ortega, quien tenía instrucciones precisas de no permitir que nadie accediese a la vivienda. Tenía un gran don de gentes para llevarse a todo el mundo de calle y ejercía esa habilidad a discreción.

Sin darme tiempo de responder, me apartó con suavidad el brazo que apoyaba en el quicio de la puerta y entró al comedor, tan exiguo como el despacho de un diputado raso del Congreso. Se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla, antes de dejarse caer sobre el sofá, que había tomado la forma de mi cuerpo. Elena comenzó a recorrer con su mirada inquieta toda la estancia, sin perder un solo detalle. Los libros, los CD de música, los muebles y, por supuesto, las fotografías.

«¿Son tus hijas? —preguntó mientras se retrepaba en el sofá, desalojando sus pies de los zapatos. Me miró y dijo—: Son muy guapas, la verdad. Imagino que te sentirás muy orgulloso de ellas. Yo tuve un novio que quería tener hijos a mansalva y le dije que no contase conmigo. Y lo dejamos. Cada uno tenía horizontes diferentes y es importante identificarlos desde el primer momento porque, si no, después es demasiado tarde. Un atolladero para toda la vida. Y a

vivir de las apariencias, de las convenciones y de las necesidades compartidas. ¿No crees? Por cierto, tienes muy pocos libros. Las estanterías están casi vacías».

No me atreví a confesarle que la lectura no era una de mis aficiones y que, si alguna vez me perdía, donde seguro que no me encontrarían era en una librería. Me sentí avergonzado al pensar que a Elena le podía parecer que mi falta de biblioteca era una señal inequívoca de mis escasos estudios y de mi ignorancia. Activé mis reflejos y se me ocurrió una explicación convincente con la que justificar aquella carencia.

«Tengo todos los libros en casa. Aquí solo he traído los que estoy leyendo o los que consulto con frecuencia. Así no los acumulo en este apartamento», mentí con descaro. Acerté en la respuesta, porque acto seguido Elena se relajó y comenzó a hablar de sus aficiones literarias y del club de lectura al que asistía los miércoles por la noche. Yo escuchaba y callaba, para no poner de manifiesto mi proverbial desconocimiento literario. Tenía la sensación de que cualquier descuido podía desnudarme ante aquella mujer como un cretino iletrado que pretendía vivir de la política.

«¿Puedo preguntarte cómo te sientes? Solo si quieres contármelo…», interrumpí en el momento en el que empezaba a hablar de la narrativa de Paul Auster. Elena se frotó las manos como un cachorro y fijó sus ojos en los míos, a medio metro de distancia de un sofá que parecía un piano sin teclas. Pensé que era el momento idóneo para concluir su alegato artístico y llevar la conversación a un lugar más confortable.

«Pues no estoy pasando un buen momento, Humberto. Me he peleado con mis padres y acabo de cortar con mi novio. No ha sido

fácil. Digamos que he puesto fin a una relación de más de dos años. El muy cabrón me había sido infiel muchas veces. —Su tono de voz no era el de una mujer agraviada, sino más bien el de una testigo de cargo en un juicio de divorcio—. Tenía que pasar. Era un verdadero capullo. Todos me decían que no me convenía, pero me negaba a aceptarlo».

Tardé en contestar porque no sabía qué decir. Por un lado, tuve un arrebato incontenible de celos, por mucho que el anuncio fuese de ruptura. Por otro lado, no dejaba de ser una paradoja que Elena recriminase infidelidades a su pareja cuando ella misma le había sido infiel conmigo. Pero no valía la pena perder ya el tiempo en eso. Su estado de vulnerabilidad era mi oportunidad y no podía desaprovecharla.

La tomé de la mano con suavidad, como quien da el pésame en un velatorio, y ella tendió su cabeza sobre mi hombro como un animalillo desvalido. Me empezó a hervir la sangre y, entre la ingenuidad y la osadía, le estampé un beso en la frente, de esos que hacen dudar de si quien los da es un padre o un amante.

Elena se giró despacio hacia mí, mirándome a los ojos, y sus labios comenzaron a recorrerme el rostro hasta acabar en mi boca. Todos los instintos se excitaron a la vez y, entre la ternura y el sexo voraz, la noche se fue consumiendo en el sofá. De vez en cuando, al abrir los ojos, veía la fotografía de Carmen con mis hijas, las tres sonriendo con un calmado mar Mediterráneo al fondo.

Como no era capaz de soportar sus miradas, aproveché que Elena se había dormido para levantarme y guardar todas las fotografías en un cajón del único mueble que había en el salón. Después volví a

tenderme junto a ella, la cubrí con una manta de cuadros tomada a préstamo de una compañía aérea y me dormí.

Disfruté de aquellas semanas con ella en Madrid como nunca lo había hecho, liberado de cargas familiares. Parecíamos una pareja en toda regla, pero una pareja furtiva. Paseábamos juntos, íbamos a cenar, al cine, compartíamos sofá y, por supuesto, gozábamos del sexo sin límites y sin remordimientos, que habían quedado escondidos en el cajón de las fotografías. Aunque tratamos de ser discretos, siempre sospeché que alguien inconveniente pudiera conocer nuestra relación y estuviera reservando esa información para utilizarla contra mí en el momento más inoportuno. Aun así, recuperar la juventud y la pasión con Elena resultaba demasiado tentador; me negaba a renunciar a todo ello por una amenaza difusa que entonces creía que solo estaba en mi cabeza.

Ahora, cuando aquella amenaza se tornaba real, adoptando la forma de esas fotografías que llegaban a mi móvil, era consciente de que debía haberme guardado mejor las espaldas. Pero ya no podía rectificar mis errores del pasado, solo tratar de ocultarlos para que no comprometieran mi futuro.

Se estaba haciendo de día. El alba anunciaba que el sol estaba a punto de hacer acto de presencia. Entré en la habitación, me vestí y besé a Elena de nuevo en la frente, como aquella noche en mi apartamento, mitad padre y mitad amante. Ella dormía plácidamente, igual que entonces. Salí de la habitación y cerré la puerta con extrema suavidad para evitar que se despertara. En aquel momento, estaba convencido de que esa sería la última vez que nos veríamos. Me equivocaba.

Jueves

Tres días antes de las elecciones

17

Antes de volver a Madrid para preparar el que iba a ser el último debate de campaña entre los candidatos a la presidencia, mi equipo había colocado a mediodía un acto de presentación de nuestro cabeza de lista en Toledo, Jenaro Gómez. Así que nos pusimos en marcha muy temprano, dejando atrás un problema pendiente para el que creía haber conseguido una tregua. Estaba convencido de que el truco del mensaje serviría para tranquilizar a Elena, al menos hasta el domingo, sin sospechar entonces que volvería a tener noticias suyas mucho antes de lo previsto.

La elección de ese emplazamiento, en lugar de cualquier otro, se debía a que era la provincia que mejor encajaba en nuestra ruta, aunque a mí ni el lugar ni el candidato me generaban el menor entusiasmo. De hecho, y visto el resultado a posteriori, de habernos ahorrado aquella parada, nos hubiéramos evitado un dolor de cabeza importante.

Pero una campaña electoral consiste, en lo esencial, en ocupar el mayor tiempo posible en todos los medios de difusión existentes y, para que estos te mencionen, tienes que darles algo, hacer alguna cosa por nimia e improductiva que sea. Vale cualquier actividad que sirva de excusa para hablar de un tema concreto y aprovechar esa intervención para colocar tu mensaje.

Como era habitual, Ramírez repasaba conmigo el discurso que me habían preparado para el acto de Toledo, buscando mi aprobación. «Desde aquí, quiero resaltar la labor de quienes se ocupan de la preservación de las colmenas tradicionales. Es el momento de lanzar un mensaje de apoyo y esperanza a los apicultores y, por extensión, a todo el sector productivo primario: contáis con mi favor y el de mi partido y, si la ciudadanía nos da su respaldo en las urnas, veréis cómo vuestras reivindicaciones son atendidas. Bonificaciones, rebajas fiscales, incentivos al consumo de proximidad… La apicultura es un pilar fundamental de nuestra economía, y vamos a poner todo nuestro empeño en cuidarla, protegerla y…».

—Pero ¿no es un refugio de perros lo que vamos a visitar? —pregunté extrañado.

—Sí —contestó—, eso estaba pensando. Han debido pasarme el borrador que han utilizado de plantilla. Pero es casi lo mismo. Si sustituimos abejas por perros, vale igual.

Lo miré con desaprobación, manifestando sin palabras la indignación que me producían estos errores, pero reconocí para mis adentros que tenía razón. Ese formato servía para cualquier cosa.

Esta vez, nos tocaba visitar un centro de rescate y recuperación de animales abandonados que, gracias a la mediación de nuestro candidato, o al menos así se lo había vendido él al equipo de campaña, había recibido una subvención para ampliar y mejorar las instalaciones. Nos dijo que no podíamos irnos de la ciudad sin conocerlo y que, de paso, aprovecháramos esa tribuna para colocar un mensaje dirigido a los animalistas.

De primeras, ni Ramírez ni yo mismo lo veíamos claro, pero Alberto nos convenció diciéndonos que los animales tenían cada vez

más presencia en el debate público. «Tened en cuenta que ya hay más perros que niños, y la gente los trata como si fueran sus hijos. En unos años, el animalismo será lo que es hoy el ecologismo. Nadie puede decir que está en contra del ecologismo. Así que cojamos esa bandera cuanto antes, y más teniendo en cuenta que los demás partidos grandes, de momento, pasan del tema».

Todos compramos el argumento y dimos el visto bueno al acto, aun sabiendo que nuestro cabeza de lista en Toledo no era muy de fiar. Se trataba de un «histórico» del partido que se había quedado sin sitio en las listas por Madrid y al que habían encontrado acomodo en otra provincia cercana. Esto era bastante habitual, pues la mayoría de los que querían hacer carrera política se iban a Madrid en cuanto podían para, desde ahí, dar el salto al Congreso de los Diputados o a algún puesto importante del partido. Y una vez pisaban la capital, solo volvían a su circunscripción (la provincia por la que salían elegidos) para pasar las vacaciones o asistir a algún acto institucional. Y algunos ni eso.

La vida de partido es muy esclava. Tener que estar a todas horas mirando de reojo a los compañeros para que no se te cuelen en las listas exige una dedicación plena. Si a esto le añades las tareas del día a día, las reuniones, los actos, las manifestaciones, las llamadas interminables y, ahora encima, las redes sociales, no es exagerado decir que el político tiene una jornada ininterrumpida de veinticuatro horas los siete días de la semana. Por eso, cada vez que escuchaba a alguien criticar «lo mucho que cobrábamos para lo que hacíamos», me entraban ganas de soltarle un bofetón. «Tú no serías capaz de aguantar esto, capullo. Dos días aquí y estarías llorando por las esquinas».

Nuestro candidato no era más que un mediocre incapaz de liderar su comunidad de vecinos, pero con el olfato afinado para situarse casi siempre en el bando ganador. De hecho, en chascarrillos y conversaciones de café, era habitual oírle presumir de que cuando se celebraba un congreso para elegir una nueva dirección, él evitaba mojarse por cualquiera de los contendientes hasta que estuviera decidida la victoria, y entonces preguntaba: «Bueno, ¿y quiénes hemos ganado?». Era lo que en nuestra jerga se conocía como «un corcho», porque siempre flotaba.

Además, era el típico político al que le encantaba hacer cosas. Si visitaba una escuela de cocina, se ponía el gorro, el delantal y se afanaba en preparar un huevo poché, aunque no hubiera preparado uno frito en su vida. Si entraba en un centro de mayores, se ponía a manipular los artilugios que utilizan los ancianos para mejorar la movilidad y la atención. Y si lo que tocaba era visitar una explotación agrícola, allí que lo veías montado en un tractor, agarrado al volante tratando torpemente de moverlo y, de paso, poniendo en alerta a todos los que estaban presenciando la escena.

El día de nuestra visita, como no podía ser de otra forma, había preparado una de las suyas. Cuando llegamos al refugio, ya nos estaba esperando para recibirnos acompañado de casi todo el personal del centro, cada uno con el atuendo correspondiente a su categoría profesional, desde veterinarios hasta asistentes y personal de limpieza. Nuestro candidato nos presentó a los propietarios y, con una sonrisa de satisfacción que no le cabía en la cara, se puso al frente de la comitiva. También estaban presentes, como era habitual, los periodistas encargados de cubrir nuestra campaña.

En una primera impresión, nos sorprendió el mal estado del centro. El revoco de fachada del edificio principal presentaba numerosos desconchones que dejaban al descubierto el ladrillo rojo del muro interior. El terreno no estaba pavimentado, lo que provocó que nos llenásemos de polvo los zapatos en el recorrido desde la entrada hasta la puerta del edificio. Además, en una de las esquinas de la parcela se veía el esqueleto de lo que parecía un pabellón nuevo a medio construir, que, por el aspecto de los materiales, daba la impresión de llevar parado bastante tiempo.

Miré a Alberto con cierta incomodidad y le consulté, con una mueca, si abortábamos la visita. Él me respondió girando la cabeza hacia el grupo de periodistas, dándome a entender que no quedaba más remedio que seguir adelante. Tenía razón, así que me acerqué a Ramírez para decirle al oído que inspeccionase el lugar en busca de algún espacio que no pareciera en ruinas y colocara allí los micros para la rueda de prensa posterior a la visita.

—Y asegúrate de que no nos graben en estos pasillos, que parece que se nos van a caer encima —le advertí—. Solo fotos con los animales, canutazo en el sitio menos desastroso que encuentres y salimos de aquí cuanto antes, que no me gusta una mierda este lugar.

Fuimos a ver las dependencias donde se encontraban los animales que llegaban con necesidad de tratamiento veterinario y tuve que hacer esfuerzos para contener las arcadas que me provocaba el olor a orina, lejía y amoniaco.

Miré al artífice de aquella desastrosa visita, que caminaba unos pasos por detrás con la misma cara de satisfacción que tenía desde que salió a recibirnos en la entrada, y me dieron ganas de sacarlo de

las listas y mandarlo a su casa. Ese inútil, o bien no había hecho una comprobación previa para asegurarse de que el sitio era digno de recibir al próximo presidente del país, o, si lo había hecho y aun así había decidido seguir adelante, no se podía confiar en él ni para llevar los cafés al grupo parlamentario. «O hacemos una buena limpia de toda esta gente o vamos al desastre», pensaba en el momento que nos detuvimos frente al lugar donde estaban los perros que habían sufrido maltrato.

Habían aprovechado uno de los patios del edificio para meter unas jaulas en las que los perros más agresivos permanecían encerrados y salían solo cuando lo decidía su cuidador. Los demás, que llevaban más tiempo y se suponía que ya no atacaban al resto, podían moverse con libertad por el patio y disponían de un tejadillo en uno de los laterales para refugiarse del sol y de la lluvia. La mayoría de estos iban todavía con bozal, pero había uno al que se lo habían retirado. Un imponente dóberman negro, con la tripa, las patas y el morro de color café.

Uno de los cuidadores nos propuso entrar y acariciarlo para demostrar que su trabajo de recuperación había resultado exitoso. Yo no me fiaba mucho de aquel bicho con cara de malas pulgas, pero mientras dudaba entre dar un paso al frente o escurrir el bulto, Jenaro se me adelantó y dijo:

—Yo entro, que además me encantan los perros.

Pensé que iba a quedar como un cobarde si no entraba con ellos, de manera que, cuando el cuidador abrió la puerta, pasamos los tres junto con un escolta designado por Ortega. El resto de la comitiva, prensa incluida, se quedó fuera, observándonos con mucha atención, porque el propio cuidador nos indicó que, al tratarse de

animales que habían sufrido maltrato, la presencia de personas desconocidas podía alterar su conducta.

El dóberman se puso en guardia al ver que nos acercábamos y empezó a emitir un gruñido amenazante con la garganta. Su cuidador se colocó delante, extendiendo la mano derecha con la palma mirando hacia arriba, y el animal se relajó. Permitió que le acariciara la cabeza y que nosotros también nos acercásemos.

Jenaro lo miró todo ufano y, sin consultar al cuidador, hizo también el ademán de tocarlo. En ese instante, el perro se revolvió y clavó los dientes en su antebrazo, tirándolo al suelo del impacto y del susto. El cuidador intentó calmarlo sin éxito, haciendo un gesto al personal que se había quedado fuera para que entraran a ayudarlo. Los reporteros, atónitos, no se perdían un detalle de la escena. Tras unos instantes de parálisis, me acerqué al candidato para ayudar también a liberarlo y, en ese momento, el perro lo soltó y cayó al suelo entre convulsiones.

Mi escolta le había asestado una descarga eléctrica con una de las armas defensivas que portaba, alegando que «no podía permitir que se pusiera en riesgo la integridad del próximo presidente». Los cuidadores fueron a atender al animal, y nosotros nos dirigimos a la puerta ayudando al atacado, que tenía el brazo ensangrentado y caminaba con dificultad.

Los asistentes no daban crédito a lo que acababan de presenciar, y los periodistas se frotaban las manos con la noticia. Se olvidaron del canutazo posterior, que ya era lo de menos, y se pusieron a escribir a toda velocidad notas informativas en sus portátiles mientras apremiaban a los gráficos para que enviaran el vídeo a sus redacciones.

Miré a Alberto y a Ramírez, y los dos me devolvieron un gesto de incredulidad y estupor ante la tormenta que se avecinaba. «Menudo desastre. Pero ¿cómo nos hemos metido en este lío?», pensé.

La noticia corrió como la pólvora y, lo que es peor, el vídeo se hizo viral. En apenas unos minutos circulando por las redes alcanzó casi el millón de visitas. Todo el mundo se compadecía del pobre animal que convulsionaba en presencia del candidato a la presidencia del Gobierno por la descarga de uno de sus guardaespaldas. A Rosa Peláez no le pasó desapercibida la posibilidad de hacernos daño y convocó una rueda de prensa para hablar del tema. A nadie parecía importarle que el perro hubiera estado a punto de arrancarle el brazo a una persona de no haber sido por la rápida intervención de mi escolta.

Cuando dejamos a Jenaro en la ambulancia, nos fuimos de aquel lugar espantoso para buscar un sitio más tranquilo en el que pudiéramos reunirnos de urgencia. Teníamos una crisis imprevista encima de la mesa y era urgente frenar la hemorragia. Apenas faltaban tres días para las elecciones. Cuando solo habíamos recorrido unos pocos kilómetros por la autopista de camino a Madrid, encontramos uno de esos hostales de mala muerte tan frecuentes en las carreteras españolas. El sitio estaba casi vacío porque tenía un aspecto tan decadente que no invitaba a parar allí, pero nosotros no podíamos permitirnos perder un minuto más buscando un lugar más presentable.

El propietario, que estaba frotando la barra con una bayeta más sucia que la superficie que pretendía limpiar, se nos quedó mirando unos segundos hasta que me reconoció. Tuvo que dejar el paño y frotarse los ojos varias veces para convencerse de que era real lo

que estaba viendo. El favorito para convertirse en presidente del Gobierno y toda su comitiva estaban entrando en su local perdido de la mano de dios. No daba crédito. Cuando por fin consiguió reaccionar, se limpió las manos en el delantal y se acercó a saludarnos.

—B-bienvenidos. Es… Es un honor tenerles aquí… Díganme, ¿e-en qué puedo ayudarles?

—Buenos días —respondió Alberto—. Solo necesitamos un lugar discreto para hablar con tranquilidad y cafés con leche para todos excepto para el candidato, que lo toma solo.

—Puedo ofrecerles el salón de comidas, que ahora está cerrado porque solo lo abrimos en temporada alta.

—Eso es perfecto. Muchas gracias —zanjó Alberto.

Tras recibir el visto bueno de mi amigo, le pidió a la camarera, que permanecía detrás de la barra tan atónita como su jefe, que adecuara la estancia y nos acomodase allí. Cuando nos sirvieron los cafés y, por fin, nos dejaron solos, Ramírez tomó la palabra.

—Las redes están incendiadas. No se habla de otra cosa, y esa cosa no nos deja en buen lugar. Entre un político y un perro muerto, la gente lo tiene claro. Disney ha hecho mucho daño. La oposición lo está aprovechando para hacer sangre. Todos han condenado lo sucedido.

—Pero ¿han condenado qué? —interrumpió Alberto—. ¿Qué podía hacer H. H. en esa situación?

—Están criticando su imprudencia por haber entrado en ese lugar y la falta de empatía con el animal —respondió Ramírez.

—¿La falta de empatía con el animal? —insistió Alberto con un mosqueo creciente—. Pero ¡si ha estado a punto de dejar manco a

nuestro candidato!

—¡Eres tú quien decía que los perros son más importantes que los niños! —contestó Ramírez subiendo el tono—. No mates al mensajero. Yo solo os cuento lo que está pasando. Podemos indignarnos mucho o actuar. Yo hago lo que me digáis.

—Algo hay que hacer —dije para zanjar la discusión—. No podemos dejar que la bola siga creciendo sin una reacción por nuestra parte.

—Efectivamente —añadió Alberto—. Tenemos que actuar y hacerlo rápido. Nos interesa que esto pase cuanto antes. Ahora mismo le hemos dado a nuestros rivales una excusa para atacarnos.

—Bien. ¿Alguna idea? —pregunté.

—Las dos líneas que ha señalado Ramírez te afectan directamente, H. H. —dijo Alberto volviendo a tomar la palabra—. Por un lado, la imprudencia de entrar ahí. Nadie quiere a un imprudente al frente de su Gobierno. Y, por otro, la falta de empatía hacia los animales. A ojos de la gente, el atacado no es una persona, es un político, un desgraciado que se merece todo lo que le pase. Sin embargo, el perro es un pobre animal que encima ha sido maltratado y ha recibido un pepinazo que lo ha dejado frito. Cualquiera que tenga perro se va a identificar con el bicho.

—No estoy de acuerdo —interrumpió Ramírez, que no podía permitir que Alberto llevase la voz cantante—. Aquí la única imprudencia la han cometido los responsables del refugio y el imbécil ese que ha tenido la genial idea de tocar a un animal al que daba miedo solo acercarse.

—Tienes razón —le contestó Alberto—, pero no estamos aquí para decidir quiénes son los culpables de lo ocurrido, sino para quitarle de

encima cualquier responsabilidad al jefe. En este momento, todo lo demás me la suda.

Ramírez ya no le rebatió porque sabía que Alberto tenía razón, así que se limitó a asentir tímidamente, poniendo atención a lo que iba a proponernos:

—Volvemos al centro y te grabamos unas declaraciones rodeado de animales de los que no atacan. Dices que lamentas y condenas lo sucedido esta mañana y que vas a depurar responsabilidades. Tu escolta va a hacer un curso de sensibilización, y el que ha cometido la imprudencia de provocar el ataque de un animal peligroso sale de tu candidatura. Ha puesto en riesgo su seguridad y la del próximo presidente del Gobierno y eso lo incapacita para seguir contigo. Como no estamos a tiempo de sacarlo de las listas, Ramírez prepara una nota con sus declaraciones diciendo algo así como que «por la imprudencia cometida, que ha causado la muerte de un animal, pido perdón y renuncio voluntariamente a seguir formando parte de la candidatura de mi partido, comprometiéndome a no recoger el acta de diputado en caso de ser elegido». Con esto y un par de medios afines que muevan nuestro relato, asunto zanjado.

—Me parece perfecto —asentí—. Además, tengo muchas ganas de sacar a ese ceporro de las listas, pero ¿y si se niega a renunciar?

—Eso no va a suceder —contestó Alberto con aplomo—. Vosotros id al refugio y yo me voy al hospital a hablar con él. En cuanto os diga que está todo correcto, lanzamos el vídeo y la nota.

Seguimos el plan al pie de la letra y todo salió como habíamos previsto. Tras presentar las disculpas y la cabeza de turco, la prensa pasó a otro tema, y el vídeo quedó como algo anecdótico. Incluso recibimos la felicitación de varias asociaciones animalistas que

valoraban positivamente la asunción de responsabilidades, pero, sobre todo, la idea de someter al escolta a un curso de sensibilización hacia los animales.

Para rematar la faena, la jefa del partido animalista con mayor apoyo electoral pero sin aspiraciones reales a obtener representación parlamentaria, se puso en contacto conmigo para ofrecerme un acuerdo: ellos pedirían el voto a mi candidatura a cambio de firmar un compromiso para dar formación a todas las fuerzas y cuerpos de seguridad acerca de cómo actuar frente a la «violencia animal». La letra pequeña del acuerdo era que el contenido y el personal formativo lo ponían ellos, algo a lo que no me opuse. Me parecía un precio razonable por el casi medio millón de votos que tenían detrás.

Ya en el coche de vuelta a Madrid, llamé a Alberto.

—¿Qué tal se lo ha tomado Jenaro? —pregunté.

—Pues no muy bien. Al principio, se negaba en redondo porque decía que no quería convertirse en un apestado político, que todavía le faltaban unos años para jubilarse y nadie lo iba a contratar después de ser señalado —contestó Alberto con un tono malicioso.

—¿Y cómo has conseguido convencerlo? —pregunté con indisimulada curiosidad.

—Pues ya sabes, ofreciéndole una salida. La Fundación de Estudios Demoscópicos y Estadísticos. Le he dicho que mañana firmabas su nombramiento como presidente y que será efectivo a partir del domingo. —Soltó una risa ácida.

—Joder, Alberto, me lo podías haber consultado antes. Ese cargo es muy goloso. Tenía varios pretendientes que ahora se van a cabrear conmigo. El presidente gana más que yo cuando llegue a la Moncloa —le censuré con la boca pequeña.

—Si quieres, puedo ocuparme también de hablar con los agraviados, pero esto era un caso de vida o muerte. Cuando le he planteado renunciar al acta, de primeras se ha cerrado en banda. Me ha dicho que la recogía y que, si lo echábamos del grupo, se iba al Grupo Mixto, que con cuatro años más como diputado ya podía jubilarse en condiciones —intervino Alberto para poner fin a la cuestión.

—¡Qué capullo! Y, conociendo su trayectoria, sabemos que no iba de farol —confirmé.

—Por eso. He tenido que preparar sobre la marcha un papel para que me diera el visto bueno. El tío no se fiaba y lo quería por escrito y ante notario. He tenido que asegurarle cuatro años —afirmó Alberto con tono de hartazgo.

—Bueno, podría haber sido mucho peor. Bien está lo que bien acaba. Buen trabajo. Además, en un año o dos, cuando ya nadie se acuerde de esto, podemos cesar a este soplapollas con cualquier excusa. Ahora tengo que llegar a Madrid. Tengo un almuerzo con empresarios y después quiero que me dejéis en paz unas horas. Necesito estar solo un rato para preparar en casa el debate de esta noche.

Comenzaba a caer un sol de justicia sobre la autovía. «Encuestas» volvía a estar activa y ya me había escrito varios mensajes. Los leí para confirmar mi teoría, pero su tono no transmitía tranquilidad, sino amenaza: «Al menos podrías haberte despedido. Cuando bajé a buscarte, me encontré con Alberto y me dijo que ya estabas en el coche. Espero que hagas lo que has prometido y hables con tu mujer hoy mismo. Llámame esta noche y me cuentas. Si vuelves a mentirme, ya no habrá más oportunidades».

18

Fui incapaz de responder al mensaje de Elena. No sabía cómo hacerlo, pero temía que interpretase mi silencio como una evasiva o como un acto de cobardía, así que le envié el emoji de la mano con el pulgar hacia arriba y un corazón. Tenía que ganar tiempo y, a la vez, evitar que Elena volviese a perder los nervios.

Ella, con sus inseguridades y sus estados de ansiedad, había comenzado a traducir los tiempos de respuesta o los silencios en verdaderas declaraciones de intenciones. Y, por mucho que tratase de explicarle que esos intervalos no tenían otra explicación que mi apretada agenda de campaña, ya no me compraba el argumento.

Después del incidente en Toledo, teníamos por delante casi una hora de viaje sin actos, entrevistas, visitas ni saludos protocolarios. En ocasiones como esa, el coche se convertía en un lugar de trabajo, pero también en un espacio de refugio y aislamiento en el que nadie podía reclamarte en otro sitio. Era como avistar un oasis en plena travesía por el desierto. Nuestra única conexión con el exterior eran los móviles, que tenían secuestrada nuestra atención. Parecíamos yonquis incapaces de desengancharnos de esa heroína digital que son las redes sociales, y más en la política, que se había convertido de un tiempo a esta parte en un juego virtual.

Como estaba harto de que me saltara el vídeo del perro a cada instante, lo mismo en Twitter que en Instagram o TikTok, guardé el aparato en el bolsillo de la chaqueta e insté a Pedro y a Ramírez a hacer lo propio y sacar algún tema de conversación que nos distrajera.

—Ya que vamos a estar un buen rato encerrados aquí sin urgencias ni compromisos de campaña, ¿por qué no nos relajamos y hablamos de algo divertido?

—Claro, jefe —respondió Ramírez de inmediato volviéndose desde el asiento del copiloto—. Me parece una idea estupenda.

—Yo no consigo quitarme de la cabeza el episodio del perro, así que me vendrá bien pensar en otra cosa —añadió Pedro.

—¿Qué ocurrió para que se cambiara de partido? —preguntó Andrés sin que los demás nos lo esperásemos. A veces, hacíamos porras entre nosotros sobre cuántas palabras iba a decir el conductor durante el día, y no era infrecuente que ganase el número cero, así que no acertamos a comprender ese interés súbito en remover uno de los episodios más convulsos de mi vida política. Pero, para una vez que se interesaba por algo, no quise dejar de satisfacer su curiosidad.

Aquello sucedió al final de mi primer mandato en el Ayuntamiento. Yo llevaba casi cuatro años como concejal y mi trayectoria en el partido era prometedora. Fueron tiempos de vino y rosas. Alejandro y, sobre todo, Del Río me habían puesto en contacto con mucha gente, gente importante que necesitaba un acceso discreto a los funcionarios para llevar a cabo sus negocios.

Para quedar bien con ambos, yo hacía lo posible para que salieran adelante todos los asuntos que me presentaban sus recomendados,

y no solo los de mi concejalía, sino que también hablaba con otros concejales si era necesario para lograr los objetivos que se perseguían. Eso era lo que más apreciaban todos. Estaba convencido de que ayudaba al desarrollo de los negocios y, por lo tanto, a la economía de mi ciudad y del país. Mi trabajo contribuía a agilizar esa burocracia que arruinaba la actividad y ralentizaba todo desesperadamente. No tenía la más mínima duda de que lo que hacía estaba bien. Los propios funcionarios con los que interactuaba me daban la razón: «El sistema es un desastre. Si nos ciñéramos a la normativa, que es tan compleja que ni nosotros la conocemos del todo, no se haría nada. Así al menos los expedientes van saliendo. Nosotros lo que queremos es que la ciudad funcione».

Y yo, desde la sala de máquinas, tomaba las decisiones oportunas para que los engranajes siguieran funcionando. Sabía que, a cambio, los beneficiados contribuían al partido en agradecimiento por el trato recibido, pero yo ni tocaba el dinero. Aunque no siempre estaba clara, o mejor sería decir que nunca estaba clara, la línea que separaba las gestiones propias del partido y las del gobierno municipal.

En apenas cuatro años de concejal, había conseguido hacerme un nombre en el panorama político local por mi juventud, mi decidida lucha por renovar la administración y mi proyección como gran favorito a la alcaldía de una capital de provincia que mi partido nunca había logrado. Yo, sin embargo, estaba bastante harto de la política local y lo que me apetecía era dar el salto a la nacional.

No me veía otros cuatro años como alcalde, haciendo lo mismo que ya hacía como número dos del Ayuntamiento y responsable de Urbanismo. Estaba hasta el gorro de la gestión municipal, donde los

ciudadanos consideraban que los concejales estábamos a su servicio; éramos sus albañiles, barrenderos y jardineros particulares. Si las ramas de un árbol les quitaban el sol, teníamos que podárselas de inmediato; si había basura acumulada en uno de los alcorques de su calle, ya estábamos tardando en recogérsela, o si se había levantado un adoquín en la acera por la que pasaban para volver del supermercado, cómo es que no estaba arreglado todavía. Era insufrible.

No tenía inconveniente en volver a presentarme a la alcaldía, pues era consciente de que solo yo tenía opciones reales de arrebatársela a nuestro principal rival, pero mi idea era, una vez alcanzado el objetivo, ceder el puesto a quien el partido pusiera de número dos. Además, ya entonces viajaba a Madrid con bastante frecuencia, por lo que consideraba un paso natural probar fortuna en el Congreso de los Diputados.

Así pues, las Navidades previas a las elecciones municipales y autonómicas, me dirigí al que se convertiría años más tarde en uno de mis mayores adversarios políticos, Jesús Manzanero, para plantearle la cuestión. Por entonces, era el secretario general del partido, el número dos en la escala de mando a nivel nacional, por lo que para la mayoría de afiliados y cargos electos territoriales acceder a él era una quimera, habida cuenta de su importancia orgánica. Pero, gracias a los contactos de una persona de confianza de Alejandro en Madrid, había conseguido verme un par de veces con Manzanero en la sede central del partido. Aquellos encuentros habían servido para establecer una relación de cierta confianza con él que podía serme útil de cara a mis aspiraciones de obtener un escaño en la carrera de San Jerónimo.

Cuando al fin conseguí que el secretario general me recibiera nuevamente y le expuse mis intenciones, su contestación fue demoledora. «Mira, Humberto, lo que propones no tiene sentido. Eres muy joven y tu sitio está en tu provincia y en tu Ayuntamiento, contribuyendo a mejorar la vida de los vecinos. Aún te queda mucho que hacer allí, y las elecciones están a la vuelta de la esquina. Si nada se tuerce y no te despistas, vas a ser alcalde de tu ciudad. Esa es la máxima aspiración de muchos políticos, y tú la tienes al alcance de la mano. Disfrútalo y ten paciencia, que todo llegará. Pero ahora no es el momento. No te lo tomes como algo personal».

No esperaba esa respuesta. Había acudido a la reunión con la absoluta seguridad de que, como mínimo, consideraría mi propuesta, pues Alejandro me había dicho que Manzanero le debía unos cuantos favores a su contacto y esta podía ser una manera de devolvérselos.

«Está bien —dije tratando de mantener la compostura y de ganar algo de tiempo para evitar que la decisión se tornase definitiva—. Déjame que te proponga algo: me presento a la alcaldía, pero la lista la hacéis vosotros. Entera. Si todo sucede como está previsto, ganamos, me quedo un par de años de alcalde y después cedo al testigo a quien elijáis. Me ponéis de número uno en las listas de mi provincia al Congreso y así consigo el acta de diputado sin ocupar puesto por Madrid. A cambio, os aseguráis una alcaldía importante y el control total del partido en mi provincia».

Lancé mi propuesta, convencido de que esta vez Manzanero aceptaría, pero nada más lejos de la realidad. «Ay, Humberto… ¡Qué poco has aprendido en todo este tiempo! Para hacer la lista no tengo que negociar nada contigo. Nosotros decidiremos quién va a ser tu

número dos y el resto de tu equipo, te guste o no. Mira, déjame compartir contigo una historia que me contó un profesor de la facultad», dijo mirándome con suficiencia.

Lo último que me apetecía era aguantar una de sus historietas, pero no fui capaz de reaccionar y me quedé escuchándolo, confiando todavía en poder reconducir la situación. «Como sabrás, Humberto, al terminar la Segunda Guerra Mundial, se firmaron los llamados acuerdos de Yalta y Potsdam entre las potencias vencedoras para repartirse Alemania. Según contaba mi profesor, nunca he confirmado si es verdad que ocurrió así, pero la moraleja vale igual, en los preparativos de aquellas negociaciones, Churchill sugirió que el papa también se sentara en la mesa, pero entonces Stalin preguntó: «¿El papa? ¿Y ese cuántas divisiones tiene?». Churchill se encogió de hombros y, como te puedes suponer, el papa no se sentó en la mesa. Ni el papa ni nadie que no representara una amenaza potencial para los demás. Toma nota de esto, Humberto: en política y en cualquier ámbito de la vida, si no tienes tropas que poner encima de la mesa, estás vendido».

Salí del despacho con ganas de dejarlo todo y cambiar de vida. No podía soportar que mi futuro estuviera en manos de personas para quienes no era más que otro peón en su tablero de ajedrez. Pero transcurridos unos minutos, me serené y me prometí a mí mismo que no entregaría la cuchara sin plantar batalla.

Por azar o no, solo unos días después se presentó la oportunidad de cobrarme mi venganza. Alejandro pidió verme con urgencia porque quería presentarme a un amigo que tenía «algo muy importante que proponerme». Las urgencias para mi suegro eran una orden para mí, por lo que esa misma tarde quedamos en un bar

céntrico de la ciudad. Venía acompañado de un tipo bajito, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, con una tripa prominente y ese peinado ridículo de quien ha perdido el pelo en la frente y la azotea y lo intenta disimular con el sobrante lateral y trasero; lo que se conocía, desde que lo popularizara un célebre político vasco, como la ensaimada.

El hombre, tras presentarse como Manolo Revuelta, «para ti Manolo a secas», me soltó: «Humberto, quienes me conocen saben que no soy una persona de muchas palabras ni de dar rodeos, así que te lo diré directamente: queremos que vayas en la lista de nuestro partido en las próximas elecciones generales. Alejandro nos ha hablado muy bien de ti y de cómo te sabes mover. También dice que eres una persona discreta y leal. Hemos visto el trabajo que has hecho como concejal y tus posibilidades. Tienes una imagen de profesional y de persona competente, sin una ideología demasiado marcada. Eres perfecto. Queremos que te presentes como número uno de nuestro partido en tu provincia. Y hablo en nombre del presidente de mi partido. Tanto Alejandro como yo creemos que es el momento de que des el salto a nuestro equipo. Yo soy miembro de la dirección nacional y he hablado con mis compañeros. Todos te queremos con nosotros. También hemos hablado con la gente de la provincia, que harán lo que les digamos, incluido el alcalde, que está de salida».

Alejandro contemplaba expectante la escena, mirando con gesto de suficiencia la cara de asombro que se me iba quedando. Le había puesto al corriente de mi reunión con Jesús Manzanero nada más salir de la sede del partido en Madrid y, al parecer, había movido rápidamente sus hilos, dispuesto a ofrecerme una salida digna, por

muy indigno que pudiera pensarse que era cambiar de partido. Yo no lo tenía nada claro, porque pensaba que los chaqueteros estaban muy mal vistos en cualquier organización, pero para él eso no suponía un problema. «Conozco a muchos que han saltado, incluso de varios partidos, y después han tenido una larga carrera política… Alguno ha llegado incluso a vicepresidente de comunidad autónoma».

Yo era un mar de dudas hasta que mi suegro me pidió que nos levantásemos un momento para hablar en privado. Salimos a la puerta de la cafetería y allí mientras Manolo nos miraba a través del cristal, me dijo: «Recuerda que estás aquí por mí. Ni un paso atrás. Acepta inmediatamente la oferta o te aseguro que dejaré de apoyarte». «De acuerdo, contad conmigo», le dije a Manolo en cuanto volvimos a la mesa, y tanto él como Alejandro respiraron satisfechos.

La noticia corrió como la pólvora. Tanto fue así que, cuando un medio digital adelantó la información, recibí de inmediato la llamada de Manzanero. «Humberto, espero que lo que estoy leyendo sea un bulo, porque no puedo creerme que nos hagas esto. Tienes la alcaldía al alcance de la mano. Has llegado donde has llegado gracias al partido. Tu obligación es presentarte con nosotros y ganar las elecciones. Nos lo debes. Pero quiero pensar que solo ha sido un malentendido y voy a aceptar tu propuesta: preséntate a la alcaldía y serás diputado. Y corremos un tupido velo sobre este desagradable incidente». No pude contener la risa. Le repliqué con acidez que eran ellos los que me debían años de dedicación y entrega, y que, sin embargo, me habían respondido con ingratitud. Además, el

ofrecimiento llegaba tarde, pues ya no podía desdecirme del compromiso adquirido con Manolo y, sobre todo, con Alejandro.

«Un hijo de puta es lo que eres. ¡Y un traidor! Como secretario general del partido por el que te presentaste a las elecciones, te ordeno que renuncies a todos los cargos que tienes gracias a este partido», dijo subiendo el tono, furioso pero falto de convicción. «¿Me ordenas? —repliqué—. ¿Y qué vas a hacer si no te obedezco? ¿Cómo era aquello…? Para negociar hay que tener algo con lo que amenazar, ¿no? Pues lo siento, amigo, ya no tienes nada con lo que amenazarme. Para mí, vales lo mismo que el papa para Stalin. ¡Nada!».

Colgué, y en mi cara se dibujó sin pretenderlo una sonrisa de satisfacción. Me había cobrado mi pequeña venganza y, aunque de una forma inesperada, había logrado mi objetivo: dejar mi ciudad natal para aterrizar en Madrid. Un cambio de partido y de vida. Un giro inesperado pero crucial en el transcurso de mi carrera política. Tal y como había vaticinado mi suegro, logré triunfar donde otros habían fracasado y acabé liderando mi nuevo partido.

De momento, la campaña iba tocando a su fin y, aunque algo trastabillados, seguíamos sorteando los obstáculos que aparecían en el camino. En unas pocas horas, iba a ser el debate en televisión, la última gran prueba de fuego, pero antes estaba previsto un almuerzo con empresarios. Si salía vivo del debate, casi podría tocar con los dedos el sueño de convertirme en presidente del Gobierno.

19

Madrid se había convertido en una ciudad de terrazas casi sin darnos cuenta. Si bien era cierto que el tráfico se había descongestionado con el paso de los años, seguía habiendo un esmog brumoso con viejo olor a gasolina requemada. Los taxis iban perdiendo poco a poco su duelo con los vehículos de plataforma, y los semáforos mostraban siluetas variables desde Chueca hasta el barrio de Salamanca, que se había transformado con dinero de dudosa procedencia en un nuevo Polanco de ricos latinoamericanos. Las bocas de metro parecían hormigueros efervescentes de personas que se movían en todas direcciones mientras algunos árabes pedían varar sus yates en la ribera de la calle Serrano. Madrid era muy diferente a aquella ciudad en la que aterricé hace ya bastantes años.

Hubo un tiempo en el que me gustaba campar a mi aire por sus calles, aguardando en los pasos de peatones una conversación de extraños, fisgoneando en las tabernas u observando las broncas de madrugada entre borrachos y cocainómanos temporales.

Eran años de anonimato, de comidas en restaurantes sin observadores impertinentes ni fotografías robadas, de paseos interminables de noche regresando a casa con algún compañero de escaño, de aventuras inacabadas. Y había otro Madrid, ese que solo

reconocíamos Elena y yo, como toda ciudad que se descubre por dos amantes entre besos furtivos y miradas cómplices.

Andrés, con la precisión de un autómata, se aproximaba al hotel Palace, donde me habían organizado una conferencia sobre mi programa económico. En las mesas de estos saraos, el poder olía a cruasán recién horneado, café recién hecho y zumo de naranja. Los más intrépidos se hacían los advenedizos en la entrada de la sala para forzar un saludo o una fotografía robada que les permitiera aparentar una proximidad regalada con el próximo presidente del Gobierno. Otros braceaban por ocupar las mesas más cercanas a la tribuna del orador, como en los estrados de los ángeles en el cielo. Debían ser vistos, ante el oráculo presidencial, como meritorios con ganada relevancia, dando cuenta de la brocheta de piña, naranja y uvas que solo allí les resultaba apetecible.

Y, luego, estaba el relleno de diputados y senadores a los que se pasaba lista si no acudían a la cita, y que se lanzaban como hienas al final del espectáculo para inmortalizar la instantánea de su asistencia y subirla a sus redes sociales. Era la prueba de fidelidad. Pensé por un momento que todo aquello era una cruel pantomima de la que yo seguía formando parte, aun habiendo llegado a la cúspide de la pirámide. La diferencia era que unos permanecían dentro del cubo mientras que otros decidíamos dónde depositar el detritus.

—Es hora de que te vayas centrando en tu intervención de ahora. —La voz de Pedro, sentado en el asiento de al lado, era concluyente, sin un atisbo de compasión—. Estos de Fórum España se lo han montado muy bien. Ayer vi que en la lista de asistentes están todos los presidentes de las principales empresas del IBEX y algunos de los

emprendedores más prometedores del momento. Tal como indicaste, hemos situado a tu derecha, a tiro de cámara, una mesa con deportistas. Nos ha costado traer al golfista Antonio Mejido, que acaba de ganar el Masters de Augusta y quería descansar unos días en Lanzarote. Le hemos prometido que haremos lo posible por agilizar los trámites para la construcción del campo de golf que quiere promover en la isla. Lo único que le hemos pedido es que no intermedie el *borderline* de su hermano, que lo acabaría jodiendo todo.

El coche se detuvo a las puertas del hotel, donde se agolpaba un enjambre de periodistas especialistas en el braceo a codazos.

Un periodista es como un político pero más desgraciado, porque su supervivencia es todavía más precaria. A estos, les sueltas una noticia interesada y los apaciguas una temporada. A sus dueños, una subvención para mantener sus chiringuitos y les das de comer toda la legislatura. «Y dicen que hay prensa libre», dije, jactándome, antes de bajar del coche para acceder al hotel a través de un pasillo que habían formado los agentes de la Policía Nacional.

No era el momento de atender preguntas impertinentes, sino de mostrar una sonrisa impoluta. Habíamos llegado media hora antes del comienzo previsto de la charla y pasamos a la sala que nos habían reservado para repasar el contenido de la intervención.

Después de zafarme de los paniaguados parlamentarios, de los curiosos con intereses empresariales y de los buscadores de instantáneas con políticos en ambientes de lujo, entré en la sala. Allí estaban Salomé, al borde de un ataque de nervios, y Alberto, que había reaparecido de pronto en el hotel. Sudaba por todos los poros, como un cerdo a punto de ser degollado. Los síntomas de su

adicción no me pasaban desapercibidos: voz carrasposa, tez cárdena y un aliento amargo con sabor a castaña fundida.

Daban ganas de tundirle con dos buenas bofetadas para que se despejase. Es verdad que se recomponía muy rápido de la ingesta, pero mientras tanto teníamos que aguantar su mirada alucinada de psicótico e incluso, a veces, sostenerlo con discreción para evitar que zigzaguease al andar.

El discurso que me entregó Salomé era el habitual, incluidas las rectificaciones de última hora, y ya antes de soltarlo me estaba repitiendo como el chorizo. Me aproximé a la ventana y contemplé la patulea de turistas que se agolpaban en la plaza de las Cortes para fotografiar los bodrios de los leones de la entrada principal.

—Presidente, solo falta un minuto para que empiece la conferencia —advirtió Salomé en ese tono lastimero que siempre utilizaba—. Ya han dado la orden de que se sienten todos. A las tres y cinco conectan los telediarios en directo. Ramírez le hará un gesto con la mano. Es el momento de colocar la frase que está subrayada y con mayúsculas. Ya le hemos advertido al presentador que no puede hablar más de cinco minutos.

Sentí que las tripas se me revolvían. Tanto viaje y una alimentación desordenada comenzaban a pasarme factura. Era el momento de salir frente a esa chusma que hociqueaba ante el poder. Las encuestas iban muy bien y teníamos el viento de cola.

—Por cierto —añadió Salomé—, a la salida quiere verle Bermúdez de Urquijo, el presidente de la Confederación de Empresarios. Dice su secretaria que no necesita más que un par de minutos, pero que es muy importante.

La voz de mi secretaria se resquebrajaba cada vez que me comunicaba un cambio sobrevenido en mi agenda. Me gustaba hacer que sufriera, interpretando un gesto entre el desapego y la cólera contenida. También, de vez en cuando, le daba alguna muestra de afecto, para desorientarla. Había aprendido que el hombre demuestra fuerza cuando resulta imprevisible y cuando temen sus reacciones. Era una manera infalible de demostrar autoridad.

—Estoy hasta los cojones de que me cambiéis a cada instante de planes. ¿A qué os dedicáis? ¡Dando por culo todo el día! —imposté mi cabreo para observar la reacción de Salomé, que parecía amordazada por el terror—. ¡Que sea la última vez, por dios! No aguanto a ese soplapollas que se las da de listo conmigo. Tendremos que acabar con él. Hay elecciones en otoño en la confederación y tenemos que terminar con este tipo. Ya tengo al candidato ideal para sustituirlo, pero tendremos que actuar con inteligencia.

Me encogí de hombros y me apresté a salir, mordiéndome el labio superior mientras pensaba en lo harto que estaba de la campaña. Llegaba un murmullo ensordecedor desde el salón. Todo estaba preparado y yo no dejaba de burlarme de esa pandilla de oportunistas que venían a recoger las migajas de mi plato.

Avancé entre las mesas y me senté en la presidencial, a la espera de que me llamaran a la tribuna. El presentador hablaba con afectación forzada, templando su voz aterciopelada mientras hacía un repaso de los principales hitos de mi carrera política. Entre la hipocresía retribuida y el optimismo, fue subiendo el tono de voz hasta darme paso, como si fuera el maestro de ceremonias de un

circo de tres pistas: la de los periodistas, la de los empresarios y la de los políticos.

Los reporteros tomaban posiciones al fondo de la sala como pulgas sin amaestrar, luchando por encontrar un hueco para poder formular las preguntas al acabar mi intervención. Los empresarios, por su parte, se limitaban a escuchar mientras bebían pequeños sorbos de café y asentían con la cabeza. La mayoría evitaba ingerir algo sólido porque consideraba que era de mal gusto masticar en estos actos. Los políticos, en cambio, daban buena cuenta de los bollos y canapés, como si la cercanía al líder les generara una ansiedad que solo podían rebajar con la comida.

Desde el atril, y a la vez que recitaba por décima vez en los últimos días las propuestas de mi programa en materia de política económica, se veía todo. Aquello era un festival de ambición y de impostura, un carrusel en el que todos sabían que solo podían seguir siendo alguien si no descendían de las atracciones de la feria. No había nadie que no estuviese dispuesto a matar a su madre a cambio de un puesto. Así es este negocio.

Cuando acabé, y tras despedirme cortésmente de todo quisque que hacía cola para la fotografía y para recordarme que estaban disponibles, volví a la sala privada que nos había proporcionado el hotel. Quería charlar unos minutos con mi equipo antes de dirigirme al Congreso de los Diputados, hacia donde se apresuraban los diputados y senadores, enzarzándose en una carrera desordenada para llegar cuanto antes con la intención de coger sitio para la fotografía de grupo que estaba programada a continuación.

—Olvídate de Bermúdez de Urquijo por ahora —le susurré al oído a Salomé—. Dile que le llamaré más tarde. O mañana. Quizá le haga

un hueco entre alguno de los actos que nos quedan, pero hoy no estoy para nadie.

Salomé asintió con vacilación. Pedro, Alberto y Ramírez se habían entregado a una acalorada discusión en una esquina de la sala, a la espera de mi llegada.

En aquel momento, reparé en el móvil. De nuevo había un mensaje desde ese número desconocido, que adjuntaba varias imágenes. Las vi y me quedé estupefacto. Intenté hablar, pero no hallaba la voz. Esta vez las fotografías no correspondían a un viaje con Elena a un país extranjero o a un paseo secreto por Madrid, entre las sombras de una noche de verano. Era peor: esas fotografías se habían tomado hacía unas horas en el hotel de Mérida. Elena me observaba con mirada acusatoria en la cafetería del hotel. Escupía palabras de recriminación mientras yo intentaba calmarla. La secuencia se completaba con el momento en el que nos encaminábamos al ascensor y entrábamos en él.

—El chantajista de las fotografías nos pisa los talones. También estaba en Mérida. Somos gilipollas. Tiene que ser alguien de los nuestros —exclamé mientras cada sílaba retumbaba en mi cabeza—. Una metralla interna comenzó a rociarme las venas, pensando que el polizón seguía dentro del barco. Empezó a faltarme el aliento mientras chorretones de sudor comenzaron a caerme por el rostro.

Pedro y Ramírez se aproximaron a mí. Alberto se había quedado inmovilizado contra la pared, presa de un pasmo inasible, o del efecto narcotizante de alguna droga. Pedro cogió el móvil.

—Mierda. El hijo de puta nos tiene controlados. ¿Alguno de vosotros vio a alguien con un móvil haciendo fotografías? —preguntó Pedro, conociendo la respuesta con antelación, a la vez que

descargaba violentamente los nudillos de su mano izquierda sobre una mesa auxiliar de roble.

Me esforcé por conservar la calma, pero era incapaz en ese momento. Hasta entonces, había perseguido una sombra del pasado, pero ahora parecía evidente que la causa de esta extorsión, o como se quisiera llamar, tenía un origen reciente. Había estado a unos metros de todos nosotros, con una impunidad insultante, y con esas nuevas fotografías nos estaba diciendo que nos pisaba los talones, que, como se dice coloquialmente, me tenía cogido por los huevos.

—H. H. ¿Y si fuera ella? ¿Quién, si no ella, sabía que iba a aparecer en ese hotel? ¿Alguien vio si había alguna persona que la acompañase? —Pedro seguía lanzando preguntas al aire, buscando alguna pista fiable que nos permitiera dar con el culpable.

—Yo qué sé… —acerté a contestar, dejándome caer extenuado en una silla isabelina.

No estaba en condiciones de especular con elucubraciones más o menos lógicas. Me costaba encajar todos los vínculos. No era capaz de asimilar el golpe que acababa de recibir, como tampoco encontraba la tranquilidad necesaria para construir una hipótesis consistente. Estaba perdido.

—¿Se lo decimos a Ortega? —preguntó Ramírez, que se iba sobreponiendo poco a poco al primer impacto producido por la visión de las imágenes.

—No. De momento, esto queda aquí, entre nosotros —sentencié.

No me atreví a recapitular la secuencia de todas las fotografías desde el primer día que había empezado a recibirlas. Quizá si reordenaba los envíos en mi mente, podría recordar también las

personas que me acompañaban y buscar algún denominador común. Tenía que averiguar quién me tenía encerrado en ese laberinto de amenaza y de sospecha.

—Faltan tres días. Y sea quien sea el miserable, nos está soplando en la nuca —afirmó Alberto, ya recuperado de su terror paralizante —. Pero como por el momento no está en nuestras manos dar con él, lo que sí depende de nosotros es que no nos afecte. Es evidente que podría publicar las imágenes si quisiera, pero si todavía no lo ha hecho es que quizá no sea ese su objetivo.

—Nos están echando un pulso y no podemos permitir que nos lo ganen —dijo Pedro con un perceptible temblor de ira en los labios—. En cuanto salgamos de aquí, voy a llamar al consejero de Telenor, a ver si sabe algo más. Pero hasta que tengamos alguna pista sobre el origen de esas fotografías, debemos tomar todas las precauciones posibles. A partir de ahora, H. H., todos somos sospechosos, incluidos los tres que estamos contigo en esta sala. Si observas cualquier movimiento extraño en cualquiera de nosotros, tienes que averiguar a qué se debe.

Los ruidos procedentes de los pasillos del hotel llegaban hasta nuestra sala, carcajadas que cruzaban alguna conversación insustancial, chascarrillos sobre quién sería el próximo presidente del Gobierno. Parecía un sonido extraño, fuera de lugar, si se comparaba con la gravedad del asunto que discutíamos dentro de la sala. Yo, mientras tanto, observaba la escena con una extraña sensación de irrealidad, como si nada de todo aquello fuera conmigo.

—H. H., reacciona —dijo Alberto, que no quería perder la iniciativa en la conversación—. Cualquiera podría entrar en esta habitación y nadie puede verte así de abatido. En el fondo, la única novedad es

que el mierda que hace las fotografías nos ha seguido en nuestra ruta electoral. Creo que no debemos caer en la paranoia entre nosotros porque es relativamente sencillo que alguien pueda saber dónde vamos a estar durante una jornada de campaña. Medio partido lo sabe. Lo único que podemos reprocharnos es no haber sido más discretos y prudentes cuando nos enteramos de que Elena estaba en el hotel.

La inusual templanza de Alberto me puso en guardia y empecé a dudar de si sería él el instigador de la trama. Con todo, traté de camuflar mis sospechas elevando la voz en tono de reproche.

—¿Acaso me estás echando la culpa, desgraciado? —me lancé súbitamente contra él, amagando con mi puño en alto.

—¡Basta ya! ¡Esto es lo que están buscando! ¿No os dais cuenta? —intervino Pedro, interponiéndose entre mi brazo y el cuerpo tambaleante de Alberto—. Una cosa es que no bajemos la guardia y otra que empecemos a echarnos mierda entre nosotros.

Por un momento, me contemplé desde lejos, como un espectador imparcial. Sentí vergüenza de mí mismo. Había perdido los nervios como un principiante. Apreté los puños con fuerza, como un niño enrabietado, tratando de recuperar la templanza.

—Tenéis razón. No nos pueden marcar el paso. Quien sea, lleva la iniciativa, pero nosotros somos dueños de nuestras reacciones. Falta poco para llegar a la meta y tengo que evitar que esto influya en mi estado de ánimo. Esta noche es el debate y no puedo fallar. Hasta ahora lo he conseguido. Y así debe seguir siendo.

Repetí cada palabra en mi cabeza para convencerme a mí mismo.

Salomé, que se había quedado fuera de la sala ajena a nuestra conversación, abrió despacio la puerta, sin previo aviso.

—Presidente, le esperan ya los diputados y los senadores. Deberíamos cumplir con el horario para que pueda tener tiempo para descansar en casa unas horas antes del debate.

Inspiré profundamente. Me recompuse el traje y la corbata y los miré a todos, de uno en uno, con detenimiento.

—Vamos. Y ni una palabra a nadie.

20

Después de la foto de familia y de que tanto los futuros diputados como los reporteros y gráficos acreditados se hubieran dispersado, me quedé un momento observando ese edificio tan extraño que siempre me había parecido el Congreso de los Diputados.

—Nunca te olvidas de la primera vez, como en el sexo —dijo Pedro dándome un suave toque en el hombro pareciendo adivinar los recuerdos que discurrían por mi mente.

El día que crucé por primera vez la verja de la carrera de San Jerónimo, sentí que empezaba a volar alto. Fue una fría mañana de febrero hacía ya bastantes años. Atrás quedaban la campaña electoral en la que me presenté como cabeza de lista de mi provincia al Congreso de los Diputados y la noche de celebración en la sede tras conocerse los resultados electorales. Después de encaramarme en las listas como candidato chaquetero pero candidato, al fin y al cabo, las dos semanas viajando tristemente de pueblo en pueblo transcurrieron de manera veloz hasta el día de la votación. Siempre he tenido cierta propensión a olvidar esa trashumancia con las carpas y los salones a medio gas, las entrevistas sin tensión tirando de argumentario y los debates enlatados; esa sensación de absurdo y de paripé, esforzándote por estar presente en actos en los que no ganas un solo voto, pero pierdes algo más que la vergüenza.

Esa sintonía estólida del partido, los abrazos como puñales y la impresión de que todo eso sobra porque allí no se moviliza a nadie. Pero es un transcurrir necesario para alcanzar el objetivo. Ser diputado nacional. El mayor honor que un político como era yo entonces, sin aspiraciones de gobierno, podía alcanzar.

Había llovido aquel primer día que entré en la Cámara, y por los laterales de las aceras de la carrera de San Jerónimo descendían dos regueros de agua que se colaban por los sumideros de cloaca, de esos que periódicamente olfateaban los perros policía en busca de algún artefacto imposible. La primera vez que los vi, pensé que eso debían de ser las cloacas del Estado, llenas de fango, repugnantes pero necesarias.

Cuando llegué a la garita de la Policía Nacional y verificaron mi identidad de diputado primerizo, accedí al que sería mi teatro de operaciones durante ocho años.

El día del estreno, me esperaba en su despacho en la quinta planta el secretario general del grupo parlamentario, Gustavo Coronel, un profesional empeñado en batir el récord de permanencia en Cortes. Con el pelo encrespado y una barba pulida de arreglo semanal, se me quedó mirando fijamente cuando hice acto de presencia. Me sentí en aquel momento como un bicho a punto de ser diseccionado. Me invitó a pasar con la mirada ceñuda y me espetó el correspondiente discurso de bienvenida.

«Me han hablado mucho de ti, Humberto, pero no te conocía personalmente. Me llamo Gustavo y llevo aquí toda la vida, antes de que Isabel II inaugurase este edificio. Así que, amigo mío, aquí mando yo; y tú, cómo los demás, tienes que obedecer. Por consiguiente, lo primero que has de saber es que tienes que estar

conmigo y con la portavoz de nuestro grupo. Aquí no aceptamos librepensadores ni gente con criterio propio. Solo tienes que saber quiénes mandan y seguir lo que te indiquemos en cada momento. Y un consejo: evita caer en la red de algún diputado que quiera librar la batalla por su cuenta porque todos acaban siendo ajusticiados».

Hablaba tranquilamente, con una parsimonia maquinal, frunciendo los labios en cada frase. Tuve la impresión de que era el discurso que plantaba a todo diputado virginal, y no le había funcionado nada mal. Había sobrevivido a ocho portavoces diferentes durante más de veinticinco años chupando escaño. Su voz era intimidante y su determinación impedía meter baza en el monólogo. Ni falta que hacía.

«Primera regla: aquí se vota lo que te digamos y se justificará de acuerdo con el argumentario que te entreguemos. Sin más. Es muy fácil. Segunda regla: si intervienen el presidente del partido o la portavoz, tu función es aplaudir a rabiar, puesto en pie si llega el caso. Es sencillo, basta con mover un poco el escaño hacia atrás, ponerse en pie y palmear mirando con arrobo. Tercera regla: se te asignará una portavocía sectorial y un asesor para que te escriba el discurso. Descuida, que la inmensa mayoría de las intervenciones son textos elaborados por quienes trabajan para nosotros. No hace falta pensar. Basta con saber leer e interpretar. Si además te comportas como es debido y cumples a rajatabla con lo que te digamos desde la dirección del grupo parlamentario, podremos nombrarte presidente de una comisión, lo que te supondrá un poco más de poder y de dinero. Cuarta regla: las enmiendas que propongamos las filtro yo. Que quede claro. Quiero conocer todos

los contactos que tengas con empresas y sectores, pero el mercado de las enmiendas es mío. Es muy importante que asimiles bien esta regla, porque ha habido más de un diputado que ha querido rentabilizar alguna iniciativa privada por su cuenta y salió volando hasta Neptuno de la patada que le dimos. Ya te presentaré a nuestros intermediarios en la gestión de enmiendas y el cauce para aprobarlas. Hay un antiguo diputado, Martín Pujadas, que se pondrá pronto en contacto contigo. Es nuestro hombre. Campa a sus anchas por el Congreso, como si fuera su casa. Incluso sigue aparcando el coche en el aparcamiento como si fuera diputado en activo. Él te mantendrá informado de las enmiendas que nos interesa aprobar, pero no se te ocurra nunca preguntarle nada más».

Coronel mostraba la dentadura como un piano abierto con alguna tecla desafinada, hablando como si estuviera recitando una lección de carrerilla. Debía de haber practicado muchas veces ese discurso, adaptándolo a cada destinatario.

«Quinta regla: para sobrevivir en el grupo parlamentario te exigiremos alguna prueba de lealtad, que puede incluir llevarse por delante a algún compañero. No tiene que sorprenderte. Nosotros fijamos el objetivo y vosotros lo ejecutáis. Basta con aislarlo poco a poco, crear rumores sobre su conducta y, por supuesto, dejarlo solo cuanto le toque subir a la tribuna. Así empezará a sentir el vacío de la tribu y sabrá que sus horas están contadas. Sexta regla: desde este momento, te conviertes en mi informante. Cualquier comportamiento inadecuado, cualquier conato de disidencia o cualquier conducta desleal, me tiene que ser comunicada. Tú mismo serás vigilado por otros, de modo que aquí no se escapa nadie de mi fiscalización. Solo así podremos sobrevivir. Séptima regla: no se

habla con la prensa si yo no prescribo lo contrario. Ha habido imbéciles que han caído en la rueda de la vanidad y han filtrado informaciones reservadas. Están muertos. Te dorarán la píldora en los pasillos, te dirán que eres el mejor parlamentario y que nunca desvelarán la fuente. No te lo creas. Acaban todos hablando, y nosotros conociendo al miserable que ha filtrado. Y por último y ya más personal: no te enamores de ninguna diputada. Como mucho, sexo sin compromiso. Aquí el amor y la amistad no existen. Solo los palurdos y los ingenuos podrían creer otra cosa, pero no vale la pena».

El sermón finalizó con un mohín de condescendencia mientras se arreglaba el nudo de la corbata. Al terminar, me miró por última vez y sonrió.

«Te aseguro que puedes confiar plenamente en mí. Tienes mi total disponibilidad para lo que haga falta y soy leal a nuestro partido, que tan generosamente me ha acogido», declaré antes de coger la puerta de salida. Era fundamental manifestar una adhesión incondicional y natural, como en un batallón bien disciplinado.

«Te equivocas de término —respondió apartando sus ojos de mí para fijarlos en una lista de nombres sobre su mesa. Intuí que era la relación de los nuevos diputados. Tomó aire y continuó—: ¿Sabes la diferencia entre lealtad y fidelidad? Podrás tener lealtad al partido, pero a mí lo que me debes es fidelidad, que es algo personal. En esta piscina en la que bracea todo el mundo por alcanzar la otra orilla, lo que yo te voy a pedir es fidelidad, más que lealtad».

Intuí que ya no se requería nada más de mí en aquel despacho, así que enfilé la puerta sin añadir nada a su alegato. Había

desarrollado un sexto sentido para adivinar lo que ocurría a mis espaldas y presentí que me estaba taladrando con su mirada.

Aquella conversación se me quedó grabada en la retina durante muchos años, como si Moisés hubiese cincelado los siete mandamientos de Coronel en mi pecho. Sabía que eran las tablas de la ley de mi grupo parlamentario.

Tomé el ascensor hacia la planta donde me habían asignado el despacho junto a los nuevos diputados. Una luz mustia y apagada de lámpara fluorescente atravesaba todo el pasillo. Se veían algunas puertas abiertas con cajas a medio desembalar y ese maletín marrón como de película de detectives que los servicios de la Cámara regalan a cada diputado cuando se toma posesión del escaño. Aquello era puro *attrezzo* porque nunca vi a ningún diputado hojear la Constitución ni el reglamento del Congreso, ni falta que hacía.

Entré en mi despacho, el 315, y sentí por un momento que me había convertido en un número, lo que bien pensado no era un problema, sino más bien una liberación. Experimenté cierto nerviosismo adolescente, como el de un alumno de primer año de universidad que entra en su celda en el colegio mayor por vez primera. El despacho era un cuchitril de apenas diez metros cuadrados, con unas vistas despejadas de los tejados del barrio de las Letras.

No podía dejar de pensar en las palabras de Coronel. Quien más o quien menos portaba un cuchillo afilado y llegaría el momento en que lo blandiría en la espalda de otro. También había un porcentaje muy elevado de divorcios, según me habían contado, y es que el escaño transformaba a sus ocupantes. Se creaban burbujas de poder y de ostentación. Comidas, cócteles, viajes, relaciones. Madrid

devoraba a sus hijos como Saturno, y el tiempo hacía que, cuando se regresaba a casa, ya no se reconociera al tipo que un día cogió el tren para alistarse en el Congreso. El problema venía cuando estallaba la burbuja y tenías que abandonar el escaño. En ese momento, dejabas de ser alguien. Un paria más.

Me dirigí a la cafetería y, al llegar allí, reparé en algunas viejas glorias parlamentarias hablando con tertulianos de todo pelaje y condición. En ese momento, me sentí pequeño, pero sabía que estaba ante mi oportunidad de medrar y de ascender en el escalafón. Únicamente tenía que acatar las reglas del juego, evitar cometer errores innecesarios y, ante todo, hacer mucho la pelota a los jefes.

Hacía tiempo que la mediocridad se había impuesto en los partidos, o quizá hubiera sido así desde siempre. Tenía más mérito el licenciado en lisonjas y alabanzas que el que tuviese dos licenciaturas y un doctorado *cum laude*. Yo formaba parte del primer grupo, por lo que no tenía nada que perder y mucho que ganar. Y no pensaba desaprovechar la ocasión.

Pasadas unas semanas, y cuando conseguí hacerme con la suficiente confianza de Gustavo Coronel, lo convencí para que contratase a Alberto como asesor del grupo parlamentario y a Ramírez para un puesto de segundo nivel en nuestro gabinete de prensa. Conté para ello con la inestimable mediación de Manolo «a secas», el inductor de mi fichaje por el partido, que me trataba como a su protegido debido a su estrecha relación con Alejandro. Aun así, tenía claro que aquello no lo hacía solo por su aprecio hacia mi suegro ni mucho menos hacia mí. Era un intercambio de favores, de modo que, si accedía a contratar a mis amigos, yo contraía una

deuda con él y con el partido que me tocaría pagar en algún momento, sin saber con exactitud cuándo ni de qué manera.

Por entonces, Alberto y Ramírez andaban buscando trabajo después de varios intentos fallidos de buscarse la vida sin depender de mí como parásitos. El primero malgastaba su condición de letrado en un despacho del montón especializado en divorcios y separaciones y, en sus ratos libres, me echaba una mano con mis discursos. El segundo, por su parte, había abandonado la política y escribía la página de sucesos en un diario de mala muerte de la provincia. Cuando les ofrecí el billete de vuelta, ni se lo pensaron.

Madrid acabó abduciendo a Alberto, que entró de bruces en la capital como un toro bravo que abandona de manera precipitada los chiqueros. Todos los alicientes de la edad adulta en un mundo en el que podía pasar desapercibido, se abrieron para él. Y lo probó todo. Degustó toda clase de experiencias sexuales y sicotrópicas, entre guiris con venas irrigadas a punto de reventar, transexuales de Montera a escasos metros del Congreso y con algún que otro diputado que los fines de semana era un buen padre de familia en su provincia, para desmelenarse entre semana probando los mil vicios que ofrecía la capital.

Al poco tiempo de llegar al Congreso, lo cacé cuando apenas se tenía en pie y lo retuve con mis manos contra la pared, clavando mis ojos en su nariz inflamada. Alberto lloriqueaba como un niño antes de que yo llegara a decirle nada: «¡Te juro que no lo voy a volver a hacer! ¡Por dios, suéltame!», imploraba el muy cretino entre espumillas blanquecinas y mocos sanguinolentos, con ese tono gangoso tan característico de los yonquis. Era un pasmarote bajo

mis manos, un pingajo inservible en aquellos momentos, pero sabía que no podía prescindir de sus aptitudes.

«¡Contrólate, imbécil! He dado mi palabra de que eras una persona de absoluta confianza y no puedes tirar todo a la basura con tu estúpido comportamiento. Con quién folles y lo que te metas me da igual, pero no lo hagas nunca aquí. Todo el mundo está al acecho de lo que hacemos y no quiero que, por tu culpa, se arruine mi carrera. ¿Entiendes? —grité con sordina porque, en ese preciso instante, un diputado por Soria había hecho acto de aparición y daba cuenta con sus ojos de fauno de todo lo que estaba ocurriendo—. ¿Alberto, estás mejor? Me preocupa que tengas estos mareos. Tienes que dormir más, porque no dejas de trabajar», disimulé al advertir su presencia, impostando la voz para que el fisgón no infiriese lo que realmente se escondía detrás del incidente que acababa de observar. Alberto fingió una sonrisa apaciguadora y resopló, como si quisiera librarse de la tensión del momento.

Lo tomé del brazo con firmeza y lo arrastré con sutileza hacia la escalera, tratando de evitar encuentros desafortunados en el ascensor. Cuando llegamos al descansillo entre las dos plantas, lo observé con detenimiento. Se había recuperado un poco y mostraba un semblante muy diferente al del estafermo colocado que había visto antes. «Ahora vete a casa y hablamos después. No quiero que te vean hoy por aquí».

Pese a sus promesas e intentos de rehabilitarse, fueron muchas las veces que tuve que decirle que se fuera a casa, harto de sus excesos. Pero existía una alianza inexplicable entre nosotros que me impedía prescindir de él. Estábamos maniatados con una soga que unía nuestros destinos.

21

—Humberto, ¿necesitas algo? —Era la voz de Carmen desde la cocina. Aunque se estaba convirtiendo en un pellejo desinflado, se había entregado a la práctica de la cocina sana y ensayaba toda suerte de mejunjes para adelgazar. A pesar de que casi no le quedaba ya alguna reserva de grasa en el cuerpo, cada vez más esmirriado, no había forma de que desistiera de esa voluntad de consunción propia, por mucho que tratase de disuadirla.

Había optado por apurar en casa las horas previas al debate, revisando las fichas que me habían preparado los asesores. Pero, por más que intentaba concentrarme en los papeles, mi atención se trasladaba sin remisión a las dichosas fotografías con Elena. La amenaza estaba muy presente y era más cercana de lo que al inicio podía imaginarme. Quería evitar caer en especulaciones estériles que no conducían a nada más que a dudar de todo y de todos, como el almuerzo del mediodía había demostrado, pero el runrún no se me iba de la cabeza.

—Nada, cariño —respondí—. Estoy repasando las notas para el debate. Por cierto, Andrés vendrá a recogerme a las ocho.

Me ceñí el cinturón del pantalón, que me había desabrochado, y me puse a leer las notas del área económica mientras suplicaba para mis adentros que pasara rápidamente el tiempo que quedaba hasta

el debate. Aquellos papeles eran infumables, repletos de argumentos que no se sostenían y de frases hechas pensadas para engatusar solo a los espectadores más incautos. Renovar mi gabinete al completo iba a ser otra de mis tareas prioritarias en cuanto pusiera un pie en la Moncloa.

Con su puntualidad habitual, Andrés aparcó el coche en la puerta de casa a las 19.50. Me despedí de Carmen con un beso ritual, procurando evitar cualquier reproche de última hora, y subí al vehículo, donde Alberto me esperaba.

—H. H., ha llegado el momento —anunció, dándome unas suaves palmadas en la pierna mientras me miraba con cara de estar ávido de meterse una nueva dosis.

Lo observé con una mezcla de indignación y desprecio, cansado de su imparable decadencia. Mientras, él, ajeno a mis pensamientos, comenzó a repasar la ceremonia del debate:

—Al llegar, salimos cada uno por nuestro lado. Andrés, ni se te ocurra bajar a abrir la puerta al jefe. En la entrada, estarán esperándote el presidente de Onda TV, Alejandro Huertas, y el director de contenidos, Álvaro Gil Martín. Los saludas amablemente y te abotonas la americana con una sola mano. A lo Brad Pitt. Ramírez y yo iremos contigo, unos dos metros por detrás. Mirada alta y sonrisa permanente, convencido de tu victoria. Nosotros llevamos la carpeta con las fichas y las notas de argumentario. Están actualizadas a fecha de hoy. Te encaminas con Huertas y Gil Martín al set de entrada, donde posarás ante los diferentes medios de comunicación. A cada lado, el presidente y el director del medio. Sonríes apacible y miras de derecha a izquierda. Un saludo amable a los gráficos y les das las gracias por el despliegue que están

haciendo durante los últimos días. Rosa Peláez habrá llegado antes. Ellos tienen habilitado un espacio privado propio y nosotros otro, de modo que no la verás hasta que accedas al plató. Mientras tanto, habla distendidamente con tus anfitriones. Una cámara cenital y otra de proximidad grabarán cada movimiento hasta que la señal vuelva a los servicios centrales, momento en el que volveremos a estar fuera de antena. Una conversación insustancial pero afable. Nada que pueda malinterpretarse o que demuestre un estado de ánimo diferente al que queremos mostrar. Cuando se corte la señal, a maquillaje y peluquería. Luego nos encerramos contigo en la sala que nos han preparado. Solo estaremos unos cinco minutos en dicha sala. Bebe agua antes de salir. No comas nada. Habrá algún tentempié, pero no es el momento de comer. Te arreglamos la corbata y te cepillamos la americana, por si quedara algún resto de caspa. Por cierto, deberías ir a un dermatólogo.

Alberto se concedió un respiro, tomó aire y recostó la cabeza en la ventanilla. Se había levantado de repente un ventarrón que anunciaba una lluvia de barro, propia de los días que siguen a las ásperas semanas de calor sofocante. Las ramas de los árboles se batían entre sí, entrelazándose. Poco a poco, las calles y los parques se iban vaciando, a sabiendas de que el chaparrón que se avecinaba sería de campeonato.

Miré a mi amigo con cierta ternura. A esas alturas de mi carrera política, todos los prolegómenos de un debate eran archiconocidos. Solo un inútil o un principiante podía cometer un error de ese alcance, pero, como a los boxeadores antes de subir al ring, no estaba de más recordarles los rudimentos más básicos de la batalla. Las ráfagas de viento arreciaron y comenzaron a caer las primeras

gotas. Un primer relámpago despiadado se manifestó sobre las nubes. Y enseguida oímos el trueno. La tormenta nos pisaba los salones.

—Ya sabes que te ha correspondido por sorteo abrir el primer turno de intervención. Y, por desgracia, Rosa Peláez cierra el debate con el minuto de oro. Tienes las palabras ajustadas a cada minuto en esos dos tramos de intervención. Recuerda que lo hemos ensayado y está cuadrado. No improvisamos nada, ¿de acuerdo? Por mucho que Rosa Peláez trate de llevar el debate al límite. Tiene que arriesgar porque las encuestas le van fatal. Pero tú no debes apartarte del guion. Que no parezca que ella lleva la iniciativa. Es como el deporte, ella tiene que remontar y hará lo posible por hacerlo. Tú eres superior, pero no vayas de sobrado; hoy tienes que aguantar, cualquier otra reacción sería una señal inequívoca de debilidad. Te va a retar con su mirada y tendrá además preparado algún as en la manga para atacarte. Tranquilidad absoluta. No muestres ni un ápice de superioridad en tus gestos, que se entenderá como una muestra de machismo, ni displicencia. Ni un halago ni una descalificación. Sabes manejar a la perfección los tiempos y también la gestualidad, pero es bueno que te lo recuerde hoy, el día del examen final. No podemos suspender ninguna de las pruebas.

Las primeras gotas acabaron convirtiéndose en un torrente de agua, como si todas las nubes del cielo se hubiesen abierto en canal. El agua repiqueteaba en la cubierta del coche. Los puyazos de esas gotas sobre el capó licuaban las palabras. Andrés maniobraba con precaución mientras iba dejando atrás semáforo tras semáforo, en una carrera sincronizada para llegar puntuales a la cita.

—Perdona que insista con esto, pero evita leer, por favor. Hay que mirar a los ojos, tanto a los de Peláez como, cuando toque, a los de los espectadores, que te estarán observando a través del ojo central de la cámara. Míralos a todos. Hoy serán millones. Están expectantes y te juzgarán por lo que digas y, sobre todo, por cómo actúes. Recuerda que las palabras son solo el siete por ciento de la comunicación. La gestualidad es todo lo demás. Nunca muestres un atisbo de vulnerabilidad. Rehúye de lo personal, pero si el debate se pone chungo, recuerda que tenemos artillería suficiente como para acabar con ella. He hablado con Chus Álvarez, su jefa de gabinete, y le he dicho que eviten los asuntos íntimos o no respondemos. Le he advertido que, con toda probabilidad, va a perder el debate y las elecciones, pero que conserve al menos el pundonor y la reputación. Chus me ha dado su palabra de que así va a ser, pero no me fío un pelo de Rosa. Es una descontrolada, y más cuando sabe que está en desventaja.

Una pareja corría bajo el humedal en que se estaba transformando la ciudad. Él la atrapó con su zancada y la abrazó por la espalda. Ella parecía temblar, y él suplía el paraguas con su cuerpo. La lluvia había hundido la melena de la mujer en su rostro, que denotaba una belleza mojada de amazona. Él se le acercó al oído y gritó algo. Me hubiese gustado saber qué. Andrés aceleró por el bulevar de Príncipe de Vergara y dejé de verlos. El cielo plomizo de Madrid se había roto en pedazos, dejando que el agua fluyera sin control. La tromba apretaba cada vez más.

—Tenemos preparados a todos los equipos de redes en la sede para que editen tus mejores momentos a la vez que transcurre el debate. También las meteduras de pata de Rosa Peláez, que serán

considerables. Y hay instrucciones para que todos los cargos y militantes del partido te muestren apoyo en redes. Si hay uno solo que no lo hace, nos lo cargamos. Habrá dos pausas para la publicidad. Nos acercaremos a la mesa Ramírez y yo. Ya sabes todo lo que hay que hacer, de modo que nosotros solo te diremos cosas banales, pero tenemos que dar la impresión de equipo. Ningún comentario que pueda ser escuchado por la otra parte ni por algún presentador. Reordenamos carpeta y continuamos. Hablando de los presentadores, ni Patricia Gómez ni Santos Valido deben interferir en el debate. Está muy hablado con ellos. Solo intervendrán para moderar tramos de debate y tiempos. De hecho, Patricia se la juega. Si quiere ser directora de informativos de Televisión Española, ya puede tratarte bien esta noche. Como sabes, Rosa Peláez tiende a interrumpir y a sobreactuar mientras hablas, así que, si os solapáis en la conversación, no te calles y sigue hablando, que no parezca que ella lleva la iniciativa, aunque no se entienda porque habláis ambos. Y solo en el caso de que ella haya llevado el debate al límite y no se pueda continuar, solicitas a los moderadores que te dejen hablar. En tu réplica, puedes afearle con elegancia que no está acostumbrada a escuchar argumentos opuestos a los suyos y que bien haríamos todos en interrumpir menos y escuchar más. Siempre con exquisita amabilidad. Todos sabemos que es gilipollas, pero que no parezca que tú también lo piensas. Quienes lo tienen que pensar son los espectadores.

Atravesamos el diluvio a través de la calle Arturo Soria en un Madrid donde no había ningún alma a la intemperie. La tormenta había borrado los trazos de los edificios y los contornos de las farolas y de los árboles. En esos días de lluvia torrencial, el que viajaba a

resguardo en un coche sentía la sensación de estar en una placenta, o en una nave aislada dentro de un universo borroso.

Apenas quedaban diez minutos para que llegásemos a la entrada de los estudios de Onda TV, y medio país se preparaba en sus casas para ver el debate. La lluvia estaba echando una mano para que eso fuese así.

—Recuerda que es el primer debate presidencial a dos en la historia de España entre un hombre y una mujer. Mide tus palabras. Contén los gestos. Perdona que te vuelva a comentar esto, pero es importante. Sé que te irrita que te lo diga, pero la gente está más pendiente de esos detalles que del contenido de los programas electorales y de las propuestas. Cualquier comentario desacertado o desabrido por tu parte, lo utilizarán. Nunca pierdas de vista que es una mujer. Cualquier cosa que digas en su contra, puede considerarla un ataque machista. Ella estará llegando ahora. Le ha caído el chaparrón igual que a nosotros. Está previsto que, en caso de lluvia, como hoy, nos esperen con un paraguas abierto al salir. No te vas a mojar. Ramírez y yo nos buscamos la vida. No se te ocurra mirarnos durante el debate. Mantente impávido, aunque tengas la tentación de reírte de alguno de sus comentarios. Gestualidad amable. Templado. Solvente. Elegante. Tienen que verte como su futuro presidente del Gobierno. No entrelaces los dedos. No te metas la mano en el bolsillo. No muevas los brazos más que lo imprescindible, que no dé la impresión de que estás nervioso. Y colócate erguido pero relajado, que no parezca que te han metido un paraguas por el culo.

Miré a Alberto como si hasta ese momento no me hubiese dado cuenta de que iba a mi lado soltándome la monserga. Pensé que no

podría aguantar ni un solo día encerrado con él en un arca si aquello fuera el diluvio universal. Tenía su gracia que me estuviese dando lecciones como un maestro, cuando todo lo que había aprendido se lo había enseñado yo. Es frecuente en política que cualquier subalterno poco capacitado te dé consejos. Me había acostumbrado a abstraerme con una sonrisa idiota entre los labios. Hasta la estupidez podía pasar si era transitoria.

—Ya veo que pasas de mí, pero me da igual. Atiende. Al llegar al plató, os harán una fotografía. Los presentadores se colocarán a cada lado y vosotros dos, en el centro. Saludas a Rosa Peláez tendiéndole la mano con cortesía y un sencillo «¿Cómo estás?». Básico. Con sonrisa contenida. Sin ningún otro rastro de sentimiento que no sea la cordialidad. El apretón de manos ha de durar lo justo. Un segundo y sueltas. Con los presentadores, lo mismo. Mano y sonrisa. En el posado, los brazos caídos hacia los dos lados del cuerpo. Nada de manos a la espalda ni manos delante entrelazadas a la altura del vientre. Cuerpo abierto y relajado. Que no parezca que estás escuchando el himno nacional ni te muestres tal como eres. Chaqueta abotonada. Por favor, que te olvidas siempre. Aunque has dudado de llevar corbata, te sienta bien. Y es necesaria. En un debate múltiple y con aspirantes más jóvenes, la corbata podría sobrar. Hoy no. Hoy van a ver a su futuro presidente. La mayoría ya lo saben, pero tienes que reafirmarles en la idea de que no se equivocan.

Andrés detuvo el coche delante de un disco que pasaba del ámbar al rojo. Cada vez era más difícil observar el paisaje, que había desaparecido debajo del aguacero. En días de lluvia, resultaba habitual tener el ánimo más bajo, menos optimista. Pensé en que

todos los que se habían quedado en casa teniendo que ver el debate como un mal menor, podrían sentir el deseo de arrojar la televisión por la ventana. Debía de ser muy irritante renunciar a una noche de copas o cena para contemplar a dos profesionales de este oficio tirándose los trastos a la cabeza.

—Sabes que después del debate comenzarán las votaciones en los diferentes diarios digitales y radios sobre quién ha ganado. Están todos preparados, humanos y no humanos, para votar a tu favor. Todos los bots a tus órdenes. En cuanto termines, salimos juntos y te encaminas al espacio habilitado para todos los periodistas y prensa gráfica. Sueltas las cinco frases que hemos preparado. Ninguna alusión a Rosa Peláez. Y te diriges a todos los españoles, agradeciendo su comprensión y esperando que vayan a votar el domingo. Hay que hacerles entender que son parte de este gran proyecto. Es importante eso y que tengas unas palabras de reconocimiento de nuevo para toda la prensa que está dando cobertura a las campañas de los partidos. Subiremos al coche y Andrés llevará la góndola por los canales de Madrid hasta la sede. Allí te esperarán un batallón entregado y preparado por nuestra organización juvenil y todo el comité de dirección en el vestíbulo de entrada. Vítores, aplausos y abrazos por doquier. «¡Presidente! ¡Presidente!». Diez minutos de gloria enlatada y a casa, que esto no para.

Alberto me volvió la espalda, dirigiendo su mirada hacia la ventanilla. Observó el exterior intentando reconocer algún lugar familiar para calcular el tiempo que quedaba para llegar. Flexionó el brazo derecho y ajustó unas cuartillas que asomaban por el lado superior de la carpeta. Me quedé meditando unos segundos,

buscando el modo de evadirme de toda aquella verborrea. Como solía hacer, me había quitado los zapatos para dar un poco de aire a mis pies.

Observé los calcetines rotos a la altura de los dos dedos gordos. Uno de ellos parecía un muñón de carne estéril mientras que el otro presentaba señales cárdenas, probablemente fruto de alguna rozadura. Eran los quintos pares de calcetines que había destrozado con las uñas en lo que iba de campaña.

—Los medios ya tienen los mensajes para lanzar en cuanto termine el debate —murmuró Alberto continuando con su alegato a pesar de mi desprecio—. Algunos nos han pedido incluso los titulares. «Hurtado no tuvo oponente». «El aspirante sale reforzado del debate y encara los últimos días de campaña». «Se acabó. Hurtado, presidente». Es clave que toda la prensa recoja al unísono tu victoria en el debate. Es demoledor para el rival. Por eso, es fundamental no improvisar. ¡Al guion, al guion! Los demás candidatos seguirán quejándose porque habéis limitado el debate a dos. ¡Que les zurzan! Después del debate, habrá varias tertulias en los diferentes medios para analizarlo. Contamos con voceros en todas ellas y van con el argumentario bien aprendido.

El coche enfilaba la circunvalación, apenas ocupada por alguna otra nave náutica perdida en el espacio, en dirección a los estudios de televisión. En cinco minutos, habríamos llegado.

—¿Cómo estás? ¿Nervioso? —preguntó cuando ya enfilábamos el camino de acceso a las autoridades.

—¿Nervioso? ¿Por el debate? —respondí de mala gana—. Estoy nervioso por toda la mierda que tengo encima, pero este debate me la trae floja. Y toda la turra que me has soltado era innecesaria. No

os pago para que me digáis lo que ya sé. Quizá vaya siendo hora de tener a mi lado a alguien que me diga lo que no sé. Cada vez que hablo contigo, puedo anticipar tu conversación. ¡Qué pereza! Y encima ya ni te molestas en bailarme un poco el agua y decirme lo bien que estoy llevando esta campaña. Nada.

—Muy bien, H. H. Tú siempre tan amable. ¿Puedes decirme dónde te tienes que colocar en la mesa de debate? ¿A la derecha o a la izquierda? —me preguntó revolviéndose en su asiento.

—Pues depende de dónde se vea. Si desde la posición del espectador o desde mi posición en la mesa —contesté mientras soltaba una carcajada a mandíbula batiente—. ¿Y eso qué importancia tiene? Allí me lo dirán. ¡Qué te crees!

—Eres inaguantable, Humberto —suspiró, zanjando la conversación.

—¡Venga, relájate un poquito! ¡Y prepárate! Que casi estamos en la puerta. En cuanto bajemos del coche, las cámaras nos estarán grabando, así que alegra esa cara. La contienda está a punto de comenzar —dije imitando el tono de un conocido presentador de telediario.

Alberto se llevó la mano a la frente, tan empapada que parecía que estaba lloviendo dentro del coche. Estaba inusualmente agitado, al borde de un ataque de histeria. Preferí no pensar si su estado de alteración era producto de otras circunstancias ya demasiado familiares. Me quité el cinturón de seguridad y me arreglé la corbata mientras el coche se detenía.

—Tres, dos, uno. *The show must go on* —dije canturreando mientras dirigía la mano al tirador interior de la puerta. Andrés había

desbloqueado el seguro—. Y péinate un poco, Alberto, que parece que acabas de levantarte de la cama.

Viernes

Dos días antes de las elecciones

22

«Humberto Hurtado, ganador por aplastamiento». «No hubo debate. Hurtado venció sin resistencia». «Triunfo inapelable del candidato Hurtado».

Todos los medios se habían hecho eco de mi abrumadora victoria, un combate desigual cuyo resultado no sorprendió a nadie. Ya solo quedaba un día de campaña antes de la inútil jornada de reflexión, y aunque el desenlace estaba cada vez más cerca, el cansancio y la tensión acumulada me estaban pasando factura.

Me miré en el espejo del cuarto de baño y mi aspecto resultaba bastante deplorable. Ni siquiera el jabón de afeitado era capaz de ocultar la fatiga que se manifestaba en mi rostro. Había dormido mal, como de costumbre. De vez en cuando Carmen se despertaba sobresaltada y me miraba de hito en hito, como si estuviera intentando descifrar algún secreto que no le había sido desvelado.

Cada vez que nuestros rostros se encaraban en la cama, yo cerraba los ojos para evitar que el encuentro visual revelase mi condición de culpable y aquello desembocara en una conversación que no tenía ninguna gana de afrontar. Así, me hacía el traspuesto hasta que escuchaba nuevamente el siseo de su ronquido de conejo y entonces volvía a fijar los ojos en el techo, dejando vagar mis pensamientos. Entre ellos, el incidente en la fiesta de Sandra Vila.

Me atormentaba no saber qué se habrían dicho Carmen y Elena cuando fueron juntas al aseo. Aparentemente, la actitud de mi mujer hacia mí no había cambiado después de aquello, pero eso podía no significar nada. Estaba convencido de que siempre había sospechado de mi infidelidad crónica, pero jamás se había atrevido siquiera a insinuármelo, so pena de que su desvelamiento le forzase a tomar una decisión indeseada en un momento en el que ella estaba también a punto de tocar el cielo con las manos. Debía de pensar que el éxito requería de ciertos peajes y parecía estar dispuesta a pagarlos con una sonrisa falsa. En eso, éramos almas gemelas.

Tampoco facilitaba el sueño la calima de la noche; un verano anticipado, como suele ser habitual en Madrid, que provocaba un bochorno asfixiante que no cedía siquiera cuando caía el sol.

Por cansancio, o por abatimiento, cerré los ojos y, al parecer, me quedé dormido.

Mis sueños me transportaron a la última noche que pasé con Elena antes de comenzar la campaña electoral. No dejó de abrazarme, tanto que pensé que nunca me soltaría. Sus brazos temblaban como los de una niña asustada y presagié, por un instante, que podía ser la última vez que estuviésemos juntos. Yo también la abrazaba, del modo en que abrazan los boxeadores castigados cuando necesitan que su contendiente no se mueva. «No voy a verte en varias semanas. Se me va a hacer muy largo», me musitó al oído, rozando el lóbulo con voz jadeante. Entonces la sujetaba con más fuerza, esperando que la presa aplacase su turbación. Pero todo era en vano. Yo era incapaz de articular palabra por puro miedo, y creo que ella comenzaba a presentir que algo se estaba rompiendo. Quizá era mejor así. Tenía cierto cargo de

conciencia de no saber qué decirle en ese momento, pero, a la vez, mi miedo atávico al conflicto trataba de convencerme de que era mejor que las cosas transcurrieran solas, sin necesidad de forzarlas ni de enunciarlas. Mejor no actuar y esperar que meter la pata, un lema muy extendido en mi campo.

«Sabes que no podría vivir sin ti». Fue lo último que le escuché decir aquella noche. Me concentré en sus muslos tersos, procurando evitar que percibiese el desconcierto que me provocaban esas palabras. No era la primera vez que, con una mezcla de reprensión y de fatalidad, me descerrajaba esa frase. Había algo en esa actitud, en ese tono circunspecto, en esa aspiración severa, que me removía las entrañas.

Elena había comenzado a sentir que su posición era residual e instrumental, y entraba en una fase de la relación donde podía convertirse en una verdadera amenaza. Lo cierto era que yo la deseaba, pero tampoco estaba dispuesto a tirar mi vida por la borda, y menos en un momento tan decisivo. Cada vez que ella me planteaba cómo sería nuestro futuro, alegando que no podíamos seguir así toda la vida, yo le daba largas. Al fin y al cabo, mi vida había sido siempre un ejemplo de cómo rehuir los problemas encogiéndome de hombros ante todos los conflictos, especialmente los emocionales. No dejaba de ser curioso que esa forma mía de comportarme se hubiese convertido, en la vida política, en una virtud que se llamaba prudencia. Al menos, eso era lo que decían. En verdad, solo era la más primitiva forma de cobardía posible.

—Te está llamando «Encuestas» —oí decir a Carmen para despertarme y devolverme al presente de mi hogar—. Debe de ser el último *tracking*. Ya me dirás cómo van los sondeos.

Sus palabras sonaban deformadas por efecto de la pasta de dientes que se le escurría por la boca. Tenía la fea costumbre de hablar mientras se lavaba los dientes.

Había cometido el error, y no era la primera vez, de dejar el móvil en la mesilla. Cierto era que Carmen nunca había tenido la osadía de atender mis llamadas, pero no podía seguir jugando con fuego, vistas las circunstancias.

Parpadeé un par de veces y me incorporé en el preciso instante en el que Carmen salía de la habitación. Por un momento pensé que el móvil no estaba en la misma posición en la que lo había dejado antes de acostarme, pero procuré no agitar demasiadas cavilaciones.

El día se presentaba largo y sofocante, como una maldición. Y eso que aún no sabía que sería aún más largo y sofocante de lo que podía imaginar. Primero Almagro, en autobús; después viaje relámpago a Sevilla, donde nos jugábamos el último escaño, clave para la mayoría, y, por fin, vuelta a Madrid para el cierre de campaña. Tenía que elegir la ropa apropiada para evitar que asomasen las sombras de mi sudoración, así que abrí el armario para seleccionar la indumentaria del día. Al empezar la campaña electoral, había ordenado las prendas en función de cada jornada, y no resultaba difícil dar con el traje diario.

La última semana de campaña se nos había hecho eterna, porque cundía un sentir de victoria anticipada que muchas veces se compadecía mal con el esfuerzo y la entrega necesarios para mantener el tipo hasta el final, sin lanzar las campanas al vuelo antes de tiempo. Deseaba por todos los medios que los dos días que faltaban para conocer el resultado transcurriesen a toda velocidad.

—Papá, ¿en la Moncloa hay piscina?

Clara, mi hija pequeña, había entrado en la habitación sin permiso. Lucía una melena de azabache brillante y unas piernas y brazos torneados que evidenciaban su buena forma y la herencia genética que había recibido. Era francamente hermosa, más de lo que nunca hubiera podido imaginar cuando la concebimos. Se acercó y me plantó dos besos, los únicos, junto con los de Paloma, que mi fobia podía aceptar.

—¡Menuda cara llevas! —añadió, en su tono de burla habitual—. Será verdad que los presidentes del Gobierno envejecen rápido, pero ¡no sabía que también les ocurría a los candidatos! ¡Venga, que solo te queda hoy para acabar con este infierno!

—Veo que ya estás con el bikini a estas horas de la mañana. Pero ¿tú no tenías que estudiar? Ayer me preguntaron en una entrevista por la EvAU y no dejaba de pensar en ti. Espero que todo vaya bien y te prometo que te construyo una piscina olímpica… para ti sola.

Se me escapó una carcajada espontánea, probablemente la única sincera de toda la semana, y es que aquella mujercita se había convertido en mi debilidad. Ella lo sabía.

—Te están saliendo escamas y pronto no te voy a reconocer —añadí bromeando—. Así, convertida en pez espada o en mantarraya, sería más fácil transportarte a la Moncloa. En una pecera.

—Me dicen que los hijos del presidente actual tienen escolta. Y que les controlan todos los movimientos —dijo ella, haciendo una pausa afectada para volver a la carga, recuperando su tono habitual —. Te diré que por un lado me hace gracia eso de llevar un guardaespaldas, siempre que lo pueda elegir yo…

—Como sigas diciendo estupideces, te encierro en la bodeguilla del palacio, y el único que te visitará seré yo. Solo te pido que allí no

te pases con el volumen de la música, porque no vas a dejar dormir al personal…

Miré detenidamente a mi hija y sentí que parte de la vida, de la suya y de la mía, había pasado a tal velocidad que ya no era posible volver atrás ni detenerse a tomar un respiro. Allí estábamos, diecisiete años después del parto más largo del mundo, dos días que si salgo o no salgo para acabar aquí, en el trance de hacer las maletas para el palacio de la Moncloa. Pensé que ella era consciente de que no había vuelta atrás y de que la vida nos iba a cambiar a todos, porque no había quien saliese indemne de una experiencia así.

—¿Y las vacaciones? ¿A alguna residencia oficial bien amueblada, con piscina y con vistas al mar? Me pido la mejor habitación antes de que la elija Paloma. Dime si podré invitar a mis amigas…

Clara me lanzó esa mirada pícara que me cautivaba y que siempre exhibía cuando esperaba conseguir algo de mí. Era experta en el cambio de registro y tono. Sabía hacer pausas dramáticas para después, sin solución de continuidad, explayarse en monólogos inacabables. Era dueña de todas las intrigas y sabía cómo dejarme sin argumentos.

—No te quiero agobiar más por hoy, que bastante tienes —dijo para terminar la conversación—. Que sepas que me he comprado ya el vestido para el domingo. Y que vas a poder presumir de hija…

Me guiñó el ojo mientras se giraba para salir de la habitación. Suponía que, para todos, el cambio de vida representaría no pocos sacrificios, pero también muchas ventajas. Y, al fin y al cabo, toda mi vida había sido un intento de endosar a otros los esfuerzos y

conservar las prerrogativas, aunque para mis hijas solo quería lo mismo que para mí: el poder y los privilegios que este otorgaba.

Me vestí con una camisa blanca remangada hasta las muñecas. Al abrocharme los botones, comprobé, con una mezcla de alivio e inquietud, que me quedaba bastante más holgada de lo que recordaba. La campaña me estaba dejando en el chasis. No hay mal que por bien no venga. Lo mismo ocurría con el pantalón, así que probé a sujetarlo en un agujero del cinturón que había estado inmaculado hasta la fecha.

Recordé que Elena había reparado desde el primer momento en mi pérdida de peso cuando nos vimos en Mérida. Se había burlado de mí con esa vena pícara que le salía cuando se relajaba. A Carmen, en cambio, le había pasado inadvertido o, simplemente, no se había molestado en manifestármelo.

Descendí descalzo por las escaleras hasta llegar a la cocina. Antes de entrar me quedé mirando a Paloma, con los cascos de música en las orejas, ajena a mí y a todo lo demás. Cogí una taza de café y me puse a contemplar el jardín sin que ella se percatase de mi presencia. Me acerqué despacio para no sobresaltarla, con una mirada apaciguadora. Cuando me vio, dio un salto hacia atrás. Me contempló con ojos de espanto, pero también de rabia y de asco.

—¿Cómo has podido hacer eso? Eres un verdadero cabrón. — Paloma movía abochornada los brazos y las manos. Sacudía la cabeza, y en sus ojos se agolpaba un torrente de lágrimas a punto de caer.

—¿Qué coño estás diciendo? No te consiento que me hables así — respondí con autoridad, pero temeroso de que aquella reacción de mi hija anticipase otra grieta en el muro de mis secretos.

—Estoy hablando de tu amante. ¡Mira que me lo imaginé! Incluso tuviste el cuajo de presentármela una vez. ¿No te acuerdas? Ya sospeché entonces. Cómo os mirabais, la complicidad que había entre los dos… Eres un sinvergüenza. Te damos igual todas. Lo único que te importa eres tú. Tu satisfacción personal. Eres un hipócrita.

Las palabras de Paloma brotaban como piedras entre un oleaje incontenible de reproches. Era difícil frenar una embestida así, más cuando negarlo ya no era una salida posible.

—¡Cálmate, por favor! —supliqué bajando la voz para evitar que Carmen o Clara pudieran escucharnos—. No es el momento de hablar de esto, por favor. Te lo puedo explicar, pero no ahora. Muchas veces no somos conscientes de las consecuencias que pueden tener nuestros actos. Yo quiero a tu madre, y eso es lo importante. Y quiero pedirte perdón. ¡Por favor te lo pido! ¡Deja de llorar!

—¿Perdonarte? ¡Has arruinado mi vida! ¡Nuestra vida!

Una sacudida incontenible removía todo su cuerpo, como si hubiera sido poseída por un demonio. Tenía el rostro empapado en lágrimas, que absorbía a duras penas hasta casi atragantarse.

—¿Y todo, para qué? ¿Te sientes mejor? Carne fresca, casi tanto como la mía. Al principio, no me lo podía creer, pero enseguida confirmé mis sospechas.

—¿Cómo te has enterado? —dije sin pensar, temiendo que también hubiese visto las fotografías.

—¿Solo se te ocurre preguntarme cómo me he enterado? Lo sabe medio Madrid. Al menos, podrías haber sido discreto, pero os habéis dejado ver por todos lados —contestó ella mirándome con estupor.

—¿Lo sabe tu madre? —acerté a preguntar.

Mis palabras temblaban al salir de mi boca. Era la pregunta clave. Y me aterrorizaba la respuesta. La escudriñé durante unos segundos que se hicieron eternos, imaginando el peor de los escenarios.

Paloma me dio la espalda, quizá porque ya no podía resistir tanta miseria. Sabía que me consideraba un miserable, pero un miserable al que le quedaban dos días para alcanzar su objetivo. La respuesta de mi hija mayor sonó como un martillo que golpease un yunque:

—Eso es lo que verdaderamente te preocupa. Y, de paso, querrás saber si el abuelo también se ha enterado, imagino. No sé si te preocupa más que lo sepa ella o él —dijo volviéndome la espalda mientras pasaba su brazo derecho por el rostro para enjugarse las lágrimas—. Apuesto que el abuelo, ¿a que sí?

—¡Basta ya! ¡No es el momento, Paloma! —dije casi pegado a su oreja, para que solo su tímpano recibiese mis palabras—. Mira, hablaremos cuando pase todo esto, pero ahora te pido discreción. ¡Y perdóname, por favor! ¡Te lo pido por dios! Ahora necesito que me contestes. ¿Lo sabe?

—Yo no se lo he dicho… todavía —respondió entre gimoteos—, pero dudo que no le haya llegado por otras vías. A mí nunca me ha dicho nada.

Sus palabras surtieron un efecto contradictorio. Por un lado, parecía sincera cuando me decía que no le había contado nada a su madre, pero, de otra parte, insinuaba que la cosa era *vox populi* y no era descartable que Carmen ya estuviese al tanto de todo.

Sin darme tiempo para hacer otra pregunta, Paloma se apresuró escaleras arriba hacia su habitación. La suerte estaba echada, y lo que había ocurrido era irreversible. Me quedé solo escuchando de

fondo del zumbido de la nevera, que estaba muy cerca del desguace, casi tanto como yo en aquel instante.

—¿Has visto a Paloma? —preguntó Carmen, apareciendo de repente, con una expresión inequívoca de preocupación e impaciencia—. La estaba buscando en el jardín… No ha desayunado hoy. Estoy preocupada por ella. Lleva varios días distante. Se encierra en su habitación y solo escucha música. Algo está pasando y no sé qué es.

—Acabo de hablar con ella. —Traté de reprimir mi sobresalto—. Está un poco agobiada con la nueva vida que se viene a partir del lunes. Es normal. Nada va a ser como hasta ahora, y lo está procesando. Clara se lo ha tomado con espíritu olímpico, pero Paloma es más analítica. Ya la conoces. Le cuesta más digerir los cambios.

Mentí con alevosía, por inercia, sin confiar demasiado en que Carmen no estuviera ya al tanto del asunto pero prefiriera mantenerlo en secreto hasta el domingo. Mientras esperaba su reacción, observé con atención si mi explicación le había resultado creíble.

—Me dejas helada. No me ha dicho nada —acertó a responder, algo ruborizada porque su hija le hubiese ocultado su preocupación —. Lo tiene que estar pasando muy mal, sabiendo cómo es.

—Eso parece —contesté aliviado, convencido de que mi mujer me había comprado el argumento—. Creo que lo mejor es que la dejemos en paz unos días. Me lo ha pedido ella. Me ha prometido que se pondrá bien y que el domingo estará dispuesta para la celebración. Ahora tengo que marcharme. Me está esperando Andrés

desde hace media hora —añadí, y me encaminé hacia la puerta de salida ajustándome la corbata.

—Que te vaya bien. Por cierto, no te dejes el móvil. Acaba de llamarte otra vez «Encuestas». Responde y así sabes si mantienes la ventaja. Y acuérdate de llamar también a tu madre. La pobre Teresa ya no sabe si tiene un hijo o un concursante de *Gran Hermano* al que solo ve por la tele. Deberías prestarle más atención… En fin, es tu último día, ponte las pilas y a por ellos.

Me sonrió con malicia y se despidió. No pude adivinar lo que pasaba por su cabeza en ese momento. Su semblante era todo un misterio. Pero no había tiempo que perder. Cerré la puerta y observé el cielo despejado. Un nuevo día de calor. Esta vez, nos esperaba un autocar repleto de periodistas.

23

Siguiendo las modas que nadie sabe quién imponía, Ramírez nos había embarcado en la chaladura de ir en el mismo autocar que los medios que cubrían nuestra campaña. Se suponía que el trato cercano con ellos favorecía un mejor conocimiento del candidato, confidencias fuera de micro y compadreo en general. Yo creía que nadie había comprobado que aquella melé fuese mejor que ir cada uno por su cuenta, pero la costumbre se había institucionalizado y ya era inamovible.

Miré hacia atrás, al equipo de campaña, que atendía a los reporteros que iban subiendo, y me arrellané unos instantes en el asiento que tenía reservado.

—Tenemos un encuentro con la gente de Almagro y un picoteo allí, ¿no?

Pedro, que estaba flirteando con una reportera de unos hechizantes ojos verdes, se volvió:

—Está organizado, jefe. Lo hemos encargado para doscientas personas. Hacemos parada técnica, declaraciones, saludo a la concurrencia y seguimos para Sevilla. Vamos un poco apurados de tiempo, pero no había otra manera de encajarlo.

Nada más pisar Almagro, respondí a las preguntas obvias sobre si éramos los Quijotes o los Sancho Panza de la política, que era tanto

como si en Sevilla tuviese que aclarar si nuestro programa era más de saeta o de soleares, o en Valencia si éramos más de paella de pollo o de marisco. No sé si era cosa de la prensa del lugar o de la vulgaridad imperante, pero había que pasar por estas cutres metáforas locales.

Tocaban entonces las fotos de rigor en las tinajas de barro de tres metros de alto y el comentario archiconocido sobre los millones de litros de la Mancha que alimentaban las bodegas de Burdeos. Ramírez nos recordó que estaban prohibidas las bromas sobre los perros que, en otras épocas, se echaban en las cubas para la fermentación, y más después del desgraciado incidente con el dóberman. «Es un bulo, es un asco y perjudica de cojones al que lo mencione». Tras las declaraciones de rigor, nos dirigimos raudos al polideportivo, donde se había organizado el almuerzo.

El encuentro respondió al guion habitual: exceso de comida y bebida, música atronadora, discurso «improvisado», besos a señoras e infantes y las correspondientes imágenes enlatadas, grabadas por nuestro propio equipo, que entregábamos a prensa. Desde hacía unos años, esta era una práctica que los medios, por comodidad, por ahorrarse al enviado especial o por renuncias inconfesables, emitían sin rechistar. Una nueva muesca en el revolver de las cesiones periodísticas.

Resoplé antes de dar el último buchito a una copa de vino tinto. Las tripas habían empezado a sonarme con estruendo para dar paso después a unos pinchazos insufribles. Me froté el vientre con las manos, pero la sensación de carcoma me seguía sacudiendo las entrañas. El recuerdo de la conversación con Paloma me producía

retortijones. ¿Quién más sabía lo de Elena? ¿Alguien lo habría publicado ya? ¿Estarían circulando las fotos por las redes?

Aquellos pensamientos me asaltaban cada vez que notaba una vibración del móvil y acudía a consultarlo para comprobar si ya era hombre muerto. Casi prefería que cayera ya la sentencia a tener que lidiar con la incertidumbre de no saber cuándo iban a darme el tiro de gracia.

Estaba empezando a encontrarme realmente mal y observé a todos los periodistas, del primero al último, para asegurarme de que mi malestar les pasaba desapercibido. Pero, sobre todo, intenté escarbar en sus mentes, ocupadas a partes iguales por noticias que sus directores les prohibían publicar y artículos de opinión, en los que intentaban ensayar fórmulas originales para sobrevivir en el oficio. No llegué a atisbar en ellos ningún gesto que hiciera sospechar que alguno tuviera conocimiento de las fotografías, pero tampoco podía estar seguro del todo porque eran verdaderos profesionales del disimulo. Igual que los políticos.

—¡Candidato! —exclamó a mi espalda uno de esos periodistas sin recorrido profesional, perteneciente a un medio recién creado. A su manera, eran los más peligrosos, porque no tenían filtros—. ¿Desea hacer una valoración de la salida de la cárcel del diputado Martín Pujadas? Ya sé que ha reiterado en ocasiones anteriores que usted no lo conoce, pero fue un miembro destacado de su partido durante mucho tiempo.

Negué con la mano. Era un asunto prescindible, a pesar de que, coincidencias temporales, después de varios años de cárcel por tráfico de influencias y apropiación indebida, el exdiputado Martín

Pujadas abandonaba, precisamente ese viernes, la prisión de Sangonera, en Murcia.

—No he hablado nunca con él. Si ha cumplido su sentencia y se ha rehabilitado, está en paz con la justicia —zanjé la conversación, midiendo con cuidado las palabras para no dar pie a algún titular malicioso. Si bien era cierto que nunca había hablado con él, nuestros caminos se habían cruzado en un momento clave de mi carrera política.

Fue el día en el que Gustavo Coronel, el eterno secretario del grupo parlamentario, me dijo que el presidente del partido quería hablar conmigo a solas en su despacho del Congreso de los Diputados. Estábamos casi al final de mi primera legislatura como diputado nacional, y los movimientos para cocinar las nuevas listas electorales eran cada vez más intensos.

La figura del presidente resultaba inalcanzable para cualquiera de los diputados rasos como yo. Si bien es cierto que asistía puntualmente a las sesiones de control y no se perdía una votación, en esas fugaces presencias apenas le daba para saludar con displicencia regalada a los que no ostentábamos ningún cargo directivo. Yo solo había intercambiado con él algunas frases aisladas, saludos protocolarios y fotografías para mis redes sociales.

Entré con un respeto reverencial en el despacho asignado a los jefes de la oposición en el edificio noble del Congreso. El presidente estaba allí, de pie, y yo me sentí menor en su presencia. Tenía un tono de voz hipocrático, como el de los médicos de antes, e infundía una gran seguridad. Parecía un hombre cabal, pero era conocido por su habilidad para llegar allí donde estuviera el poder, al precio que fuera. «Ya ha llegado el momento de conocerte, Hurtado. No dejo de

recibir buenas palabras sobre ti, aunque también tienes tus detractores. Nunca olvides que, en este oficio, tan malo es ser halagado por todos como odiado por todos. Cuando un día miras al cielo y te despistas, el suelo se puede abrir bajo tus pies y desaparecer. Así de sencillo y así de desgarrador. Con honestidad te digo que esta es la profesión más despiadada del mundo, junto al periodismo, pero también la más divertida y la más lucrativa si sabes jugar bien tus cartas».

Las palabras del presidente manifestaban una convicción apabullante. Exhibía en sus frases una seguridad plena y pensé que aquello era una demostración portentosa de poder. Por temor escénico, evité mirar alrededor, aunque, tiempo después, aquel despacho no tendría secretos para mí. Se sentó en uno de los sofás y prosiguió.

«El poder, Humberto, el poder. Hay quien mata por esto. Pero este no es un mundo para los sabios, sino para los listos. Si quieres un funcionario de alto nivel con oposición en la Administración del Estado, solo tienes que pedirlo. Basta con unas llamadas. Les prometes un ascenso en su escala administrativa, un nombramiento en la universidad, una dirección general insulsa de esas que los demás despreciamos y, oye, tan felices. Morirán por ti a cambio de conservar su estatus de académico con toga o de alto cargo de la Administración. Y si alguno se rebela y pretende ir por libre, no hay que tener piedad con él. Al sótano a pegar sellos hasta que se jubile con el sueldo base, sin complementos, ni productividad, ni hostias…, y porque no se les puede echar, que si no…».

El presidente estaba relajado, con las piernas estiradas y dando cuenta de un botellín de agua mineral con gas. Parecía deleitarse en

su disertación. Yo sabía que no debía interrumpirlo, no fuera a romper el ensalmo. «Pero, siéntate, Humberto. No te quedes de pie. Puedes coger una botella de agua si quieres».

Me senté en una butaca que estaba a la derecha del sofá donde él se había aposentado. Miró por la ventana, hacia las tejas rojas de un Madrid escamado por la plata de un sol espeso de julio. Se levantó y se dirigió a la mesa del despacho. Sorprendía que estuviese vacía, sin rastro de papeles, carpetas o cualquier otro útil de trabajo. Abrió un cajón y extrajo una bolsa de caramelos de menta. Extendió el brazo para ofrecerme uno y lo acepté.

«En fin, espero no haberte aburrido con mis reflexiones. Te he hecho venir por otra razón. Quiero que repitas en listas y que nos acompañes una legislatura más en el Congreso. Repetirás como número uno por tu provincia, de modo que tienes el puesto asegurado. Solo voy a pedirte una cosa: Martín Pujadas, el presidente de la fundación del partido, acaba de presentar su dimisión, aunque ha necesitado un empujoncito, todo hay que decirlo, y me gustaría que tú fueras su sustituto. Es el momento de enviar un mensaje de renovación, y hemos pensado en un perfil como el tuyo para el cargo. Así que, si no hay inconveniente por tu parte, mañana se pondrá en contacto contigo mi jefe de gabinete para ponerte al día de todo. Y, con esto, ya estarás al corriente de tus nuevas obligaciones. Solo me queda agradecerte tu disponibilidad».

Aquella última frase sonaba a orden implícita e inapelable de que desalojara la sala. Así que me levanté y me despedí, agradeciendo la oportunidad que me ofrecía.

Él se levantó también y me estrechó la mano, sosteniéndola por unos instantes mientras nos observábamos. «Agradéceselo también a Manolo. Tienes buenos amigos dentro del partido, Hurtado. Créeme. Y que sepas que este despacho es tuyo». Con el tiempo, aquella afirmación fue clarividente, porque el despacho acabó siendo mío.

Aquella tarde, me quedé más tiempo en mi cubículo, ordenando mis cosas por si me tocaba mudarme de forma precipitada a un nuevo despacho y empapándome de las actividades de la fundación. Quería causar buena impresión al jefe de gabinete.

Me había quitado los zapatos y observaba el vuelo de las palomas por los tejados de la calle Huertas mientras escuchaba un constante abrir y cerrar de puertas en el pasillo. La mayoría estaban nerviosos porque desconocían si iban a repetir en listas y se les podía acabar el chollo, la amante y los viajes para aplaudir al presidente por toda España, una forma subvencionada de turismo electoral.

Eran días de impaciencia desenfrenada y de viajes súbitos a la provincia por la que cada cual había sido elegido para rendir pleitesía a los mandarines territoriales que ultimaban las listas electorales. Todo lo que se hubiese hecho en los años anteriores quedaba en agua de borrajas si no se contaba con el permiso del mequetrefe con poder territorial de turno.

Se había echado la noche encima y cedí por un momento a un sueño ligero. Al despertar comprobé que me había quedado solo. Tenía que salir por el aparcamiento porque las salidas habituales estaban cerradas a esa hora. Me dirigí hacía allí, dejando atrás las luces halógenas de los pasillos. No quedaba nadie, o eso pensaba, cuando de repente, como una aparición, vi a Martín Pujadas

cargando con un maletín. Abrió la portezuela de su coche y arrancó con el ansia del conductor que llega tarde a su destino. Mi imaginación calenturienta me hacía pensar que ese maletín estaba plagado de billetes o de documentación comprometida, pero, a decir verdad, no tenía la menor idea de su contenido.

Cuando salí a la calle por fin, me saltó en el móvil un teletipo de última hora: «La UCO investiga al exdiputado Martín Pujadas por un eventual soborno al juez del Tribunal Supremo que lleva el caso Matarrañas, una adjudicación de un contrato para la construcción de un pantano en Teruel». Me detuve en la penumbra de los jardines del paseo del Prado y volví a leer la noticia. Las razones del fulminante cese y la necesidad de renovación que me había trasladado el presidente habían quedado reveladas.

Esa noche apenas dormí. La acumulación de acontecimientos me había desvelado. Como estaba previsto, el jefe de gabinete del presidente me convocó en la sede de la propia fundación por la mañana para explicarme mis nuevas funciones. Aquella etapa de mi vida en que compaginé el escaño con la presidencia de la fundación fue inolvidable.

El primer día, el jefe de gabinete del presidente me presentó al escaso personal y me enseñó las modestas instalaciones del piso que habían alquilado en la calle Atocha para albergar las dependencias del organismo que debía suministrar ideas al partido. Aunque no ha pasado tanto tiempo, la calle Atocha era muy diferente a la actual. Todavía no estaba atestada de hoteles boutique, ni de tiendas para turistas. Los comercios de telas al por mayor dominaban en la parte alta y no los regentaban chinos, sino venerables apellidos de origen catalán. El mercado de Antón Martín

aún no se había convertido en un local de diseño, con puestos casi de *attrezzo* para dar color a los minilocales de sushi, de burritos, de cervezas del mundo o de camisetas y moderneces varias en las que se han convertido ahora los mercados municipales.

Saludé a María Antonia, la secretaria de mi antecesor en el cargo, una mujer menuda y eficaz. Con sus sempiternos vaqueros y su pelo corto, parecía haber detenido el tiempo en los años sesenta, con pequeñas actualizaciones imperceptibles. Había pasado por la taquigrafía, la mecanografía, la máquina de escribir eléctrica, el fax, y a sus sesenta y pocos estaba peleando con la primera generación de la informática.

«Ahora te presentaré a los dinosaurios», me previno el jefe de gabinete. De los cuatro despachos con balcón a la calle, uno era el que me destinaban y otros tres lo ocupaban los tres contratados por el partido para la fundación. Según me comentó mi cicerone, ya nadie se acordaba de quién ni de cuándo los había enchufado, pero no molestaban mucho y le daban a la manivela para que pareciese que algo se hacía.

Era un espectáculo fascinante ver cómo aquellas tres personas llevaban años haciendo papeles que nadie leía, acudían diariamente a la oficina y se habían camuflado con el mobiliario para no ser detectados en los frecuentes cambios que barrían la política. Mi llegada constituía uno de esos indeseables momentos en los que la falla tectónica se movía y dejaban de tener el puesto asegurado, así que estaban en un estado de agitación mayúsculo.

Acostumbrados a las tácticas de adaptación a los cambios, habían hecho cuidadosas indagaciones sobre mí con escaso resultado, pues no provenía de las esferas conocidas del partido, y estaban

desconcertados sobre la mejor estrategia para caerme bien. Para colmo, Martín Pujadas se había marchado, literalmente, de un día para otro, por lo que no se había realizado el tradicional y necesario traspaso de papeles.

El jefe de gabinete y yo llegamos al final del pasillo y, con un patético sentido del humor, me presentó a la que iba a ser otra de las mujeres de mi vida: Inés.

«Esta es Inés, y no es que la quisiese esconder para el final, es que se llama Inés Conde… Es-conde…, ¿entiendes? Será tu asistente».

El cruce de nuestras miradas me produjo una descarga eléctrica, casi física, como cuando rozas un objeto que lleva corriente, pero sin habernos tocado. El latigazo que me produjo nuestro encuentro no pasó desapercibido al jefe de gabinete, que aprovechó la ocasión para despedirse.

«Hola, encantada», dijo Inés levantando la mano para saludarme. Yo estaba en shock. Nunca había sentido nada igual y no volví a sentirlo hasta que conocí a Elena. Solo podía fijarme en los cautivadores ojos verdes de la mujer que tenía delante. Unos ojos que te miraban con una mezcla de dulzura y profundidad perturbadora. «Ho-hola. Humberto. Soy Humberto Hurtado…», contesté dubitativamente.

Inés se dio cuenta de mi turbación y me propuso que fuésemos a mi despacho: «En mi zulo apenas cabemos los dos…», me sonrió. Inés era periodista. Era la única persona solvente en aquel antro, la única a la que no habían enchufado por cualquiera de las vías de cooptación normales en los partidos. La habían contratado para

sacar adelante el trabajo que los dinosaurios no querían ni sabían hacer.

«Hice Periodismo y teatro. Bueno, más bien Artes Escénicas y estética. Estuve unos años en Berlín y hace dos volví a Madrid para cuidar a mi madre, que falleció hace unos meses. Desde hace cuatro meses estoy en la fundación, intentando entender para qué puede valer y qué papel puede jugar. En Madrid hay un montón de observatorios, consultoras, gabinetes, asesorías, cátedras y seminarios que se duplican, se triplican, cortan y pegan y apenas producen conocimiento original. En esta fundación no se hace nada, ni siquiera corta y pega. Cuando llegué se rumoreaba que iban a producirse cambios, y llevamos estos meses haciendo crucigramas. Ahora parece que se han decidido a hacer algo, aunque seguramente obligados por las circunstancias…».

A sus treinta y pocos años, Inés desprendía un aura de capacidad, inteligencia y brillantez que era imposible pasar por alto. Tenía un cuerpo normal: ni alta ni baja en exceso, ni delgada ni gorda. En la proporción estaba su belleza. Conocía a todos los que interesaba conocer, estaba al tanto de todo y estaba libre.

Sin darme cuenta, me convertí en un parásito de Inés. Leía los libros que me recomendaba, veía las películas que ella había visto, iba a las conferencias que me decía. De mi estrecho y vulgar mundo provinciano, apenas cepillado por los cuatro años de diputado raso, había saltado a otro universo.

Sentía que había entrado en otra dimensión, que había cruzado una puerta y que no había vuelta atrás. Ya no se trataba solo de medrar en el partido o de cumplir mis obligaciones como parte del engranaje en el que me había metido sin darme demasiada cuenta.

Por culpa de Inés, o mejor dicho gracias a ella, había desconectado el piloto automático que gobernaba mi vida y empezaba a cuestionarme el para qué de todo. Me atrevía incluso a pensar que podría tener mi propia opinión política, mi propia visión. Apartarme de la inercia apremiante de la rutina y adentrarme en el mundo de Inés me permitió aprender, ver otras cosas y conocer a otra gente diferente del círculo endogámico en el que me había movido hasta entonces. Y eso tenía consecuencias.

Empezaba a verme extraño en los ambientes de siempre. Comparaba a Inés con Carmen, y esta salía perdiendo en cualquier aspecto. Igual que me sucedía ahora con Elena. Mi mujer empezó a parecerme cada vez más insulsa y menos interesante. Me sentía cambiado, distinto, y tenía la sensación de que los demás también me percibían de ese modo. Era otro H. H.

La fundación empezó a funcionar. Conseguimos contactar con los periodistas más influyentes y montar conferencias sobre temas de actualidad de las que se hicieron eco algunas radios y televisiones. Y con ello llegaron los primeros patrocinios, que ampliaron el escaso presupuesto que nos daba el partido. Personas de cierta relevancia social que, o no habían sido nunca invitadas o rechazaban acercarse a nosotros, se decidieron a llamarnos para proponer iniciativas.

Yo estaba tan sorprendido por los éxitos que empezábamos a cosechar como por el temor que me provocaba intentar seducir a Inés, lo que, por otra parte, dado su atractivo y extraña belleza, era bastante natural. Todos los que nos rodeaban estaban enamorados de ella y lo manifestaban sin rubor cuando, medio en serio medio en broma, le hacían proposiciones. Pero ella siempre los rechazaba con su maravillosa sonrisa, y yo también tenía miedo de ese rechazo, de

romper el vínculo que habíamos creado y que tan provechoso me había resultado.

Pasado un tiempo, ella conocía todo sobre mi familia, mis orígenes, mis inquietudes y mis temores. Había venido a cenar a casa varias veces, y Carmen estaba maravillada con ella. Le había presentado a un montón de amigas y le había dado acceso a los ambientes más selectos de Madrid. Sin embargo, yo apenas sabía nada de su vida íntima.

Todo iba sobre ruedas hasta el día que, a instancia de Inés, propuse la celebración de un seminario sobre el futuro del sistema financiero mundial. Envié el primer borrador del evento al patronato para recabar su aprobación, pues se trataba de una actividad que se salía de lo habitual, y después de una semana sin respuesta, recibí una llamada del presidente convocándome a una reunión. Pero esta vez no era en el Congreso, sino en la sede nacional del partido, que era donde se trataban los asuntos importantes.

Cuando llegué a su despacho, en uno de los sillones que configuraban la zona de reuniones, junto al gran tresillo y un par de sillas, estaba sentado un hombre ya mayor, de unos setenta años, que se levantó al verme entrar. El presidente hizo los honores: «Hurtado, te presento a Antonio Chacón, representante de la Confederación Española de Entidades Financieras».

El presidente se incorporó y me espetó sin preámbulos: «Para no marear la perdiz, te lo digo tal cual: tienes que cancelar el seminario que nos has propuesto». Debí poner tal cara de asombro y de cólera por la andanada, que el presidente volvió a su posición en el sofá y cedió la palabra a su acompañante, quien arrancó con una voz untuosa y lenta: «Señor Hurtado, como quizá sepas, tu partido,

bueno, el partido que sostiene la fundación que diriges, tiene contraída una importante deuda con varios de los bancos que conforman la organización que represento. Y la actual ley de partidos políticos prohíbe, como también sabrás, la condonación de esas deudas».

La rotación de su mano en el aire mientras hablaba expresaba una sensación de disgusto por tener que darme explicaciones.

«También sabes que hay muchas maneras de ser considerado con la situación, de afrontar la siguiente ronda de préstamos para las siguientes elecciones». El representante de la banca suspiraba como recitando una lección ya contada muchas veces a muchos políticos a lo largo de su trayectoria.

«Nuestro país, qué te voy a contar, está siempre en elecciones. Cuando no son nacionales, son autonómicas y, si no, municipales o europeas. Y las elecciones cuestan dinero…».

Chacón prosiguió con su discurso como explicando una obviedad a un niño. «Los bancos, señor Hurtado, somos empresas. Tenemos intereses que proteger, tenemos a millones de accionistas, a pequeños inversores que nos han confiado su dinero…, un dinero que prestamos, por ejemplo, a su partido y que tenemos que recuperar. Para nosotros, sin embargo, el valor más importante, el valor principal, es nuestra reputación. Si lo perdemos, no nos queda nada. Pues bien, en el seminario que está pergeñando, ya no quiero decir preparando, hay mensajes, hay ponentes, hay personas, datos, ideas, que no nos agradan mucho. Parece que pretende poner en cuestión los préstamos que el Banco Central Europeo da a los bancos privados, trayendo a aquel ministro de Economía de no recuerdo qué país que nos echó un pulso… y lo perdió. Quiere

discutir la regla básica de la convivencia económica de los últimos veinte años, de apertura global, de desregulación, de libre circulación de capitales. Propone que los estados recuperen competencias cedidas a entidades supranacionales como la Unión Europea, el Banco Central Europeo o el Fondo Monetario Internacional. Eso ya no es que vaya contra nosotros, que lo hace, es que también va en contra del ideario de su propio partido, el que le ingresa la nómina todos los meses».

Yo era incapaz de articular palabra, así que el presidente se incorporó y, mirándonos a los dos, dijo: «Querido Antonio. Creo que, desde que asumí la presidencia del partido, he mantenido una postura clara respecto de los intereses comunes que nos unen, más allá de los valores que sin duda también compartimos. Si no te importa, y habiendo quedado clara tu posición, te voy a pedir que dejes que lo hablemos internamente y me comprometo a deciros algo si no hoy, mañana como muy tarde».

Chacón se levantó, cogió su abrigo colgado de la otra silla y dándome la mano casi sin mirarme, se despidió de nosotros. Una vez solos, la actitud conciliadora del presidente se tornó violenta y agresiva: «Pero, Humberto, ¿tú qué te has creído? ¿Cómo se te ocurre mandar esa bomba al patronato sin antes haberlo hablado conmigo? Viniste a Madrid a ser diputado, a hacer carrera política, a tratar de ser ministro si llega la ocasión. Y para todo eso…».

El presidente tomó aire y se puso en pie, dándome a entender que la reunión estaba terminando.

«… para seguir aspirando a todo eso, lo que tienes que hacer es no joder la marrana y cancelar el puto seminario. Si no, si eso es

insoportable para tus escrúpulos, estoy seguro de que el patronato lo entenderá y aceptará tu dimisión inmediata e irrevocable».

Estuve varios días sin aparecer por la fundación. A la vergüenza de no querer reconocer mi renuncia ante Inés, se sumaba, por primera vez en mi vida, algo que debía parecerse mucho al remordimiento de conciencia. Perdí el apetito y no quería ver a nadie. La duda sobre qué debía hacer me torturaba. Y no tenía respuesta. Si cedía, me condenaba a seguir siendo ese político mediocre que creía haber superado. Si presentaba mi dimisión, podía dar por acababa mi carrera política.

Al abrirme otros horizontes, Inés también me había situado delante del abismo. Me había sacado de mi confortable vida de palurdo satisfecho. Había hecho germinar dentro de mí otro Humberto que despreciaba al de antes. Claro que estaba enamorado, fascinado por ella, pero era mucho más. Era la referencia de que yo podría aspirar a algo mejor como persona y como político.

Carmen no entendía nada. «Hijo, pues cancela el dichoso curso y a otra cosa. ¡Anda que no podrás organizar otros mil seminarios, con lo listo que eres!».

Cuando, después de darle muchas vueltas, decidí que mi supervivencia valía más que mi dignidad, reuní el coraje suficiente para decirle a Inés que teníamos que cancelar el seminario. Estaba determinado a soportar su mirada de lástima y decepción.

En cuanto se lo dije, presentó su renuncia al puesto y salió de mi despacho sin decir ni una palabra. Al salir, me dirigió una última mirada de incredulidad y cerró la puerta a su paso.

24

Como íbamos justos de tiempo y empezaba sentir náuseas ante tanta comida, hice un gesto a mi equipo para reanudar la marcha hacia Sevilla. Ya en el autobús, me arrellané en el asiento y consulté casi involuntariamente el móvil.

Tenía nuevas llamadas y wasaps de Elena. Me había propuesto evitar leer cualquier mensaje que viniera de ella, al menos hasta después del cierre de campaña, pero toqué por error uno de ellos cuando trataba de archivarlo y se me volvió a encoger el corazón.

Dejé caer el móvil sobre las rodillas y me tapé el rostro con las manos para camuflar el semblante. Me resistía a aceptar lo que acababa de ver. El sudor comenzó a apelmazarme el cabello. Me mordí los labios, cuarteados por la sequedad de mi boca, antes de volver a mirar el mensaje. «Si sigues ignorándome, tendré que sacar la artillería». Y acompañaba el texto con la imagen de una ecografía.

Me levanté del asiento cuando el autobús estaba a punto a arrancar y, elevando la voz, expliqué que mi mujer quería hablar conmigo con urgencia y tenía que atenderla.

—En campaña, solo me llama cuando se trata de algo que no puede esperar, así que tengo que hablar con ella —mentí sin reservas, pero de una manera tan firme que no levantó sospechas entre la concurrencia periodística.

El conductor, que ya había cerrado la puerta, accionó nuevamente el dispositivo de apertura. Me lancé hacia la calle, en busca de un lugar discreto desde el que poder llamar a Elena. Mientras, miré de soslayo el autobús, en el que Ramírez oficiaba alguna liturgia para que sus colegas de gremio no se impacientasen. Únicamente, era cuestión de mantener su atención con mamandurrias sobre las dificultades de la conciliación de la actividad del candidato con su vida familiar. Por su parte, Alberto y Pedro salieron detrás de mí con el pretexto de fumarse un cigarro, presintiendo que podía tratarse de un asunto grave.

En la entrada de un garaje particular, hallé un lugar a resguardo de cualquier metomentodo que quisiera pegar la oreja. Ortega, que también me había seguido, como era su obligación, se situó a unos diez metros de mi posición, cerrando el paso a cualquiera que pudiera acercarse. Pulsé el botón de llamada a «Encuestas», y Elena respondió instantáneamente. Respiraba con dificultad. La tensión y la rabia se habían sublevado e impedían que sus palabras fluyesen con normalidad.

—¡Anda! De repente has encontrado un hueco en tu apretada agenda para llamarme —dijo con una mezcla de sarcasmo y reproche.

—¿De qué va esto, Elena? ¿Ahora también vas a chantajearme? —respondí tratando de contener mi enfado, pues no sabía si alguno de los periodistas podía llegar a verme desde el autobús.

—Parece que es la única forma de llamar tu atención. Llevas toda la campaña rehuyéndome por unas estúpidas fotos que no le importan a nadie. ¡Todo el mundo sabe que engañas a tu mujer y a pesar de eso te seguirán votando! Pero tú prefieres seguir

aparentando que eres un buen padre de familia con un matrimonio feliz, y para eso tienes que esconderme. Pues bien, solo te recuerdo que yo también tengo mis propias fotografías…, y estas sí deberían preocuparte.

—¿Cómo sabes lo de las fotografías? —pregunté sorprendido.

—¿Y eso qué importa ahora? —contestó restándole importancia—. Lo nuestro era *vox populi* en el partido, por mucho que te empeñaras en ocultarlo. Cualquiera que quisiera jugártela pudo haberlas hecho. Pero te repito que no son esas fotos las que deberían preocuparte…

—Vale, escucha. ¿Qué quieres que haga? Estoy en medio de la nada, camino de Sevilla, y esta noche es el cierre de campaña en Madrid. Puedo ir a verte después, cuando deje a Carmen y a las niñas en casa.

—¡Otra vez tu familia! Parece que no quieres enterarte. ¡Que me importan una mierda tu familia y tu campaña! O vienes a verme de inmediato, o en una hora toda España conocerá tu verdadero secreto, que no es solo que llevamos cinco años juntos.

Tras escuchar aquello, se me empezó a nublar la vista. Me costaba mantener el equilibrio. Me recosté en la puerta del garaje, aflojándome el nudo de la corbata y respirando grandes bocanadas de aire. Sentía que podía perder el conocimiento de un momento a otro.

—Por favor —supliqué con un hilo de voz—. No hagas nada de lo que tengas que arrepentirte.

—Perfecto. Pues te vuelves a Madrid y nos vemos en tu antiguo apartamento en cuanto llegues. Estaré por la zona tomando un café. Cuando estés allí, me avisas y subo.

—Jefe, ¿se encuentra bien? —preguntó Ortega, quien se había aproximado al lugar donde me encontraba sin yo advertirlo.

—No… Sí… —balbuceé mientras trataba de recomponerme—. Cambio de planes, Ortega. Tú y yo nos volvemos a Madrid.

—¿A Madrid? ¿Ahora? —preguntó él con extrañeza.

—Sí, en cuanto hable con Alberto y Pedro, nos volvemos. Uno de ellos se vendrá con nosotros.

Me dirigí hacia el lugar donde se encontraban las dos personas de mi mayor confianza y les expliqué la situación, forzando un tono distendido para no despertar la atención de los periodistas, que ya comenzaban a impacientarse pese a los esfuerzos de Ramírez. Y es que no había periodista en el mundo que no considerase que, detrás un imprevisto, podía haber una noticia.

Cuando subí al autobús, todos me miraron con una especie de curiosidad malsana, pendientes de alguna explicación adicional que justificara aquella interrupción en el viaje.

—La política tiene muchos peajes, y quizá el más importante sea la familia —les dije improvisando una excusa que justificara mi ausencia en el mitin de Sevilla—. Mi mujer me ha llamado para comunicarme un incidente familiar que requiere de mi presencia. No es grave, pero es muy urgente, así que no voy a poder intervenir en el acto de Sevilla. ¡Con la ilusión que me hacía! Pero esta noche nos vemos en el cierre de campaña en Madrid. Ya lo siento, chicos. No contaba con este imprevisto.

El autobús puso rumbo hacia Sevilla mientras Pedro, Ortega y yo nos volvíamos a Madrid. Habíamos acordado que Alberto se quedara al frente de la expedición para gestionar las dudas que pudiera despertar mi repentina ausencia en el mitin de Sevilla.

—H. H., ¿qué piensas hacer? ¿Quieres que esté presente cuando te veas con Elena? —preguntó Pedro, ya en el coche que nos había proporcionado Ortega y que él mismo conducía.

Le di un codazo disimulado haciéndole una indicación para que guardara silencio. Quería evitar que Ortega estuviera al tanto de la situación, porque ya no me fiaba ni de mi sombra.

—¿Has sabido algo nuevo sobre las fotos? —le pregunté, cambiando de tema.

—Nada. Las enviaron desde un teléfono robado cuya señal está encriptada —contestó—. Parece cosa de profesionales. Hemos confirmado que el tipo de Bilbao no tenía nada que ver con el asunto, así que solo sabemos lo que ya sabíamos, que se enviaron desde tu ciudad natal.

De repente, Ortega interrumpió la conversación para preguntarme si podíamos parar un momento en la primera gasolinera que viéramos porque tenía que ir urgentemente al baño.

—Lo siento, jefe. Creo que la próstata está empezando a quejarse. Serán solo un par de minutos.

—¿Te fías de él? —me preguntó Pedro cuando mi escolta bajó del coche para ir a aliviarse.

—A estas alturas casi no me fío ni de mí mismo, pero Ortega lleva toda la vida conmigo —respondí, observando como el hombre entraba en el edificio a paso ligero. Cinco minutos después, Ortega salía raudo hacia el coche, incumpliendo su compromiso de puntualidad.

—Disculpad la tardanza —se excusó al volver al vehículo—. Hemos coincidido con un autobús de excursionistas y había una buena cola para entrar al baño. ¡Salimos pitando!

25

Cuando llamaron al timbre, me temblaban las piernas. Elena estaba al otro lado de la puerta. Abrí y le acerqué la cara para darle un beso, que ella rechazó. Recorrió como una exhalación el pasillo hasta llegar al salón, donde se quedó de pie junto a la ventana, esperándome.

La luz trasera que la iluminaba me impedía ver su cara, pero su postura, con los brazos cruzados y firmemente asentada en sus piernas en jarras, era todo menos acogedora. Había escogido una camiseta y unos pantalones de cuero negro, como si fuese un comando en acción de guerra.

Cuando entré en el salón y la vi mejor, me impresionaron sus profundas ojeras y la expresión de sus ojos, dura e implacable como nunca la había visto. Al llegar hasta ella, intenté un nuevo acercamiento haciéndole una caricia, pero me apartó de un manotazo.

—Déjate de gilipolleces, Humberto. Ya no me vas a volver a embaucar. No quieres estar conmigo, así que esto se acabó. Para lo que te he citado es para discutir el precio de mi silencio.

—Pero, Elena… Vamos a hablarlo. Yo…

—¡Tú nada! —gritó, cortándome bruscamente—. Llevo muchas horas sin dormir dándole vueltas a todo lo que ha pasado. He sido

una imbécil, por quererte y por creerte. Por primera vez te estoy viendo como te ven los demás que te conocen. Como eres. Un mentiroso, un embaucador, un capullo que ha ido subiendo, engañando a todo el mundo, que se ha aprendido las cuatro muletillas para salir del paso en cada ocasión sin comprometerse a nada. Eres un maestro de los dobles juegos y de las frases hechas. Pero yo ya estoy vacunada. Todo el daño que me hiciste ya está hecho, pero ya no voy a permitir que sigas haciéndomelo.

Había decidido dejar que se desahogara y esperar a que soltara toda la rabia antes de entrar en materia.

—¿Puedo tomarme una copa? —pregunté.

—Haz lo que te dé la gana. Me importa un pito. Pero vamos al grano, que no he venido a perder más tiempo contigo…

Mientras sacaba la botella de whisky del mueble bar y buscaba un vaso en el que servírmelo, volví a mirarla con atención, ahora con la luz frontal. Estaba cambiada, más madura, con un temple nuevo. Furiosa, decidida, espléndida. Lo único que me apetecía era quitarle esos pantalones de cuero y volver a desahogarnos juntos, pero era evidente que ella no estaba para eso.

—¿Qué ha cambiado desde que nos vimos en Mérida para que tengas ahora esta actitud conmigo? —pregunté buscando las razones de su enfado.

—¿Qué ha cambiado? ¡Para ti, nada! Desde luego… Pero yo he confirmado lo que ya sospechaba, que me mientes a la cara, sin rubor. Que no vas a dejar a Carmen en la vida y que solo me necesitas para salir de la monotonía de tu matrimonio fracasado. Para ti, no soy más que un entretenimiento pasajero…

—Pero ¿por qué dices eso? —insistí—. Si no te he prestado la atención que mereces es porque he estado desbordado con la campaña, y también está el asunto de las fotografías, que podían generarme una crisis que pusiera en riesgo mi victoria. Pero te aseguro que…

—¡Cállate! No me asegures nada. ¡La última vez que me aseguraste algo era mentira! Lo sé. ¡Y tengo pruebas!

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? ¿Qué dices?

—Mírame a los ojos y dime que el mensaje que escribiste en Mérida para tu mujer se lo enviaste a ella.

—¿El mensaje? Pues… yo… Sí, se lo mandé. Lo viste…

—¿Ves como eres un puto mentiroso? Sé de buena tinta que ese mensaje lo recibió Pedro —contestó mirándome a los ojos.

—¿Pedro? Pero ¿cómo sabes eso? —acerté a responder dudando ya de todo. Solo Pedro, Alberto y yo conocíamos la maniobra de los mensajes. Pero ahora Elena se había enterado. Si ni siquiera podía confiar en ellos, no me quedaba nada.

—Cuando aborté estaba convencida de que era lo correcto. ¡Qué estúpida fui! —dijo ella, volviéndome la espalda—. Me has jodido pero bien. Me he arrepentido mil veces de ello. Pero siempre me convencía diciéndome que lo hacía para salvar nuestro futuro. Fuiste un cabrón presionando y presionando, prometiéndome que ibas a dejar a Carmen y todas esas mentiras que llevas soltándome desde hace años, que te salen ya sin pensarlas. Ahora te veo y me das asco. Y lo peor es que has logrado que me dé asco a mí misma.

—La decisión de abortar fue tuya, ¡joder! —dije, subiendo el tono al ver que la estrategia de rebajarme no la calmaba—. ¿Es que ahora vas a culparme a mí de todo?

—¿Que fue mía, hijo de puta? Yo estaba ilusionada con el embarazo, creía que era justo lo que necesitabas para dar el paso de dejar a Carmen y formar una familia conmigo, pero fue todo lo contrario. Me dijiste que esto arruinaría tu pro-me-te-do-ra carrera —dijo enfatizando cada sílaba—, que querías tener un hijo conmigo, pero cuando te hubieras separado de Carmen, que el electorado penalizaba estas cosas y blablablá.

—Vale, vale… Seguramente no tendría que haberte presionado, pero tomamos esa decisión pensando en nuestro futuro…

—¡Un futuro que no existe! Que tú siempre has sabido que no iba a existir.

—Bien, como parece que nada de lo que diga te va a hacer cambiar de opinión, dime qué es lo quieres. Si esto sale a la luz antes del domingo, me habrás arruinado, pero tampoco sacarás nada más.

—Siempre has sido un pragmático —dijo, mirándome con absoluto desprecio—. Pero hasta tú deberías saber que la venganza es un potente estimulante. No sería la primera. El placer de verte hundido en la miseria justo cuando estabas a punto de alcanzar tu sueño compensaría mi fracaso. Puedes estar seguro. Verte humillado, roto y desahuciado es muy tentador, desde luego. Pero no es suficiente. He estado hablando con gente muy interesante, ¿sabes? Muy cercanos a ti, por cierto, que me han aconsejado bien.

Elena se acercó con los ojos inyectados en sangre y su melena recogida en una coleta.

Si en ese momento hubiese sacado un cuchillo para degollarme, no me habría extrañado.

—Así que, después de darle muchas vueltas —prosiguió—, he pensado que no vales tanto como para conformarme con tu caída.

—Gracias —dije volviendo al tono suplicante para tratar de apaciguarla.

—No me las des todavía —exclamó, apartándome la mirada nuevamente—. Para desgracia de este país, vas a ser presidente del Gobierno en unos días, así que, si quieres que nuestro secreto lo siga siendo, en cuanto llegues a la Moncloa me vas a nombrar jefa de tu gabinete. Con plenos poderes y tu reconocimiento público. Vas a tenerme hasta en la sopa. Ya he pensado las competencias que me vas a dar.

Acercó su rostro al mío y, con un gesto rápido, metió un papel en el bolsillo de mi chaqueta. Yo la escuchaba impávido, incapaz de soltar una sola palabra por mi boca. Elena me mostraba una cara desafiante que no había conocido hasta entonces. Estaba noqueado.

—Pero esto no es todo —añadió—. También quiero que pongas a mi nombre este apartamento y que ingreses un millón de euros en la cuenta de un banco de Delaware. El número y las indicaciones están en el papel que te acabo de dar. Tienes hasta las doce de la noche de mañana para hacerlo. Si no, el domingo los votantes desayunarán con la ecografía y el testimonio de la víctima a la que obligaste a abortar. Y no te quejes, que te salgo muy barata. Si intuyo que intentas algo para evitarlo, activaré el botón y la noticia estará circulando por las redes al instante. Esta vez soy yo quien te tiene cogido, mierdecilla. ¡Hasta pronto!

Cogió su cazadora y se fue con un portazo.

No sé cuantos minutos me quedé congelado como una estatua, de pie en el salón del apartamento. Cuando por fin conseguí reaccionar

para marcharme, palpé el bolsillo de la chaqueta y saqué el papel. Era un sobre estándar doblado al medio que contenía el listado de las competencias que quería, así como el sueldo como jefa de gabinete, otro folio con las instrucciones para ingresar el dinero que me había exigido y una foto mal impresa. Era un selfi de ella con Carmen, que se habían hecho en la fiesta, con unos labios de carmín encima. En el reverso, había escrito el número de cuenta.

Aunque no era más que una sucesión de números sin orden aparente, me pareció la cuenta atrás de una bomba que estaba a punto de estallarme entre las manos.

26

—¡Carmen! —exclamé—. Tenemos que irnos ya. Andrés lleva un rato esperándonos en el coche.

Apenas quedaba una hora para que diera comienzo el acto de cierre de campaña y no había tiempo para más preparativos. Mi mujer descendió por las escaleras de la casa hacia el piso inferior con un rostro pizpireto. Estaba exultante, tanto que me conmovió, más después de todo lo que estaba pasando. Reparó en que la estaba escrutando de arriba abajo y, con un gesto coqueto, se bajó la falda para ocultar parte de sus piernas contorneadas.

—Me miras como un obrero en un andamio, H. H. —sonrió con una mueca burlona—. ¿Qué tal estoy?

—Espléndida —exclamé mientras ella recorría los últimos peldaños para llegar a mi encuentro. Cuando la observé de cerca, parte del encanto se deshizo. Con mi grado de miopía, la distancia era como un filtro que impedía contemplar las cosas y las personas en su justa medida.

—Vámonos —repetí—. Todos esperan mi llegada.

Carmen asintió y a la vez me tomó del brazo, en un gesto típico de esa España de matrimonios de verbena. Abrí la puerta y me di de bruces con Ortega, que aguardaba en la entrada. Los tres nos encaminamos hacia el coche y pusimos rumbo a la plaza de España.

Mientras se cerraba la puerta del garaje a nuestro paso, volví la mirada hacia la casa. Después de muchos años, aquella vivienda se había convertido en mi hogar y también en el de Carmen y en el de mis hijas, sobre todo el de ellas. Pero cada vez estaba más cerca el momento de trasladarnos a la residencia oficial del presidente del Gobierno. Por un momento, sentí vértigo ante la idea de dejar la casa en la que nos instalamos poco después de que mi partido, el segundo, ganara las elecciones tras ocho largos años en la oposición.

En aquel momento, todos los pronosticadores, especuladores y demás vendedores de opinión daban por hecho que iba a ser nombrado ministro. Y en cuanto se corrió la voz, Alejandro, siempre él, llamó para ofrecernos esta vivienda en uno de los mejores barrios de Madrid, con una renta más que asequible que había negociado con un empresario amigo. Alejandro siempre había estado ahí, detrás de todos mis movimientos.

—Papá ha dicho que vendrá a comer mañana —dijo Carmen de improviso, como si estuviera leyéndome el pensamiento.

—¿Mañana? ¿A comer? —pregunté disimulando mi sorpresa.

—Sí… Dice que quiere darte ánimos y algún consejo, ya lo conoces, aprovechando que, al ser jornada de reflexión, tendrás la agenda más despejada…

—De acuerdo, tu padre siempre es bienvenido. Ya lo sabes —contesté, antes de sumirme nuevamente en mis recuerdos. Parecía que mi mente quisiera evadirse por todos los medios de un presente que me atenazaba.

Tras lograr los votos favorables suficientes para su investidura, el entonces presidente de mi partido y candidato a la presidencia tenía

previsto anunciar su nuevo ejecutivo dos días después de ser nombrado, de modo que las llamadas a los ministros seleccionados se iban a producir casi de inmediato. Yo esperaba ansioso esa designación. Había ganado peso dentro del partido gracias a la presidencia de la fundación y contaba con Manolo, quien, mano a mano con Alejandro, movía sus hilos para impulsarme. Por supuesto, no se me había vuelto a ocurrir organizar ningún otro seminario ni cualquier otro formato que planteara la mínima reflexión política o ideológica, entre otras cosas porque a nadie le importaba lo más mínimo todo eso. Aprendí que cotizaban más las relaciones que las reflexiones, y a eso me dediqué desde la traumática despedida de Inés.

Con estos méritos a mis espaldas, mis expectativas para ser nombrado ministro eran bastante sólidas. Así que me pasé aquella tarde consultando el móvil a cada rato por si decidía apagarse o estropearse en el momento más inoportuno. Las horas pasaban, pero el teléfono seguía sin sonar mientras esperaba encerrado en el despacho de mi casa sudando por todos los poros del cuerpo. Tenía los nervios emparedados, como el muro del dichoso adosado. No podía contener mi inquietud. Nadie tenía permiso para acceder al despacho ni interrumpir aquel momento que iba a cambiar definitivamente mi vida. Otro salto más, un peldaño menos.

Por fin, cuando estaba empezando a perder la fe, sonó el móvil. Era él, el dueño de mi futuro, comunicándome la noticia que más esperaba. Iba a ser ministro. Dado mi perfil y mi experiencia como concejal y como diputado, el presidente me ofreció la cartera de Vivienda. Como no podía ser de otra manera, acepté.

Aunque la mayoría de los temas que me tocaban estaban transferidos a las comunidades autónomas, acepté. Acepté a sabiendas de que el peso y la visibilidad política del ministerio eran una bagatela comparado con Interior, Fomento o Hacienda. Y lo hice porque no tenía peso suficiente en la organización como para aspirar a un ministerio de mayor rango y porque lo importante era estar, seguir avanzando. Porque me lo había pedido el presidente, porque en un partido se está a las duras y a las maduras. Y porque aquello era por lo que había trabajado desde que dejé aquel miserable despacho de abogados para dar el salto a la política.

En mi primera reunión con el equipo directivo del ministerio, con los que sabían de verdad de la materia, lo tenía claro: nada de dejarme achantar. «No es ningún secreto que mis conocimientos en materia de vivienda son los que son. Para eso estáis vosotros. Y para eso también os hemos nombrado», dije en mi presentación, enfatizando el plural para dejar claro que hablaba en nombre del partido. A mi lado, estaba mi nuevo jefe de gabinete, un tipo que me había impuesto el partido para saber en todo momento lo que se cocía en mis dominios y que pasaba de este modo a gestionar oficialmente los líos internos del ministerio.

Traté de introducirle en la presentación con un comentario jocoso. «Mi jefe de gabinete está para lo que necesitéis. Goza de mi confianza y, sobre todo, de la del presidente. Y va a trabajar estrechamente con nosotros. Recordad, si yo no sé nada de vivienda, él sabe todavía menos, así que explicadle las cosas como a un niño de seis años». Por su cara, advertí que mi chascarrillo no le había hecho mucha gracia.

Tampoco es que me importara mucho. No era más que un polizón a bordo de nuestro bote, por lo que había que darle las explicaciones justas para evitar que se convirtiera en un problema más. En ningún caso podía orillarle completamente, porque era la persona de confianza del presidente en temas inmobiliarios, pero tampoco podía quedar en sus manos como un pelele.

Mi verdadero núcleo duro seguía formado por Alberto, Pedro y Ramírez, evitando que alguno mandase por encima de los demás. La clave de una buena gestión interna es que los miembros de tu equipo se odien entre sí, quedando tú como el fiel de la balanza. Que eso implique algo de caos y desconcierto entre los ciudadanos y las empresas es lo de menos. La prioridad es sobrevivir al envite de gestionar algo en lo que no eres un experto o, a veces, de lo que no sabes absolutamente nada. Y no es fácil.

«Podéis contar conmigo y mi puerta va a estar siempre abierta. De momento estáis todos confirmados y según veamos qué tal funcionamos como equipo, iremos haciendo los ajustes que sean necesarios», concluí mirando uno a uno a todos los directivos del ministerio, cuyo futuro estaba ahora en mis manos.

El director general se apresuró a intervenir antes de que se levantara la sesión. Era uno de esos que llevaban toda la vida en el departamento; había ido ascendiendo en la escala funcionarial hasta alcanzar su techo profesional y había trabajado para cinco ministros de todo signo.

«Ministro, ante todo, bienvenido. Cuentas con nuestra colaboración para esta nueva etapa, y creo que hablo en nombre de todos. Lo que sí te vamos a pedir, para no tener los malentendidos que hubo con tu antecesor, es que nos marquéis criterios claros en

las decisiones estratégicas, estos grandes retos que tenemos ahora mismo».

Durante un momento dudé de si era una provocación, una especie de prueba para ver si metía la pata, una forma de testear al «nuevo». Como dijeron en un curso al que me mandó el partido en aquella prestigiosa escuela de negocios, en el que hice estupendas relaciones pero apenas se me quedó nada de contenido, «el mono había saltado de los hombros de los funcionarios a los míos».

Todos esperaban mi respuesta. Como no sabía qué decir, miré al jefe de gabinete, que salió al quite: «Bueno, hoy no es el día de entrar en profundidades, sino de conocernos. Necesitamos un informe lo más sencillo y completo posible de toda la actividad del ministerio: quién está detrás, cuánto dinero mueve, a quién afecta. ¿Podríamos tenerlo para mañana?». Con una habilidad sorprendente, había devuelto la pelota al tejado de los funcionarios, pero estos no se iban a dejar así como así: «Por supuesto. Ya lo tiene el ministro en su mesa. Lo teníamos preparado desde el cese de su predecesor. Así que, si les parece, analícenlo y, para cualquier duda, estamos a su disposición». La bola había vuelto a nuestro campo. Eran unos profesionales. Llevaban demasiado tiempo en el cargo y se las sabían todas. No había más remedio que rendirse y aplazar la contienda: «Claro, desde luego. Muchas gracias a todos. Si nos disculpáis, tengo que despachar ahora algunas cosas con mi gabinete», concluí.

Había llegado el momento de reunir a mi equipo. Junto con mi nombramiento, habían venido los de Pedro, como jefe de relaciones institucionales; Alberto, como asesor adjunto a la jefatura de gabinete, y Ramírez, como director de comunicación. No nos

habíamos visto en otra, y lo estábamos disfrutando. Para el puesto de jefa de secretarias, la elegida fue Salomé, otra imposición del partido a la que había que poner a prueba a partir de ese momento.

A diferencia de Ramírez y Alberto, que habían compartido parte de mi reciente carrera política como auténticas rémoras en el Congreso de los Diputados, Pedro no había estado antes en mi equipo. Manteníamos contacto intermitente desde el día que nos conocimos en aquella discoteca, pero por diversas razones no habíamos llegado a trabajar juntos. Me había prometido a mí mismo que un tipo como él, tan frío y audaz, tenía que estar conmigo cuando las cosas se pusieran feas. No le costó congeniar con Ramírez, pero con Alberto saltaban las chispas a cada instante. Alberto veía en él un feroz aspirante a ocupar su hasta entonces indiscutido puesto de «mano derecha».

Pues allí estaba yo, rodeado de mi equipo de confianza, con un agente doble a bordo y un despacho como el que siempre había soñado. Aquel despacho del ministro era enorme, estaba precedido por una secretaría casi igual de grande y tenía una sala de reuniones contigua, con la que se comunicaba a través de una puerta corredera.

Los tonos claros de las paredes y de la tapicería contrastaban elegantemente con varios cuadros modernos de colores vivos que el ministerio había ido adquiriendo con el paso del tiempo. Algunos me sonaban porque eran casi los mismos que decoraban el imponente despacho de Del Río, que visité por primera vez cuando solo aspiraba a ser concejal de provincias.

La encargada de la decoración y de la logística en general del ministerio era la oficial mayor. Era curioso ese nombre que sonaba a

escalafón militar antiguo. Era famosa porque atendía los caprichos de los altos cargos cuando llegaban nuevos al departamento de turno. O, mejor dicho, los de las «altas cargas», que era como llamaba a las secretarias de los altos cargos. Por lo visto, para quedar ellas bien, exigían disparates como sillones de terciopelo, cuadros enormes, plantas y todo tipo de caprichos que para nada habían pedido sus jefes.

Además de la mesa del ministro, las consabidas banderas y el retrato del rey, completaban la decoración un espacio de mesa baja rodeado de dos grandes y mullidos sofás, sendos sillones individuales a juego en las cabeceras, con profusión de macetas y plantas espectaculares, y las sobrecogedoras vistas a poniente, con las puestas de sol tan maravillosas de Madrid. Todo ello hacía del despacho la envidia de los colegas del Consejo de Ministros.

Para entonces, la publicidad institucional se había convertido ya en la gasolina que movía el motor de la influencia de los políticos en los medios, el aceite que engrasaba esa cadena que conectaba a cada grupo político con sus medios de referencia. Desde los Ayuntamientos medianos hasta las comunidades autónomas, desde las diputaciones hasta los ministerios, las campañas institucionales eran el sustitutivo, no el único, pero sí el principal, de los fondos que ahora eran dueños de los medios de comunicación.

«Tenemos unos cien millones de presupuesto y otros tantos ojos encima de nosotros. Si lo hacemos bien y hay para todos, incluso para algunos un poquito más, comerán en nuestra mano. Campañas, nos inventamos dos al día si hace falta, ¿verdad? Para las más obvias, lo haremos con fondos europeos, con el máximo rigor y con doce interventores, que estos cabrones de Bruselas no se casan con

nadie. Para las que nos interesen, está nuestro presupuesto. Tenemos cuatro años, y al acabar esta legislatura debo ser visto como el sucesor natural del actual presidente. ¿Entendido?». La pregunta a mi núcleo duro no era sino una constatación de que todos conocían cuál iba a ser su función allí a partir de ese momento y el objetivo final que perseguíamos. Únicamente les faltó decir amén.

Ya estábamos terminando la reunión cuando nos interrumpió Salomé, ejerciendo su nuevo papel de correa de transmisión. «Ministro, ha venido a verle un hombre que dice que le conoce. Se llama Rubén del Río».

Evoqué la imagen que asociaba a ese nombre, pero el frenazo del coche me devolvió al presente. Los aledaños de la plaza de España estaban a rebosar, y Andrés hablaba con un policía municipal que estaba dándole indicaciones para llegar al aparcamiento reservado a las autoridades. Al arrancar, saludé al agente haciendo un gesto con la mano y avanzamos a través del cordón policial, aclamados por exacerbados militantes que agitaban banderas a nuestro paso. El partido había movilizado a todos los cargos electos y a todos los simpatizantes con pretensiones de ascender en un futuro escalafón de poder. Los autobuses se habían alineado al final de la calle Princesa, donde los más avispados habían aprovechado para hacer unas compras previas en unos grandes almacenes. A esas horas, las calles adyacentes a la plaza debían estar convenientemente tomadas por nuestra tropa de fieles. Había llegado el momento de demostrar la fuerza real que teníamos, un último arreón para convencer a los pocos indecisos sin ideología que deshojan la margarita hasta el

mismo día de las elecciones. Esos eran, para entonces, nuestro único objetivo. Los demás ya tenían decidido su voto.

Sábado

Un día antes de las elecciones

27

Aquella noche, para variar, no pude conciliar el sueño. Habíamos llegado tarde a casa después del cierre de campaña, y entre la excitación y la amenaza de Elena, que tenía fecha de cumplimiento inminente, me pasé un buen rato dando vueltas en la cama. Tampoco me daba buena espina la visita inesperada de Alejandro, más después de aquella llamada tan extraña.

Mientras tanto, Carmen ronroneaba, a mi lado, acuciada por una pesadilla intermitente, ajena a mis preocupaciones nocturnas. Me levanté y me dirigí a la cocina, convencido de que no me quedaba otra que cumplir lo que Elena me exigía si quería asegurarme la victoria. Su forma de tratarme en el apartamento me decía que aquello no era un farol, así que no podía arriesgarme.

Me serví un vaso de leche y me senté junto a la ventana del jardín. Apuré el último sorbo, dejando que el líquido hiciese su trabajo en mis tripas, que rugían hambrientas. Salí al exterior para respirar aire puro y, en la oscuridad del cuadrilátero amurallado de hierba y azaleas, atisbé una luz tenue que provenía de la habitación de Paloma. Pensé que tal vez debía hablar de nuevo con ella, pero la idea no acababa de convencerme. Lo que menos me convenía era reabrir una herida que podía desembocar en otra reacción de furia

incontrolada que podía llegar a oídos de Carmen. Era mejor dejarlo estar y tratar de hablar con ella una vez pasaran las elecciones.

De repente, escuché algunos ruidos familiares de puertas y grifos en la planta superior. La vida empezaba a recobrar el pulso de sus rutinas diarias. En el estado de agotamiento en que me hallaba, costaba más tiempo asimilar el regreso a la realidad mundana. Cuando se rompe el silencio, la soledad desaparece.

—Humberto, ¿qué haces ahí? —dijo Carmen a mi espalda con una voz de recién levantada que sonaba como si, entre pesadillas y otros pánicos nocturnos, hubiese exhalado todo el humo del infierno.

—Estoy en plena jornada de reflexión. Pensando mi voto… —exclamé con tono evasivo, esperando que la broma la ahuyentase.

Estaba prevenido de que un día en casa era un periodo demasiado largo de acechos familiares, de dilaciones, de confesiones, de quejas y de reproches. Y no era lo que necesitaba en ese momento. Guardé silencio otra vez, confiando en que Carmen creyese que me había esfumado o entendiese que quería estar solo. No fue posible.

—¡Fue increíble! La plaza estaba llena y las calles adyacentes, también. Los periódicos hablan de cerca de treinta mil personas. Nunca antes alguien había conseguido convocar a tanta gente en ese sitio. ¡Mira las portadas! En *La Nueva Información* salimos muy bien. Tú, yo y toda esa gente allí detrás. —El tono de Carmen había ido ganando intensidad conforme hablaba, hasta llegar a una suerte de paroxismo que desembocó en un beso húmedo en mi mejilla. Estaba todavía en trance. Era bastante probable que, en sus sueños, siguiera encima de aquel escenario entre banderas y fanáticos enfebrecidos.

Se acercó para darme una taza de café bien cargado que me había preparado, en la que parecía haber vertido medio azucarero. Se lo agradecí con una sonrisa leve, antes de incendiarme la garganta. A ciencia cierta, el microondas y mi mujer estaban reñidos. Tras sofocar la quemazón de la boca, me quedé quieto, como extraviado, inmerso de nuevo en el silencio. Ella se dio cuenta de que no tenía ganas de conversación, así que hizo mutis por el foro con un montón de periódicos en la mano, mirando desde todas las perspectivas posibles las fotografías en las que aparecía. Su vanidad parecía satisfecha.

Debido al cansancio físico y mental que arrastraba, entorné los ojos y volvieron a mi mente recuerdos de otros tiempos. Habían pasado muchas cosas, demasiadas hasta llegar allí. Y eran muchas las personas que habían atravesado esta telaraña. Rubén, entre otros. Esa inesperada visita que, como la de Alejandro, me había cogido desprevenido.

No había millonario en España que no persistiese en la idea de que su imperio tenía que ser heredado por uno de sus hijos, antes de que se devoraran entre ellos. Mauricio del Río no era una excepción.

Mauricio había formado a Rubén, su primogénito, en el noble arte del clientelismo y la extorsión. Pero Rubén no era como su padre, un esforzado empresario que dedicaba las horas que hiciera falta a sacar adelante su negocio. Rubén era un *bon vivant* con aspiraciones a heredar, consciente de que tenía la vida resuelta. Es sabido que puede haber herencias con herederos, herederos sin herencia y herencias sin herederos. En este caso, había una herencia copiosa y un heredero ávido de hacerse con todo. A diferencia de mí, Rubén

se dio al tráfico de intereses desde lo privado mientras yo me entregué en cuerpo y alma a eso mismo pero desde lo público, que era para lo que me había reclutado mi suegro.

Rubén acompañaba a Mauricio en algunas de las reuniones de aquellos años en los que Alejandro hizo de intermediario en tantos chanchullos en la provincia. Al principio era un mero observador, sus ojos avispados registrando todo lo que se cocinaba a su alrededor. Ese era su método de aprendizaje, un máster becado por su padre, el director de aquel grado.

Apenas había intercambiado alguna palabra con Rubén en aquellos contubernios y conspiraciones, cuando un día vino a mi despacho del ayuntamiento a despedirse. Había pasado bastante tiempo desde los susodichos encuentros iniciales, y entonces no imaginé que, en el futuro, también el hijo de Del Río iba a tener un papel esencial en mi vida y, sobre todo, en mi carrera política.

«Mi padre me ha encargado abrir una oficina en Miami. Las cosas van bien. Van muy bien. En Estados Unidos es donde se hace el dinero de verdad», dijo en una visita de cortesía que me hizo antes de marcharse. Por unos segundos me imaginé a Rubén del Río en Miami: la nueva casa, la playa, las lanchas, las langostas, el calor tropical, fumando puros con mafiosos cubanos, trajinando con venezolanas exiliadas, compadreando con traficantes colombianos. Una vida idílica muy diferente a la vida de provincias en la que había crecido y en la que su padre, Mauricio, desplegaba todas sus habilidades.

Cuando entró en mi despacho de ministro, observé a un hombre distinto. Quince años podían ser toda una vida. Su abundante cabellera negra había desaparecido, y su tipo atlético había ido

dejando sitio a una incipiente barriga que solo mantenía controlada con una férrea disciplina de gimnasio y periódicas estancias en clínicas de adelgazamiento para millonarios, pero que acechaba siempre su cinturón para desbordarlo.

Tenía una forma de hablar que mezclaba el acento cubano y el español de manera extraña: «Humberto, mi amigo, ¡cuántos años! Déjame que te vea, ministro. Estás estupendo. Te veo muy bien. No como yo, calvo y gordo. ¿Te trata bien la vida? —Me examinó con sus ojos glaucos y siguió—. Mi padre me ha puesto al día de muchas historias. Viviendo al filo del peligro, ¿eh?».

Mientras me decía aquello, con una agilidad impropia de alguien con sobrepeso, se volteó y me apuntó con los dedos en forma de pistola mientras una enorme sonrisa de vendedor llenaba su cara. «Nadie llega a ministro sin una mota de polvo, pero tampoco hasta arriba de barro. Todo es tan… tan como lo cuenten los medios. Por eso es importantísimo tenerlos de nuestro lado, ¿verdad? Y para eso hacen falta billetes, como decimos allá. Pero dejemos de hablar de trabajo. Cuéntame de tu mujer y de tus preciosas niñas. Ya estarán bien grandoootas…».

Con cierta pereza, le puse al corriente de mi situación familiar, dando por descontado que la conocía a la perfección. Mientras hablábamos, parecía estar diseccionándome como un entomólogo a un insecto.

Aquella criatura prudente, a quien había conocido siempre bajo las faldas de su padre, se había convertido en un verdadero tiburón. «Cuatro hijos tengo. Dos nenas con la primera. Un chico con cada una de las siguientes y otro en camino con la actual, Cindy. No veo a

ninguno. ¡Unos divorcios feos, carajo! Me sacaron toda la plata las muy…». Las palabras se le envenenaban con un rencor amargo.

Aunque habíamos perdido el contacto personal, a través de la prensa y de algunos amigos comunes, empezando por su padre, yo estaba al corriente de cómo Rubén se había hecho el rey del ladrillo en Florida. Aun así, le pregunté qué tal le iban los negocios, después de dar por cerrado el episodio de asuntos familiares. «Ah, mi amigo. Eso no fue difícil. Los españoles, si trabajamos duro, allá tenemos muchas posibilidades. Pero luego me metí en muchos otros *business*. Allá se juega en serio. Se mueven cantidades enormes, no como las miserias de acá. Seguros, béisbol, carreras, hoteles… Si no fuera por los malditos ecologistas, este país iría como un tiro. Entre los miles de papeles inútiles que piden y los jueces estrella que quieren salir en las noticias, no avanzamos. Allá es más fácil. Pero no he venido a presumir de lo bien que me va, sino a contarte algo que puede interesarte. Tenemos allá una fundación, un *think tank* para defender nuestros valores, nuestras ideas. Y tenemos billetes. Queremos abrir en España una *branch*, una oficina. Y hemos pensado que igual tú puedes ayudarnos».

Por fin, Rubén asomaba la patita. Aquello no era otra visita de cortesía, sino la antesala de una propuesta que haría saltar las costuras de mi zona de confort. Le previne de que cualquier movimiento de ese tipo tenía que contar con la conformidad del presidente del Gobierno, y entonces él esbozó una sonrisa que, por primera vez, dejó al descubierto una imagen salvaje y fiera. «Sí, mi amigo. Hemos hablado con él. Y si me permites la franqueza, te diré que es, como decimos allá, un comemierda. Está acabado. Hemos conversado con algunas empresas de aquí, consultoras, ya tú sabes,

relaciones públicas que tienen en su plantilla a políticos de todos los partidos para jugar a todas las barajas. Todos nos han dicho que vas a ser el próximo presidente. Y por eso y por más nada, he venido a verte. Para ponerme a tu disposición y para pedirte ayuda. Así de claro, mi amigo».

Mientras le escuchaba, buscaba una excusa para aplazar aquella conversación, pero él, advirtiéndolo, se me adelantó. «Por hoy es suficiente. Te debo mis disculpas. Creo que para este reencuentro hemos estado ya bastante intensos. ¿Qué te parece venir a cenar a mi casa este fin de semana? Con tu mujer, Carmen se llamaba, ¿verdad? Y con la mía. Nos hemos traído a nuestra cocinera colombiana, y te aseguro que cocina como los ángeles». Acepté de buen grado su invitación.

La casa que había alquilado Rubén, y de la que se haría cargo la fundación americana como rápidamente se lanzó a aclarar él mismo, era lo que podría esperarse de un nuevo rico: enorme, llamativa, fea y anodina. En ese barrio podría haber diez iguales, decoradas por el mismo interiorista, con la misma piscina, gimnasio y salas de jacuzzi. Los enormes salones, con estanterías llenas de libros que nadie había abierto jamás, así como la clásica chimenea de fuego falso permanente y chisporroteos grabados invitaban a estar el tiempo justo de hacer el negocio y largarse para que los anfitriones pudiesen ir al verdadero saloncito donde estar en zapatillas.

«La ha decorado Cindy personalmente. Aunque de lo que está más orgullosa es del jardín, ¿verdad, querida?». Cindy era una venezolana voluptuosa con no menos de diez operaciones en el cuerpo, que relataba con toda naturalidad. Con una familiaridad afrentosa, se dedicó parte de la cena a recomendar a Carmen qué

intervenciones debía hacerse para asegurarse la eterna juventud, ofreciéndose incluso a ponerla en contacto con su cirujano.

A pesar de las miradas de socorro que me lanzaba Carmen subrepticiamente, no tuvimos más remedio que cerrar la cena con unas copas y sendos puros en la terraza del enorme jardín mientras Cindy le enseñaba a mi mujer las doce habitaciones que tenía la casa.

Mientras saboreábamos los excelentes Montecristo y sendos Zacapa Royal, Rubén preparaba el siguiente asalto: «Ante todo, muchas gracias por haber aceptado mi invitación con tu encantadora esposa. Espero que lo hayan pasado bien —dijo antes de entrar en materia—. Humberto, entre tú y yo, no vamos a andarnos con historias. Lo que queremos es influir en la agenda española. Y de paso en la europea y la latinoamericana, donde España tiene mucho que decir. Tenemos la posibilidad de poner mucho dinero en tu partido, en vuestra fundación o donde haga falta. Aquí o en Luxemburgo. Donde digáis. Y podemos meter pasta también en medios de comunicación afines. Incluso estamos pensando en montar una nueva cadena de televisión aquí. Lo que haga falta para que nuestro mensaje llegue», concluyó.

Rubén exhaló varios aros de humo de su cigarro y, tras olfatear su copa, le dio un trago a su ron y me miró fijamente: «Hablo de mucho dinero, Humberto. De mucha plata».

Esta vez fui yo el que atendió como se merecía al Montecristo y al espléndido ron de Guatemala con los que Rubén había rematado la cena, a trescientos dólares la botella, para preguntarle qué era eso que merecía tanto esfuerzo por su parte.

«La crisis de 2008 lo está cambiando todo; la caída del muro de Berlín, las primaveras árabes, la vuelta de Rusia con Putin, el fracaso de Obama y el cada vez mayor descaro de los chinos. El mundo es muy distinto al de Fukuyama y su fin de la historia».

Rubén contemplaba la piscina del jardín mientras despotricaba contra el buenismo occidental europeo. A pesar de su procedencia, parecía que lo traía impreso de fábrica. Iba a ser cierto eso que se dice mucho en las organizaciones políticas: no hay nadie más fanático que un converso.

«Casi ya como norteamericano de adopción, te diré que lo que nos preocupa es la mala influencia del modelo europeo para los países en vías de desarrollo. Más Estado, más intervención, más impuestos. El único lugar del mundo donde el Estado sigue intentando arbitrar entre los intereses privados y sociales es Europa. Lo que queremos es americanizar Europa, ayudarles a soltar lastre. Nuestras empresas ya están aquí, liderando el progreso. Nuestro cine, nuestras estrellas de la música, siguen siendo la referencia cultural para los jóvenes. Eso del reguetón es una moda pasajera. Ya lo verás. El *welfare state* se ha convertido en un obstáculo para que el mundo avance, y Europa sigue siendo su gran referente».

Rubén seguía hablando con la mirada puesta en el agua. El olor a cloro llegaba hasta el salón.

«Nuestros patronos tienen intereses concretos en España. Algunos tienen fuertes intereses en la sanidad, los seguros médicos. También en las universidades privadas. Y no te oculto que quieren hincarle el diente al tema de la vivienda. Aquí pueden obtener rentabilidades que no se dan en ningún otro lugar. —Rubén intentó esbozar una sonrisa cómplice que quedó a medio camino—. Sabemos que

podemos compartir agendas con tu ministerio. Pero no nos conformamos con eso. Queremos verte en la Moncloa. Si tú quieres, mañana mismo empezamos tu campaña para que en cuatro años tomes el relevo del actual presidente. Tenemos un dosier sobre las actividades de su hermano que es una bomba de relojería…».

En ese momento, la irrupción de Carmen y Cindy fue providencial para abrir un tiempo muerto y suspender aquella conversación en el peligroso punto al que había llegado. Carmen, que no aguantaba ni un minuto más en esa casa, alegó que el champán con el que habíamos brindado después de la cena no le había sentado muy bien y necesitaba volver a nuestro hogar. Mientras ella se ponía precipitadamente al abrigo para acelerar la despedida, Rubén me hizo un gesto de complicidad guiñándome el ojo. «Tú piénsatelo y nos vemos pronto, amigo».

28

Paloma se había sentado en la silla de la mesa de la cocina, cabizbaja y sin dejar de mirarse las manos. Si bien era frecuente que las conversaciones del desayuno fuesen parcas, no había mañana en la que alguna de aquellas tres mujeres no empuñase la palabra para expresar una queja o una petición inclemente. Por eso, me resultaba chocante el silencio tan sobrecogedor que reinaba en la mesa, frío como el filo de una navaja. Aunque visto el panorama, casi podía darme con un canto en los dientes.

Carmen seguía ensimismada en las fotografías del cierre de campaña; Paloma continuaba rumiando su suerte de hija engañada, repudiándome para sus adentros, y Clara, como siempre, era un verdadero enigma. Escrutaba a cada una de ellas a cámara lenta, y era descorazonador comprobar que, a su manera, habitaban ya en su propio mundo, muy lejos del mío. Seguramente, yo había tenido bastante que ver en que así fuera, pero eso ya no tenía remedio.

Carmen se levantó y, arrimándose a mí, me dio un beso en la mejilla para darme la espalda enseguida y dirigirse al jardín, bamboleando su estrecho culo hasta que localizó una tumbona en la que recostarse.

Paloma bajó todavía más la vista, dedicándome un leve gesto de repudio y un silencio atronador cuyo origen solo conocíamos ella y

yo. Clara, ajena a todo, se levantó de su silla, me estampó dos besos pasajeros y me susurró al oído:

—Papá, tendremos que organizar las vacaciones de este año. He estado investigando y hay varios palacios y fincas del Estado a disposición de los presidentes. Es como un portal presidencial de vacaciones en el que no hace falta mirar lo que cuesta. No lo pagaremos nosotros —dijo con su habitual socarronería, sacudiendo la melena rizada y dando un respingo de nariz en señal de despedida.

No era el momento de forzar una conversación con Paloma, de modo que opté por levantarme yo también y encerrarme en el despacho. Una vez allí, en mi recinto de seguridad a prueba de todas ellas, miré los mensajes de móvil, que se encadenaban unos tras otros. Quien más y quien menos aprovechaba la jornada de reflexión para darme la enhorabuena anticipada. A muchos de ellos, estaba seguro, no le dolían prendas en enviar esos mismos mensajes, o parecidos, a Rosa Peláez.

Quien había dejado de enviar mensajes era Elena. Sentí una combinación extraña de alivio, pero a la vez de turbación, porque tenía que prepararlo todo para cumplir sus exigencias. El reloj corría lenta y fatídicamente hasta la medianoche, el plazo que me había dado para no hacer público su secreto, que era el mío.

Casi sin pensar, llamé a Alberto, pidiéndole que viniera con urgencia a casa para darle las indicaciones oportunas. Después de que Elena me hubiera dicho que conocía el truco del mensaje, ya no podía fiarme de Pedro. La paranoia me estaba consumiendo.

Mientras esperaba, me senté en uno de los sofás del despacho para disfrutar de un cielo añil despejado muy propio de la primavera

en Madrid. Me embargaba un deseo de arrepentimiento, algo parecido a la vergüenza. La política era una huida hacia adelante donde no quedaba más remedio que acelerar a cada paso para evitar acabar fuera de la calzada. Tampoco convenía martirizarse demasiado con los cadáveres que se iban apilando a lo largo del camino. Al llegar a ese punto de mi vida, ya no sabía distinguir lo que era honesto de lo que no lo era. Me bastaba con cubrirme las espaldas y no mirar hacia atrás más que para proteger la retaguardia.

Cuando pensaba en todo aquello, oí un sonido particular procedente de mi móvil. Era Ortega, comunicándome que ya estaba todo el dispositivo organizado para que, por la mañana, pudiese ejercer mi derecho a votarme a mí mismo en el colegio electoral. Había hablado ya con la Policía Nacional y con la Policía Municipal de Madrid para acordar un protocolo que garantizase que la llegada del candidato a su mesa electoral se produciría sin ningún incidente, de acuerdo con el guion previsto.

El recado de mi escolta me devolvió al recuerdo de Rubén. Fue una mañana cualquiera. Llamé a Ortega a mi despacho del ministerio y él, impertérrito como siempre, se puso a mi disposición. Le resumí la situación.

«El otro día cené en casa de un antiguo amigo de juventud, Rubén del Río, el hijo de Mauricio del Río. Por lo que me contó, maneja información delicada sobre altos cargos del Gobierno. Dice que tiene un dosier demoledor sobre el hijo del jefe y estoy seguro de que a mí también me han investigado. Quiero que averigües qué saben exactamente y, si de paso consigues hacerte con ese dosier, pues ya sería para nota».

Pasados unos días, Ortega vino a verme, imperturbable como siempre, con una mano en el bolsillo y un portátil y unos cascos en la otra. Quería que escuchase unas grabaciones. En la primera de ellas, el ministro de Educación hablaba por teléfono con Rubén, se prestaba a todo tipo de manejos y me ponía de vuelta y media. En la otra, su interlocutor era el ministro de Sanidad, que se mostraba reticente a la idea de implantar el copago, pero se emplazaban a una reunión posterior una vez hubiera estudiado con detalle la propuesta, agradeciendo el ofrecimiento de impulsar a cambio su candidatura a la vicepresidencia del Gobierno. Si decidía hacer públicas esas conversaciones, iban a tener que dar muchas explicaciones e, incluso, en función de las circunstancias, podía llegar a forzar su dimisión. Pero tampoco me interesaba demasiado crear una crisis dentro de mi propio Gobierno para acabar con dos competidores que serían reemplazados de inmediato por otros iguales o peores que ellos.

Miré a Ortega con impaciencia, inquiriéndole a decirme si había algo que verdaderamente pudiera interesarme en aquellas grabaciones, y entonces él, con gran destreza, trasteó la grabación hasta darle al Play en el punto donde comenzaba lo interesante.

Solo se oía la voz de Rubén y apenas la de quien estaba al otro lado del teléfono, alguien de Miami a quien él informaba del estado de sus negociaciones. «Sí, mi amigo. Todo bien. La idea de los patrocinios de eventos va muy bien aquí, que están bastante pelados. Y hemos conseguido la licencia para montar la cadena de televisión. Eso es clave. Ya llevamos unos meses aquí y creo que toca acelerar, por eso quería vuestro consejo y aprobación… Sobre mis contactos con algunos miembros del Gobierno…, un poco

difíciles algunos de estos ministros comemierdas, pero avanzamos. Con Educación todo ha ido de pelotas. Muy bien. Con Sanidad, *fifty fifty*. El ministro no termina de verlo, pero tampoco se cierra en banda… Tenemos que dárselo masticado. Lo bueno, que tiene aspiraciones de sustituir al presidente. Y sobre ese pendejo, tenemos listo el dosier, con fotos y grabaciones y todo, todito. Está frito en cuanto lo saquemos. A mi amigo de juventud, Hurtado, lo veo todavía tierno. No tengo muy claro su apoyo. Tenemos que valorar si nos compensa insistir por ahí, aunque también tenemos un pequeño dosier si fuera necesario para convencerlo. Lo de siempre, algún lío de faldas más serio, algunos chanchullos para el partido… Ya tú sabes. Desde hace años, con mi padre. También me cuentan cositas de alguien de su equipo con la coca o así, pero todavía no lo tengo seguro quién es… No mucho, la verdad, es un tipo cuidadoso, pero creo que es suficiente para que se acojone. Por desgracia, no hay nadie con arrestos suficientes que se atreva a dar el golpe, así podemos seguir tanteando a otros y presionar a Humberto para que juegue con nosotros. Tiene mucho que ganar. Y nosotros también».

Ortega paró la reproducción y avanzó hasta llegar a otra, que parecía algo posterior. No era fácil entender lo que decía la voz de Miami hasta que volvía a escucharse, más o menos nítida, la de Rubén. «Eso es. Pues si os parece bien, le caliento el asunto y se lo presento. Esto es lo que hay. Lo toma o lo deja, pero con todas las consecuencias, para lo bueno y para lo malo. ¿Quieres ser presidente? Pues tienes que jugar. No quieres jugar, pues al hoyo con sus compañeros, ¿comprendido?».

Cuando me quité los auriculares, le pregunté a mi escolta si sabía qué era eso que tenían que podía acabar con el presidente. Ortega

había hecho su trabajo. Resultaba que el hermano de nuestro querido presidente llevaba años traficando a gran escala con hachís en la zona del estrecho. Él era de allí, y estaba al corriente del asunto, pero siempre se había mantenido al margen. Sin embargo, su hermano había sido detenido una vez y él había maniobrado con Interior para que fuera puesto en libertad sin cargos y el incidente quedara clasificado como una operación confidencial contra el narcotráfico. Rubén había conseguido la conversación que mantuvo con el ministro y todo tipo de material comprometedor del paso de su hermano por los calabozos, donde habían tenido que sobornar a unos cuantos agentes marroquíes para que hicieran la vista gorda.

Transcurridos unos días, recibí la visita de Rubén, que creía que jugaba con el tiempo a su favor. Ignoraba que yo tenía las grabaciones, de modo que su ventaja era solo aparente. «Me presionan mis socios. Llevamos varios meses y no tenemos nada concreto. Te hemos propuesto ayudarte a ser presidente, y sabes que podemos hacerlo. No más estamos esperando que nos des la señal. Algunos están perdiendo ya la paciencia. Tienen un dosier con cosas sobre ti que van a sacar si no te decides a ayudarnos». Así me habló, tratando de amedrentarme. Me eché a reír porque no tenían nada que me preocupara. Algunas amantes, como la mitad de los tíos que se dedicaban a la política en España. Pero nada importante, porque nunca me había llevado un euro de ningún negocio, a diferencia de su padre. Así que le advertí que si lanzaban cualquier información comprometida sobre mí, se quedarían colgados de la brocha y, además, eso podría manchar la reputación de su padre, algo a lo que yo sabía que no estaba dispuesto. Con el rabo entre las

piernas, me dirigió una mirada de reproche, recogió sus cosas y se fue sin decir ni una palabra más.

Ortega, por su parte, movió hilos en el CNI para conseguir las mismas pruebas documentales que manejaba Rubén, así que me hice mi propio dosier sin necesidad de ceder a sus exigencias. Una información que tuve que utilizar cuando llegó el momento oportuno y sin la cual hoy, seguramente, no aspiraría a ser presidente del Gobierno.

En aquella mañana de sábado mientras el país reflexionaba, yo divisaba el futuro desde el sofá de mi despacho hogareño, echando la vista atrás. Sabía que alguien utilizaría contra mí las mismas armas que yo había empleado en anteriores contiendas para liquidarme sin piedad.

De repente, llamaron a la puerta y escuché la voz de Alberto al otro lado. A pesar de todo, siempre me quedaba Alberto.

29

La comida estaba siendo una verdadera calamidad. Yo me esforzaba por iniciar temas de conversación, pero nadie dirigía la palabra. Alejandro se había sentado al lado de Carmen y no hacía sino rectificar cualquier comentario que saliese de mi boca. Mi esposa callaba o, a lo más, me lanzaba alguna pulla que era respaldada por su padre de manera, muchas veces, bochornosa. Paloma seguía envuelta en su mutismo fúnebre, recogida en un secreto que ardía en su interior. Clara era la única que intervenía para gastar una broma de vez en cuanto, pero ese día estaba especialmente ensimismada en sus pensamientos adolescentes.

Alejandro no dejaba de observarme, levantando el tenedor con la mano derecha y el cuchillo con la izquierda, como un cirujano a punto de extirpar un órgano enfermo. Por los ventanales del salón se veía el jardín, pero también el reflejo del rostro cetrino de mi suegro, con su mirada torva y sus mejillas enjutas. Tenía la firme sospecha de que aquella comida llevaba todas las trazas de convertirse en el preludio de una gran degollina y enseguida comprobé que no me equivocaba.

—H. H., me gustaría hablar contigo a solas —dijo Alejandro cuando me levantaba para ir a la cocina a por unos helados—. Si te parece, después del postre subimos a tu despacho.

Me limpié el bigote con la servilleta para disimular el nerviosismo que me tenía atenazado. Había un fondo malicioso en la mirada de mi suegro, el presagio de que después de esa conversación, ya nada sería igual entre nosotros.

Carmen salió al jardín y las niñas se recluyeron en sus respectivas habitaciones. Cuando nos dirigíamos a mi despacho, oí una canción indecorosa, de esas que obligaban a agitar culos y caderas, proveniente del cuarto de Clara. Otra vez ese insoportable reguetón o como fuera que se llamase. Chasqueé la lengua mientras Alejandro se acomodaba en el sofá, con una taza de café en la mano. Me exasperaba con esa pose inaguantable de superioridad, por mucho que hubiese convivido con ella durante muchos años. Aunque iba a convertirme en la persona más importante del país, tenía que seguir aguantando los desplantes de mi «padrino».

—Bueno, tú dirás. Soy todo oídos —dije, calculando la medida de mis palabras.

—Parece que no te alegras de verme… —masculló cuando me senté a su lado, sin apartar la vista del ventanal que daba al jardín. El verde de las ramas, que llegaban hasta el segundo piso, y el azul cobalto del cielo conformaban un cuadro que alegraba el alma, a pesar de que la situación no invitaba al optimismo.

—Sí, claro que me alegro —contesté—. Siempre es un placer que vengas a visitarnos.

Antes de retomar la conversación, guardó unos segundos de silencio que se me hicieron eternos.

—Le he dado muchas vueltas a cómo decirte lo que te voy a decir y te confieso que todavía no he encontrado las palabras, así que voy a ir al grano.

Alejandro posó las manos en las rodillas, como si estuviese preparando un ritual, mientras me invadía un malestar general que me tenía atenazado. Entonces sacó un abultado sobre que guardaba en el bolsillo de la chaqueta y comenzó su alocución.

—No es necesario que te muestre las fotografías —prosiguió—. Me he ocupado personalmente de hacértelas llegar. Cuando te llamé el otro día, solo quería comprobar si tenías las agallas suficientes para reconocer lo que estaba pasando, pero es evidente que no las tienes.

Al oír aquello, empecé a buscar en mi cabeza algún argumento con el que poder justificarme ante mi suegro, pero como no se me ocurría nada convincente, decidí actuar con prudencia y permanecer callado.

—Te he dado todo, H. H. Y cuando digo todo, es todo. He confiado a ciegas en ti. Tanto he confiado que no dudé en permitir que te casaras con Carmen. Vi algo diferente en ti, no fue solo aquel inoportuno embarazo que precipitó los acontecimientos. Como comprenderás, yo también he tenido mis aventuras esporádicas. Es natural. Somos hombres, pero nunca, ¿me oyes?, nunca me he metido en una relación paralela como has hecho tú, poniendo todo y a todos en riesgo. Y fíjate, justo cuando apenas te queda un día para ser presidente del Gobierno, nos encontramos con este marrón encima. Y bien, ¿qué hacemos ahora?

Alejandro deshojaba su discurso mostrando el perfil de su dentadura gastada. Yo me tomé un momento antes de responder, porque sabía que mi futuro inmediato podía depender de esa contestación.

—En primer lugar, quiero pedirte perdón —dije, convencido de que solo el reconocimiento de la culpa y el arrepentimiento, como en el catecismo, podían darme alguna oportunidad de redención—. No sé cómo se me fue la cabeza con todo esto. Además, debí suponer que terminarías averiguándolo. Lo imaginé casi desde el principio. Pero admito que no hice ningún esfuerzo por evitarlo. Es así y no puedo decirte otra cosa. Solo me queda arrepentirme y que me perdones. Te aseguro…

—Suponía que esta sería tu respuesta —me interrumpió—. De hecho, cualquier otra me hubiera sorprendido. Pero, si te soy sincero, me da igual si lo sientes de verdad o no. No voy a perder un solo segundo en averiguar si tu propósito de enmienda es sincero. El daño ya está hecho. Lo único bueno es que Carmen todavía no sabe nada. Y nada debe saber. ¿Está claro? Nadie hace daño a quien ama. Y esto a Carmen le haría mucho daño. Conozco bien a mi hija.

—¿Por qué me has estado enviando esas fotografías? —pregunté con voz atribulada.

—Pues porque no quería llegar a tener esta conversación. Imagino que como tú. Confiaba en que, al verlas, cortaras por lo sano con tu zorrita. Pero no has sido capaz… Y no solo no la dejas, sino que te la tiras en un hotel en plena campaña. Y no conformándote con eso, te ausentas ayer de un acto para quedar con ella. Si no fuera porque mi prioridad es que Carmen no se entere del pastel, ya serías hombre muerto.

—Lo de ayer no es lo que piensas. Quedé con ella para acabar con nuestra relación para siempre. Puedes estar seguro —mentí, buscando un acercamiento hacia mi suegro.

—Me es igual —añadió sin concederme el beneficio de la duda—. Lo único importante ahora es resolver todo esto. A partir de aquí, el asunto queda en mis manos. Yo me ocuparé de ella.

Aquella frase sonó a sentencia de muerte.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué quieres hacer? —pregunté atemorizado, pronunciando con dificultad debido a la sequedad de mi boca.

—¿Quiero? No, Humberto, yo no quiero nada. Tengo. Tengo que hacerlo. No me has dejado otra opción. Hay que quitarla de en medio. No por las bravas, descuida. Nunca me mancharía las manos de sangre. Pero tiene que desaparecer. Espero que sea lista y comprenda que no le queda otro remedio. Tu no hagas nada. Y si te ha pedido algo a cambio de su silencio, tampoco lo hagas. Yo me ocuparé de que entienda que lo que le conviene es no volver a aparecer en tu vida. ¿Entendido?

La voz de Alejandro era gélida como el acero. Su decisión era inapelable. Yo no tenía fuerzas ni argumentos para oponerme, así que me mantuve callado. Tras observar mi reacción, se levantó de golpe, con una agilidad impropia de su edad, recorrió el metro y medio que le separaba de la puerta y desapareció sin devolverme la mirada.

A mí me costó un rato reaccionar, avergonzado de mi confesión, pero, sobre todo, asustado de imaginar hasta dónde podía ser capaz de llegar Alejandro. No estaba ya en mi mano pedir clemencia ni negociar las condiciones de la rendición de Elena. Ella estaba condenada, sin haber tenido derecho a defensa ni apelación. A mí solo me quedaba esperar que el castigo no fuera demasiado severo.

Por otro lado, aunque me resistiera a admitirlo, sentía cierto alivio por haberme liberado de atender a su chantaje.

—Humberto, papá se acaba de ir —dijo Carmen, que había entrado al despacho aprovechando que la puerta estaba entreabierta —. Ha dicho que tenía un asunto urgente que resolver y no podía quedarse a la sobremesa. Por cierto, Ortega se ha ido con él. Me ha dicho que deja un coche patrulla en la puerta hasta que vuelva. ¿Ha ocurrido algo?

—¿Qué? No. ¿Qué va a pasar? Ya conoces a tu padre, siempre está a mil cosas. Y Ortega, pues no sé, en algún momento tendrá que dormir ese hombre —acerté a responder con cierto asombro. A esas alturas, ya era evidente que mi escolta seguía trabajando para mi suegro.

Me acerqué a Carmen, tratando de que mis señales de ahogo le pasasen desapercibidas. Un viento inesperado embistió una contraventana del salón. El sol iniciaba su trayectoria descendente. Ella me miró con cierta desconfianza, a sabiendas de que algo me ocurría, porque yo no podía ocultar del todo el rubor y la vergüenza de mi conversación reciente.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, cariño…, estoy cansado. Eso es todo. Llevo mucha tralla encima y no me encuentro muy bien.

Mis palabras evidenciaban la sacudida que me había propinado su padre. Me incorporé para dirigirme al escritorio. Pedí a Carmen que me dejara solo para poder llamar a Alberto y evitar así que consumara el encargo que le había hecho unas pocas horas antes. Las palabras de Alejandro resonaban en mi cabeza. Ahora, mi futuro estaba nuevamente en sus manos. Respiré exhausto. Un zumbido

interior como el de una alarma ensordecía mis tímpanos, repicando dentro de mi cabeza. Sentía que aquel hombre había hecho y deshecho a su antojo conmigo. Me había convertido, a mi pesar, en un mero espectador de mi propia vida.

30

Estaba anocheciendo sin que prácticamente me hubiese dado cuenta. No dejaba de dar vueltas a la conversación con Alejandro. Si bien era cierto que yo me había convertido en un depredador político, dejando a mi paso un reguero de víctimas propiciatorias, no era menos cierto que, en ese momento en el que me veía acorralado, sentía un terror insondable tan profundo que no sabía de dónde provenía.

No me atrevía a recapacitar sobre lo que había pasado en los últimos días. Era miedo. Miedo de pensar que había estado a punto de arruinar mi carrera política. Miedo de mí mismo, de no haber sido capaz de darme cuenta de las consecuencias de mis actos. Miedo de Carmen, de que llegara a enterarse de mis engaños y pudiera juntar el suficiente valor para dejarme. Miedo de Elena, de su amenaza y de lo que pudiera ocurrirle ahora que Alejandro iba a ocuparse de ella. Miedo de Alejandro, que hacía conmigo lo que se le antojaba. Miedo de mis miedos y de estar acosado por mis propias aprensiones.

Como ya era costumbre durante la campaña, al recostarme en el sofá mi mente volvió a rebuscar en el pasado para evocar episodios que me recordaban cómo había logrado llegar donde estaba.

Unos meses después de que Ortega consiguiera el dosier sobre el presidente, este cometió el error fatal de convocarme a su despacho para comunicarme mi cese. Todo el mundo sabía que cuando un presidente se sentía débil, hacía una escabechina en su propio Gobierno. Cortar unas cuantas cabezas, hacer una sangría como las de los antiguos galenos para regenerar el organismo, era el remedio clásico en el manual de supervivencia política.

El rumor de que yo era uno de los candidatos al sacrificio no tardó en llegar. El presidente, en horas bajas de popularidad, iba a afrontar su primera crisis de gobierno y había pensado en mí como uno de los fusibles de recambio. Una mañana cualquiera, me convocó en su despacho y, como siempre sucede en estos casos, comenzó su alocución con un efusivo elogio a mis labores.

«Querido Humberto, estás haciendo un gran trabajo en el Gobierno y en el partido. Todo el mundo lo reconoce. Aunque es verdad que tu ministerio no tiene la pompa y el boato de otros, la ausencia de ruido y el trabajo bien hecho son cualidades cada vez más escasas. Te has convertido en uno de nuestros valores emergentes».

El «pero» estaba al caer.

«Pero tú bien sabes que la política tiene determinadas claves que escapan al resto de los mortales, y en ocasiones hay que hacer sacrificios por el bien colectivo. Nuestro partido está por encima de cualquiera de nosotros y nos debemos, no a nuestros intereses, sino a los superiores de nuestros electores. La cosa es que llevamos un tiempo cayendo en las encuestas, y el público demanda cambios, caras nuevas. Algunos de mis asesores ya me están advirtiendo de que nos hemos acomodado y nuestros rivales están creciendo. Se ha

instalado la sensación de que no hacemos nada, de que no pasa nada. Mucha gente piensa que la acción del Gobierno tiene escasa o nula incidencia en su vida cotidiana, que somos prescindibles. Y en política, tan perjudicial es el sobresalto continuo como el aburrimiento permanente».

Nada me irritaba más que un parlamento extenso para rematarlo con un final previsible, pero tampoco veía el momento de interrumpirle.

«Tenemos que lanzar un mensaje, comunicar un revulsivo. Nos estamos acercando a la mitad de la legislatura y estoy pensando en hacer algunos cambios, fusionar algunos departamentos. Vender que reducimos la Administración, que cortamos gastos innecesarios. Y, por ir al grano, en ese plan entra tu cartera. Quiero integrar nuevamente Vivienda en Obras Públicas y reconvertir tu ministerio en una Secretaría de Estado. Así que, sintiéndolo en el alma, voy a pedirte que te sacrifiques por el partido y des un paso a un lado. Eres joven, tienes tiempo y eres de los últimos en haberte incorporado a la tripulación».

Al presidente le encantaban las metáforas marineras, quizá debido a sus orígenes gaditanos.

La cosa estaba clara. El muy hijo de su madre estaba en horas bajas por varios escándalos vinculados a su gestión, por sus problemas en el partido y por su baja popularidad, por lo que pretendía que yo fuera uno de los que pagaran el pato de su fracaso. No tenía mucho sentido discutir con él, así que puse mi puesto a su disposición. La cara de alivio que se le quedó al escuchar que no iba a oponer resistencia me hizo creer que era más

ingenuo de lo que le suponía, pues en política rara vez se dice lo que se piensa, como también sucedía en este caso.

«Humberto, no esperaba menos de ti. Sabré recompensar tu fidelidad. Volverás a ser diputado, como es lógico, y hasta que eso suceda te reubicaremos en un puesto a tu medida. Piénsatelo y me dices: una empresa pública, una fundación, una embajada… Lo que quieras. Lo prepararemos todo y en el Consejo de Ministros de la próxima semana anunciaremos tu cese. Hasta entonces, por favor, sé discreto, que ya sabes cómo se ponen los compañeros cuando saben que se va a quedar libre un puesto goloso».

«Claro, presi. Puedes estar seguro de ello», contesté con mi sonrisa más hipócrita, pero en cuanto salí de su despacho, activé el botón nuclear. Tenía que actuar rápido. Había llegado el momento de desempolvar el dosier que, gracias a Ortega, había llegado a mis manos.

Tiempo antes, le había pasado toda la documentación de la que disponía a un fiscal amigo para que arrancase la investigación y, por pura coincidencia, solo unos días previos a aquella reunión con el presidente, me había llamado para comunicarme que, tras haberla analizado, consideraba que había caso e iba a iniciar oficialmente la investigación. Sabiendo que el presidente estaba siendo investigado, aun cuando ni el propio investigado conocía su situación, me lancé a la piscina y filtré la noticia a un periodista afín. «Esto que me cuentas debe de ser una broma, H. H. No me ha llegado nada. Además, el delito es surrealista. ¿Narcotráfico? Me dejas a cuadros», fue su primera reacción. «Si no te ha llegado nada es porque se trata del presidente del Gobierno, y lo llevarán con suma discreción.

Pero si tocas los palos adecuados, no podrán negarte la evidencia», respondí. Y aquello desató el terremoto.

Al día siguiente, la noticia corría como la pólvora en todos los medios. «Escándalo presidencial», «El presidente, investigado por trato de favor a su hermano», «Presidente de día, contrabandista de noche». La prensa se volvió loca. No se hablaba de otra cosa. La oposición no acababa de creerse el milagro que les sacaba de su inanidad.

Como estaba previsto, una parte del Gobierno se inmoló con el presidente, poniendo su mano en el fuego por él mientras los demás trataban de cubrirse las espaldas, incluido el ministro de Interior, que acabó confesando. Yo fui el único ministro que puso el acento en la presunción de inocencia sin dejar de machacar con que «Todos debemos ser iguales ante la ley» hasta llegar a un contundente «si ha habido irregularidades, depuraremos responsabilidades. Caiga quien caiga».

En el partido, el nivel de histeria era total. El presidente veía conspiraciones por todos lados, y los gritos en todas direcciones nublaban un juicio sensato sobre qué hacer. Estaba a la defensiva, y las ratas empezaban a abandonar el barco. Los ministros que le habían apoyado comenzaban a salir en los papeles con informaciones, si no confirmatorias, sí al menos sospechosas. Era suficiente.

Cuando la fruta estaba madura, concedí una entrevista anunciando mi dimisión como ministro y mi intención de solicitar unas primarias para renovar el liderazgo del partido. «Es imprescindible una regeneración total que nos permita recuperar la confianza de la ciudadanía». Al principio, me cayeron insultos y

halagos al cincuenta por ciento. Pero cuando se calmaron las aguas y se publicó mi segunda gran entrevista en el dominical de cabecera de la opinión pública española, la opinión generalizada ya se había decantado: yo era la única alternativa para liderar y rearmar el partido.

Había conseguido colocar el mensaje que nos interesaba. El Gobierno tenía que convocar elecciones y la organización renovarse de arriba a abajo. Se produjo una aceptación general de mi propuesta como la única salida responsable, y comencé a ser tenido en cuenta ya como un «candidatable» serio a suceder al presidente saliente.

Sorpresivamente, Rubén me llamó para manifestarme su entusiasmo con la noticia. Estaba encantado, y sus amigos de Florida también. Lo que nadie esperaba, y menos él, era que en aquel momento crucial yo anunciara que no aspiraba a encabezar la candidatura de mi partido. Todo a su tiempo.

Sus llamadas furibundas al sentirse traicionado y sus amenazas igual de furibundas, aunque poco creíbles, fueron continuas durante esos meses. Pero la partida estaba ganada. Por increíble que pudiera resultar, el público aceptó la idea de que debíamos trabajar duro antes de poder pedir la confianza a los ciudadanos. Mi apuesta era para la siguiente legislatura, tras regenerar el partido. Y coló. Vaya si coló.

El Gobierno apenas aguantó unos meses después de mi dimisión, y las elecciones se convocaron en el momento más bajo del partido. La dirección saliente buscó un hombre de paja, porque nadie quería ponerle su cara al inevitable batacazo mientras yo miraba los toros desde la barrera. Me aseguré la vuelta al Congreso como cabeza de

lista por mi provincia y en campaña desempeñé un papel discreto hasta lo intolerable.

Algunos periodistas expresaban lo que a todas luces era evidente: «Parece que el diputado H. H. quisiera que su partido perdiese las elecciones», por lo que tuvimos que emplearnos a fondo para contrarrestar esa imagen, pidiendo favores a los medios que habían vivido de nuestras subvenciones para que sus tertulianos fueran a los debates con un mensaje claro: «Humberto Hurtado es una *rara avis* de la política», «No quiere el poder a toda costa», «Va a trabajar para regenerar el partido y recuperar su credibilidad ante los ciudadanos» y otros titulares de ese palo. Así, poco a poco, fuimos decantando la opinión pública a mi favor.

Llegaron las elecciones y, como era previsible, las perdimos, aunque no tan estrepitosamente como podía predecirse. Lo suficiente para mantener poder y cortar cabezas ante la derrota. A raíz de aquello, se creó un rumor, una sensación en el partido de que había que tener cuidado conmigo. Era mejor llevarse bien por si acaso.

La maniobra fue perfecta. Letal. A los pocos meses, se celebró el congreso para elegir una nueva dirección, y yo fui el único candidato que se presentó a las primarias. Y con las manos libres para hacer y deshacer a mi antojo.

Al fin, había conseguido llegar a lo más alto en un partido que me había acogido como prófugo, al que no pertenecía desde la cuna. Era una hazaña nunca vista hasta entonces. Con todo el poder orgánico en mis manos, pero estando en la oposición, el siguiente reto era convertirme en líder de la oposición y candidato a la presidencia. Esta vez quería ser yo quien estuviera al otro lado del

teléfono mientras otros esperaban mi designación divina. Estaba tan eufórico que me veía capaz de todo. No había obstáculo que fuera capaz de remover. Estaba a punto de conocer a Elena.

Su recuerdo me devolvió al presente. Miré el móvil para comprobar si tenía algún mensaje o llamada suya. Curiosamente, ahora los echaba en falta. No había noticias. Además, llevaba varias horas sin conectarse ni a Telegram ni a WhatsApp. Sentí un escalofrío. Alejandro me había demostrado que era capaz de todo. En ese instante, llamó Ortega.

—Jefe, está arreglado. Ya no tiene de qué preocuparse. Puede descansar tranquilo antes de su gran día. Buena noche.

Domingo

Día de las elecciones

31

Había llegado el día. El día de la victoria. Y, sin embargo, no había sido una noche agradable. Me acabé durmiendo en el sillón orejero de mi despacho entre los recuerdos vagos de los acontecimientos recientes.

Miré el móvil y reparé en que «Encuestas» había escrito varios mensajes que después había eliminado. Podía hacer mil cábalas para tratar de interpretar aquel arrebato súbito de mensajes borrados, pero de nada me servía. Respiré aliviado al tener noticias suyas, aunque no fueran más que unos mensajes vacíos, y también al comprobar que no había llevado a cabo su amenaza. Repasé las redes y la prensa digital, y no había rastro alguno de información comprometida sobre mí. Cerré los ojos y empecé a elucubrar qué habrían hecho Alejandro y Ortega para convencer a Elena de renunciar a su vida conmigo, pero enseguida me sacudí esos pensamientos. Había demasiadas cosas por hacer aquel día, como para detenerme en lo que ya no estaba en mis manos.

La noche había sido larga y agitada como una montaña rusa de emociones, pero empezaba a asomar el día que había soñado desde niño. Y por el que había trabajado, si es que a esto se le puede llamar trabajo, desde que entré en política. El día en que millones de

personas iban a depositar mi papeleta en una urna para que fuese su próximo presidente.

Alguien como yo, quién lo iba a decir, pero la política tiene estas cosas. No llegan los más inteligentes, ni los más guapos, ni siquiera los más astutos. Llegan los más resistentes. O, como se dice ahora, los más resilientes. Y en ese oficio de resistir no tenía rival. Por eso había llegado hasta allí mientras que los demás se habían quedado por el camino.

Reconforta imaginar la rabia y la impotencia de tus enemigos ante tu éxito. Ojalá mi padre hubiese vivido lo suficiente para verlo. Habría dado cualquier cosa por que hubiera estado en primera fila en mi toma de posesión. Teniendo que aplaudirme y recibiendo todo tipo de felicitaciones y parabienes por tener un hijo como yo. Él, que solo había sabido menospreciarme. A veces pensaba que, si había llegado hasta ahí, había sido en buena medida a causa de su desprecio. Esa necesidad de vengarme, de demostrarle que era mucho más capaz que él, me había sostenido cada vez que había estado a punto de mandarlo todo al infierno.

Pero no era hoy el día para pensamientos amargos. Tocaba disfrutar y saborear el éxito. Y para eso nada mejor que un baño de masas. Otro, el último antes de ser presidente.

La prensa esperaba con impaciencia el voto de los candidatos a la presidencia y en especial el mío, el del gran favorito. Se había convertido en una tradición que los cabezas de lista de cada una de las candidaturas con opciones de obtener representación escenificasen el momento en que depositaban el voto y ofrecían después unas declaraciones de cortesía a los medios, en las que nos limitábamos a «celebrar la fiesta de la democracia y animar a que

todo el mundo acuda a las urnas». Esa participación era la que legitimaba nuestros puestos y salarios, por lo que era imprescindible que la masa no se cuestionase si su voto servía para algo más que para mantener al exclusivo grupo de personas que teníamos acceso al reservado de la política, la representación y el poder.

Sumido en estas reflexiones mientras paladeaba mi segundo café junto a mi mujer, pues Paloma y Clara seguían durmiendo, llamaron al telefonillo. Carmen se apresuró a descolgar. Ahí estaba Alberto, puntual como siempre, pese a sus desbarres, preguntando si ya estaba listo. Como era evidente que no lo estaba, y tampoco quería estarlo, pues me apetecía disfrutar cada instante de este día, le pedí que entrase. Poco después, llegó Ramírez y enseguida también Pedro, a quien ya no podía ver igual que antes de mi último encuentro con Elena. Andrés me esperaba en el coche junto con Ortega, que había entrado por la puerta grande en mi lista de traidores. Pensaba relevarlo de todas sus funciones en cuanto pisara la Moncloa.

A pesar de la confianza que habíamos generado después de muchos años, sabían que había líneas que era mejor no cruzar, y una de ellas era ver a su jefe en calzoncillos y camiseta de tirantes mirando el culo de la asistenta mientras planchaba la camisa que iba a ponerme ese día.

Alrededor de la mesa de la cocina, mientras bebíamos café y dábamos cuenta de unas tostadas untadas con queso y mermelada de ciruela, repasamos el cronograma de la jornada. Llegada al colegio electoral a las diez, recorrido por las mesas saludando a apoderados e interventores de todos los partidos, foto de equipo con los nuestros mostrando bien visibles los tarjetones identificativos,

votación con pausa dramática depositando la papeleta en la urna para que los gráficos inmortalizasen el momento y, para cerrar, declaraciones a los medios celebrando el triunfo… de la democracia.

Una vez cumplido nuestro deber ciudadano, aperitivo y sobremesa; a las seis de la tarde, directos al hotel que habíamos escogido para seguir allí el cierre de los colegios y las estimaciones de los resultados de las encuestas a pie de urna. Si todo iba según lo previsto, sobre las nueve, y coincidiendo con el inicio de los telediarios, primeras declaraciones del portavoz de campaña valorando los resultados y, si se confirmaba la victoria, mitin desde el balcón principal del hotel, compartiendo con el electorado los lugares comunes conocidos: «Voy a ser el presidente de todos, tanto de los que me han votado como de los que no». «Hoy se abre un tiempo nuevo». «Después de años de estancamiento, retomamos la senda del avance y del crecimiento…». El repertorio habitual.

Pero todavía estábamos lejos de ese momento. Aunque la derrota parecía poco probable, sentí un escalofrío de inquietud que me cerró el apetito. Ese vértigo que aparece cuando estás a punto de conseguir un objetivo que te ha costado mucho y piensas que en el último momento puede ocurrir algo que te va a impedir alcanzarlo.

Me fui al baño para refrescarme y, delante del espejo, me convencí a mí mismo de que esos miedos solo estaban en mi cabeza. Como cuando has visto una película de terror y tienes la sensación de que los personajes que te aterrorizan en la pantalla se te van a aparecer detrás de una puerta o dentro del armario. Un miedo irracional y absurdo porque habíamos hecho los deberes.

Nos subimos al coche rumbo al colegio electoral, un centro público situado cerca del parque del Retiro. Me acompañaba Carmen en el

asiento de atrás mientras que los demás nos seguían en una furgoneta que habíamos utilizado en varios de los desplazamientos durante la campaña.

Andrés se detuvo en la entrada y nos bajamos. El grupo de periodistas que hacían guardia en la puerta se acercaron para saludar.

—Las declaraciones, después —dijo Ramírez yendo a su encuentro, y todos acataron sin rechistar.

Recorrimos el camino que conectaba el acceso a la parcela con la entrada del edificio deteniéndonos a cada instante para saludar a los electores que, entre sorprendidos y excitados por encontrarse con alguien a quien solo veían por la televisión, se paraban a saludarme. Solo recibimos una manifestación de hostilidad en todo el trayecto hasta la urna. Un señor mayor, con el pelo revuelto y aspecto desaliñado, me llamó «chaquetero» a unos metros de distancia.

—¿Le digo al policía que lo identifique? —me preguntó Pedro al oído.

—Ni de coña —respondí—. Es un pobre desgraciado que lo que busca es montar el numerito. No vamos a darle el gusto.

Llegamos, por fin, a la mesa donde me tocaba votar y, después de saludar tanto al presidente y a los vocales que la constituían como al interventor, que estaba sentado junto a ellos, introduje los sobres con las papeletas correspondientes para el Congreso y el Senado, sosteniendo unos segundos cada uno de ellos antes de dejarlos caer para que los medios gráficos pudieran obtener las imágenes que buscaban. Carmen sonreía con gesto de satisfacción, posando como la estrella invitada de un programa dominical. Consideraba que esta victoria también era suya. Cuando Ramírez me indicó que ya era

suficiente, solté los sobres y nos despedimos del personal presente en las mesas, dándoles ánimos para aguantar el resto de la jornada.

Al enfilar la puerta de salida de aquella sala, me di de bruces con un viejo conocido: Jesús Manzanero, el secretario general de mi antiguo partido. Se quedó dudando unos instantes antes de extenderme la mano sin demasiado entusiasmo. Sabía que no le quedaba otro remedio que saludarme, pero era evidente que no le apetecía nada. Yo ensayé la mejor de mis sonrisas y le devolví el saludo con cierta satisfacción. Y es que siempre resulta agradable encontrarte con tus enemigos una vez derrotados, teniendo que agachar la cerviz ante tu presencia.

Los periodistas allí presentes enseguida se percataron del encuentro y tomaron posiciones a nuestro alrededor para inmortalizar la escena. Ahí estábamos. El pasado y el presente unidos en unos segundos fugaces. Una historia de rivalidad que venía de lejos.

Manzanero había sido, sin quererlo, el principal artífice de que yo estuviera a punto de convertirme en el nuevo presidente del Gobierno. Su intención de no dejarme promocionar como diputado nacional al término de mi primer mandato como concejal, con el que había llegado casi a lo más alto en mi ciudad natal, me llevó a tomar la decisión de dejar la formación política en la que había iniciado mi carrera.

Años después, cuando llegué a la presidencia de mi nuevo partido y, en consecuencia, fui designado jefe de la oposición, él ocupaba el cargo de presidente del Gobierno. Tras pasar más de una década como secretario general, se hizo con la presidencia del partido pocos meses antes de la crisis de Gobierno que forcé tras dimitir como

ministro. Manzanero se benefició de aquella situación y, presentándose como una renovación natural, más joven y progresista, consiguió llegar a la Moncloa.

Mi partido, por su parte, estaba sumido en una crisis de identidad y desapego ciudadano tan grave que Manzanero pudo gobernar a su antojo hasta que las primarias me colocaron en un estatuto de antagonista, como si fuese un wéstern de época. Allí estábamos de nuevo, cara a cara, en otro duelo a vida o muerte.

Nadie esperaba que un converso como yo, sin raíces ni familia dentro de mi nuevo partido, consiguiera llegar a lo más alto. Pero en las crisis a veces suceden estas cosas. El caso es que ahí estaba yo, de vuelta como ariete de la oposición al Gobierno de Manzanero. Después de tantos vaivenes, el azar me había dado la oportunidad de aspirar al cargo más importante que un político puede alcanzar: la presidencia de su país.

En la primera reunión que mantuvimos tras mi nombramiento como líder de la oposición, quedó claro que entre nosotros no había arreglo posible. Cuando las cámaras se retiraron después de grabar las tradicionales imágenes «mudas», en las que todo fueron sonrisas y buenas caras, Manzanero se aseguró de que la sala en donde nos reunimos estuviera completamente despejada para recitarme su lista de agravios. «Te presentas aquí como si nada hubiera pasado. Eres un hipócrita. Eres un traidor y un tránsfuga. Me traicionaste y te cambiaste de partido. Eso no te lo voy a perdonar nunca. Olvídate de mantener una interlocución fluida conmigo. Esta va a ser nuestra primera y única reunión bilateral. A partir de hoy, nuestros encuentros serán públicos, con luz y taquígrafos, en la tribuna del hemiciclo. Por cierto, que no sé cómo salvaste a tu actual partido de

la quiebra. Todo el mundo está al corriente de tus chanchullos con determinados empresarios…».

Me levanté sin despedirme y abandoné la sala, no sin antes dedicarle una sonrisa forzada. Aquel día me prometí a mí mismo que le haría pagar por haberme llamado traidor.

La mañana siguiente, reuní de urgencia a mi grupo parlamentario y di la instrucción de apuntar toda la artillería al presidente del Gobierno y a sus ministros más relevantes. Teníamos que buscar indicios, por minúsculos que fueran, de cualquier comportamiento inadecuado en el ejercicio de sus cargos y atizarles por ahí con la ayuda de nuestra red de medios afines.

Así, concentramos toda nuestra acción parlamentaria en desgastar a Manzanero y a su núcleo duro, dejando de lado cualquier cuestión que nos distrajera de ese objetivo. Una subvención mal concedida, un plazo vencido por alguna negligencia administrativa, un gasto poco justificado. Todo se convertía en *casus belli* con preguntas, comparecencias, comisiones de investigación y peticiones de dimisión, replicadas y aumentadas por los periódicos y cadenas de radio y televisión afines, que sobrevivían gracias a las subvenciones que recibían de nuestros gobiernos autonómicos y municipales.

Manzanero, cuyos primeros años de legislatura habían transcurrido sin apenas sobresaltos por la incomparecencia de mi partido, empezó a sentirse presionado y a ponerse nervioso. Esto, sumado al odio irrefrenable que sentía hacia mí, fue envolviéndolo en una espiral de decisiones erróneas que acabaron precipitando su salida del Gobierno.

Todo aquello se me vino a la mente al encontrarnos en el colegio electoral. Yo estaba saboreando el momento cuando Ramírez me

hizo una indicación para reanudar la marcha hasta el punto en el que habíamos convocado a los medios.

Entonces volví a mirar a mi antiguo secretario general y exclamé, con cierto recochineo y en un tono elevado para que los micrófonos pudieran registrarlo:

—Me ha alegrado mucho verte, Jesús. Espero que estés disfrutando de la jubilación, que bien te la has ganado.

Hubo una carcajada general, y él me dirigió una mirada todavía más furibunda que la de aquel encuentro en su despacho, pero fue incapaz de reaccionar a mi broma, aparentemente, inocente.

Llegamos al lugar donde nos esperaban los periodistas y, ante la falta de novedades con suficiente relevancia informativa, las preguntas discurrieron sobre el inesperado reencuentro.

—Señor Hurtado, ¿qué puede decirnos de su encuentro con el presidente Manzanero? —dijo el que primero tomó la palabra—. ¿Le ha deseado suerte? Daba la sensación de que había cierta tensión en el ambiente…

—¿Tensión? No lo creo. Desde luego, no por mi parte. Para Jesús Manzanero solo tengo palabras de respeto y admiración. La parte final de su etapa de gobierno no debería empañar su trayectoria previa.

—Pero… —insistió otro periodista más incisivo—. Usted jugó un papel determinante en su caída y pidió su dimisión casi cada día desde que fue nombrado jefe de la oposición. ¿Se arrepiente de haber sido tan severo con quien además había sido su jefe de filas en su anterior partido?

—¿Arrepentirme de hacer mi trabajo? En absoluto —respondí con aplomo—. Yo solo hice lo que le corresponde al líder de la oposición:

fiscalizar al Gobierno. Como resultado de ese trabajo, destapamos uno de los mayores escándalos de corrupción de la democracia. Y eso fue lo que precipitó la dimisión del expresidente. Su situación era insostenible.

—Si me permite una cuestión más personal… —apuntó una joven reportera aspirante a *star player* de los programas de entrevistas—. ¿Tuvo algo de venganza personal su persecución al señor Manzanero por no haberle permitido ser diputado nacional cuando usted se lo pidió?

—Por favor —interrumpió tajantemente Ramírez—, el señor Hurtado ha respondido a las preguntas que le han hecho sobre su relación con el señor Manzanero, a pesar de que no es un asunto de campaña ni de actualidad política. Por tanto, les ruego que, si no tienen otras cuestiones, demos por finalizada la comparecencia, que hoy es un día intenso.

Viendo que la cosa no daba más de sí, los periodistas se apartaron formando un pasillo por el que salimos del recinto para volver al coche.

—¡El cabrón de Ramírez me ha cortado en el mejor momento! —exclamé en el corrillo que habíamos formado antes de subir a los vehículos—, justo cuando estaba a punto de confesar que en realidad he hecho todo esto para vengarme de ese hijo de puta.

Todos excepto Ramírez rieron al unísono. Mi jefe de prensa, miedoso por naturaleza, no tenía muy claro si hablaba en broma o en serio hasta que le di una palmada tranquilizadora en el hombro.

—Joder, Ramírez… ¡Cómo iba a contarles eso! Has hecho bien deshaciéndote de esos buitres, que mi capacidad de contención también tiene un límite… Ese episodio lo reservo para el libro que

escribiré cuando deje de ser presidente, me libre de todos vosotros y me dedique a ganar un montón de pasta dando conferencias.

Volvimos a los coches para regresar a casa. Esta vez, me subí en la furgoneta con el resto de mi equipo para compartir el aperitivo en la sede del partido con los empleados, militantes y cargos que en ocasiones como esta se dejaban caer allí para tomar posiciones de cara al suculento reparto de nombramientos que se avecinaba.

Carmen, por su parte, se subió al coche, ensimismada en su nuevo rol, convencida de que iba a ser la esposa ideal del nuevo presidente del Gobierno. Sus gestos evidenciaban la excitación propia de quien se siente el centro del mundo. Eran procesos que yo vivía a diario, en los que la adrenalina discurre como un torrente y produce un efecto narcótico próximo a la felicidad. Así actúa la droga del poder, una sustancia difícil de controlar. Era evidente que mi mujer disfrutaba también de esa sensación, anestesiada, salivando solo de pensar en el futuro que comenzaba a partir del día siguiente.

32

Mientras Alberto, Pedro y Ramírez intercambiaban comentarios jocosos, compadeciendo a Rosa Peláez tras recibir los primeros sondeos a pie de urna, yo seguía ausente de la algazara que comenzaba a formarse en el vestíbulo salpicado de mesas altas repletas de tablas de canapés.

Llegaban ruidos desde el ala de los despachos, pasos furtivos de meritorios que atisbaban una posibilidad de medrar en sus carreras políticas. Todos buscaban un pretexto para presentarse en la planta séptima del edificio, haciéndose los encontradizos. Era el día en el que había que estar. Quien no estaba compartiendo el día de la victoria, era sencillamente un estúpido o un incauto.

Alberto soltó una carcajada cuando vio el vídeo de mi encuentro fortuito con Manzanero, que ya se había hecho viral. Los políticos somos carne de cañón de cualquier grabación intempestiva, así que debemos estar siempre preparados. No hay que bajar nunca la guardia porque, cuando menos te lo esperas, hay un cretino dispuesto a captar un instante de tu vida. Los móviles son verdaderas armas de destrucción masiva, muy por delante de cualquier medio tradicional de comunicación. El anonimato es cosa de otros tiempos. Hubo una época en la que la política transcurría entre bambalinas, entre sombras, como en un carnaval con

máscaras. Ahora, la política es puro espectáculo descarnado en el que cualquiera puede participar.

—H. H. ¡Qué casualidad! Parece obra del destino —dijo Ramírez, que se había dado al juego del pinzamiento de aceitunas con palillo —. Manzanero y tú, frente a frente, el día de las elecciones.

El alboroto en el edificio iba creciendo. Comenzaba a haber un preludio de fiesta, pero no había que lanzar las campanas al vuelo todavía. Eran las dos de la tarde y aún quedaban unas horas para confirmar la victoria. Había que contenerse y evitar dejarse llevar por la euforia, porque no hay mayor ridículo que tener que retirar los preparativos de una celebración después de un resultado inesperado.

—H. H., ¿estás bien? —preguntó Alberto, que era el único que había reparado en mi estado de postración—. Si hay algo más que deba saber, no tienes más que decírmelo. Sobre lo que me pediste ayer, puedes estar tranquilo, aborté la operación sin dejar rastro.

—Gracias, Alberto. No ha ocurrido nada nuevo, afortunadamente —respondí forzando una media sonrisa—. Solo estoy cansado. Muy cansado. Llevamos mucha tralla, y el cuerpo me ha dicho basta. Pero no te preocupes, que me repongo enseguida.

Alberto me miró con desconfianza. Sabía que mi aparente tranquilidad era fingida y que Elena seguía en mis pensamientos, pero no se atrevió a insistir. Cualquier cosa que dijera era echar más leña al fuego.

—No habría mejor final para la novela de tu carrera política que ese encuentro a cara de perro —dijo Pedro para introducirse en la conversación mientras masticaba una porción de empanadilla de atún.

No obtuvo respuesta. La desconfianza hacia el que solo dos días atrás consideraba uno de mis más leales colaboradores, me había quitado las ganas de dirigirle la palabra. Así que dejé que hablasen entre ellos, evitando de ese modo llevar el peso de la conversación. Exhibían un triunfalismo exacerbado, tanto que por unos minutos me convirtieron en una sombra. Yo trataba de atender a sus intervenciones, pero mi alma trasegaba en algún lugar lejano donde se hallaban el remordimiento y la nostalgia.

Por un momento, dejé mis preocupaciones en el rincón de las desgracias sin porvenir y recordé aquel debate con Manzanero en el Congreso de los Diputados que precipitó su caída.

Después de media legislatura buscando grietas en su gestión sin demasiado éxito, por fin dimos con la tecla gracias a una periodista que me filtró los pormenores de la investigación que estaba realizando su medio sobre una supuesta prevaricación y financiación ilegal del Gobierno.

Mientras le lanzaba estas acusaciones desde la tribuna del hemiciclo, su rostro destilaba un odio incandescente, sin control. En ese estado, nunca debió haber subido él a darme la réplica. Era una de las reglas elementales de este juego, pero su soberbia y el odio africano que me profesaba lo empujaron a entrar en el cuerpo a cuerpo conmigo, y ahí empezó a cavar su tumba.

«Señor Hurtado, usted ha venido hoy aquí a faltar al respeto a un Gobierno que está haciendo las cosas bien. Lo que ha calificado de "crisis institucional sin precedentes" no es más que el error de un funcionario que quiso acortar un procedimiento administrativo. Un grave error, sin duda, por el que ya ha pagado presentando su dimisión de inmediato. Y no solo él, también la persona que lo

nombró. Pero usted pretende convertir este desafortunado incidente en una causa general contra mi Gobierno para sacar tajada en las próximas elecciones. Porque si no hace esto, señor Hurtado, ya estaría desahuciado. Usted y todos los miembros de esta cámara sabemos que en su partido hay muchas voces que cuestionan su liderazgo. Porque sus actuales compañeros saben, igual que yo, que no es de fiar. Que no es más que un ventajista, un tránsfuga que solo piensa en su propio beneficio. Pues déjeme que le diga una cosa: no va a ser presidente del Gobierno. Este caso no da más de sí. Hemos asumido las responsabilidades que nos correspondían y hemos pedido perdón a la ciudadanía por ello, pero no vamos a seguir perdiendo el tiempo con sus ataques injustificados. Dedíquese a cosas más productivas y déjenos hacer nuestro trabajo. Muchas gracias».

La bancada del presidente al completo se puso en pie para aplaudirle. En segunda fila, estratégicamente situado, me pareció distinguir a aquel, ya no tan joven, militante que en mis tiempos al frente de las Nuevas Juventudes destacaba por su capacidad de levantarse el primero sin dejar de aplaudir para obligar al resto a hacer lo mismo. No era de extrañar su ascenso en el partido, pues poseía una cualidad muy apreciada en cualquier organización política.

Era mi turno. Respiré profundamente, ordené mis papeles y recorrí despacio los escasos sesenta metros que separaban mi escaño de la tribuna, concentrándome en cada paso para apaciguar los nervios. Era muy consciente de que había llegado mi momento. El duelo bajo el sol a las puertas de la cantina que se resolvería con uno de los dos mordiendo el polvo. Solo tenía que mantener la calma y evitar el

ensañamiento. Nadie quiere a un carnicero como presidente. La sangre hay que dejársela a los subalternos.

Manzanero me miraba ufano, satisfecho con su intervención y creyendo que ahora sí había conseguido taponar la herida. Pero yo me guardaba un as en la manga. Una información que la tarde anterior me había facilitado mi informante y que ponía en cuestión toda la línea argumental del Gobierno.

«Señoras y señores diputados. Señor Manzanero. Hoy estamos aquí porque tenemos fundadas sospechas de que algo está podrido en la Moncloa y nuestra obligación es pedir las explicaciones oportunas. Para esto nos han votado los ciudadanos, a quienes nos debemos. Como suelen hacer los culpables, el señor Manzanero se ha dedicado a atacarme en lugar de defender con hechos y argumentos la limpieza de su gestión y la de su ministro. También nos ha dicho que sabe muchas cosas. Sabe lo que pensamos todos y cada uno de los diputados presentes en esta cámara y sabe lo que sucede en mi partido. Sabiendo tantas cosas, en las que es evidente que no participa directamente, sorprende que no sepa nada de lo que ocurre en su Gobierno y en su partido. Ese supuesto caso aislado que han saldado con el cese de un pobre funcionario, que han utilizado como cabeza de turco, es solo la punta del iceberg».

«¡Silencio! —exigió, alzando la voz, la presidenta de la Cámara ante el revuelo que se estaba formando en la bancada de Manzanero—. Por favor, continúe, señor Hurtado».

Levanté la cabeza, haciendo una pausa dramática, y miré al presidente, que me observaba con una mezcla de inquietud y rencor. Abrí la carpetilla que había subido al estrado y saqué una cartulina

impresa por las dos caras. La levanté para mostrársela al público y exclamé:

«Esto que ven aquí son las cuentas presentadas por su partido el año en que fue realizada esa concesión ilegal. Y estas son las del año siguiente. Aquí pueden ver el sello del Tribunal de Cuentas. Como se puede comprobar, y pongo toda la documentación a su disposición, su partido pasó de una deuda de casi dos millones de euros a un superávit de tres. En solo un año. —Mientras daba la vuelta a la cartulina, volví a mirar al presidente y su cara manifestaba ya un nerviosismo indisimulado—. En solo un año consiguieron más de cinco millones de euros de ingresos extra sin subir las cuotas de los militantes y sin contraer ningún préstamo. ¿Cómo se explica esto? Pero es que, además, ese mismo año, miren qué casualidad, el actual presidente declaró la compra de una vivienda por el módico precio de ochocientos mil euros. Pagada al contado, sin hipoteca».

Se produjo un revuelo generalizado que obligó a la presidenta a hacer varias advertencias de expulsión antes de recuperar la calma.

«Por favor, continúe, señor Hurtado. Y vaya terminando, que ya ha consumido casi todo su tiempo».

«Gracias, presidenta. Concluyo enseguida, si no me interrumpen. Y concluyo con una pregunta y una petición dirigidas al presidente. La pregunta es que nos diga cómo él, con un sueldo de apenas ochenta mil euros al año, ha podido comprarse a tocateja una vivienda de casi un millón de euros y sanear las cuentas de su partido ese mismo año metiendo cinco millones de euros en la caja. La petición es que, si es capaz de explicárnoslo, cese por favor al ministro de Economía y asuma esa cartera, porque es un auténtico

crack haciendo números. Pero… si, como todos sospechamos, no es capaz de hacerlo, espero que presente su dimisión en cuanto termine esta sesión y convoque elecciones generales de inmediato. Muchas gracias».

Los diputados de mi grupo se pusieron en pie para aplaudir mi intervención mientras los del partido del Gobierno se miraban unos a otros con extrañeza y pavor, conscientes de la que se les venía encima. Manzanero se quedó petrificado en su asiento con la mirada perdida, incapaz de manifestar emoción alguna. Estaba tocado. Y hundido.

La presión social fue insostenible. Manzanero se aferró unos días al cargo, pero su final era inevitable. Y más después de que uno de los funcionarios que estaban en el ajo cantara y sacara a la luz la pila de concesiones que habían prorrogado a pelo, sin concurso, a cambio de repartirse los beneficios entre el empresario de turno y el partido.

—Sin olvidar la pedrea en forma de pisazo que le cayó al bobo de Manzanero —exclamó Pedro, devolviéndome al presente—. Si entonces hubiera sospechado que iba a tener que vérselas contigo como jefe de la oposición unos años después, habría sido más precavido. Pero el muy soberbio se creía impune. El mayor error que se puede cometer en política.

—Y como sabía que tenías todas las papeletas para ganar las elecciones —continuó Alberto, apuntándome con el mentón—, para agotar la legislatura, Manzanero nombró en su lugar a la ministra de Presidencia. Una inútil total, que además era prácticamente desconocida para el público en general: Rosa Peláez.

—¡Menudo lince! —dijo Pedro—, pero, aunque nadie daba un duro por ella, Rosa aguantó la legislatura casi hasta el final. Confiaba en que, con el tiempo, la gente se olvidaría de la crisis y tendría su oportunidad, pero solo consiguió prolongar la agonía. Hay que ser ilusa.

Con todos aquellos recuerdos tan presentes, me asaltó una sensación extraña: la de no ser yo quien había vivido y estaba viviendo en primera persona todo esto. Pareciera que mi cuerpo y mi mente se hubieran disociado y esta última observara al primero como si de un títere ajeno a su voluntad se tratara. En todo caso, daba igual. Tenía que volver a casa para descansar un poco y prepararme para acudir al recuento, del brazo de Carmen. No había tiempo para más reflexiones trascendentales. Ni siquiera para pensar en Elena.

Me excusé ante los invitados, alegando que me esperaba una noche muy larga, y abandoné la sede entre vítores y aplausos de los eufóricos asistentes. Ya en el coche, al consultar nuevamente el móvil, vi un nuevo mensaje de «Encuestas». Esta vez no lo había eliminado. «Necesito hablar contigo, Humberto. Aunque sea la última vez que lo haga. No puedo más».

33

Sentí un pinchazo en la columna vertebral, algo parecido a lo que debe de ser el aguijón del remordimiento. Me recorrió un escalofrío mientras recordaba a Elena. Hasta entonces me había deshecho de mis rivales, siempre convenciéndome a mí mismo de que ansiaba su espacio, su parcela de poder, para hacerlo mejor que ellos. Pero con Elena no valían ese tipo de justificaciones. Me había resignado a deshacerme de ella solo por el miedo a perder aquello que tanto había perseguido y a lo que no estaba dispuesto a renunciar, aun a costa de lo que fuera.

Miré a Andrés, que conducía ajeno a mi desolación y a mis pensamientos. Elena no podía ser despachada como un bulto en un contenedor. No era justo, a pesar de que la justicia no es un sustantivo de uso común en la política. Ella había sido arrastrada hacia las rocas por esas corrientes incontenibles que mueven a su merced los cuerpos que flotan en el agua. Era normal que reclamara alguna explicación, aunque fuese la última. Lo que habíamos vivido no podía concluir así, sin una despedida apropiada.

Mi corazón despertó de su estado de congelación y comenzó a bombear cada vez más rápido. No podía mantenerme indiferente a sus palabras.

—Jefe, ya hemos llegado a su casa —dijo Andrés volviéndose hacia mí—. Entiendo que va a aprovechar este rato para descansar y asearse. Yo le espero esta tarde a la hora indicada, como siempre.

—Así es —contesté templando la voz, como el borracho que hace esfuerzos por hablar sin trastabillarse—. Nos vemos luego. Descansa lo que puedas tú también, que nos espera la noche de nuestra vida.

Sabiendo lo que iba a ocurrir después, mis palabras fueron premonitorias.

Entré con sumo sigilo, tratando de pasar desapercibido, pero Carmen enseguida se percató y salió a mi encuentro.

—Te he elegido esta corbata, Humberto. La verde. Con el traje azul marino queda perfecta —dijo mientras me acompañaba por las escaleras hasta el dormitorio. No quería dejar nada al albur de mi decisión. Aunque hacía mucho tiempo que yo había dejado atrás mi propensión por los colores chillones y por las prendas con motivos geométricos, para ella era como si pudiera recaer en cualquier momento. Cada vez que me instruía en las reglas básicas de la combinación de colores, pensaba que me estaba recordando la época en que era un desgraciado que apenas sabía anudarse el paño al cuello.

Durante demasiado tiempo, su padre había controlado las decisiones que tomaba en mi vida pública mientras ella ejercía ese control en asuntos más domésticos, desplegando una habilidad innata para persuadirme de lo que estaba bien y de lo que no. La posibilidad de que mi mujer me castigase con su cara de burla o con un comentario mordaz sobre mi ineptitud en el arte del buen vestir no me agradaba. Así que, con el tiempo, acabé esmerándome para evitar sus observaciones mordaces.

—Tenemos que salir sobre las siete y media de la tarde hacia el hotel —respondí, cambiando de tercio y dando por buena su elección—. Te han reservado una habitación para que puedas arreglarte tranquilamente. Paloma y Clara es mejor que se queden en casa. Ya habrá ocasión de exponerlas en público. No quiero hacerlo antes de tiempo.

Carmen salió de la habitación y dio la callada por respuesta. Me dejé caer en la cama, tratando de aliviar un dolor cervical que era cada vez más intenso. Tenía un par de horas para poner en orden mis ideas y prefería pasarlas en mi despacho, así que me incorporé y me dirigí hasta allí. Entonces, volví a leer el mensaje de Elena. «Necesito hablar contigo, Humberto. Aunque sea la última vez. No puedo más». Aquella frase era un grito de socorro en medio del desierto, la voz aterrada de una mujer que había sido abandonada a su suerte.

Antes de que pudiera calmar la desazón de mis pensamientos, observé que Elena estaba escribiéndome nuevamente, de forma desaforada, como un volcán en erupción, mensaje tras mensaje, vomitando toda la lava por su cráter.

«Estoy hecha una mierda. Y sola. Nunca pensé que podría acabar así. Y menos que tú lo consintieras. No he hecho nada para merecer esto. Te he dado parte de mi vida, la mejor parte, pero tú me has tirado a la basura cuando te ha dado la gana. Eres un hijo de puta. Ahora pienso que nunca me debí enamorar de ti. Pero no era dueña de mis sentimientos. Dime, ¿tú crees que me merezco todo esto?».

Leí varias veces el texto con un nudo en la garganta. Cada frase era un dardo lacerante que se clavaba como una estocada en mi conciencia.

Dejé el móvil sobre la mesa y me levanté, como si de ese modo pudiese ahuyentar todos mis remordimientos. Estaba apabullado y solo, abrumado por la vergüenza de mi cobardía. Todo mi cuerpo comenzó a temblar. Sentí un frío extraño. Pero no pude evitar sentirme atraído de nuevo por el teléfono, al que había llegado otro mensaje.

«Ayer recibí la visita del hijo de perra de Ortega. Pensé que eras tú el que quería enviarme un recado. Soy una imbécil. Vino a chantajearme. A decirme que me quitase de en medio. Me amenazó con que iban a joder a mi hermano si no te dejaba en paz. Que estuviese "calladita" y desapareciera. Mi hermano, que sabes los problemas que ha tenido y lo que le ha costado salir del agujero. Me amenazó con que iban a fabricarle un delito. Sabes de sobra que si vuelve a la cárcel sería su muerte. Ni él ni mi padre lo soportarían. Pero ya veo que os da igual todo. Es increíble lo cerdo que eres y lo estúpida que he sido yo».

De pronto, «Encuestas» hizo una pequeña pausa, como si no encontrase las palabras o se hubiera dado por vencida. Mis dedos ardían. Sentía una fiebre creciente que me sacudía las sienes. Estaba perdiendo el control de la realidad. Aquellos mensajes eran la prueba testimonial de mi vida y no me gustaba nada la imagen que me devolvía el espejo. Sentí la tentación de contestar, pero no tenía las agallas para hacerlo. Tampoco sabía qué escribir. Había consentido que la extirpasen de mi vida mientras yo miraba hacia otro lado. De repente, retomó la escritura.

«¿Me has querido alguna vez? ¿O solo he sido un entretenimiento para ti? No me puedo creer que todo lo que hemos pasado juntos haya sido un mero capricho de un narcisista enfermo. Eso es lo que

eres. En mala hora te cruzaste en mi vida. Y en mala hora me enamoré. ¿Te has puesto a pensar qué va a ser de mí a partir de ahora? ¿O te da igual?».

Esas palabras me sacudieron como un golpe de viento contra una ventana. Tardé unos segundos en digerir la pregunta. No era capaz de pensar. La cabeza estaba a punto de estallarme. Ciego de rabia y de culpa, mis ojos se empañaron.

«Te escribo porque no puedo más. Te escribo porque quiero saber si todavía tengo razones para seguir. No puedo levantarme. El golpe ha sido muy duro. Si alguna vez te he importado algo, te pido que me contestes».

Me llevé las manos a la cabeza, enloquecido. Estaba extraviado, loco de dolor.

«Contéstame, por favor. Si no, ya nada tiene sentido».

Mis pensamientos se habían enzarzado en una batalla campal. Deseaba que todo aquello no hubiese ocurrido nunca. Al menos, no de ese modo.

«¿Por qué no contestas? Eres un puto cobarde. Solo le pido a Dios que alguna vez experimentes una décima parte del daño que me has hecho a mí. Adiós».

Rompí a llorar como un niño. Me limpié las lágrimas con la manga de la camisa. Seguía magullado por un dolor intenso que me impedía tomar aliento. Me veía como la imagen misma de la abyección, de la bajeza, del mal. En mi fuero interno, sabía que no tenía alternativa, que la ruleta giraba sin descanso, como una trituradora que engullía a quien se aproximaba. No sabía si en algún momento llegaría a cicatrizar la herida que me dejaba Elena, ni siquiera era capaz de saber si eso dependería de mi voluntad.

Comencé a tiritar, otra vez, como un preso en una celda fría. Quería reaccionar, ir a su encuentro, abrazarla, besarla y cumplir la promesa que le había hecho casi desde que nos conocimos: compartir mi vida con ella. Pero una parálisis general me impedía moverme y no fui capaz siquiera de dar una respuesta a su llamada desesperada.

—Papá. ¿Estás bien? ¿Ocurre algo? —susurró Clara, que había entrado al despacho en algún momento de mi catarsis. No sabía desde qué momento había sido testigo de mi angustia.

Busqué el contacto con ella y la abracé. En realidad, me acurruqué para obtener de ese abrazo el calor necesario para sobreponerme. Sentí que su cuerpo menudo se estremecía ante la fuerza con que la sostenía entre mis brazos.

—La tensión, Clara. Han sido muchos días. Y tenía que reventar por algún lado —mentí sin el valor de mirarle a los ojos, dejando que esos segundos fueran un bálsamo para recomponerme—. No le digas nada a mamá. No quiero que se preocupe por mí.

Mi cuerpo estaba empapado por un sudor agrio, ese que se supura cuando se está atenazado por el miedo o el dolor. Poco a poco, fui recobrando el pulso, dejándome llevar por esa sensación de ternura que me provocaba mi hija. Ella no se movía de su posición, anclada al suelo para que yo me sostuviese. Mi alma zarandeada necesitaba un poste al que aferrarse.

—Papá —dijo mirándome por primera vez desde que me había desecho en sus brazos—. Ya no queda nada. Ya has llegado a la meta. Estoy muy orgullosa de ti. Las tres lo estamos…

Me erguí de nuevo, observando sus ojos ingenuos. Afortunadamente, no era partícipe de los rencores de su hermana.

Mi hija pequeña se parecía mucho a mí. En los gestos y en el tono de voz. Nadie podía negar que fuese mía. Busqué en su mirada una explicación a mi comportamiento. Todo lo había hecho por ella, por ella y por Paloma. También por Carmen, que había estado conmigo a las duras y a las maduras. Intentaba convencerme a mí mismo de que si les había ocultado tantas cosas era porque no quería hacerles daño. No quería que su vida saltara en pedazos. Pero, en el fondo, sabía que aquello no era más que una vana justificación, la coartada de un canalla.

—Vámonos, Clara. Hay puertas que debemos cerrar para no volver a abrirlas —dije mientras hacía lo propio cuando salíamos del despacho. Ella no entendió el alcance de mis palabras. Se encogió de hombros y me abrazó por la cintura.

Al cabo de los pocos segundos que transcurrieron hasta que llegamos enlazados al salón, supe, por fin, que ya no había vuelta atrás.

Noche electoral

34

El calor de los focos se superpone al bochorno natural de un mayo en combustión. Cegado por la luz artificial, desde el balcón del hotel, apenas se ve una gran mancha exaltada que grita mi nombre. Es el momento que tanto tiempo he esperado. Carmen a mi lado, con su mano derecha en posición de visera y con la izquierda saludando a una multitud informe. A estas horas ya es oficial. El triunfo es incontestable. Por fin, presidente.

El estruendo crece, con la música a todo volumen. Un extraño vértigo me revuelve el interior. No puedo reprimir un pinchazo de dolor, pero no debo mostrarme frágil. No es el momento de la debilidad, sino de hacer ostentación del poder en plenitud de forma.

Sigue el júbilo desbordado. Miro a todas partes y no cabe un alfiler. Saludo como un autómata a cada una de las siluetas que conforman esa masa indeterminada. Allí están todos, incluso alguno que seguro que no me ha votado, pero que se suma a la fiesta. Todos menos ella.

La euforia está desatada. No hay fuerza humana que pueda detener ese torrente de alborozo. Les doy las gracias. Me llevo la mano al pecho e inclino la cabeza. Beso a Carmen y decenas de flases parpadean al unísono. Es la imagen de la noche.

El volumen de la música va disminuyendo, anunciando mi inminente intervención. Traje azul marino y corbata verde, la imagen del próximo presidente del Gobierno. Cojo el micrófono sonriente, ahíto de satisfacción.

La algarabía enmudece poco a poco. Todos esperan para escucharme a mí, al presidente. Mis palabras resbalan con las rutinas tópicas del momento. Agradecimientos y felicitaciones por «otra fiesta de la democracia», sin olvidar el clásico de que «voy a gobernar para todos». Como si gobernar no fuera decidir a cada instante entre intereses diversos, y muchas veces contrapuestos. Pero la gente sigue reclamando este tipo de eslóganes para preescolares, así que eso es lo que les doy.

Me interrumpen a cada frase, eufóricos, ajenos al automatismo ramplón del discurso. Lo importante es que no pare la fiesta. Que continúe toda la noche si es posible. Mañana será otro día, pero que nadie impida la fascinación de este momento. Más adelante, muchos de los que abarrotan la plaza y las calles habrán desaparecido. Pero, mientras estén aquí, tienen que disfrutar. Es su momento, el de los secundarios, y no desperdician la ocasión de exhibirse, igual que los monos en el zoológico.

Como era de esperar, los miembros de mi comité de dirección salen en tropel al balcón, buscando su hueco en la instantánea del momento. Yo soy el eje de rotación y todos buscan acercarse a mí, cuanto más, mejor. Comienzan a saltar, embravecidos y encampanados, como si ellos hubieran hecho algo por llegar aquí.

El tiempo de la exposición del nuevo presidente debe llegar a su fin. Hay que dosificar las emociones. Comienza el turno de los abrazos con el tropel de colaboradores. Algunos me miran

compasivamente, a la espera de un gesto o una señal que indique que van a ser elegidos ministros de mi Gobierno. No es el momento. Ninguno de ellos va a dormir, como yo tampoco dormí cuando me tocó pasar por el mismo trance.

Vuelve el estruendo de la música. El espectáculo debe continuar. Pero es tiempo de recogerme y volver adentro. Es hora de desplazarse a la sede del partido para vivir la fiesta de manera más íntima. Solo con los míos.

Al cruzar la puerta del balcón, veo otra vez a Alberto, con su habitual gesto de cenizo incorregible, pero esta vez detecto en su mirada un esbozo de pánico. Me hace un gesto con la mano para que vaya hacia él. Me aparto de la comitiva y, al llegar a su lado, me muestra mi teléfono con un mensaje de Elena.

—Mira el regalito que te ha dejado Elena —me dice con cara de preocupación extrema.

«No puedo más. Estoy harta de tantas mentiras y de tu cobardía. Eres un cerdo. Cuando leas esto ya me habré quitado de en medio, así que estarás contento. No tendrás que volver a preocuparte por mí. Me avergüenzo de haber sido tan ingenua. No puedo seguir viviendo así. Ya nada tiene sentido».

—¡Joder! Tenía el presentimiento de que esta puta loca estaba tramando algo —me dice Alberto fuera de sí—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¡Cállate! —le grito a Alberto a escasos centímetros de su cara, casi rozando su frente—. Y no se te ocurra volver a llamarla puta loca. Haced lo que sea para encontrarla. Tenemos que evitar que haga algo irreversible. ¿Me entiendes?

Alberto traga saliva y clava sus ojos inquisitivos en mí. Ramírez se retuerce a mi lado, presa de un temblor frenético. Pedro, en cambio, nos dirige una mirada severa, moviendo la cabeza hacia ambos lados.

—Os lo había advertido. Está desquiciada. Tu jodida manía de liarte con todo lo que se mueve —gruñe, como un perro a punto de lanzar una dentellada.

—No te admito ni un reproche, y menos después del doble juego que te has traído con ella —le contesto con gesto reprobatorio, sin poder contener el fantasma que ha ido creciendo en mi cabeza.

—¿Doble juego? Pero ¿de qué hablas? —contesta verdaderamente ofendido.

—Elena estaba al tanto de que el mensaje a Carmen era para ti, y eso es algo que solo tú y yo sabíamos, así que dime si no cómo se ha enterado.

—Pues no tengo ni idea, pero te aseguro que yo no se lo he contado —responde con una rotundidad que otorga credibilidad a sus palabras.

—Bueno, dejemos esto ahora. Tenemos que encontrarla antes de que sea demasiado tarde —zanjo mientras observo a Carmen que, ajena a nuestra conversación, sigue disfrutando de su victoria, que es la mía.

—¿Alguna vez había intentado cometer alguna locura estando a tu lado? —murmura Alberto, cargándose de valor, porque las palabras se le atragantan.

—No lo sé, la verdad. Me cuesta interpretar a una mujer en tal estado de desesperación —contesto con premiosidad, a sabiendas de que no es el momento de conjeturas sino de buscarla—. Los

últimos mensajes que me ha enviado están cargados de tristeza y de odio…

—Perdonad —interrumpe Ramírez invadido por el pánico, y me muestra una noticia de alcance en algunos medios digitales en la que aparecen algunas de mis fotografías con Elena—. Ya está circulando como la pólvora. Si de verdad se ha quitado de en medio, la cosa se pone fea.

A punto ha estado de aguarme la fiesta, pero ya soy presidente. Por suerte, la estocada ha llegado tarde, después de haber cruzado la meta. Ahora es cuestión de bracear.

Carmen habla por teléfono en una esquina de la habitación. Por la conversación, deduzco que al otro lado de la línea está su padre. Tan segura de sí misma, no es consciente de lo que se le viene encima.

La tormenta puede estallar en cualquier momento. Y ella está a la intemperie.

—Moviliza a todas las urgencias del país para que la localicen. Tenemos que evitar como sea que cometa el error de suicidarse. Y tú, Ramírez, convoca un canutazo aquí mismo, antes de salir del hotel. Carmen estará a mi lado.

Me dirijo a Carmen, que acaba de colgar. Tiene una risa palpitante, la nítida expresión de la felicidad. Está saboreando las mieles del éxito y haciendo planes para su nueva vida como primera dama. Es difícil aventurar la reacción que va a tener, pero no queda más remedio que hacerla partícipe de todo. Es el momento de la verdad, de compartir este trago juntos, de demostrar que la redención existe, de aceptar que eres la esposa del presidente del Gobierno, contra viento y marea.

Doy un paso adelante y cojo sus manos. Desprende un halo de dicha cercana a la voluptuosidad. Sus ojos chispeantes de alegría, sus brazos firmes, su rostro encandilado. De repente, me observa fijamente y su expresión cambia. Traga saliva. Las pupilas palpitan de un modo diferente, a las puertas del abismo. Comienza a temblar, pero no de felicidad, sino de pánico.

—Humberto, ¿qué pasa? —musita en un tono que es muy difícil describir. Parece que sus propias palabras la atemorizan.

—Acaba de saltar una noticia muy desagradable. Toda la prensa me va a preguntar por ello —le advierto acercándome a su oído y le resumo la historia entre susurros, de tal modo que parece que el mundo deja de existir.

Carmen se limpia las lágrimas contra mi americana. Su cuerpo se estremece con un escalofrío convulso. Le doy un abrazo, sin que ofrezca resistencia. A diferencia de Elena, ella no busca refugio, solo necesita tiempo. La mantengo sujeta contra mi pecho para evitar una reacción de la que pueda arrepentirse.

—¿Era necesario llegar a esto, hijo de la gran puta? —dice con una voz magullada por una ronquera súbita.

No llega a tomar aliento suficiente para seguir. El odio le enciende las entrañas, devorándola como una llama. Su mirada se oscurece. Son los ojos del delirio, que reflejan un alma herida en lo más profundo.

—Lo sé todo. ¿O crees que soy imbécil? —exclama, recobrando un tono más calmado—. En la fiesta del otro día solo confirmé lo que ya sospechaba desde hace mucho. Elena me preguntó si estaba preparada para que me dejaras. Le contesté que no se hiciera falsas ilusiones, que eres un cobarde de mierda. Entonces me enseñó

decenas de mensajes con todas tus promesas por escrito. Fue ahí cuando decidí poner el asunto en manos de mi padre…

—Pero ¿qué estás diciendo? —contesté con una mezcla de rabia e impotencia—. ¿Fuiste tú quien se lo contó a Alejandro?

—Así es, pero él ya lo sabía. Tenía unas fotos… Me dijo que se ocuparía de arreglarlo. No te ha patrocinado para que me dejes en la estacada a las puertas del paraíso. Te aseguro que voy a estar contigo, que me vas a aguantar hasta el final. Voy a ser tu infierno en vida.

—Entonces, ¿también fuiste tú quien le habló a Elena de las fotos? —pregunto sin salir de mi asombro.

—Pues claro que fui yo. En la fiesta nos dimos los teléfonos. Me llamó uno o dos días después para preguntarme si me habías enviado un mensaje diciéndome que querías hablar conmigo. Le dije que no, y al principio no se lo creía, la pobre ingenua, así que le mandé un pantallazo del WhatsApp para convencerla. Desde entonces, no he vuelto a saber nada de ella… hasta ahora.

—¿Y has sido capaz de disimular todo este tiempo conmigo, como si nada de esto estuviera pasando? —pregunto con la incredulidad de quien no es capaz de distinguir la realidad de la ficción. No reconozco a mi mujer.

—¿Te sorprende? —responde ella con la frialdad de un cirujano y el aplomo de haberse quitado una pesada carga de encima—. Yo no soy como ella. Yo sí sé fingir. He tenido un buen maestro. Puedo fingir fortaleza, pero también puedo fingir ser la mujer más débil del mundo. Hasta puedo fingir seguir queriéndote.

Se separa y me observa a un metro de distancia. Los vítores arrecian en la plaza, ajenos a lo que ocurre en el interior de la

habitación. Tomo aire hasta llenar los pulmones.

—De acuerdo, Carmen —digo, adoptando también un tono ejecutivo, sacudiéndome cualquier vestigio de debilidad—. Siendo así, será mejor que atendamos a los medios de comunicación. La noticia ha saltado como una chispa en el bosque, y hay que atajar el incendio cuanto antes. Por el interés de ambos. Y de todos.

Llegamos al vestíbulo principal cogidos de la mano y una nube de periodistas nos envuelve. Ella entrecierra los ojos, orgullosa, tratando de contener las lágrimas, no de amor malherido, sino de la vergüenza por el estigma público.

—Señor Hurtado, quiero felicitarle por su resultado esta noche y preguntarle si conoce las informaciones que acaban de salir sobre una supuesta amante suya que asegura haber mantenido una relación con usted durante casi cuatro años.

—Buenas noches —contesto templando la voz—. En primer lugar, quiero agradecer a todos el apoyo que me han dado no solo en la jornada de hoy, sino durante toda la campaña. Aunque se trata de cuestiones que forman parte de mi vida personal y, por tanto, deberían quedar fuera del ámbito político, voy a atender a esta cuestión con un mensaje de tranquilidad y de honestidad. Nunca me verán tratando de escurrirme de los asuntos más espinosos.

Vuelvo a tomar aire y elevo ligeramente la barbilla. Miro a Carmen con un gesto de arrepentimiento y, tras aclararme la voz, me dirijo a la nación, ya como presidente del Gobierno.

—Esta noche quiero confesar ante ustedes que soy humano. Que cometo errores. Y que esos errores a veces pueden afectar a terceras personas. En este caso, a las que más quiero: mi mujer, Carmen, y mis dos hijas, Clara y Paloma. He mantenido una relación

con una persona a la que conocí hace un tiempo. No me siento orgulloso de ello. Al contrario, es un episodio de mi pasado que me avergüenza. Pero si hoy estoy aquí, hablando de mi vida privada, es precisamente porque esa relación se ha terminado. Hace unos días, hablé con esta persona para poner fin a nuestra relación y decirle que no volveríamos a vernos. Mi familia es lo primero, y Carmen, mi mujer, es el amor de mi vida. También he hablado con ella de este asunto —miento, mirándola de soslayo—, y hemos decidido darnos otra oportunidad. Quiero agradecerle su comprensión, fortaleza y generosidad por esa nueva oportunidad que me ha dado. A esa otra persona, cuya identidad prefiero no desvelar, solo quiero desearle que le vaya muy bien y rehaga su vida. La mía, a partir de ahora, solo tiene dos propósitos: devolver la confianza que el electorado me ha otorgado y recuperar la de mi familia. Hoy, ningún asunto personal debería empañar la voluntad expresada en las urnas. Prometí que, si resultaba elegido presidente, se abriría en nuestro país una etapa de crecimiento, avance y desarrollo. Pueden estar seguros de que este es y será mi único empeño a lo largo de los próximos cuatro años. Muchas gracias.

Le doy un beso afectado a Carmen y hago un gesto para indicar que no habrá más preguntas. Los periodistas se apartan para abrir paso a la comitiva y nos subimos a los coches que nos esperan en la calle.

Todavía deslumbrado por los flashes y los focos, y sin atreverme a dirigirle la palabra a mi mujer, me acomodo en el asiento de atrás. Ramírez, en el delantero, no deja de atender mensajes en el móvil.

—Jefe, acaba de saltar este teletipo. Se gira y me muestra la pantalla del móvil.

«Una mujer de unos treinta años ha sido hallada muerta en las vías de la estación de tren de Atocha. Al parecer, fue arrollada por un cercanías a las nueve y media de la noche. El maquinista ha declarado que no pudo hacer nada por detener el convoy. Se desconocen las causas de lo que, según los primeros indicios, parece que ha sido un suicidio. La Policía Nacional ha acordonado la zona y se encuentra recabando pruebas para la investigación».

Andrés me mira por el retrovisor. Ramírez sostiene el móvil, pendiente de mi reacción y mis instrucciones. Carmen aparta los ojos de la pantalla después de haber leído el texto. Permanece en silencio y mira absorta por la ventanilla el bullicio del exterior mientras una lágrima se le desliza por la mejilla.

—¿Suspendemos la fiesta en la sede del partido? —pregunta Ramírez, afectado—. Podemos decir que estás agotado y que has preferido irte a casa a descansar.

Ha empezado a llover. El agua repiquetea en las ramas de los plátanos y en el pavimento. Las gotas aguijonean el cristal. Aspiro todo el aire posible, como si fuese a sumergirme en un profundo océano.

—Seguimos conforme a lo que habíamos planeado —digo alzando la voz para que Andrés me escuche, sobreponiéndome al estruendo de la lluvia—. No perdamos más tiempo y salgamos cuanto antes. Habrá mucha gente esperándonos para celebrarlo.

A medida que nos alejamos, el clamor se va disipando, como un eco mudo, hasta que dejamos de oírlo.

«¡Presidente! ¡Presidente!».

Nota sobre los autores

¿Por qué esta novela y por qué ahora?

Este libro surge de una conversación entre las tres personas que escriben bajo el pseudónimo de Tristán Paniagua. Tres personas que coincidieron en un momento en el que desempeñaban cargos de relevancia en distintos ámbitos de la administración pública.

Mario Garcés estaba al frente de la Subsecretaría de Fomento del primer mandato de Rajoy (2011-2016) cuando, con la llegada de Manuela Carmena a la alcaldía en 2015, Luis Cueto y José Manuel Calvo fueron nombrados, respectivamente, coordinador general y concejal de Desarrollo Urbano Sostenible del Ayuntamiento de Madrid. Durante el apenas año y medio en que se solaparon estas responsabilidades, mantuvieron intercambios frecuentes para abordar algunos de los asuntos más espinosos de la agenda política de la época, con intereses cruzados entre el Gobierno estatal y el consistorio.

Posteriormente ocuparon otros puestos y asumieron otras obligaciones. A Garcés lo nombraron secretario de Estado de Servicios Sociales e Igualdad (2016-2018) para después incorporarlo al Congreso como diputado nacional, lo que lo llevó a ser portavoz adjunto del Partido Popular (2019-2023). Cueto y Calvo, por su parte, obtuvieron el acta de concejal en las siguientes elecciones

municipales (2019), pero la salida de Carmena los relegó a la oposición.

Pese a sus distintas adscripciones ideológicas, nunca perdieron el contacto y llegaron a trabar cierta amistad, pues siempre han hecho gala de no dejarse arrastrar por el sectarismo ideológico, una cualidad no demasiado apreciada en las confesiones políticas.

En 2023 volvió a darse otra coincidencia: los tres se vieron expulsados de la vida pública con apenas un mes de diferencia. Y fue entonces cuando empezó a gestarse esta novela, pues pocos meses después de dejar sus responsabilidades, tras un encuentro fortuito en la plaza de la Paja de Madrid, quedaron para comer y, de paso, compartir anécdotas y experiencias. Hablaron del funcionamiento de los partidos y del comportamiento de sus dirigentes, de cómo estos últimos ejecutan sin miramientos a cualquiera que no esté dispuesto a pontificar con sus argumentarios y acatar las órdenes «de arriba». Las vivencias y episodios que salieron allí a relucir vinieron a reafirmar algo que cualquiera puede sospechar a estas alturas: todas las organizaciones políticas, al margen de su ideología, operan de la misma manera.

Y de ahí nació la idea de contarlo. Porque, a pesar de que la política inunda los telediarios, asedia programas de radio y televisión de todo tipo y tiñe toneladas de papel, la ciudadanía desconoce sus lógicas internas y la observa casi como una caricatura, como ese espectáculo que ofrecen los medios cuando algún político se pasa de la raya y que tanto favorece que en conversaciones de barra de bar y en encuentros familiares se oiga con demasiada frecuencia el clásico «todos son iguales».

Pero esta no es más que la cara más obscena y desvergonzada de la política, pues este es un ecosistema mucho más complejo, con sus propias reglas, condiciones y especies (autóctonas e invasoras). Que la sociedad española viva ajena a todo ello puede relacionarse con que aquí no existan series como *El ala oeste de la Casa Blanca*, que retrata la política estadounidense; *Borgen* o *Baron Noir*, que hace lo propio con los gobiernos danés y francés; *The Crown*, que plasma la institucionalidad británica a través del reinado de Isabel II, o *El reino*, que desentraña el funcionamiento de la política latinoamericana tomando a Argentina como ejemplo. En España, exceptuando algún intento reseñable como la película también titulada *El reino*, lo que tenemos son parodias como *Vota Juan*, que contribuyen a esa caricaturización antes mencionada.

Los autores de este libro consideran que la ausencia de ese producto audiovisual de referencia se debe, en gran medida, a que tampoco existe un relato que diseccione el funcionamiento interno de las instituciones y, especialmente, de las organizaciones que juegan un papel determinante en el devenir de la política, como los partidos. Y por esta misma razón han decidido escribirlo. A seis manos. Cruzando borradores, episodios y caracteres hasta llegar a conformar este thriller.

La novela se cuida mucho de evitar cualquier adscripción ideológica, y muy especialmente la del protagonista, pues, lejos de adoctrinar, pretende mostrar la realidad de la política de la forma más aséptica posible, dejando en manos del lector las interpretaciones acerca de los pensamientos, conductas y acciones que se suceden en la historia. Porque tiene ante usted un relato de ficción en el que, a diferencia de la referencia clásica, cualquier

parecido con la realidad no es pura coincidencia, y en el que las situaciones, tramas y personajes se inspiran en la propia experiencia de los autores.

Todos los personajes y tramas de esta novela están basados en hechos reales.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, NO es pura coincidencia.



Humberto Hurtado está a las puertas de convertirse en el nuevo presidente del país. En la última semana de campaña, entre un acto y otro, hace un repaso de su vida y recuerda cómo ha llegado ahí: desde las personas a las que ha pisoteado en su carrera a la Moncloa hasta las vicisitudes a las que ha hecho frente para ser proclamado candidato a la presidencia. Pero ¿podrá alcanzar finalmente el poder? ¿Y cuál es el precio que tendrá que pagar para ello?

Escrito bajo pseudónimo por personas que conocen el entorno de primera mano, *Yo, presidente* es un thriller sorprendente y revelador que bucea en la trastienda de la política nacional. Por fin un *House of Cards* o un *Borgen* español: una inquietante radiografía de las luchas de poder, el arribismo, la mediocridad y la ambición de la clase política.

Mario Garcés (Jaca, 1967) es inspector de Finanzas del Estado y académico de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Ha ocupado diferentes puestos de responsabilidad política, entre los que destacan el de subsecretario del Ministerio de Fomento (2012-2016) y secretario de Estado de Servicios Sociales e Igualdad (2016-2018). Así como el de diputado en el Congreso de los Diputados (2019-2023). Es autor de varias obras literarias, entre las que destacan *Episodios extraordinarios de la historia de España* (Ediciones B, 2015), *El antipríncipe* (Reino de Cordelia, 2017), *Historias de España que nadie te había contado* (Almuzara, 2018), *La huella española en la Ruta 66* (Pinolia, 2022) y *Últimos días en Trípoli* (Pinolia, 2024). También es actor a tiempo parcial (*Perdiendo el este*, *El secreto de Ibosim*, *La piel del tambor o Matusalén*) y colabora frecuentemente con diferentes programas de televisión y radio, periódicos y revistas nacionales.

Luis Cueto (Madrid, 1961) se autocalifica en sus redes sociales como funcionario del Estado (no del Gobierno) y como un «todoterreno» de la Administración General del Estado. En sus más de treinta años de carrera profesional ha desempeñado una gran variedad de puestos de liderazgo, desde la dirección del Departamento de Recursos Humanos del Instituto Cervantes o el Ministerio de Justicia hasta el fomento de la innovación empresarial como subdirector general en el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. También ha dirigido la EOI Escuela de Negocios y la promoción cultural en la Agencia Española de Cooperación Internacional, lo que lo llevó a trabajar para Gobiernos de los dos grandes partidos políticos. Entre 2015 y 2019 fue coordinador

general del Ayuntamiento de Madrid, y entre 2019 y 2023, concejal del Ayuntamiento de Madrid, primero en el partido Más Madrid. Más tarde, harto de la absurda disciplina, renunció a su sueldo y se fue al Grupo Mixto. Tras coordinar durante cuatro años el Spain Audiovisual Hub, hoy se esfuerza por desarrollar la España vacía a través de la industria audiovisual.

José Manuel Calvo (Madrid, 1984) es doctor arquitecto por la Universidad Politécnica de Madrid (UPM). Ha combinado la práctica profesional con labores de docencia e investigación en diversas instituciones académicas. Actualmente se dedica a la consultoría en la empresa pública Ineco como gerente en planificación urbanística. Entre 2015 y 2023 fue concejal del Ayuntamiento de Madrid, desempeñando, entre otros cargos, el de delegado de Desarrollo Urbano Sostenible, el de vicepresidente de la Empresa Municipal de Vivienda (EMVS) y el de miembro de la Junta de Gobierno Municipal durante la alcaldía de Manuela Carmena (2015-2019). Ha publicado numerosos artículos en prensa y en revistas especializadas. Entre sus obras destacan la tesis doctoral *Caño Roto: dialéctica entre morfología urbana y tipología edificatoria* (UPM, 2014) y el libro *Manual de gobierno progresista* (Catarata, 2020), que recoge aprendizajes, anécdotas y experiencias de su paso por el Gobierno y por la política municipal.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Tristán Paniagua
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Jordi Ferrándiz

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03772-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Yo, presidente

Noche electoral

- Capítulo 1

Domingo. Siete días antes de las elecciones

- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Lunes. Seis días antes de las elecciones

- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Martes. Cinco días antes de las elecciones

- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Miércoles. Cuatro días antes de las elecciones

- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Jueves. Tres días antes de las elecciones

- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Viernes. Dos días antes de las elecciones

- Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Sábado. Un día antes de las elecciones
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Domingo. Día de las elecciones
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Noche electoral
Capítulo 34
Nota sobre los autores
Sobre este libro
Sobre Tristán Paniagua
Créditos